

CRIMEN & CIA.

**David
Goodis**

**CUIDADO CON
ESA MUJER**



Clara, una mujer cruel y ambiciosa que oculta un pasado muy tormentoso, se casa con George Ervin para escalar el puesto que ansía en la sociedad. Pero tras su llegada a la casa, la vida de George, Evelyn —hija de un anterior matrimonio de este— y de la vieja criada se convierte en un verdadero infierno. Clara se ha desquiciado y su calculada perversidad se ha transformado en desenfrenada violencia. Sin embargo, ignora que algunas personas de su entorno están llegando al límite de su paciencia. ¿Quién tendrá el valor de acabar con esa bruja?



David Goodis

Cuidado con esa mujer

Crimen & Cia. - 36

ePub r1.8

Titivillus 05.08.15

Título original: *Behold This Woman*

David Goodis, 1947

Traducción: Carme Camps

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1

LOS VECINOS estaban peleando otra vez. Eran las dos de la madrugada. George Ervin lo vio cuando abrió los ojos y miró la esfera luminosa del despertador.

Ervin, de cuarenta y siete años, era técnico en estadística y trabajaba para una empresa de inversiones bancarias en Walnut Street. Tenía una altura media, y un peso algo más que medio. Hasta hacía pocos años, su cabello había sido castaño oscuro. Ahora tenía muchas canas, y las sienes completamente blancas. También su piel había sido morena, porque caminaba mucho, jugaba a golf los domingos en la cancha pública y se sentaba en la gradería de sol los sábados por la tarde. Todavía quería hacer estas cosas, pero no las hacía, y por eso su tez era pálida y sin brillo, y su rostro tenía arrugas y surcos. Se estaba volviendo cada vez más panzudo, aunque su cara seguía siendo delgada.

Miró los resplandecientes números verdes de la esfera del despertador. Aparte de esto, la habitación estaba completamente sumida en la oscuridad, una cámara oscura de extraño debate entre el estridente ruido de los vecinos de al lado y la profunda y plácida respiración de Clara, su segunda esposa.

Ervin escuchó el ruido de los vecinos. Se oía con claridad, porque estas casas estaban adosadas, pegadas la una a la otra, separadas tan solo por una pared las viviendas y las historias familiares.

Ervin oyó al señor Kinnett que decía:

—Te romperé la cabeza. Siempre has tenido suficiente comida, y

un techo sobre tu cabeza, ¿no? El chico siempre ha tenido lo que ha querido, ¿no?

—Claro —gritó la señora Kinnett—. El chico ha tenido todo lo que ha querido. Pero él nunca ha querido nada. Cuando todos los niños de este bloque tenían una bicicleta de dos ruedas, ¿qué tenía nuestro hijo?

—Siempre me echas eso en cara —dijo el señor Kinnett—. Sabes que no tenía dinero suficiente para comprarle esa bicicleta. ¿Sabes cuándo era esto? Mira atrás y recuerda. Era en mil novecientos veintinueve. ¿Recuerdas lo que ocurrió en mil novecientos veintinueve?

Ervin también recordó el año mil novecientos veintinueve. Él nunca había especulado mucho. No es que no hubiera querido hacerlo, sino que simplemente no había tenido dinero. Al parecer, sin llegar a tener lujos, siempre se las había apañado para gastarse hasta el último centavo. Esto en cierta manera le divertía, porque se ganaba la vida como estadístico, siguiendo el rastro a tendencias y sumas, y lo hacía muy bien. Pero no podía seguir el rastro a sus propios asuntos financieros. Y compraba sin analizar. Compraba todo lo que le apetecía, lo que a su esposa Julia le apetecía, lo que a su hija Evelyn le apetecía. Y así, como no tenía mucho que perder, no recibió un golpe demasiado duro en mil novecientos veintinueve, en lo que al dinero se refería. Pero en ese año perdió a Julia.

Julia había dejado pasar demasiado tiempo sin hacer caso de un dolor de estómago. Tuvo peritonitis y murió. Ervin fue de un lado a otro viendo a los que habían perdido todo su dinero. Les vio murmurar para sus adentros. Les vio llorar. Vio a un hombre que se acercaba tambaleante a una ventana de la doceava planta de un edificio de oficinas del centro, y que se desmayó antes de llegar a ella. Ervin contempló todo esto y suspiró profundamente, y sacudió la cabeza confundido. Era demasiado para él. Estaba muy cansado. Deseaba poder dormir durante unos cuantos años.

Se había casado con Julia cuando tenía veintiséis años. Y ella tenía veinte entonces; era una chiquilla callada, muy delgada, casi bonita, pero demasiado tímida para ponerlo de manifiesto realmente. Tenía el cabello castaño claro, brillante. Al principio, él siempre se decía que no quería atarse, y de todas maneras solo ganaba veintidós con cincuenta a la semana y sus padres no podían

darle nada, y sería difícil. Se preguntaba por qué necesitaba casarse. Miraba a su alrededor y veía que todo el mundo estaba casado, y pensaba que quizás había algo en el matrimonio que él no comprendía. Aunque la razón fundamental era evidente, pensaba mucho en ello, y había noches en que permanecía despierto discutiendo consigo mismo. La costumbre de casarse era algo sobre lo que reflexionar, algo que estudiar desde muchos ángulos distintos. Y no obstante, la idea de Julia distaba enormemente de este modelo geométrico de casarse y vivir con una mujer el resto de la vida. La idea de Julia era algo bueno y puro, algo que eliminaba todas las consideraciones prácticas. Pero no había empuje, no había vigor en la idea de Julia. Y Ervin tenía miedo, y no quería atarse.

Dos años después de casarse con Julia, efectuó una inversión en una compañía que lanzaba un artificio de cocina. Resultó ser una buena cosa. Ervin ganó una suma considerable y pudo comprar una de las casas adosadas que se habían construido en esta parte más nueva de la ciudad. No era exactamente las afueras, pero las aceras tenían esa blancura suburbana, había vegetación aquí y allá, un pequeño cuadrado de césped bien cuidado enfrente de cada casita. Y las calles eran de asfalto liso, más anchas que las calles del centro de la ciudad, y mucho más limpias.

George y Julia eran felices en su pequeño hogar. Vivían modestamente, salvo algunas veces en que tenían una temporada de exuberancia y se escapaban juntos un fin de semana a la playa. Era maravilloso saber que se marchaban juntos y que regresarían juntos. Era maravilloso estar juntos, siempre juntos por la noche, en invierno, en el calor de su propio hogar. Hacían muchas cosas juntos. Jugaban a las damas. Les gustaban los mismos programas de radio, al menos eso era lo que se decían. Y se decían que les gustaban las mismas películas de cine, los mismos platos. Cuando tenían una discusión, esta transcurría principalmente entre ruegos y risas, quizá de vez en cuando algún lamento.

No tenían muchos amigos. Eran gente tranquila, y la gente tranquila nunca acumula muchos amigos y nunca se preocupa por ello. Realmente no necesitaban amigos, en especial después de que naciera Evelyn. Ellos tres formaban un pequeño mundo. George era tan feliz, que a veces pensaba en su esposa y en su pequeña Evelyn y las lágrimas acudían a sus ojos. Y cada noche, cuando regresaba a

casa después del trabajo, su felicidad era inconmensurable.

Julia tuvo otro hijo, pero murió a los pocos días de nacer. Julia casi perdió la razón, y George pasó momentos difíciles con ella. A él le hubiera gustado tener otro niño, pero ella no quería. Decía que podría morir. Empezó a sufrir períodos de llanto. Decía que no podía soportar la idea de la muerte, y que si tenía otro bebé y este moría, ella también moriría. Esa manera de hablar enojaba a George, pero cuando mostraba su enfado, Julia se echaba a llorar. Él le daba unas palmaditas cariñosas en la espalda y se decía que su esposa era una cobarde, una pobre cobarde, tan dulce, tan buena, tan frágil y preciosa.

En la casa de al lado el señor Kinnett estaba diciendo:

—... y toda tu familia.

—¿Qué te ha hecho mi familia?

—Muchas cosas.

—¿Qué? —exigió la señora Kinnett—. Dime un mal negocio que mi familia te haya proporcionado jamás.

—Tú.

—Espero que caigas muerto por lo que has dicho.

—Te diré una cosa —gritó el señor Kinnett—, y quiero que la entiendas. La próxima vez que alguien de tu familia empiece a promover alguna transacción conmigo, se la tiraré a la cabeza. Y si no te gusta, también te tiraré a ti.

La señora Kinnett se echó a llorar. Dijo:

—Si me voy, Barry se irá conmigo. Mi hijo Barry no me dejará morir de hambre.

—¿Quién te va a dejar morir de hambre? ¿Alguna vez te he hecho pasar hambre?

—Si me voy —anunció la señora Kinnett—, mi hijo se va conmigo. Él no me dejará morir en las calles. Él se ocupará de que su madre esté cuidada. Aunque tenga que cavar zanjas, él hará que su madre tenga suficiente para comer.

—Oh, cierra el pico ya.

—Mi hijo no me dejará morir en la calle. No me abandonará. Se quedará con su madre, porque sabe que siempre ha sido una buena madre para él. Le ha criado desde que era un bebé.

—Espérate aquí —gritó el señor Kinnett—, que voy a salir a buscarte una medalla. Hablas tanto que pareces una ignorante. No

tienes cerebro. Me atrevo a apostar a que no pasaste del jardín de infancia.

—Eres un mentiroso. Eres un sucio mentiroso...

—Deja de chillar —dijo el señor Kinnett con un grito—. Que Dios me ayude, si no cierras el pico...

—Vamos, mátame. ¿Por qué no me matas? ¿Por qué no te deshaces de mí? Lo han hecho antes. Destrózame y méteme en un baúl...

—Escúchame —dijo el señor Kinnett—. Si sigues hablando así, te parto la boca.

—Adelante, pégame. Márame y méteme en un baúl, no me importa. ¿Para qué tengo que vivir, de todas maneras? Esta casa. Limpio esta casa día tras día con mis manos y de rodillas. Friego los suelos y lavo los platos y me parto la espalda en el lavadero. ¿Para qué? ¿Por qué no tengo una chica que me ayude con el trabajo de la casa?

—¿Te estás volviendo loca? Ya tienes una chica.

—Me refiero a una criada, no a una pequeña imbécil que viene después de la escuela y se queda ahí mirando las paredes. El otro día le dije que preparara una ensalada, y en lugar de aceite utilizó aceite para la máquina de coser. Si no lo hubiera probado antes de la cena, ahora estaríamos todos en el hospital. No puedo soportarlo más. ¿Por qué no me muero ya?

—¿Por qué demonios no te callas ya?

La señora Kinnett lloraba con todas sus fuerzas. El sonido del llanto iba y venía, como si la mujer estuviera paseando por la habitación. El llanto alcanzó un punto elevado, y luego ella lo interrumpió para decir:

—Ya verás. Barry prosperará. Trabaja mucho y estudia mucho, y algún día será un gran hombre. Y es listo. Tiene cerebro. Eso ha salido de mí, su madre. Es un buen chico, mi Barry.

Ervin contemplaba la oscuridad, recordando cómo Julia solía ponerle los labios sobre las pestañas, como si los suaves pétalos de las flores del naranjo se posaran en sus ojos. Recordaba cómo ella le hablaba por la noche, fluyendo su voz, apagándose las palabras a medida que el sueño la arrastraba. Pero ella seguía hablando, y al cabo de un rato las frases perdían coherencia, y su voz era muy baja, más débil que un susurro.

Era como una canción de cuna sin melodía, y George, sin darse cuenta, imaginaba cosas bonitas, maravillosas, con lo que su medio dormida Julia decía. En la oscuridad él la escuchaba, sin oír nada más, ni siquiera las discusiones de la casa de al lado.

Ahora recordaba. Recordó una noche, cuando hacía tres años que había muerto, en que despertó e imaginó que ella le estaba hablando. En ese momento recordaba cómo fue. Al principio se había sentido asustado. Había salido de la cama, encendido las luces, temblado un rato en la silenciosa habitación. Luego fue al cuarto de baño y bebió un vaso de agua. Volvió al dormitorio, apagó la luz y, pensativo, se metió otra vez en la cama que en otro tiempo había compartido con Julia.

Durante un rato no se oyó nada. Luego, de nuevo, ella empezó a hablarle. El miedo regresó a él, pero lo apartó, porque ahora estaba seguro de que era Julia que le hablaba desde algún lugar y que quería que oyera lo que le estaba diciendo.

Le preguntó por Evelyn. ¿Todo iba bien? ¿Cómo le iba el colegio? Que estudiara. Que se cepillara los dientes al menos dos veces al día. ¿Agnes seguía trabajando en casa, o había una chica nueva?

Le dijo que escuchara con atención. Lo siguiente era de lo más importante. Lo siguiente se refería a él. Su salud. ¿Todavía no había solucionado lo del riñón? ¿Seguía padeciendo aquellos dolores de cabeza? Quizá tenía alguna relación con el problema del riñón. Si el médico que tenía ahora no hacía nada, debería ir a un especialista. Por lo demás, ¿cómo se sentía? ¿Se cuidaba bien? No salía mucho, ¿verdad? No era que pusiera objeciones de tipo moral, pero su salud se resentiría si trasnochaba.

Debería encontrar una mujer buena y casarse otra vez.

Julia lo repitió. La voz medio dormida de su esposa muerta lo repitió suavemente, una y otra vez, como una enfermera dulce y eficiente que le dijera al paciente que se tomara la medicina, le dijo que necesitaba una esposa y Evelyn necesitaba una madre. Julia siguió repitiéndolo, y de forma gradual su voz fue adquiriendo fuerza. Había algo diferente en ella. George cayó del ensoñecedor acantilado, aterrizó con dureza y se dio cuenta de que aquella voz era la suya propia.

Esa idea se había estado formando hacía tiempo en su mente y

por fin se había revelado por completo. No había querido dar ese paso él solo. Queriendo conocer lo que Julia pensaba, se había forzado a sí mismo a creer que ella realmente le visitaba por la noche y le hablaba. Y que estaba de acuerdo con él. Necesitaba una esposa, y Evelyn necesitaba una madre.

Aquella noche, recordó, estaba lloviendo: la suave y persistente lluvia de primavera. Y en primavera, cuatro años más tarde, se había casado con Clara Reeve.

En la casa de al lado, el señor Kinnett gritó:

—Un hombre puede aguantar hasta cierto límite nada más. Hay un momento en que le llega al cuello y le ahoga. Todo el día me mato a trabajar en ese taller. Hoy casi me he destrozado un dedo en una máquina. Trabajo y trabajo y trabajo...

—Si hubieras utilizado la cabeza cuando tenías dinero, hoy dispondrías de tu propio taller. Nuestra casa sería grande y Barry no tendría que trabajar en la fábrica por la noche para pagarse la escuela. Pero no, cuando tenías dinero...

—No me hables de cuando tenía dinero. No sigas echándomelo en cara.

—Cuando tenías dinero, ¿qué hiciste con él? Te lo jugaste y lo perdiste. Lo tiraste en la Bolsa.

—Ahora va a hablarme de la Bolsa.

—Algún día, lo sé, lo presiento, Barry llegará a algo. Ya lo verás. Será una persona importante algún día, y entonces veremos cuánto te ríes tú.

—¿Me estoy riendo yo de él? —gritó el señor Kinnett—. ¿Y me puedes decir qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Me has oído reír? ¿Acaso impido al chico que haga lo que quiere?

—¿Qué haces por él? ¿Qué has hecho por él? ¿Qué has hecho por mí?

—Me casé contigo, y solo Dios sabe dónde tenía la cabeza entonces. En cuanto a Barry, siempre he sido un buen padre para él. Quiso hacer ese curso de bioquímica, e hice todo lo que pude para ayudarle. Otros chicos de veintisiete años están casados y ya tienen hijos. Pero ¿alguna vez se lo echo en cara? No. Soy su padre y quiero verle progresar. Y no le regaño como haces tú.

—Yo nunca le regaño —se quejó la señora Kinnett.

—Oh, no. Nunca le regañas. Y supongo que nunca me regañas a

mí tampoco. Escucha. Vas a volverme majareta y después volverás majareta a tu hijo y después tú misma te volverás majareta. Y si te llevan al manicomio mientras yo esté allí, te juro que saltaré la verja y me escaparé.

Como si estuviera dirigiendo una asamblea, la señora Kinnett dijo:

—Mi hijo Barry sabe lo que hace. Será un gran científico. Por eso hace ese curso de... lo que sea. Por eso estudia tanto. Por eso pierde peso y tiene ojeras. Pero todo tiene su precio. Mi madre me lo enseñó. Mi propia madre, ya muerta. Todo en este mundo tiene su precio.

—Está bien —dijo el señor Kinnett—. Todo en este mundo tiene su precio. Ahora cierra el pico y déjame dormir un poco.

En el silencio de la oscura habitación, George Ervin se movió hacia el borde de la cama. Clara estaba apretada a él. Cuando dormía, tenía la costumbre de rodar hacia él, desplazándole al borde de la cama. Él había sugerido muchas veces que durmieran en camas separadas, pero ella insistía en utilizar una sola cama. Y él no podía decir que ella se movía mucho cuando dormía. Tampoco eso era realmente cierto. Solo que se le apretaba cuando dormía, y más de una vez George había abierto los ojos y había descubierto que se encontraba en el suelo. No quería decírselo. Había muchas cosas que no quería decirle.

Empezó a pensar en ellas. Empezó a pensar en Clara. Pasaba muchas noches haciendo esto, pensando en Clara, con los ojos abiertos en la habitación a oscuras. Y recordando.

Recordó su primer encuentro. Ella trabajaba entonces como cajera de una tienda del centro de la ciudad. Él entró en la tienda a comprar un regalo para una mujer a la que iba a ver aquella noche. Sabía que no significaba nada para aquella mujer, y no estaba seguro de que ella significara algo para él. Pero representaba una oportunidad, y tenía curiosidad por ver si podía sacar algo.

El regalo fue un estuche de manicura. Cuando George Ervin le entregó a la cajera el ticket y el dinero, esta le examinó de arriba abajo. Le sonrió débilmente, como si conociera su problema, como si le hubiera estado estudiando durante un buen rato y le comprendiera por completo. A él le interesó aquella sonrisa y le sonrió a su vez mirándola a los ojos. Luego le miró el cuerpo.

Debajo del ajustado vestido, de algodón y rayón, y sin mangas, apropiado para la época primaveral, su cuerpo era agresivo y majestuoso. Su grasa era firme, la robusta carne que sobresalía enviaba un reto al delgado cuerpo de George Ervin, el tono peculiarmente oscuro de sus ojos verdes repetía ese reto, lo reforzaba, y los labios carnosos y bien formados sonreían ante ese reto.

Días más tarde, semanas más tarde, George Ervin se encontró incontables veces pensando profundamente en la cajera de aquella tienda. No podía recordar lo que ella había dicho aquel día, ni cómo era su voz, pero le asombraba ver que recordaba cada detalle de su aspecto. Cerraba los ojos, y era como si tuviera ante sí una fotografía en color de aquella mujer. Un primer plano de su cara, los ojos verde oscuro en armonía con las mejillas rollizas que no necesitaban colorete, los labios pintados con moderación, aunque sobresalían con su reto rojo purpúreo. Por encima de todo esto, un peinado realizado con esmero, el pelo de brillante color naranja, teñido, por supuesto, y no obstante teñido de tal manera que la artificialidad quedaba subordinada a un atractivo atrevimiento.

La fotografía se amplió. Al otro lado del mostrador, él no había podido verle las piernas, pero sabía cómo serían. Sabía cómo sería toda ella. Le sorprendió no solo esta seguridad, sino su repentino y decidido interés por el físico, este énfasis en la carne. Trató de recordar si anteriormente había ocupado alguna vez su mente con este tipo femenino concreto. Y cuando lo recordó, la respuesta fue que no, y eso aún le sorprendió más. Era del todo natural y completamente saludable que la atracción física actuara como fuerza magnetizadora inicial entre un hombre y una mujer. Sin embargo, eso era más un enigma que una respuesta, porque él nunca se había sentido atraído por las mujeres robustas, más bien corpulentas, por muy bien proporcionadas que fueran. Se había casado con una chica que pesaba cuarenta kilos y jamás había engordado un gramo.

Pensó en sus relaciones con otras mujeres. Se preguntó si era la simple casualidad lo que hacía que fueran mujeres calladas, educadas, que se vestían con modestia y no eran nerviosas ni bebían demasiado. Se preguntó si era la simple casualidad lo que hacía que casi todas fueran delgadas. Ninguna de ellas era realmente bonita

en el sentido pleno de la palabra. Todas eran viudas o solteronas. No había nada especialmente excitante en ellas. Al cabo de un tiempo, o estaban cansadas o se hacían aburridas. Las escenas de despedida eran rápidas e insulsas, o no había siquiera escena de despedida.

Tenía la sensación de que la cajera gruesa, aunque curvada maravillosamente, aportaría algo nuevo y refrescante, quizás excitante, a su vida. Luego estaba la curiosidad, y por eso volvió a ir a la tienda.

Chestnut Street resplandecía en el atardecer primaveral. Fueron por Chestnut Street, encaminándose a un restaurante. Ella no llevaba corsé. Era asombroso. Esta mujer estaba gorda sin lugar a dudas, y sin embargo no necesitaba corsé, tan tersa era su redondez y tan bien equilibrada estaba. George trató de analizar una vez más este creciente interés por su aspecto físico. Quería saber cuáles eran sus dimensiones y se preguntaba por qué quería saberlo.

Ella tenía la conversación agradable y no hablaba mucho. Su voz armonizaba con su apariencia. Era una voz plena, fuerte y densa. Hablaba despacio, con cuidado, y su pronunciación era casi perfecta. A George le gustó el sonido de esa voz y le gustaron las cosas que dijo, le gustó ver cómo comía la cena. Comió poniendo énfasis en el placer de consumir buena comida. Comió concienzudamente, habló entre plato y plato, y solo aceptó un cigarrillo después del café y licor de cereza. Después fueron a un cine, a ver una alegre comedia de enredos matrimoniales, y ella se rio de corazón. Le gustó el sonido de su risa. En un momento dado, el bolso le resbaló del regazo y, cuando él se inclinó para recogerlo, su mano rozó su muslo. Por un instante, hueco e irreal, le pareció que por sus venas corría aceite caliente.

Era fascinante, y de alguna manera importante, estar solo paseando con ella. De nuevo quiso analizarlo. Casi volvió la cabeza para mirarla. Ella era casi tan alta como él, y le gustó saberlo, y se preguntó por qué le gustaba. Trató otra vez de analizar su interés por esta mujer, y ahora, cuando se acercaban a su apartamento de Spruce Street, estaba progresando un poco. Era en muchos aspectos una mujer notable, el atrevido desafío contrarrestado por la dignidad, la dignidad tan serena y desprovista de fingimiento que tenía que ser auténtica. Le aguijoneaba la ansiedad por conocer sus

antecedentes.

En el apartamento, pequeño pero immaculado, decorado con gusto, Clara Reeve encendió un cigarrillo ruso de quince centímetros y se recostó y habló de sí misma. Sonriendo con placidez, explicó que no había nada particularmente excitante en su pasado. Era de Denver, y mientras estaba en la escuela superior sus padres habían muerto. Por un tiempo, dijo, había vivido con unos tíos, pero tenían una manera de vivir monótona y sin atractivos y finalmente ella decidió irse a vivir sola. No fue tan fácil como esperaba. Trabajando por las noches en una tienda, se costó la Universidad de Denver, donde se graduó. Luego tuvo un empleo de bibliotecaria, que duró tres años, Y después llegó un ingeniero de minas, y el matrimonio iba bien y seguro que habría durado, pero un día se rompió un cable mientras él se encontraba a mitad de camino en el pozo. Se rompió la espalda y quedó imposibilitado para el resto de su vida. Insistió en que se divorciaran.

Ella obtuvo el divorcio y al principio se negó a aceptar dinero. Al final él la convenció de que no sería feliz si ella no recibía una generosa pensión. Ocurrió cuando tenía veinticuatro años, y durante uno o dos años el gastar se llevó casi todo su tiempo. Le habló a George de los viajes por todo el país, las visitas a Canadá y México, el viaje por Sudamérica. Al final, dijo, regresó a Denver y se compró una casa. Un día, la visitó un abogado que le dijo que su exesposo había muerto mientras ella se encontraba en Sudamérica. Le había dejado en herencia todo su dinero.

Clara le dijo a George que todo esto no le debía interesar, pero él dijo que al contrario, le resultaba extremadamente interesante. Le rogó que continuara, y lo dijo de corazón. Había algo tan definido, tan firme en lo que decía, tan lógico y sincero, cuyo sonido estaba desprovisto de emoción y que sin embargo le mostraba exactamente cómo había sido, exactamente lo que había pasado. Él se dijo que ella no había querido abandonar a aquel hombre con la espalda rota. No había querido aceptar el dinero. Pero era lógico que le abandonara, era lógico que aceptara los términos del testamento. Era una mujer lógica, esta Clara, y era un placer estar allí sentado escuchándola y mirándola.

Bueno, era bastante dinero. Y por supuesto recibió ofertas de diferentes empresas de inversiones. Al final cedió. Sus ingresos

aumentaron. Y al cabo de un tiempo hubo hombres que querían casarse con ella. Pero ninguno de ellos podía compararse con el ingeniero de minas. Tuvo algunas aventuras...

George la admiró por admitirlo. No se hacía pasar por un modelo de pureza. Hablando de las aventuras, introdujo algunos interludios de comedia. Sin entrar en detalles, le dio a entender que todo este tiempo había estado experimentando. Todo este tiempo había estado buscando algo fuera de lo corriente, pues le parecía que se lo merecía.

Entonces, en 1929, lo perdió todo. Fue necesario ponerse a trabajar. No fue particularmente desagradable. Denver era una buena ciudad y ella tenía buenos amigos. Pero después de algunos años, el recuerdo de sus viajes le escocía. Tenía algún dinero ahorrado, y se fue a Idaho. Una pequeña tienda de regalos en una pequeña ciudad. No funcionó, así que después fue una tienda de regalos en Salt Lake City, y después de eso un empleo en unos grandes almacenes de Cleveland. Un año atrás había decidido probar Filadelfia, y hacía unos meses que había aceptado este trabajo en la tienda, y ahí estaba, en este apartamento de Spruce Street, en Filadelfia. Y tenía treinta y ocho años.

George Ervin quería oír más, pero en este punto Clara le preguntó a qué hora tenía que estar en el trabajo al día siguiente, y cuando él le dijo que a las nueve menos cuarto, ella señaló que creía firmemente que se necesitaban al menos ocho horas de descanso cada noche. Aceptó verle de nuevo, le sonrió cuando se despidieron, y esperó en la puerta hasta que él estuvo abajo. Entonces le sonrió otra vez, y George, feliz, salió al dulce aire primaveral de Spruce Street. La noche era pegajosa. La densa dulzura de la noche era como una profecía.

Fue una amistad plena y agradable. A Clara le gustaba la buena música, con predilección por Bach, dijo, y escucharon Bach en la Academia, y mucho Bach en discos. Clara también manifestó que apreciaba la pintura, y así pasaron mucho tiempo en el museo del Parkway y asistieron a diversas exposiciones que se celebraban en la ciudad. Clara conocía bien la escuela holandesa, le entusiasmaban los ingleses, en especial Turner, con su rica y brillante luz del sol, e hizo la sencilla afirmación de que la mayoría de modernistas eran imitadores.

Para George todo esto era educativo, inmensamente educativo. Pero en ningún sentido era como escolar. A él nunca le parecía que esta información le fuera impuesta por la fuerza. Era más como una deliciosa ducha tibia después de un día de monotonía en la casa del dinero y la aritmética.

Hacía menos de un mes que conocía a Clara Reeve cuando decidió que sería una buena esposa para él. Aquel mismo día se lo propuso, y con total calma ella aceptó, y a la semana siguiente se casaron.

Ahora, esta noche, tres años después, tenso y expectante en el borde de la cama, George Ervin esperaba que Clara se apartara y le dejara un poco de sitio. Estaba incómodo y muy cansado, y esperaba que los Kinnett se calmaran y Clara le dejara espacio para así poder dormir un poco.

En la casa de al lado se oyó un estrépito, como de un plato grande estrellándose contra una pared. Se oyó otro estrépito, luego una maldición y después un grito. Hubo una sucesión de estrépitos y maldiciones y gritos. Todo acabó bruscamente cuando sonó el teléfono en casa de los Kinnett. George sabía que la gente que vivía al otro lado de los Kinnett finalmente había telefoneado y estaba diciendo que si este alboroto no cesaba iban a llamar a la policía.

George miró la esfera verde fosforescente de la mesilla de noche. Al fin había paz ahora. Y Clara, gracias a Dios, se estaba retirando hacia su lado de la cama. George cerró los ojos. Era extraño. Podía seguir viendo aquellos números verdes. Formaban un círculo iluminado sobre un fondo negro, luego se convirtieron en una bola verde en una caja negra, y luego en una estrella verde en el universo cuando George cerró los ojos con más fuerza.

Una estrella verde, alejándose a toda velocidad, dando la vuelta y subiendo otra vez, sin control. Una bola de calor verde rodando hacia la tierra, acercándose, fulgurando verde y enorme y repentina... estrellándose contra la tierra, destruyéndolo todo. Y la tierra humeante, sin vida, dando vueltas sin rumbo. George se despertó del todo y se preguntó por qué tenía esta imagen en la mente. Se dijo que volviera a dormirse, tenía mucho trabajo al día siguiente y la mente de un hombre necesitaba descanso igual que sus ojos y músculos.

Poco a poco el sueño se apoderó de él y le arrastró a sus

profundidades, como una marea que domina a una concha.

2

EN LA HABITACIÓN de Evelyn se encendió la luz. Evelyn apartó la mano del interruptor y parpadeó mientras se incorporaba en la cama. Se preguntó qué era lo que la había despertado. Era desconcertante, porque la habitación estaba en silencio, todo estaba en silencio. Pero entonces, cuando la consciencia fue total, Evelyn supo lo que había sido: otra vez aquel ruido en la casa de al lado.

Lo de costumbre. El ruido en la casa vecina había subido de tono lo suficiente para privarla del sueño. Después de haberlo conseguido, el ruido había cesado. Evelyn estaba muy molesta. Se frotó los ojos, salió de la cama y fue al cuarto de baño. Se bebió un vaso de agua, sintiendo la frialdad del líquido correr por su interior.

De nuevo en la cama, Evelyn se puso las manos detrás de la cabeza y dejó correr los dedos por su cabello castaño. Hizo una mueca al recordar a una malhumorada anciana que había provocado un considerable alboroto en el mostrador ese día. Evelyn deseaba que la trasladaran de la sección de artículos de cristal a otra donde no hubiera nada interesante para las ancianas malhumoradas. Cosméticos o chucherías, o faldas y blusas juveniles, algo que le permitiera tratar con muchachas de su misma edad. Estaba harta y cansada de los artículos de cristal. Estaba harta y cansada del almacén, y de trabajar, y de muchas cosas.

Pronto tendría veinte años, y, ¿dónde estaba? ¿Quién era? Una chica llamada Evelyn Ervin, una chica muy delgada, o quizá delicada era una palabra que la definía mejor. Pequeña y delicada, pero ¿había algo negativo en eso? Había muchos hombres a quienes

atraían las chicas pequeñas y delicadas. El instinto masculino de proteger a lo exquisitamente frágil. Y ella realmente era exquisita cuando quería serlo. Los ojos grises, para empezar, la forma de su nariz, la forma de sus labios, todo.

Cuando quería serlo. Eso desorientaba. Una chica siempre debería querer parecer exquisita. Y sin embargo no se podía ser exquisita cuando se estaba relajada. Para ser exquisita tenía que manipular sus rasgos en respuesta a alguna persona o ambiente o situación especial. Saber cómo había que fruncir el ceño, expresar cierto placer o disgusto, apretar los labios o medir el grado de una sonrisa. Entrecerrar los ojos, levantar la cabeza con aire de duda o con desdén o con alegría.

A una edad temprana Evelyn había aprendido que estas expresiones tenían más fuerza que las palabras. Durante un tiempo, se había burlado de sí misma por adoptar esta estrategia. Y después, había ocasiones en que se odiaba a sí misma por ello, decidiendo dejarlo de una vez por todas. Pero no en los últimos tres años.

En los últimos tres años esto se había filtrado a través del proceso mecánico y ahora era completamente natural. El gesto de levantar la cabeza era involuntario, como parpadear.

Se sentó en la cama, mirándose las uñas de la mano, pensando en un tipo llamado Leonard Halvery. Un día, la semana anterior, se encontraba poniendo en orden un grupo de ceniceros de cristal pesado y levantó la vista, y vio a un hombre joven que le estaba sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa y le preguntó si podía servirle en algo. Inmediatamente él compró dos ceniceros. Luego rondó cerca del mostrador durante un rato. Era una hora del día tranquila, y Evelyn no tenía nada que hacer en particular, así que le habló.

El joven volvió al día siguiente y, a las cinco, Evelyn telefoneó a casa para decir a Agnes que no iría a cenar.

Bien parecido, este Leonard Halvery. Y seguro de sí mismo. No realmente fresco, pero sí discretamente vanidoso. Bueno, a veces eso era atractivo en un hombre. Él era un poco mayor que ella, tenía treinta y tres, dijo, pero a Evelyn no le importaba. Le halagaba que se interesara por ella. Su padre era socio de una de las más antiguas y más grandes compañías de abogados de Filadelfia. Leonard se había graduado en la Facultad de Derecho de Virginia y trabajaba en la empresa de su padre. Conducía un reluciente

Oldsmobile descapotable de color púrpura oscuro, con la capota marrón claro y la tapicería de cuero púrpura oscuro también. Vestía *tweed* grueso y suave o cheviot azul oscuro, camisas clásicas estilo Oxford o atrevido paño fino a rayas. Sus corbatas eran a cuadros escoceses o con las rayas del regimiento, o de un solo color, de seda apretada. Sus zapatos eran de cuero escocés de suela gruesa o con pespuntos, tipo mocasín.

Llevaba un balón de fútbol de oro en la cadena del reloj. De Dartmouth, dijo, donde jugaba de centro y recibía golpes por su querida vieja Dartmouth, pero realmente lo había pasado bien y todavía estaba en forma. Sí, señor; pesaba noventa y siete kilos metidos en un metro setenta y cinco de carne y músculo, y él estaba orgulloso de ello, y, ¿por qué no? El problema con la mayoría de hombres hoy en día era simplemente esto: los hombres no se daban cuenta de que su posesión más preciada era su propio cuerpo.

Evelyn tenía que admitirlo. Y no era en absoluto difícil de resumir; había algo limpio, potente y compacto en su aspecto. Tenía el pelo rubio oscuro, rizado, y lo llevaba muy bien cortado. Sus ojos eran de color azul oscuro, sanos. Tenía los dientes regulares y blancos, y todo él olía como a cuero. Evelyn se preguntó durante un tiempo qué era, hasta el día en que pasó por una elegante tienda para hombres y vio el escaparate. Una silla de montar bellamente labrada, rodeada de botellas de colonia y loción para después del afeitado, jabón de afeitar y enormes pastillas de jabón de baño, loción para el cabello y polvos de talco. Un lazo formaba las palabras: Montana Saddle. Tenía que conocerlo, aunque fuera caro. Probó el jabón de baño. Un dólar por un óvalo de jabón, pero lo valía, porque era eso. El olor que emanaba de Leonard Halvery era, sin lugar a dudas, Montana Saddle.

La primera noche la llevó a un lugar donde cenar costaba cuatro dólares. Después estuvieron en un bar decorado elegantemente y él pidió *whisky* de doce años. Se tomó nueve *whiskies*, bebiéndoselos con muy poquita soda cada uno. Evelyn paró al tercero. Ahora lo recordó; había tenido un poco de miedo. Con nueve *whiskies* en el cuerpo, probablemente estaría borracho.

Pero resultó que no lo estaba. Caminó con estabilidad, habló con naturalidad, tranquilamente, y condujo el coche con seguridad y facilidad. Era admirable, pensó Evelyn.

Y cuando se despidió, él le cogió las manos, sus grandes dedos con suavidad en los nudillos, sus pulgares apretándole las palmas. Sonrió débilmente y dijo:

—Quiero verte otra vez. —Hizo una pausa, se acercó a ella, y añadió—: Mañana por la noche —y sin esperar respuesta, dio media vuelta y bajó la escalera.

A la noche siguiente la fue a recoger a la tienda y otra vez la llevó a cenar. Otra vez fue un restaurante caro, más caro aún que el primero. Luego fueron al cine y, cuando salieron la llevó a un bar elegante, tranquilo, decorado al estilo colonial. Evelyn se tomó dos *sidecars* y él once *whiskies*. Salieron del bar hacia las doce y media. Desde el centro de la ciudad, él la llevó a casa por el River Drive. El descapotable color púrpura circulaba a ochenta kilómetros por hora, silencioso al lado del Schuylkill. Leonard tenía muy poco que decir, y Evelyn se preguntó si habría dicho o hecho algo que le había desagradado. Empezó a preocuparse por ello, y luego de repente se enfadó consigo misma por preocuparse por eso, y levantó un poco la cabeza y la mantuvo ahí.

Cuando Leonard se despidió de ella, no le puso las manos encima. No dijo nada de verla otra vez. Se limitó a desearle buenas noches y se fue.

Al día siguiente apareció de nuevo en la tienda. Llegó a mediodía y la llevó a almorzar. Salió con ella el sábado por la noche. El domingo la llevó a dar un paseo por el campo. El lunes llevó a su casa una caja de bombones de dos kilos y medio.

Esta noche era martes.

Evelyn estaba citada con él mañana por la noche. Pensar en mañana por la noche era pensar en riqueza color púrpura y en Montana Saddle, con el fondo de un nuevo vestido que había visto en un escaparate de Chestnut Street. Ella quería ese vestido y quería un sombrero nuevo, pero solo cobraba dieciséis dólares a la semana y el vestido era muy caro. Su padre le compraría el vestido si se lo pedía, pero no se lo pediría, porque Clara lo descubriría y habría el mismo problema que la última vez. Sin ruido, toda rigidez y formalidad; era esa clase de problemas. La fórmula especial de Clara para crear problemas. El modo que tenía Clara de descubrirlo. El modo que tenía Clara de tantear, de rascar, de escarbar, con la tranquila severidad de quien está decidido a sacar el último trozo

de carne de una cáscara de nuez.

Evelyn se retorció sobre su costado y apagó la luz. Sintió un confort limpio entre las blanquísimas sábanas, con el calor justo que proporcionaba la manta azul con ribete de satén. Evelyn permaneció tumbada de espaldas, respirando tranquilamente el dulce aire de primavera que entraba por las dos ventanas que había frente a la cama. Contempló la resplandeciente oscuridad; la noche era como la faceta muy pulida de alguna gigantesca gema color azul oscuro. Negro oscuro fuerte. El cheviot azul oscuro que quedaba tan bien sobre los hombros de Leonard Halvery. Sus anchos hombros. Sus gruesos brazos, sus gruesas muñecas, tan gruesas. Y sus manos, qué limpias eran sus manos, sus uñas pulcramente arregladas.

La suave riqueza de la voz de Leonard, la suave y suntuosa tapicería de cuero púrpura oscuro del descapotable púrpura, la riqueza de los grabados en los gruesos mangos de los cuchillos y tenedores de los restaurantes grandes y caros. Y el rico e indiferente zumbido del gran descapotable al deslizarse por la noche primaveral junto a la orilla del Schuylkill.

Y la suavidad, la maravillosa suavidad de la música que sonaba en la radio del coche, la delicadeza con que las manos de Leonard manipulaban el volante de plástico color espliego, el suave tintineo de los gruesos vasos altos, reluciendo sobre un fondo de suaves paredes de madera de arce. El majestuoso salón de coctelería situado en ángulo recto con Rittenhouse Square en el majestuoso centro de la ciudad de Filadelfia. Qué delicia.

Qué delicia vivir en un mundo de color. Estas espléndidas combinaciones como verde y oro, la piedra verde tan grande y firme en el centro del grueso anillo de oro de la clase de Dartmouth. O negro y oro, el cuerpo negro mate de la correa del reloj sobre el vello rubio de la gruesa muñeca de Leonard.

Evelyn cerró los ojos y vio los colores. Sonrió.

Oyó un ruido y sintió un escalofrío. Un ruido en las ventanas. Se estremeció otra vez. El ruido lo producían unas piedrecitas que golpeaban las ventanas, algunas de la cuales atravesaban el espacio abierto y caían al suelo. Evelyn tenía los ojos cerrados con fuerza.

Las piedras siguieron golpeando las ventanas.

Evelyn sacudió la cabeza, como si quisiera negar algo. Empezó a hacer girar la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, y las

piedras seguían golpeando las ventanas.

Evelyn se llevó una mano a la garganta, se estremeció otra vez y se incorporó. Luego todo sucedió velozmente, sin pensarlo. El armario y la bata. Y las zapatillas en los pies. La habitación, el oscuro pasillo, la escalera. El silencio de la casa en el piso de abajo, y la puerta trasera. Y Evelyn se quedó en lo alto de la escalinata, mirando hacia la ancha calle.

La luz indefinida de la luna bañaba la calle, franjas de azul luminoso que colgaban oblicuas de la densa quietud negra. Estas franjas parecían ensancharse al abrirse paso la luna a través de las nubes más altas, y su resplandor era completamente líquido, desparramando de modo gradual una corriente acuosa de reluciente azul por toda la calle. Recortada sobre esta se veía la figura de un hombre joven.

El joven esperaba, a pocos metros del pie de la escalinata. Respiraba fuerte, con la boca abierta, los brazos sueltos a los costados mientras observaba a la muchacha acercarse a él.

Al principio bajó la escalera despacio. Luego corrió, saltó desde el cuarto escalón, fue a parar al cemento blanco y se precipitó hacia él mientras él se precipitaba hacia ella. La muchacha se abalanzó sobre su pecho, le rodeó con sus brazos, le atrajo hacia sí mientras él la atraía hacia sí. Se quedaron así quietos, latiendo con fuerza sus corazones, y luego ella levantó la cabeza y le miró.

A la luz de la luna se veía esto: un muchacho de unos veintisiete años, un muchacho delgado pero fuerte de peso medio. Pelo negro, muy negro y brillante. Era un pelo lacio y lo llevaba tal cual, pero con descuido.

Ella acercó las manos al rostro del joven. Susurró:

—¡Barry! ¡Oh, Barry!

En los brazos de él había ferocidad, y también en sus ojos y en sus labios. Los ojos de Evelyn ahora estaban cerrados, y era como si estuviera corriendo a través de las llamas. Era una llamarada fulgurante, como un torbellino. Sin embargo en el centro era fría, manando de un modo maravilloso, inmensamente maravilloso.

Él susurró:

—Sabía que responderías a mi señal.

—Barry, no quería hacerlo.

—Lo sé. Pero sabía que de todos modos vendrías.

—¿Cómo lo sabías?

—No sé explicarlo. Pero lo sabía. Todos estos años sabía que alguna noche volvería a arrojarte las piedras. Y sabía que vendrías a mí cuando las oyeras.

—Barry, me alegro tanto de haberlo hecho. Ha pasado tanto tiempo, tanto tiempo...

Evelyn se estremeció, pensando en los tres años que la habían separado de Barry. Pero estaban juntos otra vez, y aunque la esencia de lo que ahora tenía lugar era como un sueño, con la noche que les envolvía como un vapor negro —el escenario para un idilio— la realidad de ello superaba el sueño; ella sabía que él estaba allí, y se aferró a ello.

Aquel primer encuentro, tan claro ahora, aun cuando estaba bajo un cristal de extremo grosor y estaba gastado... Ella era una niña pequeña, que salía a tientas de la infancia y hacía muecas al muchachito de diez años. Y el muchachito se quedaba donde estaba y la miraba con el ceño fruncido.

Y después era una niña de cinco años, y le tiraba algo al muchacho. Era una jarra de vidrio. Se la arrojó y se escapó corriendo, pero él no la persiguió. Siempre era así. Él nunca la perseguía. Apenas si la miraba alguna vez. Y su infancia transcurrió de esta manera, una oscura beligerancia, una progresión de escenas en las que ella le hacía muecas y le arrojaba cosas, e incluso cuando recibió un corte en la cara, él no le hizo ningún caso.

Cuando Evelyn tenía dieciséis años él empezó a mirarla. Entonces él trabajaba en un garaje. Ella recordó ahora cómo él solía subir por la calle, y el color dorado y gris de media tarde del sábado en primavera. Él trabajaba en un garaje y regresaba sucio y negro, cansado y aparentemente disgustado. ¡Oh!, tenía un aspecto horrible.

A ella le producía un cruel placer verle así, porque ella iba impecablemente limpia, con su bonito vestido ahuecado y elegante para la cita del sábado por la noche con algún chico de la parte alta de la ciudad. Y estaba encantadora, de pie en la escalinata, esperando a su cita. Ella siempre concertaba la hora para que el chico llegara cuando Barry regresaba a casa después del trabajo.

La cita llegaba con el cabello engominado, los pantalones planchados, los zapatos relucientes. Una sonrisa para el chico, una

barbilla levantada y un movimiento de hombro para Barry, como para impresionarle y hacerle sentir inferior. Y una noche él apareció en la calle con la cabeza vendada, y ella le dijo a su cita que no se encontraba bien. Llamó a la puerta de los Kinnett. Barry estaba en casa solo; la miró, intentó decir algo, y de repente ocurrió algo pasmoso. Él se echó a llorar. Ella recordó ahora el sabor que sus lágrimas, estas extrañas lágrimas de un joven de veintitrés años, dejaron en su boca.

Y la sangre manchaba el vendaje. Él le contó que había habido una pelea en el garaje. No pudo decirle mucho más que eso. Ella no le dejó. Porque lo sabía. Ella lo sabía mejor de lo que él podía contárselo. Toda su amargura, esas tardes de sábado cuando subía por la calle, cuando veía los relucientes coches nuevos de la parte alta de la ciudad aparcados enfrente de la casa de ella. Las cosas que acudían a su mente mientras permanecía junto a la ventana y observaba alejarse el descapotable, el pelo de Evelyn al aire, y el chico erguido y presumido ante el volante.

Y aquella noche ella lo descubrió. Su sangre y sus lágrimas eran una narración viva, que le decían la lucha que existía en el interior del muchacho, las cosas que era capaz de sentir, la profundidad que había en él. De una manera extraña ella no solo comprendió los pensamientos y emociones de Barry, sino sus acciones cuando estaba fuera de su vista, y pudo verle cuando estaba solo en su casa, aquellas noches en que la risa y la charla de ella se mezclaban con la chispa de una fiesta en la parte alta de la ciudad. Pudo verle en su soledad y su confusión y su fatiga. Pudo verle salir de su casa, caminar hacia la parte alta de la ciudad, caminar y caminar en la oscuridad, mirando hacia los grandes céspedes y las ventanas iluminadas de las mansiones. Y su mente, desgarrada por el despecho, por el ansia, pensando cuánto la odiaba, cuánto quería que estuviera con él. La sangre y las lágrimas lo borraron todo. La sangre y las lágrimas les empujaron a un abrazo y a una promesa.

Él le habló de una verdad inmensa arraigada en esta noche de primavera. Siempre estarían juntos, y lanzar piedrecitas desde la calle a la ventana del dormitorio de Evelyn sería su señal.

Ella recordó ahora la maravillosa música de aquella señal; cómo le hacía correr hacia él, la aventura que ello representaba, la emoción y el placer durante toda una primavera de ensueño.

Y sin embargo llegó el verano, y luego un invierno, y él olía a gasolina, parecía tan cansado, no podía quitarse la suciedad de las uñas, no podía, o no quería, peinarse el cabello. Hubo una noche en que las piedras golpearon la ventana y ella bajó con cierta desgana, los ojos fríos, fríos como la noche de invierno, su voz no la voz de Evelyn, y su actitud, distante. Vio el efecto que producía en él, su esfuerzo por no creer, sus gestos torpes, y ella apartó la mirada. Era como si ella no estuviera escuchando, pero ahora, al recordar aquella noche, recordó todas y cada una de las palabras que él dijo.

Dijo que a los veinticuatro años no se era demasiado mayor para comenzar la universidad. Iba a estudiar bioquímica. Se las arreglaría para trabajar y pagárselo. Había un gran futuro en ese campo. Aun cuando tardara seis o siete o incluso ocho años en conseguir el diploma, lo haría.

Pero aquella misma noche ella había estado en una gran fiesta en la parte alta de la ciudad. Una mansión espléndida. Muchísima gente. Había algo en ella que atraía a los jóvenes ricos y de posición, algo refinado y digno que hacía que las jóvenes damas de talla social la aceptaran. Ella nunca había hecho nada por conseguirlo. Llegó con facilidad, sin quererlo. Había atraído la atención de la gente de la parte alta; su actitud les había gustado, y habían mostrado abiertamente una auténtica admiración. Ella se lo pasaba bien en todas las fiestas, en especial se lo había pasado bien en la fiesta de esta noche, esta noche que terminaba tristemente al ver a Barry, su pelo más desgredado de lo usual, una mayor negrura en su cara y sus manos, cierta tosquedad en su voz, dureza y desafío en su actitud.

Hacía tres años de esa noche, pero ella la recordaba ahora con todo detalle. La manera como él se quedó, quieto como una roca, sin decir nada. Y la manera como ella se dio media vuelta y se alejó de él, diciéndose que nunca más volvería a preocuparse por él. No obstante, cuando regresó a su habitación, tuvo una visión de Barry, que no había vuelto a su hogar. Se alejaba de allí calle abajo. Se encaminaba al centro de la ciudad, hacia el barrio de casas de pisos donde había nacido. Las calles eran estrechas y sucias. Ella compartió las cosas que asaltaban los sentidos de Barry, el olor de humo de las fábricas que palpitaban con el turno de noche, el polvo que se levantaba en las calles, la sensación de que quería

permanecer allí, en aquella zona estancada y derrotada. Ella oyó la promesa que se hizo a sí mismo de que no volvería a verla jamás y que no sería necesario que se marchara, porque él estaría a miles de kilómetros aunque viviera en la casa de al lado.

Ella sufrió todo esto con él, mientras se decía que era un alivio saber que habían terminado. Se quedó dormida diciéndose que un capítulo desagradable se cerraba para siempre. Y no obstante le veía en la calle estrecha, y sus ojos se asomaban a los ojos de él, aunque le miraba en la oscuridad de su mente.

Ahora Evelyn regresó a esta noche. Tenía la cabeza apoyada en su hombro, los ojos cerrados.

—Es tan difícil de creer —dijo ella—. Vives en la casa contigua, y sin embargo no nos hemos visto en todo este tiempo.

—He estado trabajando por las noches, y durante el día estoy en la Facultad. Así ha sido. Pero había noches en que no podía dormir, y salía aquí y tenía las piedras en la mano, pero no podía lanzarlas, porque me decía que no bajarías. Y entonces entraba de nuevo en casa. Y durante el resto de la noche, soñaba contigo. Sé que es difícil imaginar algo parecido a un sueño en esa casa...

—No digas eso, Barry.

—No es necesario que lo diga. Puedes oírlo tú misma a través de las paredes.

—Nunca oigo nada.

—Sí lo oyes. Mi padre, gritando. Mi madre, gritando. Yo moriría por ellos, Evelyn, pero no dejaré que me hundan con ellos. Voy a salir de esto, voy a entregar todo lo que tengo y trabajaré para salir de esto, y entonces, que Dios me ayude, les sacaré a ellos también. Esta noche han peleado otra vez, y no me digas que no les has oído. He subido arriba mientras todavía discutían. Y después, cuando han parado, no podía dormir. Pensaba y me dormía y volvía a despertar. Luego ha empezado esto, algo que me ha hecho salir de la habitación, alguna fuerza que me dominaba y me ha hecho salir de casa, me ha traído hasta aquí, me ha hecho coger las piedras. Y tenía miedo de tirarlas, pero sin querer, ya las estaba lanzando.

—A mí me ha pasado lo mismo. Tenía miedo de bajar. Y antes de darme cuenta, ya estaba fuera de casa, corriendo escaleras abajo, viéndote otra vez...

—Hemos tardado, ¿eh?

—Han sido tres años horribles, Barry. Pero ahora han pasado. Ahora todo irá bien, lo sé, estoy tan segura como de que estoy aquí de pie, mirándote, tocándote. Sé que todo irá bien. Eso es lo que realmente quiero. Y, Barry, quiero que recuerdes una cosa. Soy yo, la real, la que te está hablando ahora. Nadie más. Por favor, no lo olvides.

Él frunció el ceño.

Los ojos de ella mostraban angustia. Barry reconoció esa angustia, pero no pudo saber qué significaba, y su gesto ceñudo se intensificó.

—Nadie más —repitió ella.

Él empezó a decir algo, y su boca se cerró de golpe. Tenía el ceño fruncido cuando se inclinó hacia ella y le cogió las muñecas.

—Soy Evelyn —dijo ella—. Recuérdalo, ¿lo harás, Barry? Por favor.

Barry percibió que algo extraordinario estaba ocurriendo y quería entender y, sin embargo, le daba miedo hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada... ahora. Ahora no pasa nada.

—Dime lo que era.

—Barry, hagamos planes.

—Por supuesto.

—¿Mañana?

—Sí, claro. ¿A qué hora? ¿Y dónde?

—Me cogerá un dolor de cabeza terrible durante la hora del almuerzo y me tomaré el resto del día libre. Encontrémonos en Fifteenth and Chestnut, la esquina sudoeste. Iremos a Fairmount Park... Mira, mira las estrellas. Mañana será un día hermoso. Y es primavera, somos jóvenes, tenemos derecho a ver las violetas de vez en cuando, en lugar de paredes y caras espantosas. Barry, di la hora.

—Digamos a la una y cuarto.

—Sí, pero yo estaré allí mucho antes. Quiero esperarte, Barry. Quiero estar allí y esperar y ser feliz esperando verte. Ver tu pelo negro desgreñado.

—Mañana me lo peinaré.

—No. —Casi lo dijo con un siseo, como si se rebelara contra algo—. No quiero nada especial ni preparado. Solo quiero ver a Barry, tal como es.

—Verás a Barry.

Ella se apoyó en él y dijo:

—Ahora tenemos algo, ¿no es verdad?

—Lo tenemos todo —murmuró Barry, y sus manos enmarcaron suavemente la cabeza de la joven—. Esta vez no lo perderemos... — Sonrió, levantando la vista despacio, queriendo ver el cielo estrellado, pero su mirada se detuvo al llegar al segundo piso de la casa de los Ervin. Mientras miraba las ventanas, los puntales de madera, las columnas de ladrillo, se oyó a sí mismo decir—:...y nadie nos lo quitará.

Notó que Evelyn se estremecía contra él. Esperó; quería que ella hablara, quería que ella le llevara a estos tres años transcurridos, como si se tratara de alguna tortuosa caverna que contuviera algo de lo que ella había escapado, algo angustioso y funesto, algo contra lo que él tuviera que tomar venganza.

Las paredes de la casa de los Ervin parecieron expandirse, elevarse y ensancharse, haciendo desaparecer las estrellas.

3

A LAS ONCE Y MEDIA de la mañana se oyó un golpe vacilante en la puerta. Clara no movió la cabeza, que tenía apoyada cómodamente en la almohada. No apartó los ojos del dibujo pintado a la acuarela de un sombrero negro que aparecía en la página setenta y uno de *Bazaar*

Harper's

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Me dijo que llamara a su puerta a las once y media —dijo Agnes.

—¿Qué hora es?

—Las once y media.

—Tráeme el desayuno.

—¿Qué tomará?

—Córtame a rodajas un plátano. Ponle mucha crema de leche. Mucha, he dicho. Y tres huevos escalfados, unas tostadas con mucha mantequilla, y que esté derretida, recuérdalo, derretida sobre las tostadas. Y un tazón de café. Antes de hacer eso, sal corriendo a comprarme un paquete de cigarrillos. Compra dos paquetes. Y empieza a llenar la bañera con agua tibia. Échale un poco de las sales de baño Tigridia que tengo en el estante de abajo del armario. Luego saca las toallas amarillas. Las amarillas, las nuevas que compré. ¿Estás escuchando con atención lo que te digo?

—La escucho.

—Entra, Agnes.

—Agnes entró en la habitación. Era una mujer alta, delgada y ajada, que en realidad tenía treinta y un años pero aparentaba tener cincuenta. Tenía los ojos apagados de tanto trabajo duro. Trabajo duro y honrado desde los once años. Ahora, las canas se mezclaban con —su cabello castaño sin atractivos, que llevaba corto para que no le cayera a los ojos cuando trabajaba inclinada. Hubo un tiempo en que Agnes había utilizado horquillas para sujetar el largo cabello. Después llegó un momento en que no quiso llevar más el pelo largo, ni siquiera el recuerdo de este, el largo y hermoso pelo, tan reluciente y suave, de cuando era niña.

—Cierra la puerta, Agnes.

Agnes cerró la puerta y se dio la vuelta, erguida, y miró a la mujer que estaba en la cama. Luego, muy lentamente, sus hombros fueron encorvándose.

Clara dijo:

—Es difícil para una criada encontrar trabajo estos días. A la gente le parece necesario economizar. ¿Sabes lo que significa esa palabra, Agnes? Se escribe con C, no con K. Economizar. Ahora, antes de seguir adelante, quiero que retires de tu cara esa mirada adusta. Inmediatamente, digo. Me niego a tolerar esa actitud.

Clara habló sin levantar la voz, pero cada palabra salió rígida y afilada. Siempre hablaba así, ya se dirigiera a Agnes, ya a Evelyn o a George. Algunas veces, cuando hablaba a otras personas, enmascaraba la rigidez. Pero no a menudo.

Los ojos de Agnes estaban fijos, como piedra sin pulir. Dijo:

—¿Qué quieres que haga?

—Estos días, Agnes, es difícil que una criada encuentre empleo. Y la gente no puede permitirse pagar lo que solía pagar. Una chica que gane siete dólares a la semana es muy afortunada.

—Se puede ir a trabajar a la fábrica.

—Tú no puedes. Estás enferma. De vez en cuando te pones a temblar y necesitas acostarte diez o quince minutos. Quítate de la cabeza la idea de la fábrica. Estás bien aquí, aunque no te des cuenta. No eres nada agradecida, Agnes.

—Cumpla mi trabajo.

—Tú ganas nueve dólares a la semana. Y tienes la manutención.

Agnes bajó la cabeza, luego la giró y dijo:

—Antes de que viniera usted, yo no dormía en el sótano.

—Tal vez te gustaría esta habitación, Agnes. Quizás incluso querías comer a la misma mesa que yo.

—Hay una habitación vacía arriba. Antes era mi habitación.

—Ahora es el cuarto de los invitados.

—Nunca ha habido ningún invitado en esta casa... en los últimos tres años.

Clara cruzó los brazos.

—Mira, muchacha —dijo—. Ganas nueve dólares a la semana. Tienes habitación y comida. Tienes libres los jueves y medio sábado. No haces tu trabajo con ganas, no muestras el debido respeto. Y no sabes cuál es tu lugar. Hay cientos de chicas que se pondrían de rodillas para suplicarme que les dejara trabajar aquí por nueve dólares a la semana y la manutención.

—Yo hago toda la limpieza. —Agnes empezó a temblar.

—Sí —dijo Clara—. Y no lo haces muy bien. —Observó que el temblor aumentaba en los miembros de Agnes—. Eres descuidada al planchar.

—El señor Ervin dice que le gusta cómo le plancho las camisas.

—No discutiremos lo que le gusta al señor Ervin.

—Hago todo lo que puedo —dijo Agnes—. El temblor ahora era convulsivo y se estaba extendiendo por todo el cuerpo.

Clara se dio cuenta. Dijo:

—Lo siento, Agnes. No estoy satisfecha.

—Hace once años que trabajo aquí.

—Quizás por eso estás cansada. Y también eres irrespetuosa. — Clara suspiró profundamente, sacudió la cabeza en gesto de inutilidad, mientras en su interior recordaba lo que George había dicho una vez que Agnes no tenía a nadie, nada en lo que apoyarse. Añadió—: Tu gente te ayudará.

—No tengo gente.

—¿A nadie?

—No tengo a nadie.

—Qué pena —dijo Clara—. Me imagino que cuando te vayas de aquí no tendrás ningún sitio a donde ir.

—Ningún sitio. —El temblor cesó, como si ahora el cuerpo estuviera demasiado cansado incluso para temblar.

—Ciertamente es una pena —dijo Clara, y alisó la sábana de abajo para poder estar sentada con toda comodidad. Se miró las

uñas pintadas de rojo oscuro y esperó.

Agnes dijo:

—Por favor, señora...

—¿Por favor, qué? —Clara refregó un pulgar sobre la uña del otro, dibujó un pequeño círculo con sus labios mientras se contemplaba la uña.

Los ojos de Clara dejaron de mirar la uña, enfocaron al otro lado de la habitación, a los gastados zapatos negros, y subieron por los delgados tobillos hasta el borde del gastado vestido de faena. Y siguieron subiendo por las delgadas y cansadas piernas, por las huesudas muñecas. Los ojos de Clara enfocaron los ojos de Agnes.

Recostándose cómodamente contra la almohada, Clara dijo:

—Te daré otra oportunidad. Pero quiero ver una mejora inmediata en tu trabajo, y quiero que respondas más deprisa cuando te ordeno que hagas algo. Sobre todo, quiero respeto. Quiero que te mantengas en tu lugar. ¿Está claro?

—Sí, señora.

—Hay otra cosa. A partir de la semana que viene ganarás siete dólares en lugar de nueve.

—Me quita...

—Te quito dos dólares de tu salario. Tu trabajo no vale nueve dólares a la semana. Ni siquiera vale siete. Soy buena contigo al permitir que te quedes aquí. Y hay algo que quiero que recuerdes. Yo soy la dueña de esta casa y decido cómo hay que llevarla. He decidido que a partir de ahora ganarás siete dólares. Y si me entero de que te has quejado al señor Ervin, decidiré que no trabajes aquí. Ahora vete abajo y prepárame el desayuno. Y ocúpate de las otras cosas que quiero. Y hazlo rápido.

Agnes se dio media vuelta, moviéndose como si estuviera arrastrando bloques de granito con cadenas. En el pasillo miró la puerta cerrada del dormitorio principal. Luego se miró las manos.

De la habitación trasera salía un tubo de luz amarilla oscura que se extendía por la pared, cayendo un poco de ella sobre la alfombra del pasillo. De las otras habitaciones, cuadrados de luz más brillante, más amarilla, se derramaban cubriendo de brillo amarillo las paredes y el techo del estrecho pasillo.

Más allá del amarillo oscuro del tubo y las secciones de luz, la oscuridad capturada dominaba el pasillo. Agnes se quedó un

momento allí, mirándose las manos. Una línea de luz amarilla llegó hasta ellas, se ensanchó, envolvió las manos de Agnes, y pareció resplandecer a través de la carne y mostrar los huesos. Agnes extendió los dedos, los curvó, y sus manos parecieron transformarse lentamente en garras.

Después, de repente, dejó escapar un rechinante sollozo y aflojó las manos, y empezó a bajar la escalera.

Después de terminar su desayuno, Clara se fumó tres cigarrillos. Con ritmo regular pasaba las páginas de la revista de modas. Finalmente, la revista estuvo en el suelo y el brazo derecho de Clara quedó colgando a un lado de la cama. Unos minutos más tarde Clara se giró, se apretó lentamente la parte interior de un muslo, cerró los ojos y sonrió. Luego salió de la cama, encendió otro cigarrillo, recogió la revista y la dejó sobre la cama; luego, la volvió a coger y la arrojó al suelo.

Después Clara fue al cuarto de baño y permaneció allí dentro durante casi dos horas.

De pie en la bañera, escuchando el gorgoteo del agua que se escurría por el desagüe, Clara alargó el brazo para coger una de las toallas amarillas. Y en el gran frasco de cristal, las sales de baño Tiger Lily eran de brillante amarillo. Su color para aquel día era el amarillo. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, satisfecha, impregnándose de amarillo.

Cuando Clara utilizaba las sales de baño Geranio, se secaba con toallas de color rosa, y metía un pañuelo rosa en un bolso de cocodrilo rojo, y el rosa y el rojo se distribuían de modo dominante en todo su atuendo. Cuando utilizaba sales de baño Violeta, el color para aquel día era el púrpura. Había cinco frascos grandes de sales de baño, los símbolos de la estabilidad y un orden de existencia bien controlado y equilibrado. Grandes frascos redondos de Tigridia, Geranio, Violeta, Narciso Negro e Hierba.

En el dormitorio, Clara se quedó desnuda ante el espejo, las manos bien atrás en las caderas, moviéndose luego para sujetar la firme gordura, los dedos apretando con suavidad. Examinándose en el espejo, Clara decidió que hoy visitaría a Ramón para que le lavara la cabeza y le ondulara el pelo, y le daría instrucciones para

que le pusiera más tinte naranja, pero no demasiado. También quería saber lo que Ramón pensaba de su nuevo esmalte de uñas y pintalabios color rojo oscuro. A Ramón había que pincharle y estimularle para que expresara una opinión franca.

A ella le gustaban cuando decían lo que pensaban. Realmente le gustaban así, aunque ese gusto nunca se expresaba. Siempre era un combate, nunca un afecto. Disfrutaba con el duelo, y siempre había sentido un placer absoluto cuando el hombre, fuera quien fuera, pasaba gradualmente de la estrategia a la emoción, y de las palabras fuertes a una explosión. Este tipo de juego era muy divertido y jugoso, y el día en que vio por primera vez a George Ervin fue como una decepción, pues aunque inmediatamente le impresionó como blanco, como presa, era evidente que no sería interesante. Sería demasiado fácil. No había un desafío específico. Él no tenía pasión, no tenía arrojo, y aun cuando era posible que lo hubiera tenido en otro tiempo, ahora se había marchitado porque era un hombre marchito, un hombre cuya inclinación al esfuerzo se había visto debilitada por alguna tragedia personal. Desde detrás del mostrador de la caja ella lo había decidido al instante, y sin embargo era hora de hacer algo, hora de salir de detrás del mostrador y avanzar unos pasos. Desde el problema de Denver había tenido una contrariedad tras otra, y ahora las cosas estaban llegando a un punto estancado. Era hora de moverse. Y aquel hombre estaba allí de pie mirándola, y fue algo como un momento material, una fuerza que cruzó unos cables invisibles entre ellos. Ella tuvo un impulso que generó esa fuerza, y quizás algo aprovechable saldría de ello.

En Denver todo había sido demasiado negativo. Una oportunidad aquí y allí, pero siempre se había filtrado alguna contrariedad cuando las cosas parecían ir bien. Hubo el italiano, cuyo talento para estafar era limitado, y ella se había dado cuenta un poco demasiado tarde. Fue bastante emocionante cuando intentaban huir, una fuga caótica a través de las montañas, el sonido de las sirenas, y en un momento dado incluso hubo una ráfaga de disparos. El italiano era tonto. No sabía estafar, no sabía utilizar un revólver. Recibió tres disparos en el pecho, y en una carretera de montaña fueron atrapados por las motocicletas y los coches negros. Ella se estremeció cuando le colocaron las esposas.

Se estremeció otra vez cuando fue pronunciada la sentencia. Era una de esas cosas que pasan, y luego fue cuestión de comportarse y de sonreír dulcemente a los guardias y las matronas y decir buenos días cada mañana. Durante dos años sonrió y dijo buenos días en la prisión estatal de mujeres, y le redujeron la sentencia de cinco años y fue puesta en libertad bajo palabra.

Después de eso seleccionó a sus colegas con más cuidado. Durante un tiempo hubo una especie de negocio con aspecto de chantaje, pero esto se hizo precario cuando el negocio floreció, y ella se salió justo a tiempo. Hubo unas cuantas transacciones con un receptor de objetos robados, pero era un hombre nervioso y se preocupaba demasiado. Hubo unos cuantos tratos en Idaho, algunas maquinaciones astutas en el Middle West; pero siempre, cuando las cosas parecían estar cristalizando, en su socio asomaba un carácter débil como un oscuro potencial, y ella se daba cuenta de que era hora de acabar la racionalización y hacer algo práctico. Siempre se salía cuando las cosas parecían buenas a todos los demás que estaban involucrados. Y luego estuvo en Denver otra vez, y hubo el ingeniero de minas alto que representó un desafío. Tenía la firmeza y el intelecto necesarios, pero ella sabía que sería un proceso lento. Poco a poco se fue convirtiendo en una experiencia, y sin embargo, ahora, mirar atrás no era agradable. Pensar en ello le hacía temblar. Las implicaciones no habían sido borradas jamás. Tuvo que hacer esfuerzos para apartarlo de su mente, y volver de pensamiento a este George Ervin era como llegar a una meseta después de una ardua ascensión.

Era casi cómico, este George Ervin. Como jugar a las damas con un niño de cinco años. Ella veía la ansiedad en sus intentos por ocultar la ansiedad. Midió las cualidades débiles, las midió con extremo cuidado y luego las comprobó una y otra vez. Midió sus propios planes y se dijo que era sensato señalar un límite, al menos de momento. La negociación en Denver con el ingeniero de minas había demostrado la posibilidad de un juego de espera, y aun cuando los años sucesivos lo habían sido todo menos beneficiosos, se dio cuenta de que la vida era un proceso más largo de lo que la mayoría de la gente creía. La filosofía de la tortuga podría resultar una aplicación lucrativa de ahí en adelante.

Era tan fácil, este George Ervin. Era el cliente perfecto. Era casi

un placer verle sentado en el restaurante, empapándose de lo que ella decía y empapándose de las líneas de su cuerpo y sin saber lo que estaba comiendo. Era tan divertido observar cómo él creía realmente todo lo que ella le contaba, cómo su gruesa y lujuriosa voz se derramaba sobre él como jarabe, cómo él la saboreaba, y cómo aquel cigarrillo ruso de quince centímetros le había impresionado, igual que los abalorios impresionan a los salvajes.

Sin embargo, con todo esto, ella se repetía a sí misma que era peligroso subestimarle. Estaba maduro para una conquista, esto era seguro, pero no cabía duda de que no era ningún ignorante y tenía algunas sugerencias de importancia. Lo que ella tenía que hacer era golpear fuerte en el principal punto débil, y ese era por supuesto la carne, y el matrimonio tenía que ser presentado sin hacer mención del matrimonio. Todo el proyecto tenía que ser manejado con un máximo de dignidad y un mínimo de insinuación. Al hacer esto, ella cosechaba los beneficios de todo lo que había aprendido del ingeniero de minas. El modo de hablar preciso, las maniobras laterales en la conversación casual, el conocimiento de hechos pertenecientes al ingeniero de minas y que ella había hecho suyos, todos los puntos interesantes relativos a México, Canadá y Sudamérica, y los asombrosos conocimientos que el ingeniero de minas poseía sobre música y pintura, y sobre temas tan inusuales como Kant, Spinoza y Eurípides. Nunca había olvidado estas cosas. Y representaban una maravillosa munición. Daban credibilidad a las afirmaciones que había hecho respecto a la Universidad de Denver y el título de graduado y el empleo de bibliotecaria.

No fue ninguna sorpresa cuando él se lo propuso. No fue sin duda ninguna sorpresa cuando él resultó ser un aburrido compañero de matrimonio. Pero había compensaciones. Seguía siendo divertido. Era tan divertido jugar con él, hacerle dar vueltas hasta que estaba exhausto y se habría arrojado por una montaña si ella se lo hubiera ordenado. Esto era una cosa, y la hija era otra. La hija era una mezcla única de la debilidad de un padre, la naturaleza plácida de una madre, y alguna pasión extraña ajena a la influencia paterna. Potencialmente la hija era un problema, y eso se hizo evidente en las primeras semanas. Problema, y sin embargo lo hacía más interesante y sabroso. La hija no era una yegua salvaje a la que hubiera que domar en una sesión violenta. La hija era un complejo

rompecabezas que había que estudiar y analizar desde puntos de vista divergentes, que había que manejar en consecuencia, y esto, como otros muchos rompecabezas, requeriría bastante tiempo.

Sin embargo estaba llevando más tiempo de lo que había esperado. Ahora hacía tres años, y muchos arrebatos de cólera de poca importancia no habían conseguido provocar la deseada crisis y el consiguiente resultado. La hija había sido dominada considerablemente, pero aún quedaba una gran oposición detrás de aquellos serenos ojos grises. Ahora hacía tres años, y había algo que sujetaba a la hija, y fue importante descubrir de qué se trataba ese algo. La hija debiera haberse sometido mucho tiempo atrás. Tenía la firme sensación de que con la rendición de la hija, sería inminente la hora de dar otro paso al frente. Y tenía otra sensación con respecto a la hija; tenía algo que ver con el hecho de que poseía un porte natural y un encanto digno, y que era atractiva a los ojos de la gente que tenía estas cosas por herencia. Consecuencia de ello era una cierta pauta presentada por la hija, quizás a ser utilizada por Clara, y era la pauta de una herramienta, un instrumento delicado que había que manejar con cuidado matemático. Y todo esto era bueno de saber, pero tres años era demasiado tiempo. Había que hacer un movimiento importante. Esta casa era confortable, pero sus limitaciones se estaban haciendo cada vez más aparentes con cada día que transcurría. Le faltaban baldosas de colores en el cuarto de baño, le faltaba una Kirmanshah en la sala de estar, le faltaba mármol y grueso satén y una mesita de café de ébano y cortinas de terciopelo granate. La comida estaba bien, pero había comida mejor en el mundo, cremas más ricas y asados más consistentes, y actualmente había cosas como bombones de artesanía que costaban siete dólares la libra.

Clara se vistió despacio, y predominaba en su atuendo el color amarillo. El vestido negro tenía un margen amarillo y llevaba un cinturón amarillo. Los zapatos negros de cabritilla, de tacón alto, tenían una tira y un reborde amarillos. Clara se quedó frente al espejo, alisándose el vestido sobre el gran bulto que sobresalía detrás de ella. Luego se giró un poco y se miró su perfil en el espejo. Enfrente, alta y con naturalidad, sus bultos se destacaban. En su

cuerpo no había nada tenso, nada forzado ni mecánico, ninguna necesidad de un sujetador diseñado especialmente ni ningún rígido corsé. Esto, se dijo Clara para sus adentros, es algo de lo que estar orgullosa. Esto, un metro sesenta y dos y sesenta y ocho quilos, era la perfección real, la auténtica magnificencia femenina. Esto era la figura grandiosa, la redondez y la abundancia, la solidez, la majestuosidad.

Clara posó ante el espejo. Dio unas vueltas, se acercó al espejo, retrocedió, se acercó de nuevo y puso sus gruesos dedos en una cadera. Se miró el dedo de al lado del meñique. A su mente acudió un artículo de una revista que hablaba de la actual moda del topacio. Un topacio inmenso, montado en oro, flanqueado por pequeños diamantes, y resplandeciendo en aquel dedo. Sonrió y chasqueó los dedos, e hizo un gesto afirmativo ante el espejo.

4

CLARA PASÓ LA TARDE en el centro de la ciudad, en las joyerías, viendo topacios.

La parte alta de la urbe estaba atestada de gente a las cinco y media, y Clara cogió un taxi para regresar a casa. Llevaba consigo tres revistas nuevas, dos de moda y una de cine. Llevaba también una caja de dos libras de caramelos y una lata de una nueva marca de sopa de alubias negras que un anuncio había descrito como «inimitable». También una botella grande de cierto perfume que se suponía que «transportaba a una selva tropical de Tahití». A Clara le gustaba ese perfume desde hacía muchos años. Lo llevaba en abundancia el día en que George Ervin la había visto por primera vez en la tienda.

Cuando Clara bajó del taxi, estaba pensando en la sopa. Se la tomaría para almorzar mañana, y en lugar de ir a la ciudad, mañana iría a ver una película en el barrio. Quizás había alguna que no había visto todavía, y si las había visto todas, quizás iría al centro. La sopa de alubias negras y una película en el centro y algunas compras más. O tal vez hubiera una conferencia en algún sitio. Dos dólares con almuerzo, y podría ponerse el sombrero rojo oscuro y negro, después de un baño con burbujas rosas. La vida era tan interesante y deliciosa como cada uno quería hacérsela.

Muy bien, pues, mañana a la ciudad, y se tomaría la sopa de alubias negras pasado mañana. Quizás iría alguien con ella a la conferencia. ¿Quién? No tenía amigas, y por un momento irreal se preguntó por qué no tenía amigas. Despachado ese pensamiento, se

dijo que ella no necesitaba amigas. Ahora tenía todo lo que quería. Excepto un topacio enorme. Ahora mismo era lo que Clara quería. Y Clara lo tendría.

—Buenas noches, George.

—Hola, Clara.

—¿Cuándo has llegado a casa?

—Hace unos diez minutos.

—Pareces cansado.

—Lo estoy, Clara. Estoy muy cansado.

—Los ojos. Deberías hacer algo con tus ojos, George.

—No son los ojos. Es el trabajo.

—No deberías leer el periódico, George. Ya fuerzas bastante la vista todo el día. Quiero que vayas a ver a un médico, George. Deberías llevar un tipo de gafas especial.

—No me pasa nada en los ojos. Solo es el trabajo. Supongo que todos los estadísticos sufren este problema.

—¿No te puedes pagar unas gafas?

—No te entiendo, Clara. ¿Qué te hace decir una cosa así?

—Bueno, me parece que sería la única razón lógica para que no fueras a ver a un especialista.

—Pues claro que puedo pagarme unas gafas.

—Bien, entonces, ¿puedes permitirte ver a un hombre como Warnbold?

—¿Quién es?

—Uno de los mejores. Es nuevo aquí, en Filadelfia, pero muy famoso en Suiza. El otro día estuve leyendo un artículo que hablaba de él, de las asombrosas intervenciones quirúrgicas en los ojos que ha realizado. Creo que sería una buena idea que le visitaras, George. Un hombre así podría ayudarte tremendamente.

—Pero Clara, de verdad que no me pasa nada en los ojos.

—¿Y tus dolores de cabeza?

—No me los provocan los ojos.

—Estas racionalizando, George. Quiero que me escuches. Quiero que te visite este Warnbold. Aun cuando cueste un poquito caro.

—Por favor, Clara. No es el dinero. Solo es que realmente no les pasa nada a mis ojos. Como te he dicho, todos los estadísticos

tienen este problema tarde o temprano, porque es necesario seguir largas columnas de tabulaciones y tablas de logaritmos. Naturalmente, los músculos de los ojos se fatigan, igual que los brazos del que cava zanjas están cansados al cabo de ocho horas de pico y pala. Claro que mis ojos parecen cansados. Pero no es más que eso. Solo que están cansados. Si hubiera...

—Hay.

—Oh, Clara, por favor.

—George, estoy preocupada por ti. Por tus ojos. Quiero que hagas algo. Quiero que visites al Dr. Warnbold. Mañana.

—Ni hablar.

—George, mírame. ¿Tienes problemas de dinero?

—¿Qué demonios...? De verdad, Clara, no sé de dónde has sacado esa idea.

—Quiero que seas sincero conmigo, George.

—Lo soy. Siempre lo he sido.

—Y si tienes algún problema, yo debería ser la primera en conocerlo.

—Por supuesto, Clara.

—Bueno, entonces, ¿irás?

—Clara, esto es ridículo.

—¿De veras?

—Lo que quiero decir es...

—Me parece que sé perfectamente bien lo que quieres decir. Lo siento, George, si no he logrado limitar mis intereses a mis propios asuntos. Simplemente suponía que era mi deber...

—Oh, Clara, comprendo...

—Que era mi deber cuidar de ti, vigilar tu salud de todas las maneras posibles. Como te parece que tus ojos, igual que tu situación económica, no es asunto mío, no lo discutiré más.

—Clara, por favor...

—No lo discutiremos más, George.

—Clara, por favor, escúchame.

—George, este tema está zanjado.

—Por favor...

—El tema está zanjado. Si quieres hablar de alguna otra cosa, con gusto te escucharé.

Agnes entró en la sala de estar y anunció que la cena estaba a

punto.

George subió al piso de arriba y llamó a la puerta de la habitación de Evelyn.

La cena está a punto, cariño.

—Ya voy, papá.

Evelyn apartó a un lado de la mesa los papeles beige de dibujo con lo que había estado trabajando, y colocó los carboncillos en una pequeña caja de hojalata. Desde hacía tres años su afición era dibujar al carboncillo. Esto le proporcionaba algo que hacer en su habitación, donde podía estar sola.

Se apresuró a bajar, se paró un momento ante la radio, pero no la tocó. Desde hacía tres años la radio no se había puesto a la hora de cenar. A Evelyn siempre le había gustado escuchar música de baile a la hora de la cena. Clara decía que el *jazz* era tonto y molestaba. Después de la cena, siempre se ponía la radio, y el comentarista de noticias favorito de Clara penetraba en la habitación. Pero durante la cena, la radio estaba callada, y Evelyn permanecía sentada pensando en las muchas canciones populares nuevas que no le era permitido escuchar.

Agnes estaba sirviendo sopa.

Evelyn se puso la servilleta sobre la falda.

—George miraba su plato.

—Buenas noches, Evelyn.

—Buenas noches, madre.

—Agnes, ten más cuidado. Pronto derramarás la sopa sobre el mantel.

—Lo siento, señora, yo...

—Está bien, Agnes. ¿No tienes hambre, Evelyn?

—Oh, sí, claro.

—No has probado la sopa.

Evelyn miró a su padre. Este tenía la cabeza baja, vuelta a un lado, apartada de la mesa.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, querida. Solo estoy un poco cansado. He tenido un día duro.

Clara se terminó la sopa. Alcanzó la ensaladera, llenó su plato de fresca y tersa lechuga y tomates y zanahoria cruda rallada y pimientos verdes y una mezcla de aceite y vinagre, receta propia.

Evelyn miró a Clara, y observó cómo la comida viajaba sistemáticamente del plato a su boca. Evelyn preguntó:

—¿Ocurre algo, papá?

—No, querida... de veras. —George cogió una cucharada de sopa.

Evelyn dijo:

—Papá, ¿estás seguro de que no ha ocurrido algo que te hace sentir mal?

Clara levantó la cabeza y vio que los ojos de Evelyn la enfocaban a ella. Volvió a su ensalada.

George estaba intentando comerse su sopa. Dijo:

—De veras, querida, solo estoy cansado, como te he dicho.

Clara dijo:

—Imaginas cosas, ¿verdad, Evelyn?

—A veces.

—No es un buen hábito, Evelyn. Es...

—Pero no esta noche.

—¿Qué?

—Que no estoy imaginando cosas esta noche —dijo Evelyn.

—Explícame lo que quieres decir con eso —pidió Clara. Dejó su cuchillo y tenedor y se irguió, con la mirada clavada en el rostro de Evelyn.

George dijo:

—Oh, por favor, por favor...

—George, no quiero que te metas. Evelyn tiene algo en la cabeza y quiero saber lo que es. La chica ya me ha hecho afirmaciones preliminares, y ahora bien podría exponer el problema principal. Es decir —y Clara pasó la mirada de George a Evelyn y de nuevo a George—, a no ser que piense que sería mejor no hacerlo.

Agnes entró en el comedor, miró los platos frente a George y su hija, y volvió a la cocina.

Evelyn metió su cuchara en la sopa. Al principio no pudo saborearla. Gradualmente, el ritmo de comer ganó impulso y Evelyn estaba empezando a disfrutar del buen sabor de la sopa.

Y Clara lo observó, y esperó hasta que Evelyn pareció tener la mente centrada en el placer de comer la sopa. Y entonces Clara dijo:

—¿Y bien?

Evelyn sonrió. Dijo:

—¿Supones que tengo miedo de decir lo que estoy pensando? —
Oyó el retintín de la cuchara de su padre contra el lateral del plato. Sus ojos miraron fijo a Clara y su sonrisa se endureció—. Conozco a mi padre. Soy parte de mi padre y por eso no me puede ocultar nada. Sé que algo le pasa.

—Evelyn. —Fue sobre todo una súplica, aunque George intentó que fuera severo.

Clara dijo:

—Déjala que continúe, George. Escuchemos la sabiduría de los jóvenes.

—No es sabiduría —replicó Evelyn—. Solo es el conocer un estado de cosas.

—Evelyn, quiero que dejes esto inmediatamente —dijo George.

Evelyn clavó sus ojos en Clara y dijo:

—Hace mucho tiempo que no tengo la energía necesaria para hablar. Esa tienda, estar de pie todo el día, sirviendo a la gente, sus gustos idiotas y sus ridículos egos mientras están allí pavoneándose porque saben que yo tengo que servirles, tengo que ser mansa, y esa mansedumbre llega a convertirse en un hábito. Cuando llego a casa por la noche, eso es lo que veis, una chica trabajadora dócil y cansada. Pero esta noche notáis alguna diferencia, ¿no es verdad? Y os diré por qué. Hoy no he estado en la tienda todo el día. Me he ido a mediodía. Por qué me he ido y qué he hecho cuando me he ido no tiene nada que ver con esto. El hecho es el mismo: que esta noche no me siento mansa. Durante mucho tiempo he querido decirte algo, y ahora vas a oírlo. Estás torturando a mi padre.

Clara volvió la cabeza hacia la cocina y dijo:

—Agnes, estoy lista.

Llevándose un dedo a los labios, George tocó el codo de Evelyn. Cuando hubo atraído la atención de la muchacha, miró rápidamente hacia Clara para asegurarse de que ella no estaba mirando, y luego hizo un gesto negativo con la cabeza, frunciendo el ceño con aire reprobador y con temor.

Clara se llenó el plato con rosbif y puré de patatas y judías verdes. Untó el pan con abundante mantequilla, se inclinó sobre el plato y empezó a comer. Comía con apetito, aunque sus movimientos eran precisos y bien organizados. Se ponía pedazos de carne anchos y gruesos en la boca, seguidos de pan, y comía por

separado el puré de patatas y las judías verdes.

George contemplaba su plato.

En la cocina, Agnes estaba sentada ante su pequeña mesa y miraba por la ventana.

Después de untar con mantequilla un tercer pedazo de pan, Clara volvió a llenarse el plato de ensalada, luego se sirvió una segunda ración de carne, patatas y salsa, mientras se felicitaba por el hecho de que Agnes fuera una excelente cocinera.

Evelyn iba comiendo despacio puré de patatas. Era fácil tragar el puré.

Clara examinó la mesa y decidió que quería más judías verdes. Y otra rodaja de carne. O dos. O quizás tres. Y ya que estaba en ello, bien podría comer igualmente un poco más de puré de patatas. Solo un poquito más de ensalada, y probablemente había espacio para otro trozo de pan.

George hizo unos nuevos intentos de empezar a comer y finalmente dejó su cuchillo y tenedor.

Clara comió todo lo que tenía en su plato, se recostó en la silla y se secó los labios con la servilleta. Luego bajó las manos, se dio una palmada en el estómago y dijo:

—Agnes, estoy lista.

Agnes entró presurosa en el comedor. George levantó la vista, sus ojos intercambiaron algo con los ojos de Agnes. Recordó de manera inconexa que muchas veces había intercambiado esa misma cosa con los ojos de Agnes, y preguntó qué era. Cerró los ojos y tembló interiormente y deseó ser niño otra vez.

El postre era budín de plátano. Clara cogió una cucharada de rico budín amarillo, y se llenó la boca con su deliciosa y suave exquisitez. Vacío el plato de cristal rápidamente, lo apartó y dijo:

—Agnes, estoy lista.

Agnes acudió deprisa con el café.

Poco a poco, el buen sabor de la cocina de Agnes estaba imponiéndose en Evelyn. Esta centró su atención en el plato.

Clara miró a Agnes y dijo:

—Tráeme los cigarrillos de la sala de estar. —Agitó el café, en el que había mucho azúcar y crema—. Y también tráeme el bote de bombones de menta.

Evelyn cogió otro pedazo de pan.

Y luego Clara encendió un cigarrillo, inhaló profundamente y dejó escapar el humo por la nariz. Se puso un bombón de menta sobre la lengua, lo hizo entrar en la boca y aspiró más humo, saboreando la mezcla del humo del tabaco y la fresca dulzura del chocolate y la menta. Después, recostándose otra vez, jugueteando con el cigarrillo, Clara miró a Evelyn, que ahora comía con normalidad.

Clara dijo:

—¿Y por qué dices que estoy torturando a tu padre?

Evelyn dejó caer el tenedor. Colocó el cuchillo en el borde de su plato. Miró a Clara.

—Por favor —dijo George—. Por favor, no empecemos otra vez.

—Solo estamos continuando lo que habíamos dejado —dijo Clara—. Ahora, Evelyn, me gustaría que me explicaras eso que has dicho.

—Clara... —Fue un sonido ahogado, y George carraspeó—. Esto no es necesario, ¿verdad que no?

—Es sumamente necesario —dijo Clara—. Me parece que merezco una explicación.

—¿Por qué no podemos olvidarlo? —dijo George.

—Yo prefiero no olvidarlo —dijo Clara—. La chica ha empezado algo. Por el bien de su carácter, debería obligársela a terminarlo.

George miró a su hija.

—Bueno, querida, has... has dicho algo que no deberías haber dicho. Estoy seguro de que no querías decirlo, y si le dices a tu madre que lo lamentas...

—No haré tal cosa —interrumpió Evelyn.

—De todos modos —dijo Clara—, no estoy pidiendo una disculpa. Todavía no, por lo menos. Lo que quiero ahora mismo es una explicación. Has dicho que hacía sufrir a tu padre.

—Lo haces.

—¿Cómo?

—De muchas maneras.

—¿Qué maneras?

—Tú lo sabes.

Clara meneó la cabeza lentamente.

—Eso no servirá, Evelyn. No aceptaré generalidades. Estoy segura de que tu padre quiere oírlo igual que yo, aun cuando él no

lo admitirá. Ahora, vamos, muchacha. Oigamos unos cuantos hechos.

Evelyn miró a su padre y sus ojos le suplicaron que se callara. Ella se volvió a Clara y dijo:

—Será mejor que no lo haga... —Entonces, cuando Clara esbozó una sonrisa, Evelyn no pudo soportarlo más y soltó abruptamente —: Cada vez que miro a mi padre me entran ganas de llorar. Y tú eres la causa. Tú disfrutas con ello. Igual que ahora estás ahí sentada disfrutando de ese cigarrillo, disfrutas viendo el dolor en la cara de mi padre. ¿Qué le haces? No puede tratarse solo de cosas pequeñas. Hay algo espantoso...

Clara se levantó con un movimiento rápido y dijo:

—Vete de la mesa, Evelyn.

—No lo haré.

—Te irás de la mesa inmediatamente e irás a tu habitación.

Evelyn tenía los labios apretados. Trató de impedir que le castañearan los dientes. Clara había apartado la silla, y ahora se dirigía hacia Evelyn.

George dijo:

—Está bien, Clara, ya se va. —Después, frenético, dijo a Evelyn —: Quizás no te encuentres bien, querida, y por eso esta noche no eres tú misma. Creo que deberías ir a tu cuarto y descansar un poco.

A través de una cortina translúcida Evelyn miró a Clara, y cuando la cortina se hizo más espesa la muchacha salió del comedor, apresurando el paso a medida que se acercaba a la escalera.

5

LAS PAREDES DE LA HABITACIÓN de Evelyn expresaban una indiferencia verde pálido que era extrañamente reconfortante. El techo blanco ayudaba a ello. Era una habitación pequeña y tranquila. Ajena a lo que sucedía más allá de sus límites, era un lugar de abrigo, un lugar fiel donde una muchachita había soñado y se había preocupado y había hecho planes en el caótico proceso de crecer.

Evelyn se sentó en el borde de la cama, se cubrió la cara con las manos temblorosas y lloró.

Fue un llanto callado. No tenía fuerzas para más. Al cabo de un rato, la quietud de esta pequeña habitación fue más de lo que podía soportar. Tuvo el impulso de conectarse otra vez con la situación creada en el piso de abajo. Se puso de pie, abrió la puerta y escuchó.

Había un solemne silencio.

Pero, no obstante, allí había algún sonido, un sonido que no llegaba al segundo piso. Era la voz tranquila de Clara —George Ervin sentado allí, absorbiéndola— y penetró en el cerebro de Evelyn aun cuando no podía oírla. Sin mover los labios, habló a su padre. Le suplicó que devolviera el golpe, de una vez por todas. Por favor, ahora, por ella, por sí mismo. Por favor, sal de la red de la derrota, por favor levántate, ponte de pie erguido y enfréntate a esta mujer. No retrocedas, no cejes, haz algún ruido, haz mucho ruido como hacen en la casa de al lado. Ruido fuerte, violento, no te guardes nada, aporréala como hace Kinnett con su esposa en la casa contigua.

Aquella casa de al lado era áspera y común, pero era una casa sana. Esta casa estaba enferma. Esta casa padecía alguna misteriosa enfermedad que había cogido tres años atrás, y cada vez estaba más enferma. Por eso estaba tan callada.

El silencio subía del piso de abajo como un gas denso y nauseabundo. Y para escapar de él, Evelyn retrocedió y cerró la puerta. Corrió a una ventana, la abrió de par en par, y el aire de la primavera penetró en la habitación, una fuente invisible que llenó la estancia, la iluminó. Porque Evelyn era joven, porque había sangre en su cuerpo y la fuerza de la primavera que activaba esa sangre y esa vida, tenía que hacer algo, no podía esperar allí inmóvil. Un tocador de arce atrajo su interés, aunque sabía lo que había en él y dónde estaba cada cosa. Abrió el cajón de arriba, contempló los pañuelos y las medias, una vieja caja de bombones llena de agujas, alfileres, e hilos de seda y algodón para zurcir. En el segundo cajón había ropa interior y blusas, unos cuantos jerseys, una caja de papel de carta sin tapa, que contenía bisutería y una confusión de horquillas, hebillas de cinturón, cintas, y uno de esos botones grandes que venden en los partidos de fútbol. Era naranja y negro, y decía Oregon State. Evelyn se lo quedó mirando, sin tener la más remota idea de dónde lo había conseguido. Después abrió el tercer cajón, donde había papel de carta, un tintero, una pluma, y no importaba qué más, porque Evelyn estaba pensando en el cuarto cajón, diciéndose a sí misma que permanecería lejos de él.

Lo abrió, metió los dedos por entre seda y papel y algodón, contuvo la respiración cuando sus dedos tropezaron con la superficie lustrosa de una fotografía. Entonces Evelyn sacó la fotografía del cajón y la sostuvo en alto y contempló el rostro de su madre muerta.

Julia estaba sonriendo. Era una sonrisa suave.

Un momento se dilató, estalló y otro ocupó su lugar. El estallido de momentos formaba contrapunto con la fuerte respiración de Evelyn, la silenciosa opresión que acudió a su garganta, el ansia y el tormento.

—Madre —dijo Evelyn—, ayúdame.

Julia sonreía dulcemente, serena y satisfecha. El tímido rostro de Julia, tan feliz, como si se alegrara de estar lejos del ruido y el escándalo, del planeta atronador y en movimiento.

—Madre, madre... madre querida...

Se oyó ruido de pasos en el pasillo.

Evelyn colocó la fotografía de nuevo en su lugar y rápidamente cerró el cajón. Se puso de pie, se encaminó hacia la puerta y, cuando había dado dos pasos, esta se abrió.

Clara se apoyó en su cadera izquierda, cruzó sus gordos brazos sobre su estómago lleno y miró a Evelyn.

—No te quiero aquí dentro —dijo Evelyn.

—¿Adónde has ido hoy? —preguntó Clara.

—No estoy obligada a decírtelo.

—¿Adónde has ido? ¿Qué has hecho? ¿Con quién has estado?

—Esto no es asunto tuyo —dijo Evelyn—. Sé cuidar de mí misma. Soy lo bastante mayor. Por favor, sal de mi habitación.

—Tanto si respondes a mis preguntas como si no —dijo Clara—, al final lo descubriré. Y tú sabes que lo descubriré. Y escucha lo que te digo: vas a quitar esa insolencia de tu cara, o te la quitaré por ti. —Luego, bloqueando la puerta cuando Evelyn hizo ademán de acercarse a ella, Clara añadió—: Tu padre no está abajo. Le he mandado a hacer un recado y estará fuera por lo menos una hora. En ese tiempo, muchachita, vas a explicarme esta absurda demostración. ¿Quién ha estado hoy contigo? ¿Qué has hecho?

Evelyn retrocedió, tratando de conseguir alguna ventaja. La opresión que sentía en la garganta le impedía respirar. Tragó fuerte, parte de la opresión desapareció, y dijo:

—He estado en una colina.

—¿Has estado dónde?

—He estado en una colina elevada —dijo Evelyn—. Al principio no podía ver nada más que cielo, hierba, flores y árboles. Después me ha parecido estar contemplando a alguien desde allí arriba. Y era yo misma. Esto te parecerá una tontería, ¿verdad?

—Adelante, oigamos más —dijo Clara—. Parece interesante.

—Yo miraba desde lo alto de esa colina y me veía a mí misma, pequeña como una hormiga, deslizándome y arrastrándome allí abajo. Miraba esa pequeña hormiga, que se ha estado arrastrando durante estos tres años últimos. Tú jamás has pensado que algún día yo miraría hacia abajo y me vería a mí misma, la chiquilla asustada y confusa. La chiquilla triste y cansada. Pensabas que yo jamás entendería lo que me ha estado sucediendo, lo que has estado

haciendo a mi padre. Pero ahora lo entiendo. Y no te tengo miedo. Nunca más volveré a tenerte miedo.

Clara descruzó sus gordos brazos. Luego, muy lentamente, levantó la mano derecha, se miró la gruesa palma, miró la cara de Evelyn y dio un paso al frente.

Evelyn se ordenó a sí misma que no se echara a temblar y empezó a temblar, se rogó a sí misma que no temblara y el temblor aumentó.

Luego Clara avanzó otro paso y echó hacia atrás su brazo derecho, de modo que por un momento estuvo estirado rígidamente detrás de ella. Luego, con toda su fuerza, giró su brazo en un semicírculo plano y su palma chasqueó en la mejilla de Evelyn.

La chica perdió el equilibrio y chocó con el poste de la cama, y se agarró a este para evitar caerse. De sus ojos salió un torrente de lágrimas, y luego estos se dilataron de terror cuando vieron que Clara se acercaba de nuevo a ella. Y Clara cogió a Evelyn por el pelo, tiró con fuerza, retorció los mechones y tiró otra vez, tan fuerte que los ojos de Evelyn casi se salieron de sus órbitas del dolor que sintió.

Clara sonrió, sabiendo lo que ocurriría a continuación.

Evelyn empezó a sollozar, y luego desfalleció, cuando Clara le soltó el pelo. Después Clara cogió a Evelyn por la cintura, la sostuvo con suavidad, probando su sumisión, midiendo el temor y el dolor que había en los sollozos. Metió sus dedos bajo los brazos de Evelyn, la apartó de sí y examinó los ojos de Evelyn.

—Desvístete —dijo Clara—. Te vas a la cama.

—Por favor, suéltame.

—Deja de llorar. Mírame. Mírame, te digo. Cuando tu padre regrese a casa, tú estarás profundamente dormida. Es decir, a menos que quieras que él vea tu cara. Verá mi mano en tu mejilla y querrá saber lo que ha ocurrido. ¿Quieres que lo sepa?

—Sí —respondió Evelyn, soltándose y apartándose de la garra de Clara, tambaleante—. Sí, quiero que lo sepa.

—¿Quieres que sufra?

—Quiero que lo sepa. Tiene que saberlo.

—Mírame, Evelyn. Escúchame. Tu padre está lejos de estar bien. Su estado de salud es malo, pero se convertirá en algo serio si sus nervios se someten a tensión. Si tienes alguna consideración por él,

no le dirás nada de esto.

—No puedes engañarme. Tienes miedo.

—¿Yo? ¿Miedo de George? —Una breve carcajada estalló instintivamente en los labios de Clara; luego, sus facciones se endurecieron y dijo—: Olvidas que esta es mi casa.

—Qué cierto es esto —dijo Evelyn—. Le arrebataste esta casa a mi padre. Se la arrebataste poco a poco, mientras le destrozabas a él poco a poco y luego le modelabas según tu propia conveniencia. Esto es lo que tú haces a la gente. Se lo hiciste a él. Y a Agnes. Me lo hiciste a mí... y a veces me pregunto qué hiciste antes de venir aquí.

Pon un instante hubo una expresión horrible en el rostro de Clara. Los ojos verde oscuro parecieron retroceder, chispeantes. Una burbuja de perplejidad cobró forma en el cerebro de Evelyn; luego explotó, dando paso al temor cuando Clara se acercó a ella otra vez.

Algo detuvo a Clara. De súbito, sus facciones se ablandaron y esbozó una sonrisa.

—Oh, vamos —dijo—. Estás diciendo tonterías y lo sabes. Estás exagerando las cosas. Todas las familias tienen sus pequeñas diferencias de vez en cuando. Es una tontería tener malicia por una discusión doméstica sin importancia. Es más sensato tratar de entendernos. Y tienes que darte cuenta, Evelyn; la necesidad de comprensión es crítica en estos momentos. Por tu padre. Estoy realmente preocupada por su salud. No se le debe excitar de ninguna manera. Si tiene un ataque...

—No puede ser tan grave...

—No miraré de quitarle importancia por ti, Evelyn. Es muy grave. Y no se puede tratar con medicamentos. Solo hay una manera. Un ambiente calmado en casa. A todas horas. Por eso he decidido, aunque puede que tú y yo no estemos de acuerdo en algunas cosas, que no debe haber la más mínima discusión entre nosotras. Sé que tengo mis defectos. Todos los tenemos. Pero soy mayor que tú, querida, y tengo mucha más experiencia. Sé que algunos asuntos te preocupan, varias cosas que preocupan a todas las chicas de tu edad. Y yo quiero ayudarte. Y puedo ayudarte. Es importante que trabajemos juntas para hacer que la vida sea más fácil para tu padre. Él no debe sentir ninguna preocupación.

Evelyn miraba fijamente la pared verde pálido y murmuró:

—Nunca más le causaré ninguna preocupación. No debo hacer nada que le perjudique.

Entonces Evelyn se arrojó a la cama y estalló en un llanto convulsivo.

La sonrisa de los labios de Clara era una sonrisa dura que de repente se hizo suave y dulce, llena de lástima, cuando Evelyn levantó la cabeza.

Y Clara se sentó en la cama al lado de su hijastra, rodeó a Evelyn con ambos brazos y le dio unas palmaditas cariñosas, diciendo:

—¿Qué es lo que te preocupa, querida?

—Mi padre.

—Pero tienes otros problemas, ¿verdad?

Evelyn, con gesto cansado, apoyó su cabeza en el hombro de Clara.

—Estoy tan confusa.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a todo.

Clara sacó un pañuelo de un pliegue de su vestido y lo pasó por el rostro de Evelyn. Había cosas que decir, y sin embargo a Clara le pareció que sería más sensato retrasar lo que tenía que decir. Uno o dos minutos. Dar a la chiquilla la oportunidad de digerirlo todo, las cosas que ella misma había dicho, la confusión de todo. Dejar que lo absorbiera y se empapara de ello.

Hubo un minuto entero de silencio.

Luego Clara dijo:

—Cuéntame. Quiero ayudarte. Sé que si me lo cuentas puedo darte algún buen consejo. No hay ninguna manera de que yo pueda beneficiarme personalmente, salvo el que tú y yo estemos en mejores relaciones. Y, de verdad, Evelyn, es lo que más quiero.

La chica levantó la cabeza, se irguió y contempló la pared verde pálido.

—Soy joven. Soy demasiado emocional, supongo.

—La emoción forma parte de la juventud —dijo Clara—. Una parte saludable. Y sin embargo, con tanta frecuencia la emoción juega un papel importante al tomar decisiones. Grandes decisiones. Sucede que vivimos en un mundo que se ha hecho predominantemente práctico. No nos gusta creerlo, pero nuestras vidas se basan en la simple aritmética.

Evelyn miró a Clara y dijo:

—¿Por qué ha de ser tan complicado? ¿Por qué no puedo sentir de una manera todo el tiempo, sin preguntarme si esto o aquello está bien? Si hago lo que quiero hacer, está bien. Y eso es lo que quiero creer.

—Supongo que hay algún chico en alguna parte, ¿no?

—Vive en la casa de al lado.

Clara se apartó un poco; levantó la barbilla y las cejas con sincero asombro:

—¿Los Kinnett?

—Barry Kinnett.

Clara esbozó un cuadro mentalmente, incluyó en él este nuevo descubrimiento y lo examinó. Había algo en ello que sugería alguna clase de beneficio, pero el perfil claro de este beneficio no le resultaba aparente en aquel momento. De alguna manera estaba relacionado con otra posibilidad que se le había ocurrido de un modo vago alguna que otra vez durante los pasados días.

—Dime —dijo Clara—, ¿este Barry Kinnett se siente atraído por ti?

—Sí.

—¿Esta situación es reciente?

—Ha surgido de vez en cuando desde que éramos niños.

La risa de Clara estuvo llena de comprensiva diversión.

—Todavía sois niños, querida. ¿Puedes contarme lo que ocurrió?

—Anoche —dijo Evelyn, diciéndose que debía callar, ahora, no dejar que Clara supiera esto—, tiró piedrecitas a mi ventana. Es una vieja señal. Y fue la primera vez en tres años. Fue la cosa más pura, más perfecta que jamás me ha sucedido.

—Piedrecitas en la ventana —murmuró Clara—. Una señal.

—Yo bajé...

—... y te arrojaste a sus brazos.

—Sí, yo...

Clara se echó a reír otra vez, y todo fue amabilidad y comprensión. Y Clara dijo:

—No es necesario que sigas. Sé exactamente lo que pasó. Y ha sido con este Barry con quien te has visto hoy, ¿no es verdad? Seguro que habéis dado un paseo juntos, por el parque. Y os habéis dicho las cosas más bonitas que se pueda imaginar uno. —De nuevo

rodeaba a Evelyn con sus brazos, y añadió—: Vamos, ¿no es eso exactamente lo que ha ocurrido?

Evelyn afirmó con la cabeza.

—Lo has adivinado.

—No lo he adivinado, Evelyn. Es simple razonamiento. Estamos en primavera, querida. Analicemos tu situación. Tomemos los ingredientes uno a uno y veamos si podemos sacar de ellos alguna conclusión sensata.

Después Clara empezó a hacer preguntas y a obtener respuestas, observando los ojos de Evelyn y sabiendo que Evelyn le decía la verdad. Mientras esto se producía, Clara alcanzó una sección más profunda de su mente y volvió a aquella cuestión de las posibilidades y el beneficio. Poco a poco se fue haciendo claro, y las piezas no solo encajaron, sino que se unieron con un sonido categórico. Esta posibilidad de Barry Kinnett equivalía a la estrategia de permitir que la chica entrara en relaciones con el chico de los Kinnett, y con eso conseguir que se fuera de casa. Pero parecía menos importante que la otra posibilidad, el joven Halvery con el que Evelyn se había estado viendo últimamente. Había algo en el asunto Halvery que presentaba un importante potencial. En seguida se dio cuenta Clara de que la situación Halvery había sido vaga solo porque no había visto a Leonard Halvery más que una o dos veces, y aun entonces apenas un momento. Ahora Clara se sentía visiblemente estimulada, sentía el rápido crecimiento de un plan.

Clara dijo:

—Creo que lo he entendido bastante bien. Tienes unos sentimientos profundos por este Barry Kinnett y estás pensando en pasar el resto de tu vida con él.

—El resto de mi vida —dijo Evelyn en voz alta para sí misma.

—El resto de tu vida. —Clara examinó los ojos de Evelyn.

—Eso es lo que quiero —dijo Evelyn—. Sí, lo quiero. Quiero estar con Barry siempre, porque cuando no estoy con él...

—Piensas en él.

—Sí.

—¿Siempre que no estás con él?

—Bueno, desde esta tarde...

Clara se rio de nuevo y cogió la mano de Evelyn.

—Me alegro tanto de tener esta pequeña charla. Mira, querida, si ese joven no hubiera lanzado piedrecitas a tu ventana anoche, si no le hubieras visto, ¿hoy habrías pensado en él siquiera un momento?

Evelyn frunció el ceño.

Clara prosiguió:

—No te molestes en contestarme. Solo contéstate a ti misma... honestamente.

Evelyn empezó a afirmar con la cabeza, pero luego hizo un gesto negativo y dijo:

—No, no habría pensado en él. Tengo que ser sincera conmigo misma. En estos tres años me había olvidado de él.

—Sincera contigo misma. Me alegro de oírte decir eso. Escúchame, Evelyn. Y cree lo que te digo. Quiero que me mires como a una amiga. Quiero orientarte, quiero ver que haces las cosas que realmente quieres hacer, y que tienes las cosas que te hacen feliz. Cuando tengas problemas, quiero que acudas a mí, y los solucionaremos juntas.

Evelyn bajó la cabeza.

—Eres muy amable al decir esto. —No advirtió que su voz sonaba ahora como si perteneciera a otra persona.

—Quiero ser amable —dijo Clara—. Quiero que seas feliz. La vida es tan corta, querida, y es tan estúpido estropear estos años con la desdicha y con sentimientos penosos. Estos años, Evelyn, son los mejores años. Quiero que saques de ellos el máximo que puedas. Por eso siempre te daré buenos consejos, basados en un pensamiento lógico. Quiero que me escuches y que hagas lo que sea mejor para ti. Con eso no quiero decir que no apruebe algunas cosas que haces ahora. Por ejemplo, eso de dibujar al carboncillo. Es un entretenimiento que merece la pena. He estado repasando esos dibujos, aunque tú nunca me has invitado a hacerlo. Espero que no te importe.

—En absoluto. ¿Qué piensas de ellos?

—Hay mucho trabajo bueno ahí. Tienes talento. ¿Sabes?, pienso que es una lástima, la manera de desperdiciar estos días importantes detrás de un mostrador, en la tienda. Deberías estar haciendo algo útil. Conocer a la gente que te conviene. Quiero que hagas cosas que proporcionen felicidad a tu padre. Es un hombre

muy enfermo. Tienes que ayudarlo a ponerse bien.

De la casa de al lado llegaron voces.

Evelyn miró hacia la pared que separaba la casa de los Ervin de la casa de los Kinnett.

Las voces se hicieron más fuertes, y Evelyn meneó la cabeza lentamente. Clara estaba sonriendo.

6

A LAS NUEVE Y VEINTE George regresó a casa con el pastel. Había ido hasta el centro de la ciudad para comprarlo. Clara había indicado que tenía el capricho de tomar este pastel en concreto, que solo vendían en una pequeña tienda del centro de la ciudad. Quería tomar un poco antes de irse a la cama, dijo. Lo quería con un poco de té. Estaban a once kilómetros del centro de la ciudad.

Cuando George entró en casa, con la caja blanca, Clara estaba descansando en el sofá. Llevaba un vestido de satén amarillo. Tenía la cabeza apoyada en unos almohadones y las piernas enroscadas en el sofá. Sobre la mesita de al lado del sofá estaba la caja de caramelos que había comprado y un paquete de cigarrillos a medio terminar. Clara estaba leyendo una revista de cine.

—Aquí tienes el pastel —dijo George.

—Gracias, George. —Clara estaba mirando la fotografía de una joven actriz de cine que salía de una piscina—. Llévalo a la cocina y ponlo en una fuente. Me lo tomaré más tarde. Y puedes poner la tetera al fuego. Después ven aquí. Quiero hablar contigo.

Clara alargó el brazo hacia la caja de caramelos mientras contemplaba la fotografía de dos hombres y dos mujeres que estaban sentados ante una pequeña mesa en un club nocturno de Hollywood. Masticando un caramelo, levantó la vista y vio a George que se encaminaba a la cocina. Arrojó la revista al otro extremo del sofá, bajó las piernas al suelo y luego encendió un cigarrillo. Con el cigarrillo en el centro de los labios, se miró las manos. Hizo cálculos contando con los dedos. Frunció el ceño, pensativa, y luego meneó

la cabeza. Volvió a contar con los dedos. Esta noche era la que hacía once. Era la undécima noche.

Clara aspiró una profunda bocanada del cigarrillo y se recostó en los almohadones. Se miró los gruesos muslos, suaves, lisos y firmes bajo el satén amarillo. Les dio unas palmadas con afecto; luego, cruzó una pierna sobre la otra en el momento en el que George volvía a entrar en la sala de estar.

—Siéntate, George. Quiero hablar contigo.

Él miró las pulidas ondas anaranjadas en el cabello de Clara. Miró el satén amarillo. Se sentó.

Clara se inclinó hacia adelante ligeramente, tiró de los lados del vestido de satén amarillo de modo que se separó del centro de su pecho y mostró el prominente nacimiento de los senos.

—He tenido una larga conversación con Evelyn.

—Por favor, Clara. Por favor, no empecemos.

—Solo un momento, George. Déjame terminar. Evelyn está durmiendo ahora. Antes de que se fuera a la cama, he ido a su habitación y hemos tenido una larga discusión. Razonable y amistosa. Lo hemos resuelto todo.

—Bueno, me alegro de veras de oírlo. —Sonrió esperanzado.

Clara miró el rostro cansado de George Ervin y dijo:

—Sabía que te alegrarías. Al fin y al cabo, sabes igual que yo que Evelyn ha sido bastante difícil. Tú mismo me admitiste que estaba terriblemente malcriada. Que era obstinada y tenía malos modales. A pesar de eso, he hecho todo lo que he podido para enseñarle las cosas que una chica de su edad debería saber. Equilibrio, por ejemplo. Y maneras. Y conocer su sitio. Y mezclar la humildad con la cantidad adecuada de dignidad. Nunca te lo había dicho, pero esto es lo que he estado haciendo. Aconsejándola siempre sobre estas pequeñas cosas, estas importantes pequeñas cosas. Y admito que no ha sido fácil. Ella nunca ha apreciado realmente mis consejos. Pero esta noche parece que se ha dado cuenta de lo muy equivocada que estaba. No quiero que sepa que te he contado esto, George, pero se ha derrumbado. Me ha dicho cuánto lamenta sus errores. Me ha rogado que la perdonara.

—¿De veras?

—Evelyn lloraba como una niña pequeña. Y la he rodeado con mis brazos. Le he dicho que estaba perdonada. No quiero que sepa

que te estoy contando esto, George, pero a partir de ahora me mirará con respeto. Me lo ha prometido. Me ha prometido mostrarme el respeto y el afecto que se me deben. Y, George, antes de apagar la luz me he inclinado sobre su almohada y me ha dado un beso.

—Me alegro enormemente de oírlo.

—Sabía que te alegrarías. Pero no quiero que Evelyn sepa que te lo he contado. Quiero que piense que es algo completamente entre ella y yo.

—Sí, Clara. Imagino que es mejor así.

—Por supuesto que lo es, George. Y, ¿sabes?, he estado pensando...

—¿Sí?

—Evelyn no llegará nunca a ninguna parte en esa tienda.

—Bueno... ni por un momento he supuesto jamás que lo haría. Es solo una manera de que se gane un poco de dinero. Es mejor que no hacer nada.

—Tiene diecinueve años. Pronto tendrá veinte. En lugar de perder el tiempo debería estar haciendo algo...

—¿Cómo qué?

—Algo cultural. Artístico. Algo que no solo incremente la habilidad natural que pueda tener, sino que también le dé cierta educación, un poco de seguridad en sí misma; yo diría el ímpetu necesario para encajar fácilmente en el hueco social correcto. Eso es muy importante, George.

Él tenía aspecto preocupado. Estaba empezando a retorcerse.

—Bueno, Clara —dijo—, concretamente... ¿en qué has pensado?

—Su dibujo a carboncillo. Creo que tiene talento. Me estoy refiriendo a esto. Y sugiero que la envíes a la escuela de arte. Sé que hay una escuela muy buena en la ciudad, cerca de Rittenhouse Square. Una escuela pequeña. Muy selecta. Evelyn no solo adquirirá unos conocimientos valiosos, sino que indudablemente conocerá a gente joven de posición distinguida...

—Pero esa gente joven procede de...

—Lo sé. Procede de familias extremadamente ricas. Pero buenas familias, George. Con sólidas bases. Eso es lo que quiero que Evelyn tenga. El beneficio de mezclarse con esa clase de jóvenes. Los amigos que tiene ahora, y por cierto apenas si tiene... no daría gran

cosa por ellos.

—Sí, Clara, pero al fin y al cabo...

—Para una chica significa mucho dar un paso como este. Es casi como si pudiera eludir todo lo que es vulgar y ordinario. Todo lo que es común y barato. Es casi como si diera un único gran paso al frente... a la parte alta de la ciudad.

—La parte alta.

—Sí, la parte alta de la ciudad. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, pero Clara...

—¿Entiendes lo que quiero decir, George?

—Sí.

—George, lo siento, pero no estás mostrando el entusiasmo que yo esperaba.

—De verdad, Clara, yo...

—¿Cuál es tu objeción?

—Nada, nada, solo...

—¿Es el dinero?

—Oh, no, no...

—Es el dinero, George. Es eso, ¿no? Evelyn ya no trabajará más. Y habrá gastos de matrícula y enseñanza. Estás pensando en todo eso, ¿no es verdad?

—Claro que no. Solo es que...

—Piensas que no puedes permitírtelo. Dime la verdad, George.

—No he dicho eso. Solo iba a decir...

—George, esta misma tarde te he hablado de tus ojos. He hecho hincapié en la necesidad de ir a ver a un médico. Tú has eludido el tema. Solo podía haber una razón entonces. Y solo puede haber una razón para tu actitud de ahora.

—Por favor, deja de llegar a estas conclusiones.

—¿Te das cuenta de que acabas de levantarme la voz?

—Lo siento, Clara. Yo...

—George, no discutiremos más esto. Lamento haber iniciado el tema.

—Oye, solo es que... —Estaba inclinado hacia adelante, gesticulando torpemente, frenéticamente, tragando saliva con fuerza mientras contemplaba a Clara acomodarse en el sofá, inmersa en la suavidad de los almohadones. Metió la mano debajo, alisó el satén amarillo, y se retorció en las profundidades del sofá.

Se puso un caramelo en la boca y cogió la revista. Mientras pasaba las páginas con calma, masticaba el caramelo despacio y concienzudamente.

—Por favor, Clara. Por favor, escúchame.

Ella bajó una mano y se la pasó por el muslo. La mano subía y bajaba por el muslo. Apretando despacio. Movi6 el muslo, su cuerpo se gir6 para exponer una redondez arrogante, y se acariciaba y apretaba su propia gordura. Y estaba mirando la fotografía de un hombre joven de pelo negro largo, con unos mechones que le caían sobre las puntas superiores de las orejas. Llevaba una chaqueta de sport a cuadros y un pañuelo de atrevido diseño en torno al cuello. Clara se pregunt6 si tenía el est6mago plano. Después Clara empez6 a contar despacio mentalmente. Siete y ocho. Y nueve y diez. Y once. Esta noche era la undécima. La undécima noche.

—Por favor, escúchame, Clara...

Hacía once noches que ella le había hecho pasar un mal rato y que finalmente le había apartado del todo. Era divertido probarle y ver su reacción cuando trataba de agarrar algo que no paraba de alejarse de su alcance. Era tan divertido. Y ella estaba pensando ahora que las cosas habían llegado al punto en que este hombre ya no podía satisfacerla. Muy bien, al menos podía servirle de diversión. Podría divertirla mientras ella daba los pasos necesarios para procurarse alguien que la satisficiera. Este interludio particular en su vida estaba llegando a su fin, y ella estaba a punto para dar el siguiente paso. El paso hacia arriba. Conseguir a alguien que la satisficiera por completo y que al mismo tiempo le diera todo lo que ella quisiera. Y ella quería muchas cosas. Y las tendría todas. Esta transacción concreta acabaría exactamente de la manera que ella quería que acabara. Había durado tres años y había funcionado razonablemente bien. Había sido bastante satisfactoria, en comparación con su situación anterior. Por un momento decididamente desagradable vio las secuencias de una celda de prisión y un alto muro, un automóvil girando sobre dos ruedas, una motocicleta estrellándose contra un árbol y otras tres motocicletas acercándose por la carretera. Oyó las pistolas y vio otra vez la celda de la prisión, pero una fantástica metamorfosis se estaba produciendo: las paredes de piedra estaban revestidas de madera, había cortinas de terciopelo, la piedra era mármol.

—Clara, por favor...

El sonido del lamento de George la apartó del mármol, y ahora se incorporó, bostezó, se levantó del sofá, se acercó a George; luego se apartó de él rozándole el satén amarillo por la cara. Y después empezó a subir la escalera.

Cuando despertó, Clara se sintió molesta consigo misma por haberse quedado dormida. Se giró a un lado, se apoyó sobre un codo y miró el reloj. Pasaban unos minutos de la una. Miró a George. Escuchó su respiración, observó el movimiento rítmico de sus hombros, subiendo y bajando. Estaba dormido. Debía de haberle costado mucho rato quedarse dormido.

Se acercó a él.

Se colocó junto a él; luego, se apretó levemente contra él y le pasó los brazos por la cintura. Sonriendo, le metió las manos dentro de la chaqueta del pijama.

George murmuró algo en sueños y empezó a girarse, y Clara apartó las manos y esperó. Después George suspiró y se quedó tumbado de espaldas, todavía profundamente dormido. Clara puso las manos sobre la cara de George, y le pasó los dedos por la frente y el puente de la nariz y el contorno de la mandíbula y por encima de los ojos. Y George murmuró algo otra vez.

Clara mantuvo una mano en la cara de George e insertó la otra en la chaqueta del pijama. Sus dedos le recorrieron el pecho desnudo y le apretaba la palma contra la carne.

George murmuró una vez más y salió de su sueño. Rápidamente ella se apartó de él.

—Clara.

Ella respiraba profundamente, imitando la respiración de quien duerme.

—¿Estás despierta, Clara?

Ella gruñó y suspiró y volvió a gruñir y se giró y dijo:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Oh, lo siento. —Tenía la voz quebrada por el sueño—. ¿Te he despertado?

—Me temo que sí, George.

—No quería hacerlo.

—¿Por qué me has despertado, George?

—No lo sé. Yo...

—Tienes que tener una razón. —Él no respondió, y Clara se echó un poco hacia atrás, de manera que su hombro quedaba junto a la muñeca de George. Acercándose a ella, él le puso las manos sobre los hombros. Clara no se movió, y George se sintió estimulado y le pasó las manos por los brazos y se apretó a ella.

Clara se rebulló, y le hizo apartarse clavándole un codo en las costillas.

—No, George.

—¿Por qué no?

—No, y basta. Te digo que no.

—Tiene que haber una razón.

—Hay una razón. No quiero. ¿Está claro?

Pero... debe haber una razón para que no quieras.

—George, hace mucho tiempo, te dije que me disgustaba discutir estos temas. Prefiero una expresión espontánea y mutua. O eso o nada. Y ahora, si no te importa, volveré a dormir.

Oyó que George se daba la vuelta y se apartaba de ella.

El topacio se dibujó en su mente. Ahora casi lo tenía, y sin embargo ya no parecía importante. Aun así, el plan para conseguir el topacio apareció de nuevo ante ella, y Clara pensó en el movimiento de apertura, la observación referente a los ojos de George. Claro que podía permitirse visitar a un médico, pero él no quería hacer ese gasto, ¿verdad? Simular un ataque, interrumpir la discusión y reanudarla en el momento apropiado. Hacerle admitir que tenía el dinero. Muy bien, él no necesitaba ningún médico, pero tenía el dinero. Y estaba esperando ser gastado. ¿Pero en qué? Otra finta. En ti mismo, George, es dinero ahorrado, o sea que gástalo en ti mismo, es dinero encontrado. Está bien, si no quieres nada para ti —otra finta— compra algo para Evelyn.

Clara examinó el movimiento. Algo para Evelyn. Eso daría a Clara una salida y Clara perdería el topacio, porque el dinero iría a la escuela de arte para Evelyn y vestidos nuevos para Evelyn y dinero para gastar y todos los demás artículos. Sin darse cuenta, George desbarataría el plan para conseguir el topacio. Al mismo tiempo, sin embargo, estaría creando los fundamentos de un plan mayor. Clara sonrió contra la almohada. Se dijo que tendría que

pasar sin el topacio. Al menos por un tiempo. La gema que hoy había visto costaba trescientos dólares. Pero era pequeña. Era pequeña en comparación con el anillo de topacio que pronto tendría. Este valía setecientos dólares y estaba engarzado en oro grueso. Setecientos dólares por un anillo con un topacio inmenso. Y cuatrocientos dólares por una capa de armiño. Y setecientos dólares por un anillo de esmeralda.

Y un chófer y tres doncellas y una cocinera y un mayordomo. Y la gran extensión de césped rodeando la mansión. A Nueva York para ir de compras. ¿Y dónde estaba el Valle del Sol?

Y acostarse en una gran cama ornamentada bajo un edredón de satén color púrpura y entraría solo la cantidad justa de aire y unos dedos gruesos y fuertes de unas manos fuertes y gruesas...

Y por la mañana, la pesada y ricamente tallada plata de las coberturas de la vajilla de plata en una bandeja de plata y doncellas haciendo reverencias. Profundas reverencias. Llévate eso y eso y eso. Zumbido del gran motor de la gran limusina púrpura oscura. Púrpura oscura aparcada formando contraste con el verde oscuro pero brillante, el espeso y magnífico terciopelo del extenso césped. Arbustos rojo oscuro flanqueando el sendero de la mansión. Resplandeciente borgoña, rojo oscuro. Buey asado, poco hecho y rojo sangre y de cinco centímetros de grosor, y resplandeciente borgoña rojo oscuro.

Y una bañera de mármol negra llena de perfume y orquídeas negras; no realmente negras, sino púrpura oscuro, casi negro de tan oscuro. Y negro el ébano del gran piano y el ébano pulido mate de un escritorio en la biblioteca y el terciopelo púrpura oscuro de las cortinas de la biblioteca y las gruesas encuadernaciones en piel púrpura oscuro de los libros de la biblioteca.

Y tres violines, un piano y un cello, derramando la melodía suavemente hacia la mesa del comedor. Derramándose suavemente, la melodía, pecheras de camisas blancas, diamantes centelleando sobre la piel rosada, la melodía derramándose y elevándose en el aire y bajo el edredón de satén púrpura oscuro, e insistir en una sola cama y hacerles arrastrarse, hacerles gemir y suplicar y arrastrarse en una sola cama en una melodía púrpura oscuro derramándose en una melodía como un torrente.

Diciéndose que ella estaba dormida, George cerró los ojos. Después dio un respingo. Abrió los ojos y miró el reloj. Dio otro respingo. Se pidió a sí mismo que se quedara dormido. Se suplicó a sí mismo que se quedara dormido. Oía la respiración profunda y acompasada de Clara.

7

ERAN LAS DOS Y DIEZ cuando Barry salió de la boca del metro. Parpadeó cuando las luces de Broad Street le golpearon los ojos. Sus miembros no estaban cansados pero le dolían los ojos. En la fábrica de papel esta noche le habían hecho dejar su máquina y le habían pedido que copiara un largo listado para un nuevo enlace que estaban llevando a cabo en su departamento. Al cabo de unas horas, los ojos le estaban causando problemas y se quejó al capataz de la fábrica. Este le dijo que si no le gustaba ya sabía lo que podía hacer. Regresó a su trabajo con el listado terminado. Esto fue un problema, y más tarde tuvo otro problema cuando a su coche se le rompió una cadena de distribución del encendido y tuvo que dejarlo aparcado en el centro y volver a casa en metro.

Caminando por la calle grande y ancha, con los ojos entrecerrados, Barry recordó aquella tarde. Y el parque. Y las violetas alrededor.

Dobló la esquina, la esquina donde estaba el banco. Caminaba despacio, pensó luego en el sueño y en el día duro que le esperaba mañana y caminó más deprisa. Pasó por delante de la tienda de comestibles. La tienda de fontanería. La verja de la escuela superior júnior. Una frutería. La oscuridad se deslizaba por la tranquila calle en el suave discurrir de la primavera.

Marcas de tiza en la calle. Una declaración de dos palabras hecha por un niño pequeño, una actitud ampulosa hacia el mundo, y las marcas de tiza de un juego de pelota, y el tanteo del partido marcado en el bordillo. Ratas: 9 - Serpientes: 8. Buen juego. Las

ratas se habían apuntado dos carreras en la primera mitad, y las serpientes cuatro en una reunión fútil pero excitante. Barry siguió caminando. Cruzó calles, silbó una melodía, pasó el callejón y luego dio media vuelta y se quedó en la entrada del callejón.

Miró el cemento resquebrajado. Resquebrajado y agrietado por las pesadas ruedas de los camiones. Camiones de basura y camiones de hielo que hacían caso omiso de la señal de «Prohibido el paso a camiones» y circulaban por el callejón todos los días. Barry se alegraba de que los camiones circularan por el callejón. Ellos agrietaban el cemento por él. Lo agrietaban y hacían saltar piedrecitas. Se agachó, y recogió un puñado de piedrecitas. Miró por el callejón.

No, déjala dormir.

Barry se dio media vuelta y siguió caminando, dejando resbalar las piedrecitas de la mano. Dio la vuelta a la esquina y se encaminó a su casa. Era una noche oscura, salvo por el reflejo de luz que rodeaba la esfera luminosa de la farola que había a medio camino en la calle. La luz alcanzaba un pequeño espacio, luego se hacía más débil y finalmente era devorada por la negrura que venía galopando por encima de la hilera de casas. La negrura que se acercaba cubriendo los tejados planos, los tejados de los porches que caían inclinados desde las ventanas del segundo piso.

Caminando por la calle, Barry contó las casas; las contó por los tejados inclinados de los porches, negro mate y separados uno de otro mediante columnas de ladrillo gris que se convertían en chimeneas. Los tejados de estas casas. Y los niños que habían vivido en estas casas y que todavía vivían en ellas pero ya no eran niños. Desconocidos para él, ahora, vivían aún allí pero se hallaban distantes y eran desconocidos, aunque era posible recordar juegos de indios y vaqueros y tardes de sábado en el cine, y el vendedor de helados en las tardes de verano, y marchas en trineo por el callejón bajo grises cielos invernales a las cuatro de la tarde, y los gritos de los niños que ahora le eran desconocidos. Las columnas de ladrillo gris que dividían estos tejados negro mate eran como los muros de una fortaleza, tejados en pendiente y vidas lejos de los tejados y las vidas, que simbolizaban los años y el cambio.

Barry miró hacia los tejados del porche. Miró hacia el tejado del porche de su propia casa. De repente se dio cuenta de que estaba

inmóvil, y se preguntó por qué.

Luego se puso tenso.

Ahora estaba mirando hacia el tejado del porche de la casa de al lado, la casa de los Ervin. Parpadeó.

Luego sus ojos se abrieron de par en par y los músculos de su mandíbula se pusieron tensos y abrió la boca. Se quedó mirando fijamente el tejado oblicuo del porche de la casa de los Ervin.

No podía moverse. No podía siquiera respirar.

Algo espantoso le estaba ocurriendo a George Ervin. Unas manos enormes estaban sobre él, intentando destrozarle. Abrió los ojos.

Clara le estaba sacudiendo.

Él preguntó:

—¿Qué sucede?

La miró a ella. Clara estaba incorporada en la cama y él observó que tenía la boca abierta.

—Sal de la cama —ordenó Clara, y estas palabras fueron como una sola—. Enciende la luz.

—¿No te encuentras bien?

—Enciende la luz. Haz lo que te digo, enciende la luz.

George salió de la cama. Encendió la luz. Miró a Clara. Ella estaba inclinada hacia adelante, mirando fijamente las paredes de la habitación. Mirando fijamente el suelo. Y el techo.

Dijo:

—Abre el armario.

George frunció el ceño, se movió con aire soñoliento, luego se giró y dijo:

—Agradecería saber a qué viene todo esto.

—Date prisa, abre el armario.

Él abrió el armario empotrado, y retrocedió con alarma cuando Clara salió de un salto de la cama y pasó por su lado y pareció zambullirse en el armario y empezó a revolver entre sus vestidos y los trajes de él y se detuvo para examinar el suelo del armario.

—Clara, por favor, si no me dices lo que parece ser...

—Ve al vestíbulo. Registra todo el vestíbulo.

—Oh, Clara, por favor. Debes de haber tenido una pesadilla...

—El vestíbulo. Quiero que mires en el vestíbulo.

George abrió la puerta del dormitorio y miró por el pasillo.

—Baja al vestíbulo —dijo Clara.

Él bajó al vestíbulo, regresó y cerró la puerta del dormitorio. Clara había vuelto a la cama, y ahora tenía la cabeza en la almohada y le estaba mirando.

Dijo:

—Apaga la luz y métete en la cama.

Él apagó la luz y luego se metió en la cama y dijo:

—Me gustaría que me dijeras lo que te preocupa.

Clara no respondió.

Él la miró. Ahora tenía las manos detrás de la cabeza y él pudo ver que tenía los ojos abiertos y que estaba mirando fijamente una franja oblicua en el techo.

George preguntó:

—¿No quieres explicármelo, por favor?

La observó. Esperó una respuesta. Luego, sin dejar de mirar el techo, Clara dijo:

—No estaba soñando. Sé que no estaba soñando.

—¿Has oído algo?

—Sí, he oído algo. Y he visto algo. Ahora en esta habitación. Y se movía. Hablaba y se movía. George, te digo que no estaba soñando.

—Tenías que estarlo.

—Te digo que no, George. Ahora escúchame. No soy de la clase de personas que se asustan fácilmente, y sé que hay una explicación para todo. Voy a decirte exactamente lo que ha pasado. Primero, quiero que te quede bien grabado que no estaba soñando. He oído un ruido en esta habitación. Primero ha sido eso y solo eso. Un ruido. Me ha despertado, y cuando he abierto los ojos he visto algo.

—¿Puedes recordar lo que era?

—Sí —dijo Clara—. Era una forma humana.

George cerró los ojos y se pasó una mano por la frente. Dijo:

—Nunca hay ladrones en este barrio.

—No era un ladrón.

—Quizás sí lo era.

—No lo era. Sé cómo actuaría un ladrón.

—¿Qué quieres decir con eso de que sabes cómo actuaría un ladrón?

Clara no respondió inmediatamente. Después dijo:

—Me refiero a que es evidente que un ladrón haría su trabajo con el mayor silencio posible. No se quedaría ahí parado a los pies de la cama mirándome. Y no me hablaría.

—¿Qué ha dicho?

—No puedo recordarlo. Estaba medio dormida.

—Tal vez estabas completamente dormida.

—George, te he dicho que no estaba soñando.

—Pero Clara, esto no parece lógico. Si hubieras estado despierta, recordarías lo que ha ocurrido.

—He dicho que estaba medio despierta. Le he visto ahí de pie y le he oído hablarme. No me parece que me haya asustado. No, sé que no me he asustado. Pero me he quedado asombrada, y supongo que el susto ha sido un poquito demasiado para mí. He reaccionado de la manera normal, cerrando los ojos y diciéndome a mí misma que solo se trataba de mi imaginación. Creía eso porque quería que así fuera, y lo sabía, y sin embargo estaba tratando de hacerme creer lo contrario. Tenía los ojos cerrados y le he oído moverse por la habitación. He intentado volver a dormirme.

—¿Por qué no has gritado? ¿Por qué no me has despertado en seguida?

—No lo sé.

—Entonces, estabas asustada.

—George, ¿me estás culpando?

—En absoluto, Clara. Simplemente estoy tratando de comprender el porqué y el motivo.

—Recuerdo —dijo Clara— que le oía en la habitación. Estaba decidida a saltar de la cama y atraparle. El instinto me ha detenido, supongo. Autoconservación, o como quieras llamarlo. Pero no el miedo. En ningún momento he estado realmente asustada. Y por fin he abierto los ojos otra vez y me he incorporado. Y entonces no le he podido ver. No le he podido oír. Se había marchado.

—La ventana —murmuró George. Salió de la cama. Se acercó a la ventana, medio abierta ahora, y la abrió del todo y se asomó fuera y miró arriba y abajo de los tejados inclinados de los porches de la hilera de casas. Dijo:

—No veo a nadie ahí fuera.

—Claro que no. Quienquiera que fuese, ha tenido mucho tiempo

para escapar.

—Quizás debiera llamar a la policía...

—No —dijo Clara, y lo dijo frenética.

—¿Por qué no? —preguntó George.

—No discutas conmigo, desgraciado imbécil...

—Clara...

—No quiero oír hablar más de la policía. ¿Entiendes?

—Clara, ¿qué te ocurre?

—No me hables. Quédate callado un rato. Cállate. Enciende la luz. Enciende la luz otra vez. Te digo que enciendas la luz, y dame mis cigarrillos. George, ¿quieres hacer lo que te digo? ¿Te quieres mover?

George hizo lo que le decía Clara. Empezaba a dolerle la cabeza y volvió a pasarse la mano por la frente.

Clara se paseaba arriba y abajo al lado de la cama, aspirando largas y rápidas bocanadas del cigarrillo.

Sentado en el borde de la cama, George la observaba.

Pasaron varios minutos, y luego ella miró a George y dijo.

—Lo siento, George. Supongo que tenías razón, al fin y al cabo. Probablemente ha sido mi imaginación. O un sueño. Es la primera vez que me pasa algo semejante, y estoy un poco avergonzada de mí misma. Sugiero que volvamos a la cama y lo olvidemos. Y no discutamos esto... nunca más. Sé que no volverá a suceder. No dejaré que vuelva a suceder. Estas cosas están en la mente. Podemos apartarlas a voluntad y podemos mantenerlas apartadas. George... ¿no te encuentras bien?

—Me duele la cabeza. No es nada.

—Oh, George, lo siento.

Él sonrió a Clara. Dijo:

—De veras que no es nada.

Luego, se levantó poco a poco y fue hasta la pared y apagó la luz.

Era más que una sombra. Tenía forma y volumen, y Barry la observó saltar por los tejados, moviéndose con rapidez. Después de que hubiera superado algunos tejados, decidió ir tras ella. Corrió por la calle, tratando de mantenerla centrada frente a sus ojos.

Luego, al pasar la farola, superando el límite de su resplandor, la perdió en la oscuridad.

Regresó corriendo por la calle, subió corriendo la escalinata de su casa, trepó por la columna de ladrillo gris y saltó al tejado. Luego empezó a recorrer la sucesión de tejados, tratando de ver la forma al frente de él, pero no podía ver nada. Regresó a toda prisa por los tejados, colocándose en el lugar de la aparición y pensando que esta saltaría por los tejados hasta llegar a la última casa del bloque y luego utilizaría el callejón.

Al llegar al tejado de su propia casa, Barry bajó, corrió calle arriba, dio la vuelta a la esquina y echó a correr hacia el callejón. Luego corrió por el callejón tan deprisa como pudo, y cuando llegó al final no pudo ver nada que pareciera extraño, y se encogió de hombros y se dijo para sus adentros que se había confundido. Permaneció allí, pensando en ello, y luego decidió probar en el callejón más pequeño que discurría en ángulo recto con la calle más ancha. Tenía que elegir, ir al este hacia su propia calle, o al oeste hacia Broad Street, con seis calles en medio. El metro era el medio más rápido de abandonar el barrio, y Broad Street era la meta más factible. Barry corrió hacia el oeste, fue a parar a una calle estrecha, y fue por la ancha avenida que conducía hasta Broad Street, y vio una figura que caminaba en dirección oeste, que caminaba deprisa.

Siguiendo a la figura, Barry se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, se puso un cigarrillo entre los labios y apresuró el paso. Llegó hasta la figura, un hombre alto que llevaba una gorra, y se dio cuenta de que estaba mordiendo el cigarrillo y tenía hebras de tabaco en la boca.

Se quitó el cigarrillo de la boca, y el tabaco le bajó por la garganta, y tosió.

El hombre alto se giró.

Barry dijo:

—¿Puede darme fuego?

—Me parece que sí —contestó el hombre alto. Tenía una voz dulce. Llevaba un jersey de algodón negro debajo de un abrigo gris. Los pantalones y la gorra eran gris oscuro. El cabello del hombre alto, que sobresalía por el borde de la gorra, era negro y reluciente, sus ojos, hundidos, eran de un negro resplandeciente, y su cara necesitaba urgentemente un afeitado. Encima de su labio superior,

el bigote empezaba a ser considerable. Su rostro era huesudo pero no delgado, más bien cuadrado, y bajo el bigote la piel parecía blanca verdosa. Tenía las facciones bien dibujadas, bien equilibradas, la nariz corta y recta, los labios delgados y rectos, y las manos que ahora sacaban una carterita de cerillas eran manos grandes, los dedos largos pero no delgados.

Barry dijo:

—¿Quiere un cigarrillo?

—De acuerdo, gracias.

El hombre alto encendió los dos cigarrillos.

Barry y el hombre alto se quedaron mirando el uno al otro. La calle estaba silenciosa.

El hombre alto aspiró una bocanada lenta de su cigarrillo y sonrió, mostrando unos dientes blancos perfectos. El hombre alto dijo:

—Bueno, muchacho, ¿crees que puedes hacer algo?

—No me llame muchacho —dijo Barry—. Y creo que me las puedo arreglar.

—El hombre alto siguió sonriendo.

—No pareces muy fuerte.

—Eso no se puede decir nunca.

El hombre alto se rio sin hacer ningún ruido. Estaba completamente relajado y se quedó donde estaba, mirando a Barry y disfrutando del cigarrillo.

—Creo que te he captado —dijo—. No eres realmente fuerte. Pero eres duro. Y cuando te excitas es difícil detenerte. No tengo intención de excitarte. Al mismo tiempo, no permitiré que me cojas.

—Lo veremos —dijo Barry. Arrojó el cigarrillo lejos de sí. Dio unos pasos atrás, y luego se lanzó hacia el costado del hombre alto.

El hombre alto no se movió. En cambio, se echó a reír de nuevo. Esta vez fue un sonido suave, agradable y casi amistoso.

Esta risa preocupó a Barry, y la situación estaba empezando a incomodarle. No le gustaba aquello. Quería que se hiciera violento. Quería que el hombre alto hiciera el primer movimiento agresivo. Solo entonces Barry servía para algo, cuando estaba siendo golpeado y era enviado tambaleante contra algo, porque entonces podía rebotar, y cuando rebotaba tenía ritmo y sentimiento; tenía ímpetu. Quería que el hombre alto lo iniciara.

Pero el hombre alto se limitaba a permanecer allí, fumando el cigarrillo.

Barry dijo:

—Usted se llevará la peor parte. Tiene cuarenta años por lo menos.

—Treinta y siete.

—Le llevo diez años de ventaja.

—No —dijo el hombre alto—. Son diez años que yo te llevo a ti de ventaja.

—Bueno —dijo Barry, y ahora se quedó quieto, esperando—. Supongo que depende de cómo quiera mirarlo. Imagino que durará cinco minutos y se cansará.

—Acabaré antes de cansarme —dijo el hombre alto—. Así es como irá. Tú me lanzarás un rechazazo y yo lo esquivaré. Luego tú me tirarás otro rechazazo, o quizás un golpe con la izquierda, y yo lo esquivaré otra vez. Después algo te golpeará en la barbilla y despertarás al cabo de un minuto... entonces te irás a casa a dormir.

Barry empezó a atacar.

—No estamos llegando a ninguna parte, quedándonos aquí hablando. Tengo que llevarle conmigo, señor. Si no lo hago, podría ser que probara este vecindario otra noche, y podría acabar hiriendo a alguien. Así que, ya ve, tengo que llevarle conmigo.

El hombre alto hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entiendo tu postura. —Se encogió de hombros y tiró el cigarrillo al borde. Se apartó de Barry. Levantó los brazos y una mano se convirtió en un puño y la otra estaba abierta, y el hombre dijo—: Está bien...

Barry se acercó a él y lanzó un rechazazo y erró. Se abalanzó, lanzó el puño derecho otra vez y de nuevo falló. Se disponía a lanzar un puñetazo con la izquierda cuando algo le golpeó en la barbilla y le hizo girar, perdió el equilibrio y cayó sobre unos arbustos que bordeaban un parterre. Vio los arbustos de color verde negro y luego todos negros. Al principio eran líquidos y luego aceitosos y luego sólidos y duros como el mármol negro. No podía sentirlos y no podía sentir nada.

Al cabo de poco menos de un minuto, abrió los ojos y vio al hombre alto de pie a su lado. El hombre alto estaba sonriendo.

Barry salió de los arbustos. Se sintió la mandíbula cuando se

puso en pie. Sentía una punzada, pero eso era todo. Barry sonrió al hombre alto y dijo:

—Golpea usted limpio. Adivino que hoy es su noche. No le molestaré más. —Esperó a que el hombre alto se alejara. Luego, cuando el hombre alto no hizo ningún movimiento para marcharse, Barry dijo—: ¿Por qué está usted merodeando por aquí?

—Tal vez te he golpeado demasiado fuerte. ¿Qué tal te sientes?

—Saldré del apuro —dijo Barry. Se sentó en los escalones de piedra que había junto al parterre. El hombre alto se le acercó y se sentó a su lado.

Barry sacó el paquete de cigarrillos. El hombre alto sacó la carterita de cerillas.

Fumaron allí sentados. Al cabo de un rato, Barry dijo:

—¿Qué esperaba usted encontrar en aquella casa?

—¿Qué casa?

—Está bien, olvídalo. No puedo probar nada a menos que ellos le hayan visto allí y hayan avisado a la policía.

—Ella no avisará a la policía. Ella no permitirá que nadie más lo haga.

—¿Quién?

—Clara.

—¿Se refiere a la madrastra de Evelyn?

—Ah, entonces conoces a Evelyn.

—Vivo en la casa de al lado. Evelyn es mi chica.

—Lo dices —dijo el hombre alto— como si realmente fuera tu chica.

—Sí —dijo Barry—. Realmente es mi chica.

El hombre alto miró a Barry. El hombre alto dijo:

—Nunca he visto a Evelyn. ¿Cómo es?

—No puedo describirla —dijo Barry—. Ella es parte de todo lo que veo. Quizás usted no apreciaba eso. No me importa si lo apreciaba o no. Es lo grande. Yo estoy lleno de ello. Apuesto a que es por eso por lo que estoy aquí sentado comportándome amistosamente con usted, aunque usted ya me ha dado un buen puñetazo. Cuando pienso en Evelyn, quiero que todo el mundo sea igual de feliz que yo. Quiero que usted sea feliz, y ni siquiera le conozco. Y aun cuando ha intentado usted robar en esa casa.

—Yo no estaba intentando robar en esa casa.

—No estaba usted dentro para mirar el contador del gas.

—Digamos que estaba para eso.

—Está bien —dijo Barry. Sonrió—. Usted estaba allí dentro para mirar el contador del gas. —Entonces dejó de sonreír. Dijo—: Pero ¿cómo puedo saber que no habría usted lastimado a Evelyn?

—No he entrado allí para hacer daño a nadie —dijo el hombre alto—. He entrado para mirar a Clara. Eso es todo lo que quería hacer. Solo mirarla. He empezado a hablarle y se ha despertado. He podido ver sus horribles ojos verdes brillando. No creo que estuviera completamente despierta, de lo contrario se habría puesto a chillar y habría armado un alboroto. Luego, cuando ha cerrado los ojos, me he marchado de allí rápido. Sé que no me ha reconocido. Y si me hubiera reconocido, no lo habría creído. Me parece que es mejor así. Que reflexione. Que se retuerza un poco. Me gusta imaginarme a Clara retorciéndose...

El hombre alto hizo rechinar los dientes hasta que una sonrisa apareció en su rostro. Meneó la cabeza y la sonrisa se apretó y se convirtió en una mueca.

Barry dijo:

—Lo dice como si tuviera intención de regresar allí otra vez.

—No lo sé —dijo el hombre alto—. Por ahora no estoy seguro de lo que quiero hacer al respecto. No hay nada civilizado en la venganza, ¿verdad?

—No conozco su historia, así que no puedo discutir con usted.

—Pero tú conoces a las otras personas de aquella casa. ¿Qué me dices de ellas?

—Bueno, está Evelyn. Y su padre. No puedo decirle gran cosa de Ervin. Es un tipo tranquilo... sonríe cuando saluda... camina despacio, creo que es un hombre enfermo. Y está la criada, Agnes. Mi madre habla con ella algunas veces, cuando están en el patio trasero tendiendo ropa. Mi madre dice que Agnes es una buena mujer. En lo que se refiere a Clara, probablemente usted podría contarme más que yo a usted.

—Sí —dijo el hombre alto—. Probablemente podría. Pero no lo haré. Me parece que lo dejaré correr. Sí, voy a dejarlo correr. ¿Y tú? ¿Estás dispuesto a dejarlo correr?

—¿Todo este asunto?

—Eso es. Todo este asunto. Estoy seguro de que ahora te

conozco bastante bien. Me arriesgaré a eso y te diré dónde vivo. Es posible que llegue un día en que tengas ganas de hablar conmigo. Me encontrarás cerca del río. Cruzas Dock Street al norte de Vine, después coges una pequeña calle que en realidad no es ninguna calle, y ves unos almacenes. La mayoría son de fruta y productos agrícolas. El tercer almacén. Verás una escalera fuera. —Hizo una pausa—. Ahora, ¿quién más sabrá esto aparte de ti?

—Yo no le he pedido que me lo dijera. Usted ha dicho que iba a arriesgarse. Está bien, se ha arriesgado.

El hombre alto sonrió.

Barry dijo:

—Soy Barry Kinnett. No quiero que me diga su nombre. Lo voy a olvidar todo excepto el lugar donde vive. Quizás vaya a verle algún día. Lo más probable es que no lo haga, porque no soy curioso. Tengo otras cosas en mi cabeza, principalmente el dinero, porque el mundo es así. Necesitas dinero para alimentarte a ti y a tu chica, y yo tengo que conseguir ese dinero rápido. Lo que tengo ahora es exactamente nada. Pero lo tendré, sé que lo tendré. Lo tendré pronto. Tenga, puede que quiera fumar de camino a casa.

El hombre alto se metió tres cigarrillos en el bolsillo y dijo:

—Gracias, Barry. Buenas noches.

Barry contempló al hombre alto que se alejaba hacia Broad Street. El hombre alto caminaba despacio, y después, muy despacio, se giró mientras caminaba y miró atrás, a Barry. Luego, ambos hombres se dieron media vuelta y siguieron su camino.

8

QUEDABA BIEN AJUSTADO en torno a la cintura, pero Clara pensaba que debería ser más ancho. Evelyn estaba de pie frente a su madrastra, quien estaba sentada en el borde de la cama, dando golpecitos con los dedos en los pliegues que cortaban rectos un estampado gris-verde en seda y lana.

—Los pequeños detalles cuentan. Esto es muy importante de recordar —dijo Clara. Apartó sus dedos del vestido, lo contempló con la cara inclinada. Con manos ágiles midió el contorno del vestido y su aspecto y su personalidad. Frunció el ceño en gesto negativo y volvió al trabajo de nuevo, y luego se inclinó hacia atrás y se tocó la barbilla y se inclinó hacia adelante otra vez.

—Madre, él llegará pronto.

—Por favor, no me des prisa. Quiero que tengas el mejor aspecto posible.

—Disculpa, madre. No quería ser impaciente. Solo me parecía que no estaría bien hacer esperar a Leonard.

—Que aguarde. Que espere tu entrada. Y cuando te vea, se alegrará de haber esperado. ¿No te parece lógico?

—Sí, madre.

—Date la vuelta.

Los dedos de Clara trabajaron en el lazo que el vestido nuevo llevaba en la espalda.

El timbre de la puerta sonó.

—Estás excitada, Evelyn.

—No lo estoy, madre.

—Estás excitada porque él está aquí. Estás temblando.

—Madre, si estuviera temblando lo sabría. Y lo admitiría. Pero no es así, de verdad. Y no estoy excitada.

—Estás temblando, Evelyn. Lo noto. No trates de negarlo, querida. Ahora puedes bajar. Estás encantadora. Nunca te había visto con este aspecto. El vestido tiene mucho que ver, supongo, aunque tu cara sin duda alguna está radiante. Sí, estás exquisita, Evelyn. Estoy muy orgullosa de cómo estás esta noche.

—¿De veras? ¿Realmente estoy tan bien?

—Sí, querida. Eres una persona nueva. Ahora baja, y recuerda: mantén la cabeza alta. Sé cortés, sí, pero sobre todo orgullosa. La barbilla, Evelyn. Mantén la barbilla levantada.

Clara observó a la muchacha salir de la habitación, cruzar el pasillo, la cabeza alta, con el vestido que Clara había elegido dos días antes. Un vestido bastante caro. Conforme a las más rígidas normas del buen gusto y la elegancia para las jóvenes. Un vestido ajustado, diseñado para acentuar la esbeltez, la delicadeza. Correcto y digno y discretamente encantador. Y absolutamente apropiado para una joven que dos días atrás se había matriculado en la selecta escuela de arte situada cerca de Rittenhouse Square, donde todo era correcto y digno, y discretamente encantador.

Clara esperó unos momentos. Vio la cabeza de Evelyn desaparecer por la escalera, luego entró apresuradamente en el dormitorio principal. Se quitó la ropa y se quedó desnuda, sonriéndose a sí misma frente al espejo.

Después se colocó un par de zapatillas de tacón alto.

Dio unas vueltas a un lado y a otro ante el espejo, haciendo leves gestos afirmativos con la cabeza. Luego se puso en *negligée* de satén rosa extremadamente ceñido, y pasó sus gordas palmas por el satén, alisándolo sobre las sólidas curvas que sobresalían, contemplando su propio perfil en el espejo, las suaves y majestuosamente redondeadas protuberancias de la parte delantera y trasera.

Luego Clara sonrió ante su imagen en el espejo, y salió de la habitación y se quedó en lo alto de la escalera, escuchando.

Estaban en la sala de estar. Clara podía oír su conversación y esporádica risa. Evelyn parecía nerviosa. Eso estaba bien. Muchas cosas estaban bien. Era una buena noche. George trabajaba hasta

tarde, y Evelyn estaba nerviosa; Evelyn era tímida. Evelyn llevaba un vestido suave y delicado, mientras la risa de Leonard Halvery sonaba fuerte y gruesa y cordial. Así era él y así le gustaba a él que fuera todo. Ahora estaba diciendo algo acerca de una fiesta antes del espectáculo. No quería llegar tarde. Estaban en el porche. Estaban cerca de la puerta delantera.

Clara bajó de prisa la escalera. Ellos se giraron y la miraron. Ella sonrió a Leonard y le apuntó con sus senos y dijo:

—Oh, lo siento muchísimo. Creía que ya os habíais marchado.

—No pasa nada —dijo Leonard.

Clara dijo:

—Evelyn, no me has presentado nunca al señor Halvery.

—Oh, no lo sabía —murmuró Evelyn—, creía que tú... que ya le conocías. Madre... Leonard Halvery.

Él se acercó a Clara. Le sonrió y le miró los senos.

—Encantado —levantando los ojos hacia los de Clara— de conocerla, señora Ervin.

—¿Cómo está usted? —dijo Clara. Su sonrisa era leve. Dejó que se ensanchara poco a poco—. Se me da muy bien leer los pensamientos, señor Halvery.

La sonrisa del joven se ensanchó proporcionalmente. Dijo:

—Está bien. La desafío.

—Está usted pensando que no existe el más mínimo parecido entre Evelyn y yo. No parecemos para nada madre e hija.

—En realidad...

—Soy la madrastra de Evelyn.

—Oh, entiendo.

—Eso parece espantosamente frío y rígido, ¿no es verdad? En realidad, siento un profundo afecto por mi hijastra. Ven aquí, Evelyn. Acércate, cariño.

Clara tendió la mano, llamando a Evelyn, quien se acercó a ella vacilante. Clara pasó su gordo brazo por la esbelta cintura de la muchacha, y observó a Leonard comparar lo frágil con lo majestuoso. Después, les deseó buenas noches.

Mientras Leonard abría la puerta del reluciente descapotable púrpura oscuro y esperaba a que Evelyn entrara, mientras se dirigía al otro lado del coche y abría la puerta y entraba, y se colocaba tras el tablero púrpura oscuro y el volante de plástico color espliego y se

acomodaba en la gruesa tapicería de cuero púrpura oscuro, pensaba en el satén. El satén rosa. Suave, grueso y rosa, su prominencia y arrogancia, y el suave y sólido y exquisito grueso satén rosa. Puso las manos en el volante de plástico y el plástico le pareció suave y casi flexible bajo su carne. Agarró con más fuerza el volante de plástico.

En la cocina, Agnes se inclinaba sobre el fregadero. Agnes jadeaba y suspiraba y refunfuñaba mientras fregaba los platos. Daba gracias de que el trabajo del día estuviera tocando a su fin, y empezó a pensar en el trabajo de mañana e hizo un esfuerzo para quitárselo de la cabeza.

Era mejor pensar solo en terminar el trabajo de hoy y olvidar completamente el cansancio y el trabajo que aún había de venir, y el dolor insistente que atormentaba sus articulaciones y músculos. Solo unos cuantos platos más. Y después, limpiar la cocina y sacar la basura fuera. Arreglar el comedor.

Gracias a Dios, el trabajo estaba hecho. Bendito descanso. Ir al porche y sentarse allí a descansar. Solo estar sentada, bebiendo el delicioso jugo del descanso completo.

Clara salió al porche y miró a Agnes, y dijo:

—¿Qué estás haciendo?

—He terminado el trabajo, señora. Estoy descansando.

—Quiero que hagas un pastel.

—¿Señora?

—He dicho que quiero que hagas un pastel. Un nuevo tipo de pastel de chocolate. Tres capas. He visto la receta en el periódico de esta noche. Quiero que empieces ahora.

Agnes se doblegó, pues sabía que Clara esperaba que le suplicara pidiendo descanso. Clara esperaba que gimiera. O que gruñera. Y tanto si gemía como si gruñía, Clara la pisotearía.

—Sí, señora.

—Y no te estés toda la noche.

—Sí, señora.

Clara se alejó, y Agnes inclinó la cabeza y cerró los ojos mientras levantaba su cansado cuerpo del sofá del porche. Las lágrimas acudieron a sus ojos y empezaron a derramarse. Luego,

salvajemente, se llevó las manos a los ojos, apartando las lágrimas. Apretó los ojos y los labios. Se miró las manos. Extendió los largos dedos, luego los curvó y abrió la boca de par en par. Y percibió lo afilado de sus dientes y sus dedos como garras.

Montana Saddle. Pitillera de grueso oro. Zapatos de cuero de suela negra. Grueso imperdible de oro en la camisa a rayas anchas azul marino, azul medio y azul cielo. Corbata azul marino con rayas cruzadas azul pálido y las uñas limpias y bien cortadas, y los anchos hombros bajo el cheviot azul oscuro, en contraste con la tapicería naranja y blanca del elegante restaurante.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Leonard.

—Es bastante tarde, ¿no?

Encaminándose al norte a través del parque, el descapotable púrpura oscuro seguía el río salpicado de plata mientras el motor zumbaba un acompañamiento a los saxofones y las trompetas que surgían de la radio. Velozmente, fácilmente, con la capota bajada, el coche se desvió del parque, cruzó el laberinto de pequeñas calles, atravesó Broad Street, yendo hacia el este a través de más calles estrechas, y dobló una esquina. La capota subió y el motor paró cuando el coche llegó frente a la casa de los Ervin. Pero el freno no iba y el coche se deslizó por la calle.

—Conduces bien —dijo Evelyn.

—Me gusta conducir. ¿Y a ti?

—Yo no sé conducir.

—Tendremos que hacer algo al respecto —dijo Leonard—. Te enseñaré. ¿Te gustaría sacarte un permiso de principiante?

—De veras que sí. Me parece que disfrutaría conduciendo, parece lo bastante fácil. Al menos, tú haces que parezca fácil.

—Cualquier cosa que hagas con gusto es fácil de hacer —dijo Leonard.

Apagó la radio. Apagó las luces, y el coche rodó por la calle, más allá del farol que había en el centro de la manzana, más allá de la zona iluminada por el farol, rodando despacio mientras Leonard se volvía despacio y miraba a Evelyn y decía:

—¿Nos fumamos otro cigarrillo antes de despedirnos?

—Me encantaría.

Leonard puso el freno. El coche estaba aparcado casi al final de la manzana. La oscuridad era casi completa. Se fumaron el cigarrillo sin decir nada, y luego Leonard arrojó la colilla por la ventanilla abierta y contempló las chispas naranja rebotar en la calle y quebrar la oscuridad.

Y Leonard estaba pensando: cuatro citas, o quizás esta era la quinta o la sexta, no podía recordarlo. De todos modos, ni siquiera la había tocado todavía. La razón de este aplazamiento quizás era el interés claro por ella, quizás curiosidad. Ella era diferente, no había ninguna duda respecto a eso. Y había algo desconcertante en ella. Si era un fraude, era un hábil pequeño fraude.

Se dijo para sus adentros que ella no era un fraude. Se dijo para sus adentros que esto no era realmente importante. Fuera lo que fuera ella, él podía seducirla. Era así de fácil...

Se volvió hacia Evelyn cuando esta aplastaba su cigarrillo en el cenicero. Se inclinó hacia ella, le puso una mano sobre la muñeca y la otra ligeramente por encima de la rodilla. Se inclinó un poco más hacia ella mientras su mano se alejaba suavemente de la muñeca y le subía por el brazo, le daba un momentáneo apretón en la carne próxima a la axila, rodaba sobre el hombro y por el espacio que quedaba entre sus hombros.

Y Leonard apartó su otra mano de la rodilla de Evelyn y le colocó su palma sobre el estómago; la sostuvo así mientras se inclinaba y con gran atención ponía sus labios sobre la boca de la joven.

Evelyn trató de sacudir la cabeza pero no pudo moverla. Levantó los brazos para apartar a Leonard y sus brazos cayeron contra la tapicería de cuero púrpura oscuro. Otra vez sus brazos se alzaron y sus dedos se crisparon en la parte de atrás de la cabeza de Leonard, acariciaron sus gruesos rizos rubios y se crisparon.

Leonard se apartó de ella, y la miró. Le cogió los brazos por encima de los codos. Pudo sentir el temblor en sus brazos y de su cuerpo entero.

Dijo:

—Estaré aquí a la una, el sábado por la tarde. Te llevaré a las carreras de lanchas motoras en Nueva Jersey, cenaremos en una posada del campo, y después hay un concierto en la ciudad.

Se inclinó hacia ella, y luego se apartó cuando esta se inclinó

hacia él. Después alargó el brazo por delante de Evelyn y le abrió la puerta, diciendo:

—Buenas noches, Evelyn.

Ella se quedó mirándole cuando él hizo girar la llave de contacto, puso el estárter, encendió las luces y manipuló la palanca que controlaba la capota automática. Cuando estuvo bajada, Evelyn salió del coche, dijo buenas noches y se alejó.

El descapotable color púrpura se puso en marcha y con suavidad dobló la esquina. Leonard encendió un cigarrillo y, por unos momentos, se preguntó por qué no había aprovechado la situación; luego experimentó la inexplicable proximidad del suave y exquisito grueso satén rosa. Percibió la promesa de una deliciosa abundancia y un alegre y prominente goce. Y lo comparó con la temblorosa fragilidad. Y su risa fue tranquila y encendida.

Caminando sin saber que se movía, Evelyn se pasó sus dedos temblorosos sobre los labios. La oscura acera se deslizaba hacia atrás. La hilera de casas marchaba hacia atrás, desfilando hacia atrás en rígida formación. Evelyn pensó en la tarde del domingo que pronto la envolvería. Las carreras de motoras en Nueva Jersey. Montana Saddle. Manos grandes, limpias y fuertes. El verde campo y la capota bajada, el púrpura oscuro. Evelyn llegó a su casa y la miró de arriba abajo. Luego su mirada bajó a la hilera de casas iguales. Y la rebelión acudió a sus ojos. Volvió la cabeza, miró hacia la casa de la esquina, más allá de la esquina, hacia la calle que subía a la parte alta de la ciudad.

La parte alta de la ciudad, estaba pensando Evelyn. La parte alta.

Alguien dobló la esquina y entró en la zona de luz producida por un farol del otro lado de la calle.

Era Barry.

Al reconocerle, Evelyn empezó a subir los escalones de la casa de los Ervin. Pero Barry ya la había visto, y ahora la llamaba. Evelyn se pasó la lengua por los labios ligeramente manchados y se arregló el pelo. En la escalera esperó a Barry, que subió corriendo los escalones. Se acercó a ella, y ella se apartó.

—Evelyn...

—Hola, Barry. —Le miró el pelo despeinado. Necesitaba un

corte de pelo. Necesitaba un afeitado. Tenía la cara manchada de tizne. Llevaba la camisa sucia y con el cuello roto. La corbata parecía una cuerda deshilachada.

Preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Estoy cansada.

—Evelyn, ¿qué ocurre?

—Te lo he dicho. Estoy cansada. Hoy he trabajado mucho.

—Hoy no has trabajado.

—¿Qué quieres decir?

—He ido a la tienda. Solo para verte unos minutos. Solo para verte. Había otra persona en el mostrador de objetos de cristal. Me han dicho que te habías despedido.

Se acercó más a ella. Y ella examinó las manchas negras de tizne en su cara cansada de tanto trabajar.

—Eso es —dijo—. Me he despedido.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Tengo que informarte de todo?

—No, si no quieres.

—He dicho que estaba cansada.

—Evelyn... ¿qué sucede?

—No lo sé, Barry, no lo sé... —Estaba mirando el suelo, los escalones. Luego levantó la mirada hacia la cara del muchacho y su cabello despeinado y preguntó—: ¿Tenemos que hablarlo ahora?

—Sí. Tenemos que hacerlo.

—Me gustaría que me dejaras entrar en casa. Estoy cansada.

—¿Por qué actúas así? —preguntó Barry—. Hace cuatro días que no te veo. Cuatro siglos.

—Ahora no tengo ganas de hablar.

—Tienes que hablar conmigo. Tienes que mirarme. ¿Qué te está sucediendo?

—¿Qué te hace pensar que me está pasando algo?

—Puedo verlo —dijo Barry—. No sé lo que es, pero puedo ver que algo ha cambiado. La manera de mirarme, la manera en que me hablas.

—Te lo he dicho una vez. Lo diré de nuevo y quizás entenderás la idea. Estoy cansada.

—No estás cansada. Tienes miedo. Quieres decirme cosas pero

tienes miedo.

—Solo es que no tengo ganas de hablar ahora.

—Pero vas a hacerlo. —Alargó el brazo y la cogió por las muñecas.

—No. —Tiró con fuerza para apartarse de él, siguió tirando y por fin él la soltó.

—Evelyn... —Casi fue el sollozo—. ¿Te das cuenta de lo que me estás haciendo? Me estás destrozando. No puedo creer que esté hablando contigo. Eres otra persona. Alguien que me mira como si yo no fuera nadie. Está bien, entonces, no soy nadie. Pero hace cuatro noches pensabas de manera diferente.

—No me digas lo que pensaba. No me digas lo que sentía. No tienes ningún derecho a expresar mis sentimientos por mí...

De súbito Barry sintió un gran temor. Miraba a los ojos de Evelyn. Se apartó como si ella sostuviera una espada y le estuviera apuntando a él.

Evelyn dijo:

—Has tomado muchas cosas por supuestas.

La voz de Barry fue un susurro:

—Evelyn... escúchame. Sé que somos jóvenes y que yo no soy muy listo, pero esto lo sabemos... solo vamos a vivir una vez, y estos años que estamos viviendo ahora... son nuestros mejores años. Los mejores años, si nos damos cuenta de ello y lo recordamos y lo mantenemos así. No debemos hacer nada para estropearlo. Por favor, Evelyn... —Ahora su voz sonaba frenética.

Y Evelyn dijo:

—Me sorprendes. Si realmente quieres saberlo... estás empezado a aburrirme. No puedo soportar a la gente tímida.

—¿Tímida?

—Tímida y débil. Y servil. Da lo mismo que lo oigas ahora: ya no me interesa lo que tengas que decir. O lo que quieras hacer. No me interesa nada que se refiera a ti.

Él se estaba mordiendo el labio, lo mordía con fuerza sin sentir dolor. Dijo:

—¿Qué hay detrás de esto?

—¿Por qué quieres saberlo? No veo ninguna necesidad de sacarlo a relucir. Estoy siendo bastante justa contigo, te estoy diciendo exactamente lo que siento...

—Pero eso no es verdad. No sientes de esta manera. En absoluto. Es artificial...

—Mi querido jovencito...

—Eso es a lo que me refiero. «Mi querido jovencito». Ese tipo de cosa. Solo eso. No es tu manera de hablar. Es otra persona que habla a través de ti. Alguien que te está utilizando... —Ahora hablaba consigo mismo en voz alta, con tono bajo, casi sin inflexión —. Como si fueras una herramienta. Pero ¿por qué? ¿Quién me la tiene jurada? O quizás yo no tengo nada que ver con ello.

—Si me disculpas ahora... —Hizo ademán de darse media vuelta.

Y él saltó sobre ella y la agarró por los brazos.

—Vas a decírmelo. ¿Qué está pasando en tu casa? ¿Qué ha estado ocurriendo en estos últimos tres años?

—Suéltame.

Él apartó las manos de sus brazos. Tenía las manos cerradas. Se oyó un fuerte crujido como si hubiera apretado los nudillos. Bajó la mirada y cerró los ojos; miró en lo más profundo de su espíritu, se apoderó de las palabras y las hizo subir hasta sus labios. Las palabras eran pesadas y salieron despacio.

—Sé —dijo Barry— que sea lo que sea lo que yo diga, ya está siendo dicho en tu interior. Lo sé, y siempre lo sabré, me hagas lo que me hagas. Tu chico, el chico para el que fuiste hecha, es Barry Kinnett. Y mi chica, la chica por la que quiero trabajar y vivir es... Evelyn Ervin. Evelyn, Evelyn... mírame...

—No. Por favor, no digas más. Si tienes siquiera un poco de orgullo...

—¿Qué es orgullo? Mírame...

—No...

Y entonces, vertiginosamente, con el cerebro inflamado y sabiendo cuál sería su respuesta, conociendo la futilidad del hecho, el agonizante absurdo de este momento, Barry preguntó, no obstante:

—¿Te casarás conmigo?

—No, nunca. Y, por favor... —Se inclinó levemente hacia adelante, con una sonrisa en los labios que no era ninguna sonrisa —. Por favor... no me molestes más.

Se dio media vuelta rápidamente, y subió los escalones

corriendo. La llave rechinó en la cerradura. La puerta chirrió al abrirse, y rompió la noche en pedazos cuando se cerró.

9

DANDO VUELTAS y retorciéndose en la cama, Barry se dio cuenta de que no podría dormir esa noche. Salió de la cama y se vistió rápidamente. En el piso de abajo consultó el reloj. Eran las tres menos cuarto. Barry salió deprisa por la puerta trasera, y en el callejón se agachó y recogió un puñado de piedrecitas. Levantó la vista hacia los muros de la casa de los Ervin, miró la ventana y echó el brazo hacia atrás.

Luego dejó caer el brazo y las piedras resbalaron de sus dedos flácidos.

Sacó el coche del garaje.

El coche circuló por el callejón, giró hacia la calle, hacia otra calle, y se dirigió hacia el centro de la ciudad por calles estrechas; eran calles que Barry conocía bien, pero no las reconoció. El coche avanzaba en dirección este hacia el río. Más allá de las débiles luces de las viejas calles, Barry veía el negro y reluciente Delaware en los espacios que quedaban entre los almacenes y los muelles. Ahora había una calle que se iba ensanchando en esta sección vital del activo río y atareados muelles.

Después, una calle más estrecha, y en estas calles que bordeaban los muelles se oía crujir de papeles y zumbido de voces y rechinar de ruedas. En estas calles envueltas por la noche los puestos de fruta y los comerciantes de productos agrícolas se apiñaban como animales en silencio. Aquí estaban reunidos los buhoneros, los propietarios de pequeñas y atestadas tiendas de frutas, los granjeros y los intermediarios, y los sagaces compradores de los mercados

grandes. En las horas finales de la noche, el movimiento del comercio de las mercancías perecederas era un torbellino en estas calles. Las manos se hundían en las cajas y los productos eran expuestos para ser examinados y luego rápidamente comprados o rechazados. Y las voces subían y bajaban, y volvían a subir.

Barry aparcó su coche en una estrecha calle lateral. Caminó en el suave aire de la primavera, y a través de la oscura dulzura del aire tibio los aromas de los muelles y los puestos y almacenes se derramaban y se mezclaban formando un mosaico de perfume. El efecto fue magnético y Barry quiso ver. Quería ver todo lo que había que ver allí. Después de pasar ante los puestos de fruta y productos agrícolas, quiso ver las fuentes del perfume. Donde estaba todo el café. Y el chocolate. Y la pimienta y la menta. Y el tabaco y las melazas. Y el cuero y el queroseno y los lirios. Y el cáñamo y la goma quemada y el aceite de coco... de donde procedía todo.

Caminó por aquellas calles. Escuchó a los hombres que llevaban gorra y necesitaban un afeitado y eran corpulentos, metidos en sus camisas de manga corta o camisetas sin mangas, el vello del pecho mojado de sudor. Estos hombres hablaban en voz alta y lanzaban fuertes maldiciones. Maldecían a los motores que no querían encenderse bajo el capó de sus camiones. Maldecían a otros camiones que bloqueaban su camino. Maldecían a los carros y a los caballos que iban al frente de los carros. Se maldecían unos a otros y a los que controlaban los precios. Se golpeaban la palma con el puño y lanzaban gritos al cielo. ¿Pensaban estos granjeros que sus manzanas eran de oro? Coge un poco de cuerda de aquí. De aquí... no de allí... de... ponía aquí, ponía aquí, imbécil. Un elegante nuevo territorio en South Philly. Echa una mano aquí. ¿Quién tiene un lápiz? Mira ese camión, míralo. ¿Qué quiere decir, sesenta centavos? ¿Qué hace, cuenta de dos en dos? Mira ese camión. Ese tipo conduce como un loco. Echa un vistazo a estos limones. ¿Quién tiene un pitillo? No eche la culpa a los granjeros, sino a los ferrocarriles, y no ponga sus sucias manos en la mercancía. Hace nueve años que estoy en el negocio y todavía no puedo acostumbrarme a dormir de día. Mira a ese caballo de ahí, está a punto de caerse muerto.

En la oscuridad hendida por la indiferente luz amarilla, los hombres jadeaban y hacían fuerza y dejaban escapar el humo entre

sus labios, y se reían y tiraban de una cuerda, y maldecían y empujaban cajas, y levantaban cajones y arrojaban cestas vacías, y movían volantes y maldecían.

Barry empezó a cruzar la calle. Se dirigió hacia los muelles, hacia las inmóviles y enormes formas en el negro Delaware. Pudo verlos cuando salió a la calle. Los muelles grises sobre el firmamento negro y los barcos negros en el agua. Las luces en el río y al otro lado del río.

Mientras Barry contemplaba los muelles y el río y los barcos, un gran camión bajaba por la calle a gran velocidad. Barry vio un rostro sonriente y socarrón detrás del parabrisas. Parecía que el camión apuntaba a Barry, intentando chocar contra él. Barry se echó atrás y cayó en un charco viscoso que brillaba formando un ancho y desigual círculo en el bordillo.

Barry miró el camión, y lo vio torcer la esquina haciendo un ancho giro. Otro camión venía por una calle lateral. El camión grande que había intentado golpear a Barry siguió girando, dando un bandazo para apartarse del otro camión, y luego rechinó cuando saltó sobre la acera y cinco hombres que había allí gritaron mientras se apartaban de un salto del enorme parachoques.

El camión grande siguió rechinando mientras seguía avanzando por la acera; hubo un chasquido y un estrépito y un tintineo al romperse una luna, junto con parte de una pared de ladrillo y puntales de madera. El camión se detuvo mientras sobre el capó caían cristales rotos. Un ladrillo rebotó de un alero e hizo un ruido sordo cuando dio en el suelo.

Se hizo el silencio.

—Y luego alguien dijo:

—Bonita marcha.

Se congregó una multitud.

—El motor está destrozado.

—Las ruedas también. Toda la parte delantera.

—Lo mires como lo mires, son quinientos dólares.

—Podía haber sido peor.

—Nadie se ha hecho daño.

—Hace un par de meses, yo iba caminando por Seventh Street, cerca de...

—Oh, oh... habrá problemas. Mirad quién conducía.

—Frobey, ¿verdad?

—Eso es. Frobey.

Frobey tenía treinta y cuatro años de edad. Medía más de un metro setenta y pesaba ciento cuatro quilos. Gran parte de estos era grasa, pero grasa dura. Frobey había trabajado de estibador antes de conseguir un empleo como conductor de camión, y había sido uno de los hombres más duros de los muelles. En una ocasión había dado un puñetazo en la mandíbula a un fornido hombre de metro ochenta, y la víctima había salido disparada de los muelles yendo a parar al río.

La embriaguez y la conducta violenta habían metido a Frobey en prisión muchas veces, y también había estado en ella con frecuencia por amenaza y agresión, y por resistirse al arresto. Frobey había estado casado varias veces, pero cuando estaba borracho le gustaba utilizar sus puños sobre la cara de una mujer, y ninguno de sus matrimonios había durado mucho tiempo. Frobey vivía ahora con una mujer a quien tenía miedo de pegar. La odiaba, pero no podía separarse de ella, y tampoco podía dominarla.

Ella parecía un halcón. Tenía el pelo negro como el río a medianoche, y su cuerpo era delgado y fuerte. Era casi toda hueso, pero había algo en ella que hacía arder a los hombres por dentro, y Frobey sabía que cuando él trabajaba por la noche, ella se acostaba con otros hombres. Esta noche la había acusado de eso, y ella se había reído de él. Él se acercó y ella sacó un largo cuchillo de alguna parte de su vestido y se lo mostró. Entonces le escupió en la cara.

Frobey había salido de la habitación. Había bajado a la calle e ido hasta el camión aparcado, había recogido una botella de leche y se la había arrojado a un gato.

Frobey se sintió mejor. Subió a la cabina de su gran camión. Este retumbó por las calles, avanzando pesadamente hacia los muelles. El gran camión circulaba rugiendo por las calles, y los coches pequeños se apartaban de su camino. Frobey sonreía con una mueca. Se sentía mucho mejor. Apartaba por la fuerza a todo lo que se cruzaba en el camino de su camión grande y rugiente. Iba inclinado sobre el gran volante plano y sonreía. Rostros asustados de peatones pasaban zumbando por su lado. Frobey se reía.

Ahora, sin embargo, mientras contemplaba el cristal destrozado

en el suelo, el agujero en forma de estrella donde antes había estado la luna del escaparate, la madera astillada y los ladrillos caídos, y el arrugado frente de su gran camión, Frobey estaba muy lejos de la risa.

Giró en redondo y miró la multitud. Esperaba que alguien hiciera algún comentario astuto. Buscó con la mirada el otro camión, el camión más pequeño que había salido disparado de una calle lateral y era el principal responsable de este estropicio.

El camión más pequeño no estaba a la vista, y Frobey se pasó una mano fornida por sus labios apretados. Un sonido como un gruñido se convirtió en un juramento mientras los ojos entrecerrados de Frobey recorrían la multitud allí congregada. Después Frobey vio al tipo que se levantaba del agua sucia del charco. Su traje estaba roto. El tipo se metió una mano por debajo de la manga de un brazo magullado, la sacó y vio que había sangre en las yemas de los dedos.

Frobey avanzó hacia él, sacó dos manos inmensas y apartó a los hombres de su camino. Se quedó mirando a Barry y dijo:

—Tú has hecho que estrellara mi camión. Debería partirte la cabeza a patadas.

Barry se puso en pie. No sabía que la multitud se estaba congregando, reuniéndose y formando un círculo. Él no lo sabía, y solo veía los ojos entrecerrados y los labios gruesos y apretados del hombre que había intentado atropellarle. Se acercó al corpulento camionero, y la multitud silenciosa, al verle, previo algo en este movimiento hacia adelante y se movió con él, ansiosa por ver lo que haría.

Frobey miró a Barry de arriba abajo. Vio a alguien de mucho menor tamaño que él. Un tipo joven. De apenas un metro setenta y setenta quilos a lo sumo. Delgado pero fuerte, y probablemente rápido y quizás hábil. Pero aún así sería fácil. Y sería un placer.

Barry se acercó lentamente al camionero, y al fin estuvo a un metro y dijo:

—Adelante, dame una patada en la cabeza.

Esperaba que el camionero le pegara por esto. Quería un puñetazo en la cara. Quería ser derribado y mirar al bruto desde abajo. Estaba ansioso por ver la maldad y el dolor causado por esa maldad, y la rabia ardiente, porque la mole que había frente a él

ahora era el símbolo de una fuerza que le había engañado, torturado. Era algo bestial e inmisericorde, y sus potencialidades fueron completamente conocidas para Barry en el instante en que el conductor del camión se le acercó y levantó un brazo como un garrote.

Los músculos sobresalieron, y luego el brazo de Frobey salió disparado y el puño grande y duro golpeó la boca de Barry. Este rodó un poco al recibir el golpe y eso le salvó de perder casi todos sus dientes, pero ahora, al recular, le sangraban los labios y unos hombres le sostuvieron para evitar que cayera al suelo.

Los hombres retuvieron a Barry mientras él probaba la sangre, y saboreó su gusto y sonrió al camionero.

Frobey se rio, se desabrochó la camisa y se la quitó, tirándola al suelo. Su pecho desnudo estaba cubierto de vello. Hinchó el pecho y sus voluminosos brazos fueron mostrados a la multitud. Escupió en los puños y avanzó pesadamente.

Alguien dijo:

—Déjalo.

—Le matará.

—El chico no durará un minuto.

—Déjalo estar, Frobey. No es contrincante para ti.

—Eh, dejad que peleen.

—Claro, el chico quiere pelea. Miradle.

—Está bien; echaos atrás y dejadles espacio.

—Yo digo que no es un contrincante justo.

—Vamos, chicos, echaos atrás; hay que dejarles mucho espacio.

La multitud se apartó. Se habían dado cuenta de que sería más interesante si había mucho espacio. Había un ancho y mellado círculo despejado, y en un extremo estaba el camión empujando una cabina destrozada en un escaparate hecho añicos, y alrededor del camión estaban los hombres que se habían reunido allí para ver una pelea.

Estos hombres, aunque no les entusiasmaba la idea de que un hombre menos fornido fuera golpeado por el notorio Frobey, estaban no obstante satisfechos de que se iniciara una pelea. Eso significaba descanso. Significaba entretenimiento; la forma más agradable de entretenimiento para estos hombres que trabajaban en los muelles.

La multitud, ya numerosa, iba aumentando. Los hombres de la parte exterior del círculo llamaban a otros, que venían de los camiones, carros, puestos y almacenes. Venían hombres de los muelles y de las oficinas débilmente iluminadas de los muelles. Los hombres venían corriendo por las calles.

Un farol derramaba una luz amarilla sobre el espacio despejado.

Y ahora todo el mundo estaba en silencio y expectante.

Barry se quitó el abrigo.

Frobey arrastró un poco los pies, moviendo los puños en pequeños círculos para ponerse a punto.

Un hombre encendió un cigarrillo; casi se lo tragó, pues la multitud se movió hacia adelante cuando Frobey se abalanzó sobre Barry y le empezó a propinar puñetazos. Barry recibió un golpe de izquierda en el mentón y un derechazo en el costado de la cabeza. Intentó levantar sus puños. Recibió otro puñetazo en la mandíbula y cayó de espaldas. Rodó por el suelo y salió arrastrándose de un pozo que palpitaba lleno de sangre y oscuridad. Intentó ponerse de pie.

—Está bien, dejadlo correr.

—Claro, esto ha terminado. Vamos, chicos, olvidadlo.

—Esperad...

—Él todavía está metido. Quiere más.

Barry estaba de pie. Frobey se abalanzó otra vez. Barry dejó la guardia baja, y Frobey apuntó un derechazo a la mandíbula. Barry se agachó y soltó un derechazo en el abdomen. Al atacar, sabía que aquí era donde podía hacer daño al camionero, porque el camionero tenía barriga, y la barriga era donde estaba menos duro. Barry, manteniendo la cabeza baja, atacó y lanzó sus puños a la cara de Frobey, de manera que este levantó las manos para protegerse la cara, y entonces Barry le golpeó en la barriga. La cabeza de Frobey cayó hacia atrás y su boca se abrió de par en par. Intentó llevar un poco de aire fresco a sus entrañas para combatir el ardiente fuego que le arrancó el espinazo, le pasó al vientre y regresó a su columna vertebral. Frobey retrocedió y empezó a recibir golpes de derecha a izquierda en la sección central de su cuerpo y no pudo soportarlo. Soltó un grito al parecerle que el ombligo le atravesaba el cuerpo y le salía por la espalda. Sabía que nunca le habían golpeado de esta manera y nunca había sentido un

dolor semejante.

Con la cabeza y los hombros bajos, Barry enviaba golpes cortos y zumbantes con la derecha y con la izquierda al vientre del hombre, y Frobey soltó otro chillido y un gruñido y otro chillido y siguió retrocediendo.

La multitud aullaba.

—Mirad eso.

—Miradle; está haciendo retroceder a Frobey.

—Vamos, muchacho, mátale, pártelo en dos.

—Mátale, mátale, chico; se lo ha buscado.

Frobey se dio un golpe contra el camión. Salió rebotado y luego abrió los brazos, los pasó por la espalda de Barry y se agarró a él en un abrazo de oso. Derribó a Barry al suelo. Los ojos de Frobey estaban inyectados en sangre y se salían de sus órbitas. El dolor en el vientre era espantoso y le enviaba rabia al cerebro. Aumentó su presión sobre Barry.

—Eh, esta pelea es a puños.

—Déjalo, Frobey, déjalo...

—Eso no está en el reglamento.

—Déjalo, Frobey...

—Haced que pare...

Frobey levantó la vista hacia ellos y gritó:

—Si alguien se acerca a mí, estrujaré a este tipo hasta que las tripas le salgan por la boca.

Los hombres habían comenzado a avanzar, pero ahora se detuvieron.

—Frobey está fuera de sí.

Barry ya respiraba con dificultad, y el color de su dolor era violeta manchado de púrpura, el púrpura vetado de negro. Podía sentir que sus órganos se entrelazaban y retorcían en su interior. La presión aumentó y Barry gritó. Luego, retorciéndose frenéticamente al darse cuenta de la intención del camionero de estrujarle hasta matarle, levantó el brazo derecho, lo dobló y lo echó hacia atrás de modo que el codo golpeó el espacio entre los ojos de Frobey.

Frobey se apartó, chillando y pateando en el aire, llevándose los brazos a la cabeza, chillando y pateando y resbalando hacia atrás.

Barry se arrastró sobre las rodillas. Miraba la acera. Le caía sangre de la boca.

Los hombres estaban callados.

Frobey se puso de pie, apretando los manos en la gran burbuja de agonía que tenía entre los ojos. Lanzó un gemido. Barry se había levantado y se acercaba a él. Barry bajó de nuevo la cabeza y los hombros y avanzó, y Frobey vio los puños que apuntaban a su vientre encendido. Soltó un aullido e intentó esquivarle. Barry se abalanzó rápido y le clavó un derechazo en el abdomen.

Reculando, Frobey se dobló. Barry embistió y Frobey consiguió apartarse. Barry siguió avanzando y cayó sobre la multitud. Recuperó el equilibrio, se giró y vio a Frobey caminar hacia él. Él caminó hacia Frobey, se lanzaron un puñetazo y fallaron, cayendo lejos el uno del otro. Entonces se volvieron y se enfrentaron otra vez. Y avanzaron de nuevo. Barry asestó un gancho de izquierdo al ojo, pero entonces Frobey pegó un derechazo que pilló a Barry en la mandíbula y le hizo recular, tambaleante, de modo que una vez más cayó sobre la multitud. Y esta vez, cuando se levantó, se precipitó sobre Frobey y le envió otro golpe con la izquierda en el ojo. Siguió golpeando, y ahora tenía a Frobey doblado hacia atrás sobre el parachoques delantero del camión, y empezó a asestarle golpes en el vientre con la mano derecha mientras Frobey intentaba darle una patada en la ingle. Esquivando la patada, Barry le dio a Frobey la oportunidad de ponerse de pie y apartarse del parachoques. Ahora parecía, cuando Frobey caminó otra vez, que había encontrado nuevas fuerzas en alguna parte. Mientras se acercaba a Barry, parecía que sus enormes puños iban a destrozar la cabeza de Barry, porque Barry parecía exhausto. Barry iba agachado y reculaba con los brazos colgando a los costados.

Frobey se echó a reír y lanzó un golpe con la izquierda, parando a Barry con el brazo extendido; luego, recuperando el aliento, Frobey se preparó para asestar el golpe de abajo arriba que acabaría con Barry. Y mientras Frobey tomaba aliento, Barry se escabulló bajo la izquierda. Miraba desde abajo la barbilla de Frobey. Entonces su cuerpo subió mientras levantaba el brazo, y su puño pilló a Frobey justo debajo de la barbilla. El sonido fue categórico y definitivo, y Frobey salió disparado, casi horizontal incluso antes de golpear el pavimento. Cuando lo hizo, se oyó un sonido tremendo. Fue como si un gran saco de cuero lleno de piedras y agua hubiera hecho contacto con el suelo después de caer trescientos metros.

Tumbado de espaldas, los ojos no completamente cerrados, Frobey respiraba como un fuelle funcionando deprisa. Su ojo izquierdo era una bola hinchada de color azul y rojo oscuro y negro. Tenía la nariz aplastada y le sangraba, y la parte superior de la cabeza cubierta de sangre.

Barry se desplomó. Cayó de rodillas y colocó las manos en tierra. Se apoyó de esta manera, mirando al camionero inconsciente. La camisa y la camiseta colgaban hechas jirones del cuello y los hombros de Barry. El pecho y los hombros y la espalda le sangraban y estaban en carne viva por el cemento.

Alguien dijo:

—Dios Todopoderoso.

Barry intentó ponerse en pie y se cayó, y los hombres se precipitaron hacia él y le ayudaron a levantarse. Unos cuantos hombres se designaron a sí mismos como guardianes inmediatos. Despejaron un espacio al frente y se llevaron a Barry. Le llevaron a una nave de almacenaje donde había un pequeño catre. Le colocaron en él y alguien recomendó traer un cubo de agua fría.

El frío líquido le salpicó a Barry en la cara. Sonrió a los hombres. Uno de ellos salió corriendo de la sala y regresó con unas vendas y esparadrapo y una botella de ginebra. Otro se acercó a la puerta, la abrió ligeramente y dijo a la multitud que estaba fuera que no entrara.

—No, no necesitamos ningún médico. Está perfectamente bien.

—¿Y por dentro?

—Por dentro está bien. Está en buena forma.

Barry bebió mucha ginebra. Se incorporó y se llevó las manos a las vendas que le cubrían la cara. Sonrió y alcanzó la botella de ginebra.

—Eso está bien, muchacho. Bébelo toda.

—Te hará mucho bien.

—Quédate en este catre y tómalo con calma.

—Gracias —dijo Barry.

—Esa ginebra en tus tripas es un remedio extremadamente bueno. Es ginebra de alta graduación.

—Salgamos de aquí y dejemos que el chico duerma un poco.

Salieron, y en la calle se unieron a la multitud que discutía la pelea.

—... y nadie puede decirme otra cosa.

—Le salía de los labios, no era una hemorragia.

—Alguien debería echarle un vistazo.

—Os digo que el muchacho está perfectamente bien.

—Tú sabes mucho.

—Déjame verle —dijo Clard.

Todos se quedaron mirando a Clard.

Era desconocido para ellos, este Clard. Era callado y tranquilo, y nadie le conocía.

Vivía allí, en los muelles, en un diminuto espacio individual sobre un pequeño almacén. Por las noches, Clard paseaba por las calles lindantes con Delaware, y hablaba con los hombres. No decía gran cosa, pero lo que decía quedaba grabado en los cerebros de sus interlocutores, y aunque ellos se hacían preguntas sobre Clard y no podían ni remotamente comprenderle, admiraban su intelecto y la manera en que lo expresaba.

A veces su curiosidad se desbordaba, y le preguntaban algo sobre sí mismo. Él siempre tenía una respuesta fija. Proclamaba que el ego de un individuo tiene poca importancia comparado con el conjunto de vistas y sonidos y personas y acontecimientos que le confrontan.

En algunas ocasiones decía cosas que los hombres no podían comprender. Pero ellos siempre respetaban sus palabras. Entre ellos se preguntaban qué hacía para no ganar ni perder, y una vez habían intentado entrar en su dormitorio. Unos cuantos de ellos subieron la escalera de madera que conducía a la puerta de atrás, la única puerta de la habitación. Estaba cerrada con llave. La única ventana estaba asegurada y había una persiana detrás. Los hombres decidieron dejar la situación como estaba y bajaron de la escalera.

Siempre parecía como si este hombre, Clard, estuviera hablando a multitudes, aun cuando hablaba en voz baja, aun cuando su audiencia se limitara a dos hombres. Y mientras le escuchaban, los hombres olvidaban que era Clard el extraño, Clard la persona insondable que a veces no aparecía en la calle durante noches seguidas.

Y el conocimiento de Clard era ofrecido a los hombres. Pero el yo de Clard les era completamente desconocido.

Alguien dijo:

—¿Lo has visto?

—Sí —dijo Clard—. Lo he visto.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Ha visto cómo Frobey le ha abrazado y tirado al suelo?

—Lo he visto todo —dijo Clard.

—¿Qué opina?

—Tendré que echarle un vistazo.

Alguien dijo:

—Bueno, Clard, supongo que esto nos da la historia de usted.

Usted es médico.

—No —dijo Clard—, no soy médico.

—Bueno, ¿cómo puede decir lo que le ocurre al muchacho?

—Puedo decirlo.

Alguien dijo:

—Dejadle entrar y que le eche una mirada.

Alguien dijo:

—Yo iré con él.

Clard dijo:

—Iré solo.

Fue solo. Entró en la sala de almacenaje, encendió la luz y se quedó de pie al lado del catre, y observó el pecho de Barry que subía y bajaba en tranquilo sueño.

Clard miró la botella de ginebra que había en el suelo, las manchas de ginebra que brillaban en el borde del catre.

Barry abrió los ojos cuando la luz traspasó sus párpados. Miró la cara y el cabello negro de Clard, descuidadamente negro sobre la cabeza y la frente. Tenía el mismo aspecto que su propio cabello. Era idiota pensar eso, pero todo este asunto era idiota.

Clard vio que Barry le miraba y dijo:

—No siempre llevo la gorra.

—He venido aquí a verle —dijo Barry.

—Me lo he imaginado.

—¿Cómo es que está aquí?

—He visto la pelea —dijo Clard—. He llegado cuando ya había empezado. Habría intentado detenerla, pero parecía como si estuvieras disfrutando. Incluso cuando te estaba estrujando, era como si te gustara y supieras que ibas a salir de aquel abrazo. ¿No

era así?

—Creo que sí —dijo Barry—. No puedo recordarlo exactamente.

—Ha sido una buena pelea —dijo Clard. Se acercó a una pared y trajo una caja de fruta junto al catre. Se sentó en la caja y comenzó a examinar a Barry. Colocó sus manos sobre el pecho de Barry y se las pasó por la zona de las costillas.

Los largos y gruesos dedos de Clard fueron refrescantes y calmantes.

—Dime si te duele aquí.

—Un poco —dijo Barry.

—¿Y aquí?

—No.

—¿Y aquí?

—Solo un poco.

—Abre la boca —dijo Clard. Miró la sangre coagulada y murmuró—. Estás bien. Esa sangre es de los labios partidos, y no de heridas internas. Tienes suerte.

—Lo sé —dijo Barry—. Sé que tengo suerte. Y me alegro de haber dejado que me sucediera. Lo necesitaba. Necesitaba algo que me hiciera explotar. Tengo la cabeza más clara ahora que cuando he salido de casa esta noche.

Barry trató de incorporarse. Lo intentó varias veces antes de conseguirlo. Luego Clard sacó con un golpecito unos cigarrillos de un delgado paquete, y el humo pasó entre los dos hombres, y se miraron el uno al otro a través de él. Una leve sonrisa afloró a los labios de Clard, y pareció correr por entre el humo, de tal manera que una sonrisa idéntica se formó en los labios de Barry.

—Tenías una razón especial para venir aquí a verme —dijo Clard.

—Más o menos.

—¿Cómo te sientes ahora? ¿Quieres hablar de ello?

—Me parece que no. Ahora no me parece importante.

—Está bien —dijo Clard—, nos lo saltaremos.

—No todo. Supongo que solo soy curioso. Cuando venía hacia aquí no tenía la más leve curiosidad. Era más de lo que yo podía manejar solo y estaba ofuscado. Quería que alguien me ayudara. Tenía una sensación que no podía entender, pero era una sensación de que quizás usted podía ayudarme. No sé por qué le he elegido a

usted, pero así ha sido. Supongo que no puede hacer desaparecer estas cosas con narcóticos.

Clard dijo.

—Hay muchas cosas que no se pueden hacer desaparecer con narcóticos.

Barry pasó las piernas sobre el borde del catre. Dijo:

—Cuando venía hacia aquí estaba en mala forma. Pero ahora estoy perfectamente.

Clard se puso de pie y se estudió el dorso de las manos.

Barry dijo:

—Esto es lo que siento, ya no me interesa nada de lo que ocurra en aquella casa. Aquella casa me importa lo mismo que si estuviera en las montañas del Tíbet.

Clard se frotó las palmas de las manos y luego se las miró, como si esperara que se hubiera producido un cambio de textura. Y mientras se las miraba dijo:

—Mira a ver si puedes ponerte en pie. Ve despacio.

Al levantarse del catre, Barry sonrió. Luego se dirigió hacia la puerta, y Clard la abrió, y salieron juntos. Algunos hombres empezaron a acercárseles, y Clard les hizo señas de que se alejaran. Entonces Clard y Barry se fueron juntos calle abajo.

Y Clard dijo:

—Vamos a torcer por aquí. Quiero ver el río. A esta hora tiene un bonito reflejo.

Giraron hacia el río y cruzaron otra calle. Luego permanecieron envueltos en una densa bruma rosa y gris que venía del Delaware y el hervidero del amanecer.

—Ahora mira allí —dijo Clard.

Barry miró en la dirección que señalaba la mano extendida de Clard y vio la escalera, colocada oblicuamente contra la pared trasera de un almacén en estado ruinoso.

—Allí es —dijo Clard.

—Está bien, gracias —dijo Barry—, pero no significa nada para mí.

—Lo sé —dijo Clard—. Solo quería señalártelo.

—¿Solo por si acaso?

Clard sonrió.

—Lo dejaremos así. Diremos que solo por si acaso.

—No habrá ningún por si acaso. Me gustaría conocerle mejor, pero no creo que haya ninguna base para ello. ¿No se ha sentido nunca de la manera que yo me siento ahora? ¿No se ha sentido nunca tan claramente decidido respecto a algo que sabía con tanta seguridad como que estaba vivo y que nada podría hacerle cambiar de opinión? Absolutamente nada.

—Me siento así respecto a muchas cosas —respondió Clard—. Pero sea lo que sea lo que sienta respecto a ciertas cosas, sé de la existencia de fuerzas más poderosas que mi propia voluntad.

—Hay algo de verdad en eso —dijo Barry—. Pero con todo, he tomado una resolución. No, es algo más que eso. No es como si deseara algo por mí mismo. Es como si yo fuera uno de esos tipos que se quedan sordos a causa de algún *shock* terrible. Ahora otro *shock* terrible ha sucedido y ya no estoy sordo. Y en este caso el *shock* terrible ha sido la discusión que he tenido con el camionero. Cada vez que él me pegaba, se llevaba dolor mío, en lugar de proporcionármelo. Y cuando me tenía sujeto con aquel abrazo, era como si estrujándome me estuviera sacando toda la angustia, la confusión y la derrota que tenía en mí. ¿Sabe?, señor...

—Clard.

—¿Sabes?, Clard, esta vida no es un sueño. Partes de ella lo parecen, pero todos esos pequeños sueños representan solo una pequeña parte. Microscópica. El resto es real...

—Párate aquí —dijo Clard, la voz rígida de urgencia—. Aquí mismo. No vayas más lejos. Porque si lo haces, perderás algo. No puedes perderlo. No debes permitirte perderlo. Eres una de esas pocas personas que lo tienen para empezar. Y tarde o temprano, la mayoría lo pierden. O bien hacen que lo pierdan o se lo quitan a la fuerza. Y eso es para lo que piensas que te ha sucedido. Piensas que la realidad de pelear con un bruto, de hacer que tu cuerpo sea golpeado, tu cara ensangrentada, piensas que eso te ha sacado del sueño y te ha plantado en tierra firme. Pero no hay tierra firme que sea permanente. La tierra firme cede y el sueño viene otra vez. Quizás tarde un tiempo. Quizás no volverá hasta dentro de cincuenta años. Pero eso es para lo que vivimos, la única razón de que permanezcamos vivos, aun cuando la mayoría de nosotros no nos demos cuenta. Vivimos para el momento en que el sueño regrese. Incluso yo.

—Está bien, Clard. ¿Qué haces tú?

—Pienso. Estudio. Pinto. Hago un poco de trabajo aquí y allí. Contemplo el río. Pinto los barcos. Acuarela. Eso es a lo que me refería cuando decía solo por si acaso. Alguna noche, en el caso de que estés tratando de pensar en algo que hacer, ven aquí y te enseñaré lo que pinto. Hablaremos. Puedes hacerme callar si quieres...

Barry dijo que no con la cabeza.

—Lo único que teníamos en común era aquella casa. Y ahora ni siquiera sé que aquella casa existe.

Clard dio un paso hacia Barry y se quedó allí mirándole a los ojos. Y no se oía ningún sonido, ni siquiera del río. Durante un minuto, Clard no había apartado sus ojos de los de Barry, y no había pestañeado siquiera una vez. Luego Clard dijo:

—Has venido a verme esta noche porque querías decirme lo que estaba pasando en aquella casa, o qué hacía que tu chica se comportara así, en contra tuyo.

—Has acertado —dijo Barry—, y supongo que es algo que no es difícil de acertar. Pero lo que me dices no me hace nada, y eso está perfectamente bien, porque de todas maneras no importa. Voy a dejarlo tal como está.

—No lo harás. Dices que lo has olvidado, pero aunque es posible que realmente pienses eso, no lo has olvidado en lo más mínimo. Está igual de mal ahora que antes. Y empeorará, también. Y a medida que vaya empeorando, tú pensarás que va mejorando. Porque reirás más, hablarás más, te sucederán cosas que consideras agradables. Piensas que estarás ganando algo y todo el tiempo estarás perdiendo algo. Te estarás alejando cada vez más del sueño.

»Escucha. Recuerdo una vez que entré en una biblioteca, uno de esos lugares tan grandes y complicados, con una sala especial donde tenían volúmenes bellamente encuadernados. Vi allí a un hombre vestido con elegancia, que caminaba arriba y abajo frente a los estantes. Sacó un volumen de cuero marrón con impresiones de oro y franjas de cuero marrón más oscuro cosidas en la cubierta para formar un complicado diseño. Era un objeto muy bonito; el cuero era grueso pero flexible y agradable al tacto. Y este hombre se quedó de pie sosteniendo el libro en sus manos, disfrutando de su vista. Y entonces lo sostuvo con fuerza en las manos y lo dobló a un

lado y a otro. Luego se lo llevó a la cara y olió el cuero. Después, se puso el borde del libro en la boca y pareció como si lo mordiera, como si lo probara, masticándolo. No sé, quizás si no se hubiera vuelto de repente, viendo que yo lo estaba observando, hubiera pegado un mordisco a ese elegante cuero y se lo hubiera tragado. Sea como sea, devolvió el libro a su sitio y se apresuró a salir de la sala. Entonces yo fui a coger el mismo libro, abrí la tapa y vi que era un libro de poesía de algún autor isabelino no demasiado conocido. Me senté, y unas horas más tarde puse el libro de nuevo en su lugar. Aquella poesía era el país de las hadas, era la gloria y era la verdad. Y aquel hombre había contemplado la tapa de cuero con oro, la había sostenido y retorcido, olido, catado y masticado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Barry.

—Ese hombre es la humanidad actual, que sirve a los sentidos, la carne, despreciando la mayor amplitud del pensamiento, haciendo caso omiso de los poderes de la mente, o el espíritu, o el alma, o como quieras llamarlo. Tienes a la humanidad apartándolo de una gran patada y andando a tientas y avanzando con dificultad y gritando en la interminable batalla por satisfacer los sentidos. Y llega el momento en que esa batalla traspasa los límites de la justificación. Y ahí es donde entra el mal.

—Yo no lo veo así. Si no puedo estar cerca de ella...

—Tus pensamientos pueden llevarte cerca de ella. Agárrate a tu sueño.

—Eso es poesía. Es palabrería.

—Es la verdad, Barry.

—No —dijo Barry—. Aun cuando sintiera deseos de probarlo, no podría siquiera acercarme a tu manera de pensar.

—Mira el río —dijo Clard—. ¿Ves el humo? ¿Ves la basura en el agua y la porquería en los muelles? ¿O ves la belleza del río al comienzo de la mañana?

—No veo nada especial.

—Quizás lo harás. Algún día.

Barry se giró y se pasó un dedo por la gruesa línea de sangre coagulada que le bajaba del labio al mentón. Contempló las franjas doradas y violetas que relucían en la superficie del río iluminada por la mañana. Se dio media vuelta y ahora, al mirar atrás hacia Clard, dijo:

—Tal vez.

Y entonces echó a andar hacia la calle, un sinuoso camino a lo largo del río, y contempló el agua, que era como una laguna en la mañana sin viento.

Pronto, pensó, el agua estaría revuelta por el comercio y cubierta por el humo.

Caminó hacia arriba, a lo largo de los muelles, contemplando el agua y los grises contornos de la ciudad más pequeña al otro lado del Delaware. Luego caminó por un desembarcadero y miraba río arriba, donde se ensanchaba, y allí arriba, lejos, había verdor en el gris, el verdor de los campos que arrancaban de las márgenes, el verdor de las extensiones de tierra, el verdor que se convertía en los vastos céspedes de terciopelo verde de la parte alta de la ciudad.

Apartándose del borde del desembarcadero, Barry desvió la mirada del río; ahora tenía los ojos puestos en la calle cubierta de polvo, las ventanas rotas de los viejos almacenes, las moradas abandonadas que estaban casi en ruinas, la sombría quietud de las casas todavía habitadas que poco a poco se iban desmoronando. Y Barry se encaminó despacio hacia el lugar donde había aparcado su coche.

Las horas de comercio no habían llegado todavía, y ahora, en el silencio y la quietud, caminando por las calles estrechas, mirando los gastados y rotos adoquines, Barry pudo ver el suelo aprisionado bajo sus pies. Y pudo oír un gemido. Era su propio gemido, pero lo oyó como si procediera de debajo de los adoquines.

10

MIENTRAS GEORGE ERVIN daba vueltas inquieto en la cama, oyó que la puerta principal se abría y supo que Evelyn había vuelto a casa. Trató de obligarse a pensar que había estado despierto por la idea de que ella estaba fuera de casa a estas horas de la noche. Despierto porque estaba esperándola y quería estar seguro de que regresaba a casa sana y salva. Pero dejó que esta suposición se alejara y se puso a pensar en la noche pasada y la noche anterior a esta y todas las demás noches.

Escuchó a Evelyn, que rondaba por el piso de abajo. Los ruidos le decían lo que estaba haciendo, y dio gracias por esta oportunidad de entretenerse en las vacías y negras horas de la falta de sueño.

Oyó el ruido de pasos abajo.

Luego pudo imaginarlo, el color y el desarrollo de una escena que mostraba a Evelyn entrando en el comedor, abriendo una puerta y colocando su ligero abrigo de primavera en el armario ropero. Luego la puerta al cerrarse, y más ruido de pasos.

Y ruido de pasos en la escalera, subiendo. El paso femenino, algo tan querido en ese sonido, y cada sonido que su hija hacía, su hija, esta parte de él...

Ruido de pasos en el pasillo.

Escuchó el sonido que hacía Evelyn al cruzar el pasillo; luego apenas si pudo oír el modo cuidadoso y considerado de abrir la puerta de su dormitorio, y luego esperó a oírla regresar por el pasillo y entrar en el cuarto de baño, y oyó el ruido de un interruptor al ser accionado, y luego los sonidos en el baño, el

tintineo de un vaso contra el azulejo, el correr del agua. Vago ruido de salpicadura.

Después, durante un rato no se oyó nada, y George esperó, con los ojos abiertos mirando el negro techo y la luz de una lámpara verde que le venía por el lado. Se giró y miró el despertador, y los números iluminados señalaban las dos y veinte. Entonces George oyó que se abría la puerta del cuarto de baño y escuchó el sonido de Evelyn al cruzar el pasillo. Oyó el sonido de otra puerta que se cerraba, la puerta de su dormitorio. Y ahora su hija Evelyn estaba en su cuarto y se pondría a dormir. Duérmete, mi niña... solía cantar Julia.

Duérmete, mi niña, solía cantar Julia, meciendo el pequeño fardo hecho con una manta azul pálido. Duérmete, y que tengas un sueño profundo y dulce y completo, mi niña, y George se incorporó y salió de la cama. Había recordado los ruidos, todos ellos y por el orden en que los había oído, y la imagen de la llegada de Evelyn a casa y su ida a la cama era completa en todos excepto por uno: el ruido de la luz del cuarto de baño al ser apagada. No lo había oído, y podía ser que estuviera equivocado, pero sería una buena idea asegurarse.

George salió de la habitación, abrió la puerta del cuarto de baño, y, como había supuesto, Evelyn se había dejado la luz encendida. George sonrió y se quedó allí, retrocediendo ante el fuerte resplandor. Evelyn estaba tan excitada estos días, o quizás no era realmente eso, no realmente excitación, sino una especie de cambio de humor, estos últimos días... matricularse en la escuela de Arte y comprar vestidos nuevos, conocer a gente nueva. Era una experiencia algo deslumbrante para Evelyn, y por lo tanto era natural que se equivocara en una cosa tan insignificante como era olvidarse de apagar la luz del cuarto de baño.

George apagó la luz.

Luego, en su dormitorio, al meterse en la cama, George volvió a mirar el reloj, y esta vez indicaba que eran las dos y veinticinco minutos. Calculó que esta noche dormiría cuatro horas y media, eso si podía quedarse dormido al cabo de pocos minutos, y al pensar en eso sonrió. Cerró los ojos, y gradualmente fue dando fuerza a un intento de convencerse a sí mismo de que no había en realidad ninguna buena razón por la que no pudiera quedarse dormido. No

se oía ningún ruido en la casa de al lado. No había ningún ruido en la calle, y aquí en su casa todos estaban dormidos. Clara, a su lado, dormía tranquila, su respiración era precisa pero calmada y regular, de manera que debería inducirle al sueño más que impedirselo. Aquel asunto de que ella se había despertado alarmada tres noches atrás no se había repetido, y él estaba seguro de que no volvería a suceder. Era una de esas situaciones únicas, de esas que pueden suceder incluso a la persona más perfectamente equilibrada digamos una vez cada cinco o diez años. Una pesadilla y la negativa inicial a admitir que había sido una pesadilla. Y luego el sueño otra vez, borrando el incidente. Clara era toda salud y estabilidad, y él podía estar agradecido por ello.

Podía estar agradecido por muchas cosas. Solo para compararse con otros hombres que conocía —era un método egoísta, pero probablemente era la única manera que un hombre tenía para valorar su propia situación— algunos de estos otros hombres tenían problemas y dificultades que sobrepasaban con mucho las suyas. En la oficina había un hombre que se había divorciado dos veces y estaba camino de una tercera escena en los tribunales. Y había un hombre cuya esposa estaba muriendo lentamente de cáncer. Y había otro que había sufrido una crisis nerviosa un año atrás y ahora tenía problemas con el habla, y a veces derramaba el café sobre la mesa durante el almuerzo. Había tantos de estos pobres tipos que padecían males y tenían dificultades. Ayer mismo, recordó George, había dado veinticinco centavos a un ciego que vendía lápices en Walnut Street.

George se dijo para sus adentros que George Ervin no tenía derecho a quejarse, jamás. Porque George Ervin tenía una casa y un empleo. Y George Ervin había realizado su propósito fundamental en la vida y había formado el tema de sí mismo, el tema vivo que era Evelyn: el recuerdo vivo de Julia. Debía estar agradecido por eso, más que agradecido. Esta hija de Julia y suya, esta chica que poseía la fragilidad y los ojos de Julia, esta chica cuyo andar y cuyo hablar eran tan semejantes a los de Julia, era más que una vida que él había creado y visto crecer. Era la señal viviente de la mayor felicidad que jamás había conocido, pues lo máximo que cualquier hombre puede tener es la sensación y el conocimiento no de poseer sino de dar, y de tener a alguien que reciba eso que se da, alguien

que comprenda la causa y el sentimiento que hay tras ese dar. Julia lo había comprendido, y muchas, muchas veces por la noche, en esta misma habitación, le había hablado de ello. Al hablarle, al contarle sus sentimientos, su voz era tan suave y pura, que rebasaba la belleza de la melodía.

George comprendió que no iba a conseguir nada parecido al sueño, pero esto no le preocupó. Estos pensamientos eran mejores que el sueño. Y los recuerdos... aquella vez que estaban juntos en la playa, aquel verano tanto tiempo atrás pero tan claro ahora que lo rememoraba, con Julia y Evelyn y él mismo en la playa. Evelyn jugando con los juguetes que había recibido aquel día, los regalos por su tercer cumpleaños, y multitud de gente moviéndose en la playa, corriendo y gritando, el color de los parasoles y las grandes sombrillas y los trajes de baño en contraste con la arena grisácea. Tanta gente allí en aquel día caluroso, y sin embargo era como si estuviera solo en la playa con su esposa y su hija. Eso era todo. Solo esta escena, y Julia mirándole y sonriendo, y ellos tres allí juntos.

Luego, debió de ser al año siguiente, por supuesto, era al año siguiente, y poco antes de Navidad, hubo una epidemia de gripe, nada importante, pero sí lo fue para él porque Julia había caído enferma, y después de varios días fue necesario ingresarla en un hospital. Casi había muerto entonces, y durante toda la noche, esa noche en que el médico le dijo que debía prepararse para recibir malas noticias, él había llorado y rezado y llorado y rezado, y se había dicho para sus adentros que quedaría destrozado, que no sería nada sin Julia. Qué bien lo recordaba ahora... la mañana siguiente, cuando ella se sintió mejor, y una mañanas más tarde, cuando le permitieron incorporarse, y el día en que se la había llevado a casa, y luego ellos tres juntos en casa, y el árbol de Navidad. Él había salido y comprado un abrigo de pieles para Julia, de piel de foca, y no había pensado ni por un momento si podía o no permitirse ese lujo. Lo compró impulsivamente. Llevó el abrigo a casa, a Julia, y Julia entonces se vino abajo, llorando en voz baja y cogiéndole las manos, y permanecieron abrazados muy juntos y luego ambos alargaron el brazo hacia Evelyn, y Evelyn se les acercó, cogiendo sus juguetes del árbol de Navidad, y estaban los tres juntos.

Una semana más tarde, Julia le dijo que debía devolver el abrigo. Él no podía ni mucho menos permitirse comprar un abrigo

de piel de foca. Los gastos del hospital habían sido cuantiosos, y el coste de un abrigo de pieles no era necesario realmente. Él intentó discutir, y Julia le sonrió y luego le suplicó y fue a la tienda con él, llevando a Evelyn en el cochecito. En la tienda, él quiso que Julia eligiera otro abrigo, y finalmente ella eligió un abrigo ribeteado de zorro. Era marrón o negro o... eso no podía recordarlo. Pero recordaba a los tres saliendo de la tienda y riendo mientras caminaban por Broad Street, con Evelyn en su cochecito. Y a los tres yendo por Broad Street, dirigiéndose a su pequeño hogar.

Debía recordar siempre estas cosas; debía sentir de nuevo aquellos sentimientos de los días y las noches pasados con Julia. Y debía estar contento de que esos valiosos episodios hubieran tenido lugar en su vida, y debía saber que había recibido más, que había sido bendecido con más que la mayoría de hombres. La tesis de lo concreto y lo abstracto era una paradoja asombrosa. Lo concreto no era nada. Lo abstracto, los pensamientos y las sensaciones... eso era la sustancia real de ser.

Y no debía lamentar nada. Nunca. Si había cometido algún error, se trataba de errores técnicos, no del tipo que causa autocondena. El cerebro de George Ervin chasqueó y resonó cuando se dijo eso, y todo en su interior pareció ponerse rígido cuando algo le contradijo diciendo que tenía mucho que lamentar, muchísimo en realidad. Era algo que traspasaba los límites del pesar, le levantaba con garras de duro metal y le arrojaba a un campo ardiente de culpabilidad.

La culpabilidad le rodeaba, quemándolo todo a su alrededor y ardiendo con él. La culpabilidad le arañaba y le ahogaba. Él intentó escapar, pero las garras le cogieron de nuevo, le arrastraron con violencia al centro rechinante de la ardiente culpa. Y fue como si las garras tuvieran la capacidad de hablar, y él pudiera oír el sonido de la acusación, aunque no pudo traducir ese sonido a un significado organizado.

George tenía una sensación de quemazón, un conocimiento fuerte de que podía oír la voz, y ahora buscó a tientas el camino hacia ese sonido, y bebió ese sonido, haciéndose este más suave, y luego la quemazón desapareció pero la culpa permaneció, y ahora George no sabía dónde estaba, y no supo de nada más que de esta culpa inmensa.

El sonido era muy suave. Ya no era una voz, al menos él no podía distinguirlo como voz.

George peleó con el sonido e intentó apartarse de la culpabilidad. Dijo que había hecho todo lo que había podido. El sonido le pidió que reflexionara sobre esa afirmación, que la examinara y comparara lo que había hecho con lo que habría podido hacer y lo que hacía ahora con lo que podría hacer. George se escondió de eso y dijo que no había hecho nada malo al casarse otra vez. Él necesitaba una esposa y Evelyn necesitaba una madre. El sonido estuvo de acuerdo. Y esto tumbó a George y tuvo un efecto mayor que un golpe. Y George dijo que un hombre tenía un límite, y era posible, e incluso más que posible, era absoluta y drásticamente necesario que un hombre efectuara concesiones a su esposa, en especial cuando esta era su segunda esposa, y cuando él tenía la firme convicción de que esta segunda esposa hacía todo lo posible por proporcionarle a él un buen hogar y una existencia satisfactoria. Aunque él no estaba de acuerdo con ella en muchos asuntos, y aunque tenía la sensación a veces de que ella se aprovechaba de estas concesiones que él hacía, era no obstante cierto que ella seguía siendo sincera en su deseo de mejorar la calidad de la vida en este hogar. Y él era afortunado en este aspecto. Esta segunda esposa era mirada y eficiente, y eso era mucho mejor que una mujer lánguida que no tuviera ninguna influencia sobre él y estuviera casada con él solo por el hecho de estar casada, y no le importara realmente lo que le ocurriera a él y considerara a Evelyn solo como otro ocupante de la casa. Él era afortunado ahora, y la elección de esta segunda esposa había sido razonablemente correcta, y esperaba que la culpa se alejara, esperaba que el sonido se derritiera y desapareciera.

La culpa permaneció. El sonido era más claro ahora que antes, y George escuchó. Abrió los ojos y pudo seguir oyendo el sonido. Luego se irguió y se apoyó sobre los codos y se quedó así, mirando hacia la puerta, escuchando el sonido.

Y el sonido no estaba en esta habitación.

Probablemente era Evelyn. Pero no era Evelyn, porque si fuera Evelyn sería ruido de pasos en el pasillo, y este sonido venía del piso de abajo.

Si fuera Evelyn que estaba en el piso de abajo, habría oído sus

pasos por el pasillo y al bajar por la escalera, y él no había oído nada de eso. Había oído y estaba oyendo ahora el sonido que venía de abajo. Podía oírlo directamente debajo del suelo de su habitación.

Y entonces George salió de la cama.

Le parecía que esta noche no era esta noche en absoluto, esta noche era tres noches atrás, la misma noche en que Clara le había despertado diciéndole que notaba una presencia en la habitación, y él estaba pensando ahora que se trataba de la misma presencia, solo que ahora estaba en el piso de abajo.

Se encaminó hacia la puerta, moviéndose despacio y con tanto sigilo como pudo. No quería despertar a Clara, y se preguntó por qué eso iba a estar en su mente. Y pensó que desde un punto de vista puramente práctico debería despertar a Clara, y se dijo que no sin saber por qué lo decía.

La puerta estaba abierta ahora y George se quedó en mitad del pasillo. Miró al otro extremo y vio la puerta del dormitorio de Evelyn; estaba cerrada y no se veía luz por ninguna rendija. Sabía que Evelyn estaba en su habitación, y allí de pie, mirando la puerta cerrada, pudo oír el sonido que venía de abajo.

Oyó un gemido.

Junto con el gemido, más débil que el gemido, había un sonido susurrante, y George se dijo para sus adentros que había alguien abajo, que deambulaba por allí y gemía. No había dolor en el gemido, ningún malestar especial; solo había un elemento en el gemido, y este era temor.

George cruzó el pasillo y empezó a bajar la escalera. Miró hacia la oscura sala de estar. Vio algo blanco y vago que desaparecía de su vista. Él se detuvo, asustado, y luego pensó que tenía que averiguar lo que había allí abajo. Se apresuró a bajar y vio algo blanco y vago que salía de la sala de estar, oyó un gemido final, largo y vacilante, y vio esta vaga blancura que ahora se alejaba de él flotando en la casa a oscuras.

Y entonces, sin saber dónde estaba, George echó a correr, y cayó pesadamente de rodillas. Se agarró a la alfombra, y parecía que no había sangre en su cuerpo, que no había carne en sus huesos, y se arrastró por la alfombra, y gritó:

—¡Julia... Julia... regresa...!

En el piso de arriba, la luz del dormitorio principal estaba encendida y Clara tenía la puerta abierta. Estaba esperando a que George subiera la escalera.

Entró en la habitación cuando George llegó al pasillo. Se sentó en el borde de la cama y miró a George.

—¿Qué estabas haciendo abajo? —Con el ceño fruncido, se decía para sus adentros que George parecía a punto de caer.

—He oído algo abajo —dijo George.

—¿Qué era?

—No lo sé —respondió George.

—Sí lo sabes. ¿Qué ha ocurrido allí abajo?

George miró a Clara y sonrió, y por primera vez desde que esta conociera a George Ervin, Clara tuvo que agacharse ante él. Había algo en aquella sonrisa que no era George Ervin, y era algo de loco, algo que Clara no podía comprender aun cuando tenía un efecto perturbador sobre ella.

Y George dijo:

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—No tengo la más mínima idea.

—Bueno —dijo George—, ¿te interesaría saber que he oído algo en el piso de abajo, he bajado y he visto a Julia?

—¿Julia?

—Julia. Mi primera esposa.

—Me dijiste que había muerto.

—Así es.

—¿Y?

—Esta noche —dijo George—, Julia ha regresado.

Clara se levantó de la cama y cruzó la habitación y cogió un paquete de cigarrillos del tocador. Seleccionó uno, y lo encendió con cuidado. Mientras el humo le salía por la nariz y la boca dijo:

—¿Dices que abajo has visto a tu esposa muerta?

—Sí.

—Esta Julia, esta esposa tuya muerta, ¿la has visto claramente?

—No.

—Entiendo. Has imaginado que oías algo abajo y has bajado corriendo y entonces has imaginado que veías a esta Julia de quien hablas.

—No ha sido así —dijo George—. Yo no he imaginado nada.

—Exactamente, ¿qué has visto abajo?

—A una mujer. Era Julia.

Clara aspiraba con regularidad de su cigarrillo. Ahora estaba sonriendo y George ya no sonreía. Clara disfrutaba con el hecho de que él ya no sonriera, y ahora había olvidado completamente su sonrisa temible de unos momentos antes.

—Esta Julia... ¿cómo iba vestida?

—De blanco.

—Por supuesto —dijo Clara—. Por supuesto que iba vestida de blanco. Todas visten de blanco. Visten de blanco cuando se casan y visten de blanco después de muertas y cuando regresan, estas Julias. ¿Le has visto la cara?

—Podría decirte que le he visto la cara —dijo George—, pero no le he visto la cara.

—¿Iba flotando?

—¿Qué?

—Te he preguntado —dijo Clara—, ¿iba flotando?

—No sé a lo que te refieres.

Clara sonrió y agitó los brazos.

—Así, flotando de un lado a otro.

—Sí —dijo George—. Parecía eso.

—¿Te ha hablado? —Clara estaba una vez más sentada en el borde de la cama.

—No.

—Está bien, George. Repasémoslo. Dices que has oído un ruido abajo, para empezar. Dime, ¿qué era ese ruido?

—Gemidos.

—Bien. Si dijeras otra cosa que gemidos, empezaría a pensar que quizás tenías algo ahí. Así que has oído gemidos. Y entonces has bajado. Y has visto esta cosa blanca flotando. Y dices que ella no te ha hablado. Dime, ¿qué ha hecho?

—Se ha marchado.

Clara se echó a reír. Se echó hacia atrás apoyándose en los codos y miró a George, y se rio de él mientras él permanecía en el umbral de la puerta y la miraba. Y Clara dijo:

—¿Adónde se ha marchado? ¿Ha salido por la ventana? ¿Por la chimenea?

—No lo sé. Me he caído.

—¿Cómo te has caído?

—Bajaba los últimos escalones y he perdido el equilibrio.

—Imagino que esto ha sido lo que me ha despertado —dijo Clara—. Bueno, George, te tenemos en el suelo y tenemos esta cosa blanca que se marcha. ¿Y después qué?

—Nada. He oído que me llamabas y he subido.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—No sé cómo me siento.

Clara cruzó la habitación y aplastó el cigarrillo en un cenicero, lo aplastó con fuerza y contempló desaparecer las chispas. Se volvió y dijo:

—¿Insistes en que has visto a esta Julia?

—Sé que era Julia.

Clara se cruzó de brazos y dijo:

—George, creo que deberías darte cuenta exactamente de lo que estás diciendo. Quieres hacerme creer que tu primera esposa, Julia, que hace muchos, muchos años que murió, ha regresado esta noche en forma de fantasma. Déjame preguntarte algo, George: ¿no te parece increíble todo esto?

—Increíble —dijo George, y se apoyó en el marco de la puerta—. Increíble, y no obstante sé que ha sucedido.

—No le has visto la cara, no le has oído la voz, salvo por lo que tú has pensado que eran gemidos, y dices que sabes que ha sucedido. Yo digo que es absurdo.

Él la miraba como si estuviera viendo a través de ella y más allá de ella, y más allá de la pared y más allá de la oscuridad del exterior.

Clara se acercó a George y dijo:

—Te doy esto solo porque quiero ayudarte y es lo mejor para ti. —Levantó el brazo y, rápidamente, malignamente, le dio una bofetada en la mejilla, otra con el dorso de la mano en la otra mejilla, y le volvió a abofetear en una y otra mejilla. Él no hizo ningún movimiento por defenderse. Como él se tambaleaba, cayendo de lado, ella le agarró por los hombros y empezó a sacudirle. Luego, cuando la cabeza de George cayó hacia adelante, ella le cogió por el cabello y se la levantó otra vez.

—Ahora escúchame —dijo—. No has oído nada ahí abajo. No has visto nada. Ha sido tu imaginación. Dilo. Di: «Ha sido mi

imaginación».

—No... no, te lo digo...

Clara levantó el brazo otra vez, y sonreía, sus facciones retorcidas, anchas las líneas curvas desde las ventanas de la nariz a las comisuras de los labios, y le abofeteó otra vez en ambas mejillas. Él separó los labios para decir algo, y la palma abierta de Clara le golpeó la boca. A George empezaban a flaquearle las piernas, y cuando Clara observó su debilidad, empezó a pegarle en la cara con la mano abierta. Mientras le golpeaba, decía lenta y claramente:

—Solo... hago... esto... y esto... para ayudarte, George... George...

Y entonces George cayó al suelo. Estaba de rodillas al principio y después se desplomó, como si estuviera intentando enterrar su cabeza en el suelo. Sus sollozos producían un sonido seco y arrastrado, y cuando levantó la cabeza y miró a Clara, no había lágrimas en sus ojos, su cara no estaba mojada. La miraba como si estuviera viendo algo imposible de creer.

Estaba empezando a controlar el llanto, y ahora se estaba levantando lentamente del suelo. Cuando por fin estuvo en pie, caminó hasta el otro lado de la habitación y se apoyó en el antepecho de la ventana y miró a Clara. Ella le daba la espalda. Estaba encendiendo otro cigarrillo. Los sollozos de George habían cesado por completo, pero el ritmo de su respiración era espasmódico.

Clara se giró con un titubeo que desapareció en cuanto lo reconoció. Con los brazos cruzados una vez más, apretando con los dedos el cigarrillo que mantenía en el centro de los labios, dijo:

—Espero que ahora tengas la cabeza clara.

—Sí —dijo George—. Me siento mucho mejor ahora.

—¿Ves las cosas tal como son?

—Sí, así es.

—¿Estás dispuesto a admitir que ha sido tu imaginación?

George afirmó con la cabeza.

Clara dijo:

—Hay que ser racional con estas cosas. Tienes que entender por qué ocurren. Es bastante sencillo de explicar en tu caso. Desde un punto de vista psicológico, puede atribuirse a tu recuerdo subconsciente de la experiencia similar que yo tuve hace unas

cuantas noches. Recuerda, George, que cuando me sucedió a mí, al principio me obstinaba en negarme a admitir que no era una realidad. Yo estaba tan segura de que había visto a un hombre en esta habitación...

—¿Estás segura de que era un hombre? —preguntó George.

—Estoy segura solo de una cosa. Realmente no ocurrió. Solo imaginé que ocurría.

—Bueno, entonces —dijo George—, suponiendo que fuera tu imaginación, ¿en tu imaginación viste a un hombre?

—¿Cómo quieres que lo recuerde? —Y en realidad a Clara le resultaba difícil recordarlo, porque ya se había obligado a sí misma a sacar la conclusión de que había imaginado aquella presencia en su dormitorio la otra noche. Su reacción violenta hacia la experiencia de George era fruto de no sentirse inclinada a cambiar de opinión al respecto. Si había una verdad concreta en la afirmación que George había hecho de lo que había oído y visto abajo, entonces ella tendría que creer la verdad concreta de lo que había visto unas noches atrás en su dormitorio. Y Clara no quería creerlo, y ahora había decidido que bajo ningún concepto se sometería a creerlo.

—Quizás si intentarás recordar...

—No, George. Te dije que olvidáramos aquella noche. Y también vamos a olvidar esta. Claro que tienes que darte cuenta... lamento muchísimo haber tenido que pegarte.

—Está bien, Clara. Sé que lo has hecho con buena intención.

—Necesitamos un poco más de aire en la habitación. Abre las ventanas un poco más.

Él abrió las ventanas y oyó a Clara meterse en la cama. Sintió el dulce aire derramarse en mayor cantidad sobre su cara. Cuando miró hacia la calle oscura, tuvo el deseo de introducirse en la noche y salir de esta habitación cabalgando en el aire, penetrando en la oscuridad, alejándose de esta casa y de esta calle más y más.

Y Clara estaba diciendo:

—¿Por qué te quedas ahí de pie, George? Ven a la cama.

Cuando George cruzó la habitación para apagar la luz, sabía que Clara le estaba mirando a la cara. Por alguna razón que él no quería saber no podía mirarla a los ojos. Y entonces, cuando apagó la luz, percibió por vez primera el dolor en su cara, el fuerte dolor causado

por la fuerte mano de Clara contra sus mejillas y notó un palpitante dolor sordo que se abría paso a través de su cabeza. Cerró los ojos con fuerza cuando puso la cabeza sobre la almohada. Tratando de relajar su cuerpo como preparación para el sueño, dio un respingo y luego otro, como si Clara estuviera aún pegándole.

11

A LAS SIETE DE LA MAÑANA, el despertador sonó en casa de George Ervin y este despertó con dolor de cabeza. Se incorporó en la cama y se frotó los ojos en un intento de eliminar el dolor que sentía en ellos, de hacerlo desaparecer con un masaje. Pero cada vez era peor. En el cuarto de baño, la ducha fría pareció hacerlo aún más punzante y doloroso.

George se vistió despacio, deseando poder volver a dormir.

Abajo, dijo a Agnes que no quería huevos, ni tostadas ni café. Solo un gran vaso de zumo de naranja.

Trató de concentrarse en la página financiera, pero al cabo de unos minutos lo dejó. Apartó a un lado el zumo de naranja. Miró hacia el centro de la mesa y se preguntó cómo iba a pasar el día con ese espantoso dolor de cabeza.

Oyó que Agnes le preguntaba:

—¿No se encuentra bien, señor Ervin?

—Podría encontrarme mejor.

—No tiene buen aspecto. Sé que no debería decirlo, pero tiene muy mal aspecto. He estado notando cosas.

George levantó la vista. Agnes estaba apoyada en una pared, sosteniendo una toalla en una mano y un trapo de secar los platos en la otra. George preguntó:

—¿Notando qué?

—Su color. Es un mal color. Y algo más. Su cara está abatida. Siempre parece usted muy cansado. ¿No duerme bien?

—No duermo nada.

—Debería hacer algo para remediarlo, señor Ervin.

—Agnes, ¿hay alguna aspirina en la cocina?

—Arriba, en el armario de las medicinas. Se la iré a buscar.

Agnes subió rápidamente la escalera. Cuando se dirigía hacia el cuarto de baño, se detuvo de repente y miró la puerta cerrada del dormitorio principal. En el cuarto de baño cogió una caja de aspirinas del armario de las medicinas, y al cruzar el pasillo hacia la escalera, se detuvo otra vez a mirar la puerta cerrada del dormitorio. Apretó en su mano la caja de aspirinas, la siguió apretando hasta que se dio cuenta de que si seguía haciéndolo la aplastaría. Se apresuró a bajar, y al llegar al comedor vio que George Ervin descansaba la cabeza sobre la mesa y tenía los ojos cerrados.

—Señor Ervin...

Él abrió los ojos, levantó la cabeza lentamente y dijo:

—Estoy tan cansado.

—Oh, señor Ervin, ojalá...

—¿Qué?

—Ojalá yo pudiera ayudarle de alguna manera.

George echó dos tabletas blancas en el zumo de naranja. Alzó el vaso como si fuera una jarra de cerveza llena de jarabe. Se llevó el vaso a los labios y luego, despacio, lo bajó y dijo:

—Las aspirinas no me ayudarán.

—Quizás está usted enfermo. Quizás tiene fiebre y debería ver a un médico.

—No tengo fiebre y no necesito ningún médico. Solo estoy... cansado. Terriblemente cansado. No he descansado una noche entera desde hace... —Levantó la vista y vio la preocupación y el ansia y algo más en el rostro de Agnes. Y dijo—: Oh, bueno, quizás esta noche dormiré.

Agnes estaba rígida, su cuerpo como un palo oblicuo apoyado en la pared. Tenía la garganta tensa, y unas arrugas se extendían desde sus labios a la mandíbula y a lo largo de la garganta.

Y dijo:

—No dormiré.

Entró en la cocina y se sentó ante la pequeña mesa y escuchó los intentos que hacía Ervin de beber el zumo de naranja. Le oyó moverse en el comedor. Y le oyó pasear arriba y abajo en la sala de

estar. Luego oyó la puerta delantera que se abría y la oyó cerrarse.

Agnes bajó la cabeza y la apoyó en sus manos.

A mediodía, George entró en el gran *drugstore* de Walnut Street. Pidió un vaso de leche con chocolate, y cuando se había tomado la mitad no pudo tragar más. Cogió su cuenta y se acercó a la parte delantera de la tienda donde una mujer alta y delgada esperaba detrás de la caja registradora.

George pagó y se encaminó hacia la puerta abierta, y luego dio media vuelta y meneó la cabeza mientras se giraba. Se metió las manos en los bolsillos, las volvió a sacar y las metió de nuevo en ellos. Hizo lo mismo cuando regresó otra vez a la caja registradora.

—¿Quiere algo más? —preguntó la cajera.

—Me gustaría hablar con el director —dijo George.

—¿Había algún error en su cuenta? —La cajera parecía preocupada.

—No —dijo George—. Quiero ver al director para otro asunto.

—Un momento —dijo la cajera, y salió de detrás del mostrador y se fue hacia el otro lado de la tienda. Hizo una seña a alguien que había en la parte de atrás. Luego regresó al mostrador y, unos momentos más tarde, un hombre de cabello plateado con americana gris se acercó desde el otro extremo. La cajera señaló a George y el hombre del cabello gris se dirigió a George y le preguntó:

—¿Qué desea?

George comentó:

—Lamento molestarle...

—No es molestia. Para eso estoy aquí.

—¿Puedo hablarle en privado?

El hombre del cabello gris miró a George a los ojos, y cuando George apartó la mirada, el hombre del cabello gris preguntó:

—¿Tiene receta?

—Por favor —dijo George—, déjeme hablar con usted en privado.

—Pero necesita receta. ¿La tiene?

—No es eso —dijo George. Empezó a temblar. Miró hacia la puerta cerrada y la calle, y deseó estar en ella, camino de su trabajo. Todo lo que tenía que hacer ahora era darse media vuelta y salir corriendo por la puerta y ya estaría en la calle.

—Lo siento, señor —dijo el hombre del cabello gris—. Hace

mucho tiempo que estoy en este negocio y no puedo hacer una cosa que estropearía mi reputación. Si no tiene usted receta, no puedo hacer nada por usted.

—Pero esto es algo diferente.

—Sí, lo sé —dijo el hombre del cabello gris, y sonrió con comprensión amistosa mezclada con desprecio—. Todos los casos son diferentes. Le diré lo que tiene que hacer. Vaya a ver a un médico y haga que le extienda una receta, Y...

—Deme una oportunidad...

—Está perdiendo el tiempo. Nunca lo he hecho hasta ahora, y no voy a empezar.

El hombre del cabello gris se preparó para marcharse y George se inclinó hacia adelante y dijo:

—Se trata de otra cosa.

—¿De qué?

—La cajera.

El hombre del cabello gris frunció el ceño. Señaló con un dedo a la alta y delgada mujer de detrás de la caja registradora y preguntó:

—¿Ella?

—No —respondió George.

—Oiga —dijo el director de la tienda—, ¿qué es esto?

—Tenemos que hablar en privado.

El hombre del cabello gris se encogió de hombros. Empezó a marcharse hacia el otro extremo de la tienda y George le siguió. A mitad de camino el hombre del cabello gris se giró mientras caminaba y miró a George de arriba abajo, con el ceño fruncido.

Fueron a un despacho contiguo a la pequeña habitación donde se guardaban las recetas. El hombre del cabello gris cerró la puerta y miró a George a la cara.

George estaba temblando. Dijo.

—La cajera que trabajaba aquí hace tres años.

—Diga —dijo el director de la tienda—, ¿sabe usted cuántas cajeras hemos tenido aquí en los últimos tres años?

—¿Guardan ustedes fichas?

—Bueno, sí. Tenemos los archivos de la Seguridad Social. Pero tengo que saber algo. Tengo que saber con qué autoridad viene usted aquí y pide información sobre una exempleada. Si son referencias lo que usted quiere...

—Podemos decirlo así —dijo George con aire cansado—. Podemos decir que quiero referencias.

—¿Es usted propietario de una tienda?

—No.

—Está bien, ¿a qué se dedica? —El hombre del cabello gris estaba abriendo un archivador y se volvió para contemplar a George, que estaba de pie, temblando.

—Estoy en el negocio de las inversiones bancarias.

—Eso no me dice nada. —El hombre del cabello gris se apartó del archivador—. Oiga —dijo—, si es usted investigador privado, será mejor que me lo diga. No soy un hombre duro de tratar siempre que sepa dónde estoy y siempre que esté seguro de que nadie está intentando engañarme.

—Tiene usted mi palabra de que no voy a involucrarle en nada. Solo es que tengo que averiguar unas cuantas cosas acerca de alguien.

—¿Quién?

—Clara Reeve.

—Reeve. Reeve. —El director de la tienda se frotó la parte de atrás de la cabeza y miró hacia el techo—. Veamos... ¿dice que trabajó aquí cuándo?

—Hace tres años.

—Vamos a ver... Clara Reeve. —El hombre del cabello gris volvió al archivador y fue pasando fichas y dijo:

—Creo que recuerdo... sí, aquí está.

Y sacó una ficha y se la acercó a la cara como si estuviera jugando una partida de naipes y tuviera muy buenas cartas.

George dijo:

—¿Puedes decirme algo de ella?

—Bueno —dijo el director de la tienda, y mantuvo la ficha cerca de su cara mientras miraba a George—, no puedo decirle dónde se encuentra ahora.

—Eso no importa, sé dónde está ahora. Quiero decir...

—¿Oh, de veras? Bueno, entonces, ¿por qué no va usted a verla y le pregunta directamente estas cosas?

George puso una mano sobre una mesita para tomar apoyo, y dijo:

—¿No me ayudará? ¿Por favor?

El hombre del cabello gris estaba molesto.

—¿Qué quiere decir, ayudarle? —preguntó—. ¿Por quién me toma... un ignorante? Y otra cosa. Si está usted intentando iniciar algún asunto sucio, le advierto que se ha equivocado de cliente.

—Pero yo lo único que quiero saber es...

—No me importa lo que usted quiera saber —dijo el hombre del cabello gris. Se estaba excitando, y empezaba a alzar la voz—. Yo dirijo un negocio honesto, y hace trece... catorce años que estoy aquí, en el mismo puesto, y no hay ninguna mancha negra en mi nombre. Y usted viene y me pide que me meta en un negocio sucio, uno de esos asuntos de información. Oh, escuche, señor, no está usted engañando a nadie. Oh, no, no conseguirá nada con esa manera suave de hablar. Mire... —Y el hombre del cabello gris estaba muy excitado ahora, y se acercó a George, y gritó—: Salga de aquí. Vamos, váyase...

George salió del despacho, y luego cruzó toda la tienda. Cuando estuvo en la calle suspiró y se llevó una mano a la frente y bajó la cabeza. Un enanito de fuertes músculos estaba sentado a horcajadas sobre las espaldas de George, golpeándole en el cráneo con un mazo.

12

HACIA MEDIANOCHE, el descapotable púrpura dobló una esquina y circuló por la calle de casas adosadas. El aire primaveral era agradable y la calle estaba tranquila y oscura salvo por el resplandor del farol del centro de la manzana.

Evelyn se volvió y miró a Leonard y dijo:

—Ha sido una velada maravillosa.

Él miraba al frente. Sus labios se movieron ligeramente. Y luego dijo:

—Me alegro.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí.

—Entra y toma un poco de limonada.

—No tengo sed, gracias, pero entraré.

Bajaron del coche y entraron en la casa. En la escalera Evelyn esperaba que él dijera algo. Él la miró, y su sonrisa era tranquila y medida.

—Bueno —dijo Evelyn—. Imagino que es muy tarde.

Leonard afirmó con la cabeza. Dijo:

—Que duermas bien, Evelyn.

—Buenas noches, Leonard. —Se quedó esperando sus labios.

Él no se movió. Murmuró:

—Buenas noches —y luego observó la perplejidad que dilataba los ojos de Evelyn y se mezclaba con una especie de dolor. Luego ella se dio media vuelta, subió la escalera, y Leonard, despacio, se dirigió hacia el porche, escuchando el lento sonido de Evelyn al

subir los escalones.

Cuando estuvo en el porche, Leonard sacó del bolsillo de su americana una pitillera nueva que se había comprado aquella tarde. Era de cuero púrpura muy pulido, grueso y suave en un marco de oro. Leonard la sostuvo en la mano; luego disfrutó del placer de sentir su tacto, apretando los dedos en el suave grosor del cuero. Escuchó el sonido del cuero, el sonido suave al frotar los dedos sobre él, y luego escuchó un sonido que venía del piso de arriba de la casa, el sonido de alguien que salía del dormitorio principal y caminaba por el pasillo.

Leonard dio vueltas a la pitillera, apretó una palanca, y una porción de la tapa de oro retrocedió y se apartó del cuero púrpura, dejando al descubierto un encendedor.

Leonard encendió el cigarrillo mientras contemplaba a Clara bajar despacio la escalera.

Clara llevaba un vestido de terciopelo amarillo. Le quedaba muy ceñido. Acentuaba sus formas, lo cual la estimulaba a hacer resaltar sus bultos y curvas y a cimbreadse.

Saliendo al porche, Clara dijo:

—Creía que te habías marchado.

—No es verdad —dijo Leonard—. No pensabas eso. Sabías que estaba aquí.

—Muy bien, vamos a suponer que lo sabía. E iremos más lejos y diremos que me estabas esperando.

—Sí. Y ya que sabemos estas cosas, podríamos admitírnoslas. Estaba preparado para decir que solo me había detenido para encender un cigarrillo.

—Pero en realidad querías verme.

—Me moría de ganas de verte. ¿Cómo te llamas?

—Clara.

—Está bien, Clara. Ahora me voy. Entraré en mi coche y dentro de quince minutos tú sales y caminas una manzana hacia el norte, y yo me reuniré contigo en la esquina.

—Será magnífico, Leonard. —Luego, con voz más alta, Clara dijo—. Buenas noches, señor Halvery.

Él se marchó y Clara cerró la puerta, riéndose calladamente. Estaba de pie ante la puerta, mirando hacia afuera, observándole subir al descapotable púrpura. Un rayo de luz salió de alguna parte

y se curvó y dio en la tapicería de cuero púrpura oscuro cuando la portezuela se abrió; el cuero relumbró por un instante cuando se rindió al peso de Leonard.

Luego el coche se alejó como flotando por la calle, y la luz se derramó sobre su oscuridad púrpura; luego desapareció deslizándose como el agua en una superficie aceitada.

Clara se llevó sus gruesas manos a los muslos, las subió y se apretó las palmas sobre el abdomen. Se dio la vuelta despacio y no vio a Agnes que retrocedía de un salto y salía por la puerta de la cocina.

Clara subió al piso de arriba. Entró en el dormitorio principal y se quedó ante el espejo, admirando el brillante pelo naranja, los ojos verde oscuro, los labios carnosos y bien dibujados. Clara se pasó la lengua por los dientes y los labios y sonrió a su propia imagen en el espejo. Estaba pensando en Leonard Halvery, en su atractivo, y en sus manos y su boca; en el espléndido rostro suavemente afeitado, moreno y sonrosado. Y estaba pensando en George, que la había llamado por la tarde para decirle que había surgido un imprevisto, que tenía que trabajar hasta la noche y que cenaría en la ciudad; que no le esperara antes de medianoche. Clara se rio y se llevó las manos a sus inmensos y prominentes senos. Y lentamente hizo un gesto afirmativo con la cabeza, absolutamente satisfecha consigo misma.

Luego salió de la habitación, y estaba empezando a bajar la escalera cuando se volvió y miró hacia la puerta del dormitorio de Evelyn. La puerta estaba un poco entreabierta y la luz encendida. Clara cruzó deprisa el pasillo y entró en la habitación de Evelyn.

Evelyn estaba sentada en la cama. No estaba mirando nada, y ahora levantó la cabeza y miró a Clara.

—¿Por qué no te pones a dormir? —preguntó Clara.

—No creo que pudiera dormir.

—¿No te encuentras bien?

—Físicamente supongo que estoy bien.

—¿Estás preocupada por algo?

—Leonard.

—¿Qué pasa con Leonard?

—Oh, no lo sé exactamente. —Evelyn meneó la cabeza y suspiró y miró a Clara y dijo—: Madre, ¿crees que de verdad le gusto?

—Claro que sí. ¿Qué te hace suponer lo contrario?

—Es difícil de explicar. Solo es que tengo la sensación de que él...

—No esperes demasiado. —Clara se sentó al lado de Evelyn, pasó un brazo en torno a la cintura de la muchacha y dijo—: Quizás Leonard no expresa exteriormente sus sentimientos como a ti te gustaría. Pero eso es mayor razón para que estés segura de su sinceridad. Al fin y al cabo, él sigue saliendo contigo, y eso es lo fundamental.

—Lo sé. No debo preocuparme.

—Claro que no.

—Pero yo le adoro. Y por eso tengo miedo. No quiero perderle. No sé lo que me pasará si le pierdo. No sé cómo ni por qué ni cuándo sucedió realmente, pero tengo la sensación de que me he jugado el alma con Leonard, que él tiene una parte de mí.

—¿Una parte de ti? Evelyn, ¿quieres decir que...?

—Oh, no, madre, no, nada de eso. Quiero decir que, cuando estoy con él, es como si le estuviera dando más que solo mi tiempo. No sé lo que es, pero eso es a lo que me refiero cuando digo que Leonard tiene una parte de mí. Una parte que yo me arranqué de mí misma y se la entregué. Y cuando estoy con Leonard todavía poseo esa parte. Pero ¿y si él se va?

—Él no se irá.

—¿Qué siente por mí? ¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo puedo estar segura?

—¿Él no te ha dicho nada? ¿Nada en absoluto?

—Nada específico —respondió Evelyn.

—Bueno, eso, diría yo, es lo más tranquilizador de todo el asunto. Él sigue viéndote. Es amable contigo y considerado, y no solo hay respeto en su actitud hacia ti, sino también una cierta admiración. O sea que es evidente que las acciones y las actitudes de Leonard son más significativas que las palabras. No tienes que preocuparte por Leonard, querida. No existe la más mínima duda en cuanto a sus sentimientos. Ahora, olvídate de eso y duérmete.

Clara volvió la cabeza y presentó una mejilla para que Evelyn le diera un beso de buenas noches. Y cuando Evelyn la besó, Clara sonrió, y pensó que hacía diez minutos que la puerta de la calle se había cerrado.

Apagó la luz y salió de la habitación.

Bajó la escalera deprisa y salió a la calle. La noche era negra y cada vez más cálida. Clara respiró profundamente y con satisfacción mientras iba presurosa por la calle.

En el sótano, Agnes estaba despierta. Miró hacia la calle a través de la ventana que estaba cerca de la cama y vio un destello de terciopelo amarillo en la negra noche. Y frunció el ceño, salió de la cama y se encaminó hacia la puerta trasera del sótano.

El descapotable convertible circulaba despacio por las anchas y limpias calles de la parte alta de la ciudad. Tres violines, un cello y un piano derramaban música suave por la radio.

—Apágala —dijo Clara—. Hablaremos.

—Claro —dijo Leonard. Apagó la radio y dijo—: Hay muchas cosas de las que podemos hablar.

—¿Puedes hablar y conducir al mismo tiempo?

—Bastante bien, pero prefiero hablar solamente. —Dirigió el coche hasta un desvío que, curvándose, cortaba una gran extensión de césped verde oscuro. El camino ascendía, formaba un arco y seguía curvándose a través del espacioso césped, y al final Leonard aparcó el coche en el espacio semicircular que quedaba entre la zona de los criados y el garaje para cuatro coches.

—¿Aquí es donde vives? —preguntó Clara.

Leonard afirmó con la cabeza.

—Y a veces en mi apartamento del centro.

—Cómodo.

—Mucho.

—Te gusta la comodidad. Te gusta el confort.

—¿A quién no? —dijo Leonard.

—Quiero decir —dijo Clara—, que te gusta en grado sumo.

—Sí. Y a ti también.

—Mucho. Por ejemplo...

—Por ejemplo, esto —dijo Leonard, y se volvió lentamente y al mismo tiempo Clara se volvió y se quedaron cara a cara y se acercaron el uno al otro. Leonard la rodeó con sus brazos; luego una mano fue hacia arriba y la otra hacia abajo y finalmente le puso una mano en el hombro y la otra en el muslo. Los brazos de Clara le

rodeaban el cuello. Se miraron, acercándose aún, y sus labios se unieron, y los labios de uno probaron los del otro; eran labios apretados contra otros labios, que apretaban fuerte, y luego suavizaron la fuerza, y apretaron y suavizaron y finalmente sus labios quedaron unidos.

Ella se retorció y emitió un sonido animal. Levantó los brazos y pasó los dedos por el cuello de Leonard y hasta el cabello, le clavó los dedos en el pelo y empezó a gemir cuando los latidos y el calor pasaron de las manos de él al cuerpo de ella, y oyó la respiración fuerte de él cuando el calor de ella pasó a las manos de él, al cuerpo de él.

Luego él se apartó de ella. Y alargó el brazo y abrió la portezuela. Y Clara se movió con él en la tapicería de cuero color púrpura a oscuro.

—Una escalera secundaria conduce a mi habitación —dijo Leonard.

—Bien.

Los criados tienen la costumbre de ocuparse de sus propios asuntos.

—Como deben hacer los criados.

Se estaban acercando a la casa.

—Huele las rosas —dijo Leonard.

—Debe de haber muchos rosales.

—*American Beauties* —dijo Leonard. Rojo azulado oscuro. Casi puedes oler ese color.

—Divino —dijo ella.

Se abrió una puerta. Era una puerta de grueso roble, elegantemente tallada y enmarcada en estilo gótico por pesada piedra gris. Había una escalinata alfombrada en azul oscuro, y el azul oscuro se extendía a ambos lados hasta dos habitaciones iluminadas débilmente, de modo que los muebles solo eran sombras.

Subieron la escalera y torcieron por el pasillo y entraron en la habitación de Leonard. Era una habitación muy grande, una habitación de techo alto, con una decoración impasible de caoba teñida oscura y artesones beige y pinturas de aves salvajes, perros y caballos. Unos mazos de polo estaban cruzados en la pared detrás

de la cama, y un brillante casco de polo, negro azulado, colgaba en el centro entre los mazos. La cama era muy ancha y larga, y había dos tocadores bajos y cuatro armarios y cuatro asientos bajos circulares tapizados en cuero marrón. Había un escritorio Winthrop y una gran radiocassette beige y un armario lleno de álbumes de discos forrados en piel. Había una gran librería y una ancha mesa, y sobre esta una fotografía de un hombre joven sonriendo, vestido de futbolista y embistiendo como un toro.

La ancha cama estaba cubierta por una colcha de satén verde oscuro, y Clara se tumbó en ella y se estiró. Después se desvistió lentamente. Bajo ella, el satén era suave y fresco, y su cuerpo cálido. Rodó a un lado y a otro sobre el satén, inhalando su cuerpo el lujo de este material, y vio a Leonard que se acercaba a la cama. Sonrió a Leonard y este le sonrió a su vez. Clara cerró los ojos mientras sus brazos la envolvían.

Y entonces ella se rio interiormente. Era una risa de excesivo goce. Gozaba con el poder que él tenía, y al mismo tiempo obtenía placer al darse cuenta de su debilidad. Se felicitaba a sí misma por haberle analizado tan deprisa. Alababa la manera en que le había reducido a su tamaño mental real y le había puesto en la categoría que ella había esperado encontrar y ahora había encontrado, y ahora abrazaba y apretaba, y agarraba y abrazaba y abrazaba. Porque este era el hombre. Tenía todos los atributos que le podían proporcionar placer, y todas las debilidades que ella podía utilizar no solo para conquistarle, sino para conservarle conquistado. El jugador de fútbol. Se rio. El jugador de polo. Se rio. El rubio y fuerte heredero de la parte alta de la ciudad, el cuero púrpura, la colcha de satén verde. Y se rio, sabiendo plenamente que él hacía tiempo que estaba buscando a alguien como Clara, alguien que no había podido encontrar en el reino de las debutantes con cuellos de cisne y cuerpos lisos y flacos como tallos. Atacaba como un toro mostrando los dientes. Muy bien, todo muy bien, y ella se rio. Presumido y erguido detrás del volante, y sus muñecas tan gruesas, sus ojos superiores, su dentadura perfecta para morder un bistec de diez centímetros, la tela impecable de su traje, sus músculos perfectos y hercúleos, y ella se rio. Este completo necio, este Halvery, este extraordinario centro Dartmouth, este noble de Filadelfia, esta presa, esta presa perfecta. Y en realidad él pensaba

que estaba consiguiendo un triunfo, en realidad tenía una brillante imagen de sí mismo como agresor, hojas de laurel sobre su cabeza, un campeón, un vencedor. Su misma ferocidad era para Clara muestra de algo rastrero, servil y cobarde, enterrado muy al fondo de la orgullosa capa exterior, y ella era la que iba a hacerlo salir. Eso lo dejaba para más adelante. El rico sabor, para ahora.

El placer ardía dentro de Clara, se convirtió en parte del calor vicioso, y abrió los ojos y miró el rostro sudoroso de Leonard. Y le puso las manos sobre la cara, le clavó los dedos en las mejillas, trabajó su carne con las yemas, estrujó y tironeó, y, hundiéndole los dedos en las mejillas, empujando su cabeza hacia atrás de manera que el cuello le quedaba estirado, sonrió a Leonard con la boca abierta para mostrar sus dientes relucientes y regulares.

En este momento, los ojos verde oscuro de Clara estaban inflamados por la conquista. En este instante comprendió que iba a tener todo lo que siempre había querido o iba a querer.

En este momento, Leonard vio algo en los ojos de Clara que clavaron una espada de hielo en su cuerpo ardiente. Hundiéndose en él, retorciéndose mientras se hundía, desgarrándose en el calor, era un temor espantoso y Leonard lo sabía, pero no pudo reconocer las cosas que implicaba. Trató de reconocer esas cosas y establecerlas en su mente para poder examinarlas y sacar conclusiones de ellas; en aquel momento Clara movió las manos y aferró su cuerpo, y la espada se deshizo.

13

EN LA VERDE CARA del despertador, las manecillas indicaban las tres. Ervin se dio la vuelta y se quedó de espaldas, suplicó a George Ervin que conciliara el sueño, se llamó a sí mismo pobre viejo George e insomne George, e intentó sonreír ante su falta de sueño y no pudo hacerlo. Refunfuñó contra el dolor que sentía en sus ojos cansados y el cansancio de su cuerpo. Se giró, volvió a girarse, dio la vuelta otra vez y se preguntó si un vaso de agua fría le ayudaría a quedarse dormido. Gruñó y se obligó a salir de la cama. Luego echó otro vistazo al despertador y vio que las manecillas señalaban las tres y miró la cama que ahora estaba vacía. Se preguntó dónde estaba Clara.

En el cuarto de baño, George llenó un vaso con agua fría, probó unos sorbos, no pudo encontrar ningún gusto ni frescor ni alivio en el agua. Volvió al dormitorio principal y encendió la luz.

Empezó a vestirse.

No podía entender por qué se estaba vistiendo. Pensó que quizás iba a salir a buscar a Clara. Quizás había ido a dar un paseo y le había ocurrido algo. Intentó pensar qué le podía haber ocurrido.

Mientras bajaba la escalera la perplejidad disminuyó. Tuvo la sensación de que no iba a salir a buscar a Clara. Iba a salir porque quería salir de aquel dormitorio y de aquella casa. Quería salir a tomar el aire de la noche y quería caminar. Si Clara estuviera allí no podría hacerlo porque entonces tendría que explicárselo, y no había ninguna explicación a este deseo de salir de casa y caminar solo en la noche. Siempre tenía que explicárselo todo a Clara. Se alegraba

de que ahora no estuviera allí. Se alegraba de ser libre, de salir y caminar en la oscuridad primaveral.

El aire era fresco, y había algo tranquilizadoramente puro en él.

George aspiró el aire fresco y lo sintió penetrar en su cabeza. Tenía una cualidad purificadora. Había algo nuevo y tentador en este pasear solo en la noche tranquila.

El dolor de cabeza que había tenido durante todo el día ahora había desaparecido. Disfrutaba con esa idea. Este paseo nocturno era bueno para él. Un paseo al aire libre era un buen preliminar para el sueño. Se alegraba mucho de haberlo descubierto. Confiaba en que cuando volviera a casa sería capaz de quedarse dormido. Y a medida que pasaban los minutos, la confianza pasó a ser un conocimiento definitivo, de manera que dio por supuesto que podría dormir.

Todo esto era muy satisfactorio. Esa novedad le produjo curiosidad hacia otras cosas que podrían ser nuevas y satisfactorias y, por tanto, muy razonables, igual que esta. Era un pensamiento lleno de fuerza; había algo temerario y refrescante en cada paso que daba en la calle.

George había caminado cuatro manzanas hacia el norte. Ahora dio media vuelta e inició el regreso a casa.

El asunto de aquella tarde en la tienda no le había conducido a ninguna parte, pero había algo en lo que el hombre del cabello gris había dicho. Clara vivía en su casa, y por lo tanto no era necesario investigarla desde fuentes externas. Él no podía comprender por qué quería investigarla, lo único que sabía era que sentía esa perplejidad respecto a Clara, esa perplejidad que ella le había transmitido con cada feroz impacto de la mano en su cara la otra noche. Algo tan violento en sus ojos, en contradicción con la tensión calmante en su rostro cuando le decía que lo hacía solo para ayudarle. Esa contradicción, que relumbraba sobre el desordenado aunque significativo fondo de otras muchas cosas que Clara había hecho en los últimos tres años. El firme chasquido de su mano contra la cara suya, y el firme aguijonazo de su voz. El firme cambio que se había producido en George Ervin en estos últimos tres años, el cambio que se había producido en Evelyn. Era tan urgente esta necesidad de sondear a Clara y de descubrir las razones básicas de estas cosas...

George cruzó una calle. Estaba a dos manzanas de su casa.

Mañana, decidió, tendría una charla con Clara. Tenía que planear esa charla ahora. Tenía que esbozarla en su mente y saber no solo las palabras que debía decir, sino el orden de esas palabras y la progresión de las ideas. Por ejemplo, debía enfocar el tema gradualmente, poco a poco y con mucho cuidado.

—Sí —dijo en voz alta.

El sonido de su propia voz le asombró, y no supo qué pensar de su actitud. Esto era tan nuevo y tan asombrosamente diferente de todas sus anteriores relaciones con Clara. Por primera vez desde que conocía a Clara, estaba ensayando una escena con ella. Ni una sola vez en el pasado había estudiado las cosas que iba a decirle. Las palabras siempre salían tal como las pensaba. Nunca se le había ocurrido que fuera posible prever los movimientos de Clara y hacer un plan acorde con ellos.

George cruzó otra calle; se encontraba a una manzana de su casa.

Se preguntó por qué no se le había ocurrido nunca. Y mientras apresuraba el paso, recordó que con Julia siempre lo había hecho todo sin planearlo. Con Julia siempre había expresado sus pensamientos, y no existía un tablero de ajedrez entre ellos.

George se detuvo. Estaba inmóvil, las manos a los costados, mirando fijo al frente la oscuridad flanqueada por los contornos de las casas, pero sin ver esas casas, solo la oscuridad, y sin conocer apenas la oscuridad.

—Sí —dijo, y se oyó a sí mismo decirlo, y lo dijo otra vez—: Sí... sí...

Era como si la oscuridad hubiera dado paso de repente a un amplio charco de luz. Ahora él sabía algo, algo tan cierto e importante que su tamaño y su fuerza eran inconmensurables. Había tratado a Clara igual que a Julia, y eso había sido un error colosal. No había dos mujeres iguales. No había dos mujeres que pudieran ser tratadas de igual manera. Especialmente estas dos mujeres. Era asombroso darse cuenta ahora, verlas como si estuvieran de pie ante él, diciendo todas las cosas que cada una había dicho alguna vez, haciendo todas las cosas que cada una había hecho alguna vez, y no había nada similar, nada mutuo. Julia representaba una cosa. Clara representaba algo diferente. Ve más

allá. Ve más allá hacia la verdad... la pavorosa verdad de que Clara representaba lo contrario de Julia.

Clara era el mal.

—Sí.

Y sí y sí. Y él había permitido que el mal entrara en su casa. Había permitido que aquel veneno contaminara su casa y su vida, y la vida de Evelyn. Solo su propia debilidad, el estancamiento y la podredumbre de su carácter habían permitido que el veneno encontrara puerto, encontrara alimento con el que sustentarse. Ni una sola vez había intentado agitar ese veneno, hacerlo servir y madurar.

Mañana. Sí, mañana.

Y ahora George se dijo que sabía por qué Julia había regresado anoche. Y por qué había inculcado en él aquel sentimiento de culpa. Aquella culpa era una semilla, que había crecido muy deprisa y había florecido para darle la comprensión.

Mañana. Por la mañana. Y temprano. Muy temprano, para que Clara no pudiera estar completamente despierta cuando se iniciara la escena. No sería justo para Clara, y eso estaba bien, le gustaba; disfrutaba pensar que él no sería justo con Clara, que existiría una ventaja inicial sobre ella. Pincharla un poco, luego bailar a su alrededor, maniobrar con ella, observarla fruncir el ceño con perplejidad, sonreírle, verla retorcerse, hacerla callar. Alegremente ahora, muy alegremente, bailar en torno a ella, pincharla otra vez. Y otra vez. Mantener esa sonrisa, esa voz suave. Y pincharla otra vez y otra vez. Y remontarla a tres años atrás y hablar de Colorado. Hacerla volver a Colorado y dejarla hablar de ello de nuevo, y observarla y esperar un resbalón. Solo un resbalón. Tendría que haber un resbalón en alguna parte.

Tendría que haber un resbalón. Un ingeniero de minas que se había roto la espalda y le había dicho que se marchara, y luego todo el dinero que le había dejado cuando este murió. Y después Clara perdió todo ese dinero y fue de ciudad en ciudad y acabó en Filadelfia, detrás del mostrador, la caja registradora de la tienda. Había algo falaz en eso y tenía que salir a la luz mañana, porque mañana era el día de la declaración definitiva.

Pero recuerda, mantén la voz baja y no dejes de sonreír. La excitación debe estar toda en Clara. La excitación y el frenesí, y una

vez Clara empezara a chillar, que entrara Evelyn, que Agnes entrara también. Que Clara se enfrentara con ellos tres, tres agujas moviéndose hacia el veneno que va a reventar. Y que la superficie se rompa, y que el veneno estalle en un chillido de ira, el aullido de la derrota.

Y que la casa sea libre otra vez. Ver sonrisas en casa, y risas. Que la casa sea una casa alegre otra vez.

George cruzó la calle, dirigiéndose hacia la esquina de la manzana donde se encontraba su casa.

Cuando George estaba en medio de la calle, oyó un rugido y una bocina que sonaba. Vio dos destellos de luz blanca que le daban en los ojos. Deteniéndose, esperando, y siguiendo luego, George miró las luces y el grueso y reluciente parachoques, y oyó el toque continuo de la bocina. Entonces se detuvo otra vez. Intentó retroceder corriendo. Vio las luces y trató de apartar los ojos de ellas. Intentó apartarse del parachoques y las ruedas y la enorme cosa que venía tan deprisa. Y se inclinó y arrojó los brazos al aire, como si pensara que sus brazos podían apartar aquel peso y aquel impulso, las grandes luces destelleantes y el grueso parachoques y el metal y el cristal y la furia del descapotable púrpura.

En el cuentakilómetros la aguja señalaba más de setenta mientras Leonard apretaba con fuerza el pedal del freno y hacía girar el volante. Gritaba mientras hacía esto y vio que el hombre que había enfrente del coche estaba confuso y casi paralizado. Pero Leonard sabía que, aunque iba muy deprisa y no debería haber ido tan rápido al acercarse a esta calle donde tenía que hacer un giro, no había ninguna razón por la que el coche tuviera que atropellar a aquel hombre en la calle. Leonard sabía que si seguía girando el volante, si lo giraba con fuerza, se desviaría a la izquierda y evitaría echarse sobre el hombre que ahora estaba como suspendido en el centro de la calle. Leonard pasó el brazo por encima del volante y lo agarró con fuerza.

Clara reconoció a George. Vio su rostro deslizándose hacia el parabrisas. Vio sus ojos, abiertos de par en par. En una fracción de segundo reconoció esto como una solución ideal, mucho más rápida, mucho más fácil que los planes que ella había pensado. Esto fue lo primero que reconoció. Y luego reconoció a George como algo débil, algo rastrero a quien ella siempre le había gustado hacer

daño. Recordó cuánto había gozado anoche pegándole. Qué divertido había sido cuando George cayó al suelo. E inmediatamente después de eso, había sabido que era necesario deshacerse de él por entero, porque ahora era el único contacto vivo con su existencia anterior. Él le conocía como Clara Reeve, que había trabajado detrás de la caja registradora en la tienda de Walnut Street, y ahora quería ser conocida como Clara Ervin, la viuda de George Ervin. Y vio las manos grandes de Leonard haciendo girar el volante de plástico, y ella cogió el volante y tiró de él, de manera que Leonard tiraba hacia la izquierda mientras ella tiraba hacia la derecha.

El coche solo giró un poco hacia la izquierda.

Leonard chilló y las manos se le soltaron del volante. Se arrojó las manos a la cara y volvió a chillar.

Clara guio el coche hacia George.

Clara vio la cara de George entre los faros y que se tapaba los ojos con los brazos. Clara apretó el acelerador y sonrió. Leonard seguía chillando.

El parachoques golpeó a George bajo las rodillas. Cuando cayó al suelo, el parachoques le golpeó otra vez. Fue arrojado debajo del coche y arrastrado.

Clara guiaba el coche, con el pie en el acelerador. Sabía que el cuerpo estaba debajo del coche, y apretó el acelerador a fondo e hizo girar el volante a la derecha, a la izquierda, a la derecha otra vez, intentando llevar el cuerpo bajo las ruedas.

El cuerpo fue arrastrado casi cien metros, y luego fue lanzado a la rueda trasera izquierda y esta le pasó por encima de las piernas. Y el cuerpo se quedó en el centro de la calzada. Empezó a brotar sangre formando un charco que brillaba en la oscura calle.

El descapotable púrpura se alejó a toda velocidad, torciendo en una esquina y ganando velocidad y girando otra vez y acelerando y girando y girando otra vez.

Y después, el descapotable púrpura torció por una calle estrecha y empezó a ir despacio.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Leonard.

—¿No sabes lo que ha ocurrido?

—Hemos atropellado a alguien, ¿verdad?

—Sí, Leonard, has atropellado a alguien.

—Pero no puedo hacer esto. No puedo huir y dejarle allí.

—Lo estás haciendo.

—Regresaré —dijo Leonard—. Regresaré y le recogeré.

—No le servirá de nada que le recojas. Le has matado.

Leonard respiraba muy rápido. Dijo:

—Volveré y le recogeré y le llevaré a un hospital. Le recogeré y le llevaré. Le recogeré.

El coche se detuvo en el centro de la calle, dio una sacudida, se detuvo, dio otra sacudida y se paró. Leonard apoyó la cabeza sobre el volante.

—Este no es lugar para aparcar el coche —dijo Clara.

—¿Qué has hecho? —dijo Leonard—. Oh, ¿qué he hecho?

—Has atropellado a un hombre —dijo Clara—. Le has matado. Será mejor que acerques el coche al bordillo.

—Oh —dijo Leonard—, ¿qué he hecho? No podía hacerlo. No podía...

Puso el motor en marcha. Aparcó el coche junto al bordillo.

Clara dijo:

—Bueno, no puedes hacer nada ahora.

Leonard miró a Clara y dijo:

—¿Por qué has hecho girar el volante?

—Íbas directo hacia él.

—Estaba intentando apartarme de él —gritó Leonard—. Tú has tirado del volante y me has llevado directo hacia él.

—Será mejor que te domines —dijo Clara—. Tú conduces este coche. Tú has atropellado a un hombre y le has matado.

—No digas eso —dijo Leonard—. No me digas que yo lo he hecho. Yo no lo he hecho. No lo he hecho, no...

—Lo has hecho y has huido. Si te excitas y pierdes el control de ti mismo, es posible que te encuentres metido en dificultades. Tuerce por aquí y llévame cerca de Broad Street para que pueda encontrar un taxi...

—¿Qué debo hacer? —gritó Leonard.

—Baja la voz. Deja de comportarte de ese modo.

—¿Qué debo hacer? Oh, ¿por qué ha tenido que pasar esto? No estaba borracho. Tú sabes que no estaba borracho. Solo he tomado dos copas antes de salir de casa. ¿Estaba borracho? No lo estaba. Sé cuándo estoy borracho, y no lo estaba. No pueden decir que estaba

borracho. Mira, voy a ir a la comisaría de policía y les diré que este hombre ha salido corriendo en mitad de la calle...

—No lo harás —dijo Clara.

—¿Por qué no?

—No te creerán. No es cierto, el hombre no ha salido corriendo al centro de la calle, el hombre estaba cruzando la calle y había un ceda el paso y tú no deberías haber conducido tan deprisa. Cuando empiecen a hacer preguntas, te lo harán admitir y resultará peor para ti. Ahora escúchame...

—¿Qué voy a hacer?

—Vas a escucharme —dijo Clara—. Me dejarás cerca de Broad Street para que pueda coger un taxi. El taxi me dejará a una manzana o dos de casa e iré a pie el resto del camino. Tú utilizarás calles secundarias y lejos de Broad Street cuando regreses a tu casa. Meterás el coche en el garaje.

—Eso haré —dijo Leonard—. Meter el coche en el garaje y entrar en casa...

—Cállate y escúchame. Cuando tengas el coche en el garaje, te quitarás el abrigo y empezarás a trabajar en el coche. Revisa cada centímetro. Asegúrate de que no hay ni una gota de sangre...

Leonard empezó a sollozar.

—Cállate —dijo Clara.

Leonard sollozaba en voz alta.

—He dicho que te calles —grito Clara—. Calla inmediatamente.

Leonard jadeó, y se giró hacia Clara y preguntó:

—¿Por qué has tirado del volante?

—Otro comentario como ese y tendrás mucho que lamentar. Si la policía te pilla ahora, estarás en un buen lío. El aliento te huele a alcohol y aquella esquina estaba muy iluminada. No tienes excusa. Ninguna excusa.

—Has tirado del volante —dijo Leonard.

—¿De verdad?

—Has tirado del volante.

Clara puso la mano en el tirador de la puerta.

—Muy bien —dijo—, si insistes en ponerte histérico...

—No —gritó Leonard, cuando Clara empezaba a abrir la portezuela—. No puedes irte así. Estás metida en el lío.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Leonard—. Estabas en el coche conmigo y has tirado del volante.

—¿Eso he hecho? ¿De verdad?

Leonard miró fijamente a Clara. Y Clara sonreía.

Leonard giró la cabeza y apretó la cara contra la tapicería de cuero púrpura oscuro y se echó a llorar de nuevo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Clara.

—Sí —dijo Leonard entre sollozos—. Por favor. Por favor, ayúdame. Dime lo que tengo que hacer.

—Escúchame, Leonard. Si me escuchas, si haces exactamente lo que te diga, no tendrás ningún problema.

—¿No me cogerán?

—Si tienes cuidado y si sigues todas mis instrucciones, no te cogerán. Ahora escucha. Haz que mañana te duela algo y quédate en casa durante unos días. No saques el coche para nada y no lo dejes prestado a nadie. Y cuando lo saques, revísalo otra vez. Ponte debajo y asegúrate de que no hay restos de ropa.

Leonard dejó escapar un sonido largo y tembloroso.

—Esto es todo lo que hay que hacer —dijo Clara—. Me pondré en contacto contigo por teléfono dentro de tres días. Te llamaré el sábado a las siete de la tarde.

—Guardaré el coche en el garaje —dijo Leonard—. Tendré mucho cuidado, como has dicho. Y te escucharé, Clara. Haré todo lo que me digas. Nunca me he encontrado en ningún problema semejante. Nunca había matado a nadie. Oh, Clara, Clara...

—Deja de llorar —dijo Clara.

—Pero Clara, he matado a ese hombre. Le he matado...

—Sí, y es una pena. Pero ya ha ocurrido y no puedes hacer nada excepto evitar tener más problemas.

—¿Qué vas a hacer tú?

—¿Qué esperas que haga? —dijo Clara.

—Quiero decir, ¿no lamentas esto? ¿No estás trastornada? No pareces trastornada. Actúas como si fuera algo que no te afecta en absoluto.

—Leonard, mírame. Soy una mujer, y me siento peor que tú aún. Pero me doy cuenta de que al menos uno de nosotros debe conservar algo parecido a la calma. Si los dos nos desmoronamos, será un desastre.

—Tienes razón —farfulló Leonard—. Cuánta razón tienes.

Entre sollozos, entre largos y jadeantes suspiros de pesar, miraba a Clara con una mezcla de temor y adoración en los ojos.

—Dame tu número de teléfono —dijo Clara—. Te llamaré dentro de tres días. No dejes que esto te supere. No es tan malo como piensas. Si me escuchas, no te pasará nada. Haz lo que yo te digo y contrólate. Ahora deja de llorar y dame tu número de teléfono. He dicho que dejes de llorar...

—Sí, Clara. Haré lo que tú digas.

Clara se quedó en la esquina y contempló el descapotable púrpura cuando se alejó velozmente por la calle. Era como una enorme cucaracha púrpura, escabullándose por una calle secundaria. Y Clara sonrió.

El cansancio se introdujo en los miembros de Barry. Estaba pensando en todas las cosas que tenía que hacer antes de ir a la cama. No muchas, en realidad, pero parecían una multitud de tareas que llevarían mucho tiempo. Meter el coche en el garaje, caminar todo el callejón, cruzar la puerta de la calle. Entrar en casa y subir la escalera y todo lo demás, los preliminares del sueño.

Le iría bien dormir. Pensaba en lo puro y ligero y suave que era el aire esta noche y qué agradable sería notarlo en la cara y los pulmones en la oscuridad primaveral mientras se iba quedando dormido. Pensaba en la preciosa sustancia del sueño mientras su coche se deslizaba por la calle, y de repente sacó el pie del acelerador y apretó con fuerza el pedal del freno.

De un salto bajó del coche.

Echó a correr hacia la forma que brillaba negra y blanca y roja a pocos metros del bordillo. Al pisar la roja humedad se estremeció y trató de hacerse creer a sí mismo que no era realmente esto.

Luego aquello se movió un poco.

Barry se estremeció otra vez. Quería alejarse de allí. Oyó un sonido que aquello hacía. El sonido era un gorgoteo, y después se oyó un gemido, y después hubo otro gorgoteo y la cosa se movió otra vez mientras seguía gorgoteando. Se oyó un sonido crujiente y chirriante. Barry se inclinó y le vio la cara.

Barry se inclinó un poco más y reconoció a George Ervin.

Por un momento se preguntó cómo iba a levantar a Ervin y meterle en el coche. Luego se dijo que sería mejor llamar a una ambulancia. Luego, otra vez, quizás sería más conveniente que metiera a Ervin en el coche y lo llevara rápidamente a un hospital.

Ervin gemía.

Al colocarse en el otro lado para adoptar la mejor posición posible para levantar a Ervin, Barry vio la sangre. Se miró las manos y meneó la cabeza lentamente. Cerró los ojos, los apretó con fuerza esperando que otro coche se acercara por la calle y poder tener así a alguien que le ayudara en esto. Pero eran más de las tres de la madrugada, y la calle estaba vacía, silenciosa, indiferente. Barry se inclinó y puso las manos en el cuerpo y empezó a levantarlo, y luego jadeó y apartó las manos y se estremeció.

Miró la cara de George Ervin y los ojos de Ervin sobresalían y la boca estaba torcida. Ervin estaba intentando decir algo.

A Barry le pareció que los ojos de Ervin le suplicaban que se acercara más. Se inclinó sobre el rostro de Ervin. De los labios de Ervin surgió otro gemido.

Luego, ahogándose, Ervin emitió unos sonidos que podían haber sido palabras y terminaron con algo que sonaba como «... lo ha hecho... lo ha hecho».

Hubo otro gorgoteo. Se hizo más fuerte. Fue subiendo hasta convertirse en un estertor que cesó bruscamente cuando la cabeza de Ervin cayó a un lado, y el cuerpo de Ervin se quedó rígido.

Barry miró la cara del cadáver.

Los ojos todavía estaban desorbitados, estaban muy abiertos y miraban hacia arriba, y el blanco brillaba como si fuera esmalte blanco muy pulido. Y la boca estaba abierta, las comisuras de los labios partidos inclinados hacia arriba, de tal modo que parecía como si la cara estuviera riendo.

14

DOS SEMANAS DESPUÉS del funeral las disposiciones legales estuvieron completas. Clara lo recibió todo. Se encontraba en la sala de estar con Evelyn y estaba contando lo que había ocurrido por la tarde en las oficinas de la compañía de seguros y en el banco y en el despacho del abogado.

—Pero quiero que recuerdes esto —dijo—. Aunque está a mi nombre, es tuyo igual que mío. Voy a ocuparme de que tengas todo lo que quieras. Siempre.

—Has sido buena conmigo.

—Siempre seré buena contigo. Siempre cuidaré de ti como si fueras hija mía. Y ahora quiero que sigas mi consejo. Quiero que pienses en este asunto claramente. Y con sensatez. Olvida tu pena. Empieza a salir otra vez.

—Oh, todavía no.

—¿Por qué no? ¿Sirve de algo andar por la casa y abatirse?

—Madre, ¿cómo puedo salir? ¿Cómo puedo bailar? ¿O reír?

—No te será difícil. Eres joven, Evelyn. Quiero que aproveches al máximo estos años. Estos años deben ser plenos. Deben resplandecer.

—Pero no me parece bien...

—Escúchame. Si pensara que no estaba bien, ¿te diría todo esto? ¿No tienes ninguna fe en lo que yo pienso que está bien?

—Claro que sí.

—Entonces no debes dudar de mí cuando señalo lo que es mejor para ti.

—Lo siento, madre.

—No quiero que lo sientas. No quiero que estés triste. Quiero que me sonrías. Vamos, Evelyn, sonríeme. ¿Sabes una cosa, querida?, eres una chica bonita. Muy bonita. Y cuando empieces a salir otra vez, serás inmensamente popular.

—No estoy segura de quererlo.

—Todas las chicas quieren ser populares. No hay excepciones.

—Madre, ¿te das cuenta de que Leonard no me ha llamado en todo este tiempo?

—¿Leonard? Ah, sí, Leonard Halvery.

—Sé que no es el momento de hablar de estas cosas, pero aun así me preocupa.

—¿Te sientes mal por eso?

—Mucho.

—Bueno, Evelyn, no sé. No conozco muy bien a ese Leonard Halvery. Por lo que he visto de él, parece ser un joven bastante estable y reservado. No retraído, en realidad, pero más o menos rígido. Quizás necesita que le desafíen un poco más.

—No sé a qué te refieres.

—Bueno, el ángulo de la popularidad. Me refiero a la popularidad. Quiero decir que cuando empieces a atraer a otros jóvenes, no cabe duda de que Leonard se dará cuenta de que no te tiene segura. El interés de los otros aumentará tu valor para él. ¿Me sigues?

—Oh, sí. Ahora lo entiendo.

—Bien. Y debes hacer planes según esto. Lo que quiero que hagas, Evelyn, es que cojas la costumbre de mirar estos asuntos más o menos objetivamente. Hacer una representación mental, para que sepas con exactitud adónde vas y cómo llegarás. Ahora te pondré en marcha. La meta parece ser Leonard. Y el problema inmediato es hacer que Leonard se acerque más a ti. El método, como es lógico, se basa en aumentar tu atractivo hacia los hombres.

—¿No es un poco artificial, eso?

—En absoluto. Mientras tú reconozcas la meta, no hay nada artificial en la estrategia inteligente. Y es perfectamente natural y sano para una mujer considerar con persistencia su aspecto físico. En tu caso, bueno... estás muy delgada. Demasiado delgada. Pero con la ropa adecuada, te será fácil aportar esbeltez a tu figura. Y

también está tu cara. Es bonita, sí, pero es de un tipo simple.

—¿Ordinaria?

—No, solo simple. Un experto en belleza con talento puede hacer cambios sorprendentes. Vendrás conmigo a la ciudad mañana y daremos los primeros pasos. Por supuesto perderás un día de clase, pero valdrá la pena.

Y Clara pensó para sí que también valdría la pena efectuar ese gasto. Mucho dinero para todo esto, pero el resultado sería una radiante Evelyn. Los jóvenes acudirían a ella como moscas, y poco a poco, quizás incluso rápidamente, Leonard Halvery sería olvidado. Por supuesto, existía una partícula de posibilidad de que Leonard resultara atraído, ya que era el tipo que remueve el ego activamente ante la vista de cualquier chica bonita. Pero ahora él no haría nada porque estaba atrapado en una tela de araña y sabía lo que le convenía.

Y Clara recordó sus selecciones anteriores del vestuario de Evelyn. Los vestidos feos y sencillos, los colores apagados y los modelos sin ninguna gracia. Interesante para Leonard; quizás le producía una admiración callada. Pero sin duda no le magnetizaba.

Sin embargo, el nuevo vestuario derramaría encanto sobre Evelyn. No cabía duda de que con los tratamientos de belleza adecuados, los peinados y cosméticos correctos, la moda y las joyas, la chica podría convertirse en una criatura verdaderamente devastadora. Y funcionando bajo las órdenes de Clara, seleccionaría entre sus muchos admiradores, y al final concedería su mano. Y entonces, casada, sin duda no sería ningún obstáculo. En verdad estaría en la posición auxiliar correcta, esperando el mando. Evelyn, sin lugar a dudas, resultaría ser una encantadora pequeña herramienta, deliciosamente flexible.

Clara felicitó a Clara. Recordó que pensamientos idénticos a estos habían cruzado por su mente en otro momento, cuando seleccionaba los vestidos feos y sencillos para Evelyn. En aquellos días, sin embargo, no había esperado que sus planes respecto a Leonard resultaran tan convenientes. Pero ahora que miraba atrás, podía recordar que en algunos casos, durante la elaboración de sus planes, había pensado que algo de naturaleza drástica sería necesario al final. En aquella época, la naturaleza exacta de esa necesidad drástica era un interrogante. Y, sin embargo, todo eso era

algo insignificante ahora, porque esa cosa ya había sido cumplida.

Clara alcanzó una gran caja de fruta confitada y se llevó un pedazo de piña azucarada a los labios. Masticando despacio, dijo:

—Dentro de una semana serás una persona nueva. Sí, chiquilla, estarás radiante.

Masticó la piña a fondo, tragó la pulpa jugosa y dulce, y cogió de la caja una gran ciruela glaseada.

Evelyn miró al suelo. Se puso las manos sobre el regazo. Se miró las manos. Llevaba las uñas pulcramente pintadas y el color era un clásico coral pálido. Evelyn empezó a preguntarse qué aspecto tendrían sus uñas con el nuevo tono que estaba de moda conocido como naranja negro.

En la cocina, Agnes estaba inclinada sobre el fregadero y poco a poco giró la cabeza para poder echar un vistazo a lo que estaba sucediendo en la sala de estar. Ya había oído suficiente, de modo que ahora sus labios estaban fuertemente apretados y las arrugas de la garganta estiradas; era lo único que podía hacer para evitar que se le escapara un grito. Se rogó a sí misma que esperara.

Durante muchos días se había rogado que esperara. Se había estado diciendo que tarde o temprano se presentaría una oportunidad, y en esa ocasión haría lo que había estado deseando hacer durante tanto tiempo.

Agnes volvió a su trabajo en el fregadero. Luego limpió el resto de la cocina, y después bajó al sótano. Había más trabajo en los lavaderos y arreglando cosas en el armario de cedro y algo de plancha y de costura.

A punto para dormir, Agnes entró en su habitación; el espacio que había sido carbonera antes de que se instalara la estufa de petróleo. Se desvistió y volvió al lavadero y se enjabonó la cara y el cuello y los brazos. Se lavó los dientes, cogió agua fresca con la palma de la mano y se la llevó a la boca para beberla hasta que la frescura se derramó en su interior, lavándole el polvo y el cansancio del trabajo de la casa que parecía coagularse dentro de ella durante todo el día, casi asfixiándola cuando la jornada terminaba. Al regresar a su cuarto, miró su cama con cariño, luego se arrojó sobre ella, cerró los ojos y respiró profundamente, solazándose en la

relajación completa.

Durante casi una hora Agnes permaneció en esta posición, sin apenas moverse.

La bombilla que colgaba de un cable relucía blanca sobre su cabeza.

Agnes no dormía. Nunca se permitía quedarse dormida en seguida. Tan precioso era el descanso nocturno para ella, que lo tomaba como un licor delicioso, inhalando su sabor antes de beberlo, y bebiéndolo luego lentamente.

Después puso el despertador a las seis, apagó la luz, suspiró agradecida mientras su cuerpo se ponía en contacto con el colchón, y hundió la cabeza en la almohada. Sus labios se movieron despacio al decir ella sus oraciones de la noche.

Y luego se entregó al sueño.

La oscuridad se extendía enfrente de Agnes, y ella caminó a su través y la oscuridad se convirtió en un sendero estrecho. Al frente había más oscuridad, fresca y acariciadora, silenciosa y dulcemente densa y amable. Quieta y vacía y compuesta de nada, poseyendo no obstante un movimiento flotante y una melodía, y un peso de pluma y una forma definida. Redonda, y aun así alargada y que se extendía hasta lejos, desplegándose muy por delante, prolongándose, extendida oscura y lejos y al frente, muy lejos al frente. Se prolongaba y se extendía, ganando oscuridad sobre su propia oscuridad y expandiéndose. Silenciosa dentro de su propia melodía e ingravida dentro de su propio peso. Esférica dentro de su redondez pero alargándose para ganar más oscuridad dentro de su propia oscuridad, y siempre prolongándose y extendiéndose, saliendo al lugar y el tiempo de la infinitud. La oscuridad era vacía y sin fin, y era la oscuridad de la espera.

Solo había la oscuridad, plana y quieta, sin sonido, sin presión. Luego fue cobrando movimiento, y fue separándose de sí misma, apartándose de sí misma. En ella había sonido. Un sonido crujiente. Un murmullo tras el crujido. Unos golpecitos tras el murmullo. En la oscuridad que se desplegaba de su propia oscuridad había movimiento.

Y Agnes estaba despierta.

Se estremeció. Se incorporó en la cama y se dejó despertar por completo, abrir los ojos. Luego, rápidamente, alargó el brazo y tiró

de la cuerda y la luz relumbró blanca en la bombilla. Pero la luz no iluminaba todo el sótano; había oscuridad en la parte de atrás y Agnes tenía miedo. Tiró de la cuerda, tiró otra vez y la luz se apagó. Cerró los ojos y se recostó en la almohada, se dijo que era mejor conciliar de nuevo el sueño.

El miedo se fue apoderando de ella. Algo superior al miedo la hacía permanecer despierta, y al final la obligó a abrir los ojos. Otra vez alargó el brazo hacia la cuerda, tratando de encender la luz. Antes de poder conseguirlo, estaba fuera de la cama, avanzando en el oscuro sótano.

Agnes quería estar fuera de este sótano y fuera de esta casa. Llegó a la parte trasera del sótano. Cuando abrió la puerta y salió al callejón, un brillante destello le dio en los ojos. Eran los faros de un automóvil que circulaba por el oscuro callejón.

El automóvil retrocedió, luego giró, aún en marcha atrás, y finalmente se puso de frente a la puerta del garaje de la casa de los Kinnett. El motor latió, subió el tono, luego descendió hasta casi un zumbido. La portezuela del coche se abrió lentamente y Barry salió de él. Barry se quedó quieto. Estaba mirando la figura alta y delgada, una vaga blancura, que había en el oscuro callejón.

Agnes no se movió.

Barry se acercó a ella, esperando que le dijera algo.

Ella no dijo nada. No se movió.

Barry dijo:

—¿Qué está haciendo aquí fuera?

—Te conozco —dijo Agnes—. Te llamas Barry.

—¿Qué está haciendo aquí fuera a estas horas de la noche?

—Te conozco desde que eras un niño —dijo Agnes—. Solía mirarte a ti y al resto de los niños, cuando jugabais aquí, en este mismo callejón. Una vez te dije que te alejaras de las cuerdas de tender la ropa o te echaría agua encima.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barry—. ¿Qué le preocupa?

—Nada —contestó Agnes—. Estoy bien. ¿Crees que es demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para hacer algo —dijo Agnes—. Tenemos que hacer algo. No podemos olvidarnos de aquello. No, no podemos. Tenemos que hacer algo. Y no es demasiado tarde. Pero si esperamos, si tenemos

miedo, entonces sí será demasiado tarde.

—¿Qué es lo que va a hacer, que me incluye a mí?

—Por supuesto. Tú fuiste quien encontró el cuerpo.

—¿Significa eso algo?

—Leí lo que decían los periódicos.

—Oiga —dijo Barry—. ¿Por qué no vuelve a la cama?

—Yo la seguí.

—¿Siguió a quién?

—A Clara.

—¿Cuándo?

—Aquella noche.

—Está bien —dijo Barry—. Escucharé.

—La vi salir de casa. Iba a reunirse con un amigo de Evelyn. Lo que yo quería hacer era tener algo en contra de ella, porque...

—Espere —dijo Barry—, quiero entender esto. ¿Qué hombre?

—Un amigo de Evelyn.

—¿Y la esposa de Ervin iba tras este hombre?

—Eso es lo que a mí me pareció. Yo quería asegurarme. Salí fuera y corrí por el callejón y la seguí hasta la calle, y allí había un coche. Estaba aparcado y le esperaba. Ella subió.

—¿Qué más?

—Me quede allí y vi que el coche se marchaba. Luego regresé a casa.

—Y usted está segura de que fue la misma noche.

—¿Crees que olvidaré jamás aquella noche?

Barry se cruzó de brazos. Bajó la cabeza. Dijo:

—Así que, ¿qué piensa usted?

—Ella lo hizo. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras fijamente? ¿Qué sabes?

—¿Adónde quiere llegar? ¿Qué se supone que yo sé?

—Tú encontraste el cuerpo. Y aún estaba vivo cuando le encontraste. ¿Qué le dijiste a la policía?

—Les dije que iba conduciendo y vi el cuerpo. Estaba preparándome para meterle en el coche y llevarle a un hospital, pero antes de que pudiera hacer nada ya estaba muerto. Y hubo una cosa que no les dije porque no estaba seguro de ello.

Agnes puso sus largos dedos sobre los hombros de Barry y dijo:

—Dímelo.

—Está bien —dijo Barry—. Él dijo algo.

—¿Qué dijo? Dímelo... exactamente.

—Dijo esto: «... lo ha hecho... lo ha hecho».

Agnes se llevó las manos enlazadas a la boca abierta, tratando de detener el grito que le subía por la garganta. El grito atravesó los blancos nudillos que apretaba con fuerza contra los dientes, y el grito fue bajo y como un gemido y fue subiendo hasta convertirse en un grito mientras Agnes se tambaleaba hacia atrás.

Parecía a punto de caer. Barry la cogió acercándose a ella de un salto. Le costó mantenerla en pie.

—Está bien —dijo él—. Quizás ahora podamos acertar. Quizás él la vio en el coche justo antes de ser atropellado. Analicemos el coche. ¿De qué color era?

—No lo podía ver. Era oscuro.

Barry la soltó. Dijo:

—Eso acaba el asunto. No puedo comparecer ante un tribunal y jurar lo que él dijo exactamente. No podemos convertir esto en un caso. Será mejor que olvidemos todo el asunto.

—El coche era púrpura —dijo Agnes—. Tenía que serlo.

—Me acaba de decir que no pudo ver de qué color era.

—Lo sé. No pude verlo. Pero sé que era púrpura.

Agnes no dijo nada más. Se apartó de él reculando, giró lentamente y se dirigió hacia la casa.

Incapaz de dormir, Evelyn agradecía no obstante descansar el cuerpo y los ojos mientras su mente jugueteaba con las ideas que Clara había instalado en ella. Estaba bien que algo agradable y alegre ocupara el lugar de la pena. El período de luto estaba a punto de terminar, y ahora el camino de su existencia había cambiado de rumbo, y se estaba embarcando en un nuevo y excitante viaje. Desde luego, no había nada temerario en la idea. Clara lo había ejemplarizado bien y con esmero. Se basaba en principios sensatos y suficientemente estables. Clara era maravillosa. Clara tenía encanto y dignidad y un gran conocimiento. Clara poseía amabilidad y una profunda comprensión, y era compasiva sin la adulación y efusión de costumbre. En todo lo que Clara hacía, en todo lo que Clara decía,

había método y decisión, y por encima de todo lo demás había lógica. Y ser guiada por Clara, ser gobernada en realidad por alguien como Clara, era sin duda un privilegio.

Evelyn podía ver el tiempo que se extendía ante ella, tentador como el esplendor de una mesa puesta para un banquete. Podía oír la música y podía ver la seda. Podía captar el aroma del perfume. El destello de un zapato de cuero negro deslizándose por un piso encerado bajo los arbustos invertidos de los candelabros. Y las orquídeas verde pálido. Los pequeños sombreros hongos que algunas chicas llevaban cuando cabalgaban. Las brillantes chaquetas rojas de los hombres montados sobre sus caballos, a punto para la cacería. Y las columnas blancas de la finca de alguien en Carolina del Norte, quizás algún día su finca. Las pistas de tenis y las piscinas. Los salones de baile y los de cóctel. La carrera sobre ancho y blanco cemento hasta la magnífica ciudad a ciento cuarenta kilómetros de distancia. Las camelias bajo celofán. El teléfono sonando y el zumbido de una voz masculina intentando, galante, paliar su súplica con un grado medido de suavidad, una elección de frases indiferentemente cómicas. El teléfono sonando siempre. Las voces masculinas suplicantes.

Sin duda tendrían buenas razones para suplicar, y tendrían buenas razones para atesorar cada momento con alguien tan encantador. Porque el encanto y la fragilidad estarían mezclados con una indiferencia completamente relajada, una frialdad sin desagrado. Ese sería el reto.

Con cuánta ansia aceptarían ellos el reto. Cuán fascinados estarían. Y cada uno tendría plena confianza en poder ganar el premio. Ella no tenía ninguna duda de eso. No dudaba de su capacidad para analizarles, cada uno en su momento, para comprender cada motivo, para prever cada movimiento, el giro de cualquier conversación. Sería un juego delicioso, con magníficos trofeos para el ganador. Y ella no podía sino ganar. Sabiendo esto, Evelyn se dio cuenta de que esa capacidad, ese don real había sido durante mucho tiempo una posesión. Podía recordar los diversos casos en que se había manifestado. Podía recordar cómo había sofocado ella ese don, cómo a veces lo había temido, odiado. Pero ahora, dominaba en su interior y ya no sería inútil. Clara había puesto el motor en marcha, y este ya funcionaba con un zumbido

ansioso al mirar Evelyn hacia los días de esplendor.

15

CIEN, CIENTO VEINTE. Y la aguja del cuentakilómetros pasó a ciento treinta. Exquisito satén rosa, grueso y suave. El cuentakilómetros subió a ciento cuarenta. El cabello naranja brillante. Los ojos verde oscuro. El cuentakilómetros tembló al llegar a ciento cuarenta y cinco. La carretera era ancha y se curvaba y partía, blanca, la espesa oscuridad del parque. La curvada suavidad, la inmensidad del grosor de la suave y blanda carne, la inmensidad del fuego, la grandiosidad del abrazo y el palpar y el ritmo frenético.

El cuentakilómetros se estaba acercando a ciento cincuenta, llegó allí y tembló allí. La noche se arrojaba sobre el coche y el coche hendía la noche, atravesaba la noche, y luego la aguja retrocedió y el coche empezó a flotar. Había una figura en una esquina cerca de la mansión de los Halvery. El coche se detuvo y Leonard bajó de él. Se dirigió hacia Clara. En la suave calidez de la noche primaveral, llevaba un suave vestido de seda ajustado al cuerpo. Se puso las manos en las caderas y miró a Leonard de arriba abajo.

—¿Y bien?

—Me parece que llego un poquito tarde —dijo él. Esbozó una sonrisa y trató de mantenerla.

—¿Dónde estabas?

—Me he detenido en casa de un amigo. Hemos tomado unas copas. No me he dado cuenta de la hora que era. Lo siento.

—Lo sentirás más antes de que haya terminado contigo.

—Oh, por favor. Al fin y al cabo, no he llegado muy tarde.

Solo...

—Llévame de nuevo a la casa. Hablaremos cuando estemos juntos en la habitación.

—Juntos en la habitación —dijo él. Se acercó a ella y le pasó los brazos por la cintura. Ella bajó las manos, le asió las muñecas y le apartó los brazos. Y entonces echó hacia atrás el brazo derecho y, con toda su fuerza, le dio una bofetada en la cara. Leonard torció la cabeza por el impacto, pero la volvió a enderezar cuando ella le pegó con el dorso de la mano en la otra mejilla. Repitió esto varias veces antes de que él pudiera apartarse de su mano azotadora.

—Entra en el coche —dijo ella.

Cuando Leonard le estaba abriendo la portezuela, dijo:

—¿Por qué lo has hecho?

—Simplemente porque tenía ganas de hacerlo.

Y cuando estuvo sentado a su lado, cuando estaba girando el volante del coche en movimiento, dijo:

—¿Y lo harás cada vez que tengas ganas de hacerlo?

—Exactamente.

—No aceptaré nada de eso.

—Aceptarás exactamente lo que mereces.

—Pero no estoy borracho. Lo has hecho porque pensabas que estaba borracho.

Clara no dijo nada. Leonard repitió la afirmación varias veces cuando bajaban del coche y se encaminaban a una puerta lateral de la mansión. Clara se negó a responderle cuando él insistió en pedir explicaciones. Todo el tiempo él la seguía mientras ella caminaba con paso regio por la casa del padre de Leonard, subía la escalera con alfombra azul y cruzaba el pasillo hasta entrar en el gran dormitorio.

Clara abrió la puerta que conectaba el dormitorio con el cuarto de baño privado de Leonard. Era un baño enorme, con azulejos color espliego y negro, y toda una pared era un espejo único. Permaneció en el cuarto de baño durante casi treinta minutos, y cuando salió, vio a Leonard echado en la cama. Clara le sonrió mientras se acercaba.

De pie al lado de la cama, Clara se desnudó lentamente. Arrojó la ropa interior de satén rosa sobre la cama. Leonard le sonrió con satisfacción. Ella se inclinó hacia él. Él alargó los brazos, separó su

cuerpo de la cama para entrar en contacto con ella y, cuando estaba a punto de encontrarla, ella se apartó de él. Cogió la ropa interior de satén rosa, le dio la espalda a Leonard y empezó a vestirse.

Leonard se sentó en la cama. Frunció el ceño y dijo:

—¿Qué haces?

—Me estoy vistiendo.

—¿Por qué?

—Me marchó.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me estoy vistiendo y me marchó.

—¿Y cómo llamas a esto?

Clara se volvió y le miró. La sonrisa en sus labios era suave, pero en sus ojos era dura como la roca.

—A partir de ahora, cuando tengas una cita conmigo llegarás puntual. Y no llegarás empapado de alcohol.

—Te he dicho que lo sentía.

—No tienes que decírmelo. Puedo ver que lo sientes. Te estás odiando.

—Pero Clara... no volverá a ocurrir.

—Sé que no volverá a ocurrir. Me estoy asegurando de ello. —Se alisó el vestido en las caderas.

—Espera —dijo él—. Esto es completamente irrazonable.

—No desde mi punto de vista.

—Clara, por favor...

—Estás ridículo, de verás. Tenía la impresión de que aguantabas el alcohol.

—Pero si no estoy borracho.

—Entonces, ¿sabes realmente lo que está pasando?

—Sí.

—Bien. Eso hace que este tratamiento sea más eficaz.

Ahora estaba vestida y se dirigía hacia la puerta.

Leonard le miró la espalda. Dijo:

—Nunca pensé que actuarías así conmigo.

Clara se volvió para mirarle. Sonrió y dijo:

—Que duermas bien.

Luego se volvió otra vez. Tenía una mano en el picaporte cuando Leonard bajó de la cama, se acercó a ella de un salto y la rodeó con sus brazos. Atrajo el cuerpo de Clara hacia el suyo y

dirigió los labios hacia la boca de ella. Atrayéndola hacia sí, retrocediendo, tratando de llevarla de nuevo a la cama, Leonard notó su resistencia y trató de dominarla. De repente, Clara levantó los brazos y le clavó un codo en el estómago. Él dio un paso atrás, doblándose.

—¿Dónde aprendiste este truco? —preguntó él.

—Tengo más.

—Oye —dijo—. No tengo por qué tolerar esto.

—¿Estás seguro?

—Te lo advierto, Clara. No pienses que no puedo pasar sin ti.

—Pero si ya lo pienso.

—Me subestimas. No te necesito, Clara. Créeme, no te necesito. Escúchame, mujer. No te necesito. Puedo pasar sin ti. Puedo ir y comprar lo que quiera. ¡Y tú tienes el descaro colosal de montar un espectáculo como este y pensar todavía que tiene algún efecto sobre mí! Miserable escoria, ni siquiera esperaré a que te marches. Te echaré yo...

—¿De veras?

—Yo...

—Está bien. Piénsalo. Piénsalo con detenimiento.

—Clara... —Una pausa.

—¿Sí?

—No quería decir lo que acabo de decir. No puedo ir y comprar lo que tú me das. Lo que tú tienes y la manera de dármelo. Lo necesito.

—Eso y algo más.

—¿Qué quieres decir?

—La seguridad de que jamás serás arrestado.

—Por el amor de Dios. —Leonard se apartó de ella. Se apoyó en la pared—. ¿Vas a enfrentarme con eso?

—Siempre que sea necesario.

—Pero no puedo soportar pensarlo siquiera.

—Entonces no me fuerces a plantearlo.

—Por favor, Clara... —Respiraba fuerte. Se pasó una mano por los ojos y la boca. Tragó saliva y pareció estremecerse cuando dijo —: No seas cruel conmigo. No seas fría. Cuando estoy contigo quiero calor. Y satisfacción. Quiero placer.

—Está bien, porque mis deseos son muy similares. Y sé que en

gran medida nuestros gustos son los mismos. Incluso añadiría que nuestros métodos para lograr que se realicen las cosas son casi idénticos. La suma de todo esto es que parecemos estar hechos el uno para el otro.

—Me alegro de oírtelo decir. Simplemente seguiremos viéndonos.

—Por supuesto.

—Siempre ansío verte, Clara.

—Eso simplifica las cosas considerablemente.

—No es necesario que te lo tomes en un sentido tan práctico.

—Resulta que vivimos en un mundo práctico, Leonard. Y es necesario que nos protejamos si queremos estar seguros.

—¿Seguros contra qué?

—Ciertas situaciones. Debemos prepararnos. Debemos hacer planes. Sobre todo, debemos insistir en las garantías.

—¿Qué clase de garantías?

—Oh, hay diversas formas. Algunas son sobre papel, otras son símbolos o insignias o medallas. A veces pueden perder su carácter práctico externo y adoptar una cualidad puramente ornamental. A veces pueden exhibir un encanto total, ser magníficas.

—¿Adónde quieres llegar?

—Quiero que me compres un diamante.

—¿Por qué?

—Por lo de siempre.

—Espera, Clara...

—De eso se trata precisamente. No espero. Quiero que me compres un gran diamante rectangular. Y tú conoces mi idea de lo grande. Quiero ese anillo dentro de tres días.

—Pero... no te acabo de entender. Quiero decir...

—Está bien, te lo diré claramente. Tú y yo vamos a casarnos.

Leonard trató de retroceder. Trató de reír pero la risa no se formó en su garganta. En estos momentos no podía mirarla, quería salir volando de la habitación. Estaba temblando; miró hacia el suelo, se preguntó si había suelo y de qué estaba compuesto. Luego, lentamente, levantando la cabeza, tuvo la impresión de que le amenazaba algo de grandes senos, que estaba delante de él y le sonreía.

—Habías planeado esto —dijo él.

—¿Por qué lo dices como si fuera una acusación? ¿Y por qué te agita tanto la idea? Tú quieres estar conmigo. Siempre ansias verme. Y como tú dices, yo te doy calor y placer y completa satisfacción. Estás totalmente de acuerdo en que estamos hechos el uno para el otro. Entonces, es razonable que seamos marido y mujer.

—No lo expreses de esa manera.

—Es la única manera en que puede expresarse.

Leonard fue hacia ella, se desvió, pasó de largo, dio media vuelta y dijo:

—Maldita sea, ¿piensas que me dejaré engañar así? ¿Y piensas que mi familia lo tolerará? Todo este asunto es completamente ridículo.

—Dentro de tres días —dijo Clara— pondrás ese diamante en mi dedo. Para entonces, ya te habrás calmado y podremos discutirlo de manera inteligente. Me presentarás formalmente a tu familia. El compromiso se anunciará en una celebración adecuada. Y la boda tendrá lugar dentro de dos meses.

Clara se volvió lentamente. Su mano estaba en el pomo de la puerta, dándole la vuelta, y empezó a abrirla. Leonard se acercó a ella de un salto, cerró, intentó agarrar a Clara por las muñecas, cambió de opinión y se apartó.

Dijo:

—¿Por qué lo haces?

—Te quiero, Leonard. Quiero lo que puedes proporcionarme.

—Te decepcionarás. No soy tan estúpido como piensas.

—De veras, Leonard. No pienso que seas en absoluto estúpido. Si lo fueras, no resultarías atractivo para mí. Te quiero y quiero el placer físico que puedes darme, el estímulo mental de tu inteligencia, el atractivo de tu personalidad. Quiero todo esto igual que quiero los lujos materiales que tu dinero puede proporcionarme. Desde todos los puntos de vista, es una situación completamente satisfactoria.

—Para ti. Pero ¿qué hay de mí?

—No estamos muy románticos esta noche, ¿verdad? No importa. Solo entiende esto. Tú y yo vamos a ser buenos compañeros, siempre que empieces esto con el debido entusiasmo. Admitiré que al principio tu familia se sentirá inclinada a no aprobarlo. Podrían

sacar a relucir el tema de que soy mayor que tú. O quizás querrán investigar mis antecedentes, mi educación y demás. Pero no tienes que preocuparte por eso. Déjame a mí. Te aseguro que en poco tiempo tu gente estará convencida de que te casas con una mujer de clase, de encanto y cultura. Estarán encantados de mí. Me darán una cálida bienvenida a la familia.

—Me doy cuenta. De lo que no puedo darme cuenta es de que esto me esté pasando a mí.

—Parece que lo consideras una calamidad —dijo Clara. Sonrió y se le acercó. Le puso las manos sobre la cara, le pellizcó las mejillas, le bajó la cara para que sus ojos estuvieran cerca de los suyos, y dijo —: Peores cosas podrían ocurrir.

Leonard tenía los ojos abiertos de par en par. Trató de separarse de ella. Por un instante, los dientes le rechinaron. Gimió:

—Por favor, por favor...

Los dedos de Clara le pellizcaban con fuerza manteniéndole la cara hacia abajo, forzándose a mirarla a los ojos. Dijo:

—¿Debo ser más explícita?

Leonard se retorció. Levantó las manos hacia las muñecas de Clara. Ella le retorció las mejillas apretando más. El dolor le hizo dar un respingo, y tragó saliva y jadeó y tragó saliva otra vez. Apartó las manos de las muñecas de Clara.

Clara se inclinó hacia él y dijo:

—¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta? Yo pienso que no. Me temo que me estás forzando a poner las cartas sobre la mesa. Estás bajo una espada, Leonard. Por lo que has hecho, pueden condenarte a muerte en la silla eléctrica.

Un grito empezó a formarse en la garganta de Leonard. Lo ahogó y luego trató de soltarse de Clara. Pero sus brazos parecían paralizados. Iba hacia atrás y ella iba con él. Y las manos de ella seguían en su cara, estrujándole las mejillas con más fuerza.

—Tú mataste a Ervin —dijo Clara—. Tú le asesinaste con tu automóvil.

—No le asesiné. Fue un accidente. Tú lo sabes.

—Yo sé esto y solo esto. Te quiero. Tú puedes darme todo lo que necesito. Solo voy a vivir una vez, y tengo una idea bastante completa de lo que la vida debe ser. Y sin duda no voy a perder esta oportunidad. Es una oportunidad que probablemente no se me

presentará otra vez. Por lo tanto, voy a ir hasta el fondo para asegurarme de que la conservo. Te amenazo, Leonard, si no respondes como deseo, iré la policía.

—No puedes...

—Iré a la policía y les contaré que planeaste asesinar a Ervin. Establecer un motivo es absurdamente sencillo. Me querías, y Ervin era un obstáculo. Me hablaste de tu plan, y te supliqué que lo apartaras de tu mente. Pero aquella noche, cuando le viste cruzando la calle, decidiste matarle. Eso te convierte en culpable de asesinato en primer grado.

—Pero no puedes contarles eso —dijo Leonard. Su voz se hizo un ronco susurro—. No es verdad... no es verdad...

—No me interesa la verdad.

Él se apartó de ella. Respirando espasmódicamente, cayó contra la pared y extendió los brazos sobre Clara como si intentara impedir que cayera sobre él. Y dijo entre jadeos:

—No puedes demostrarlo.

—¿No?

—No puedes demostrar nada. No hay huellas. Ninguna evidencia. Negaré todo lo que digas.

—No por mucho tiempo. La policía tiene brillantes métodos de investigación. No tardarán mucho en sacar la conclusión de que tú conducías el coche que mató a Ervin. Y mi testimonio proporcionará el motivo. Y ahí lo tienes.

Leonard se hundió. Cayó de rodillas. Gimió y luego se echó a llorar. Y arrojó sus brazos a las piernas de ella y apretó el rostro contra sus muslos. Los sollozos salían de su garganta arrastrándose como si fueran pesadas cadenas.

—No —gimió—. No debes...

Clara bajó las manos y las puso sobre el rostro de Leonard. Levantó su cabeza, obligándole a levantar los ojos hacia ella. Sonrió al ver las lágrimas y dijo:

—Imaginas que esto no tiene esperanza. Que es complejo y temible. Pero hay una solución. Y es tan sencilla...

—Dímela.

—Ya la sabes.

—¿Es eso lo único?

—Sí. Haz lo que te digo.

—Está bien. Lo que tú digas. Cualquier cosa que tú digas. —Y luego, para sí mismo, en voz alta, dijo—: ¡Dios mío, ayúdame! ¡Ayúdame! Nunca ha sucedido. No puede haber sucedido. Pero así ha sido.

Clara miró el cuerpo medio desnudo y despeinado del hombre que estaba arrodillado a sus pies. Dijo:

—¿Me veré obligada alguna otra vez a amenazarte de este modo?

—No. Te lo prometo. Haré lo que dices.

—Siempre.

—Siempre, siempre. —Y, en voz alta para sí mismo, añadió—: ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Nada —dijo ella, y le cogió la cara con las manos y le sonrió—. Me alegro de que lo entiendas —dijo.

Pellizcándole fuerte en las mejillas, le hizo levantarse. Cuando se puso en pie cayó contra ella, pues le flaquearon las rodillas. Ella le rodeó la cintura con sus brazos y le sostuvo.

—Te reunirás conmigo mañana por la noche —dijo ella—. Y no hablaremos de lo que acaba de pasar. Te reunirás conmigo a las siete en punto, en el sitio de costumbre. Cenaremos y espero que tengas entradas para el teatro... no, el *ballet*, quiero ver esa nueva compañía en el Academy. Si nos encontramos con alguno de tus amigos, me presentarás con entusiasmo. Y al mismo tiempo estarás absolutamente cómodo. Estarás encantado y orgulloso de estar conmigo. —Y, luego, otra vez le puso las manos en las mejillas, pellizcándole con fuerza, empujándole la cabeza hacia atrás y sonriéndole y diciendo—: ¿Verdad que lo harás?

—Sí, Clara.

Las manos de Clara acariciaron el rostro de Leonard, bajando por la garganta y los hombros hasta su pecho... dando vueltas y bajando... moviendo las manos lentamente y dando vueltas y atrayéndole hacia sí. Él bajó la cabeza y la besó en la garganta.

—Buenas noches —dijo ella.

—Quédate conmigo, Clara. Quédate conmigo esta noche.

Ella le apartó.

—Buenas noches —dijo—. Te veré mañana. —Y abrió la puerta y salió de la habitación.

Cuando Clara se hubo ido, Leonard se quedó sentado, acurrucado, en la cama durante un rato, y luego fue al cuarto de baño. Abrió el grifo del agua fría y empezó a llenar la bañera color lila, amplia y hundida en un suelo de azulejos negros. Con una gran pastilla de jabón que llevaba impresa la marca Montana Saddle empapó una enorme esponja. Se enjabonó el cuerpo profusamente, siguió enjabonándose y hundiéndose bajo el agua, enjabonándose y hundiéndose, hasta que se sintió débil por el esfuerzo. Luego, después de secarse con una gruesa toalla, apagó la luz. En el dormitorio, se sentó en el borde de la cama y se quedó contemplando el suelo. Al cabo de un rato se puso a tararear con aire indiferente y se dijo que todo iría bien. Sin sentir ningún deseo de llegar a la base de este razonamiento, lo conservó hasta que se alejó de su mente; entonces se acercó a un tocador, abrió los cajones, empezó a sacar cosas y a mirarlas. Las volvió a colocar con cuidado, lentamente. Luego cogió una caja de cordobán negro y la abrió, y sacó de ella un paquete de cartas.

Mucho tiempo atrás había escrito estas cartas a una joven. Nunca las había enviado. Se estiró boca abajo sobre la cama, para leerlas. Las leyó todas. Luego cogió la caja otra vez y sacó algunas fotografías de la chica. Leonard parpadeó para impedir que cayeran las lágrimas que habían acudido a sus ojos.

Las fotografías eran espontáneas. Leonard las había hecho con una pequeña cámara de gran velocidad. Unas cuantas eran en color. La chica tenía los ojos violetas y el cabello negro. Era delgada y su sonrisa limpia, y había algo puro e inteligente en ella.

Leonard suspiró profundamente. Sacudió la cabeza con lentitud. Dejó caer la cara sobre la colcha de la cama y murmuró:

—¡Qué pobre e ignorante bastardo era!

16

LA OSCURIDAD INUNDÓ los sentidos de Barry cuando este abrió los ojos. Se preguntó qué le había arrancado del sueño. Podía haber sido el repentino y punzante pensamiento de lo que había ocurrido anoche en el callejón, y ahora, sentado en la cama, estaba seguro de ello. Estaba seguro de que le había estado martilleando mientras dormía, arañándole hasta arrancarle del sueño.

Bajó de la cama, fue hasta la ventana y miró hacia el callejón. Estaba convencido de que Agnes le había dicho no solo la pura verdad, sino la verdad ordenada en secuencia real, de manera que formaba un claro cuadro.

Un claro cuadro, y sin embargo el cuadro no estaba completo. Lo que él tenía ahora no podía llevarlo a la policía. Tenía una sensación, firmemente arraigada, de que si lo llevaba a la policía iba a estropearlo en lugar de arreglarlo.

Se preguntó si podía hacer algo.

No había nada que pudiera hacer él solo ni tampoco él y Agnes, a no ser que fuera algo que implicara violencia. Y de la violencia se tenían que mantener apartados. Si querían llevar a cabo algún plan, tenían que efectuarlo tras un telón, recoger en silencio los hechos y arreglarlos y efectuar sus planes en susurros. Y ni aun entonces podrían trabajar solos, ellos dos; necesitaban otra mano, alguien que pudiera insertar lo que faltaba. Y faltaban bastantes cosas; había interrogantes que no podían ser respondidos con lo que ellos sabían. Necesitaban una tercera mano, y Barry se daba cuenta de que no podía salir a la calle y elegirla al azar. Esta tercera mano era

alguien especial, y Barry intentó imaginar quién podía ser, pero no tenía ni idea y lo sabía. Se dijo para sí que debía despertarse del todo. Fue al cuarto de baño y se mojó la cara con agua fría. Se golpeó los puños uno contra otro, sabiendo que la respuesta estaba en su mente, y no había ninguna razón para que se le escapara de esta manera, a no ser que no estuviera en su destino encontrar la respuesta y hacer que se arreglara todo. Quizás por alguna razón temible y tal vez espantosa debiera apartarse de esta situación. Quizás la solución resultaría ser aún más terrible que el problema mismo. Estaba pensando en Evelyn.

Recordó ciertas cosas extrañas que ella había dicho, ciertas actitudes que ella había adoptado la noche en que él había lanzado piedrecitas a su ventana y se habían reunido de nuevo después de tres años de estar apartados. Recordó que él la había interrogado respecto a esos tres años y recordó la respuesta evasiva, la tendencia a eludir toda mención de lo que había sucedido en aquella casa durante los tres años que hacía que George Ervin estaba casado con una mujer llamada Clara. Las evasivas de Evelyn aquella noche infectaron a Barry ahora. Se dijo para sí que lo dejara estar tal como estaba, que mantuviera aquella casa y la gente que vivía en ella apartadas de su vida. Estaba seguro de que podía hacerlo, estaba seguro de que era lo mejor que podía hacer, y entonces fue cuando pensó en Clard. Al instante siguiente supo que Clard era la tercera mano.

De nuevo en su dormitorio, empezó a vestirse.

Y en su coche se dirigió rápido hacia los muelles.

Una luz naranja se filtraba desde el borde interior de un reloj en el escaparate de una tienda que, de no ser por esto, habría estado a oscuras. El reloj marcaba las tres menos veinte.

Había ruido y movimiento en las calles junto a los muelles. Los camiones retumbaban, los carros rechinaban. Barry apartó su coche de la bulliciosa calle comercial y lo aparcó en una calle lateral.

Se encaminó al pasadizo donde sabía que estaría la escalera, pero no la vio.

Por unos momentos se enfadó consigo mismo. Quizás, después de todo, se había confundido y estaba en un lugar erróneo. Entonces contempló las paredes de los almacenes ruinosos que daban al Delaware. Y por una ventana parcialmente abierta pudo

ver una escalera de mano que sobresalía. Había sido metida en la habitación y luego colocada apuntando hacia el exterior. Había algo irrazonable en la escalera, que salía por la ventana de aquella manera. Le pareció muy extraño.

Barry no lo analizó. No calculó nada. Pero a través de su perplejidad tenía una clara sensación de que Clard estaba en la habitación. La sensación de que Clard estaba allí dentro por razones drásticas y había retirado la escalera para impedir que alguien subiera detrás suyo.

Barry decidió que debía subir y ver lo que estaba sucediendo en aquella habitación. Miró a su alrededor en busca de algún medio para subir hasta la ventana. Había unas cuerdas allí cerca, pero ninguna parecía suficientemente larga. Barry inspeccionó el terreno, buscó un trozo de cuerda lo bastante largo para ser lanzado a la ventana y coger con él la escalera. Volvió sobre sus pasos, estudiando con atención el suelo.

Vio la sangre.

Brillaba en la oscuridad. La luz de las bombillas de las esquinas se unía y formaba una tangente amarillenta oscura sobre los círculos de rojo oscuro y lejos de ellos. Barry se arrodilló y examinó las manchas. La sangre estaba seca.

Barry levantó la vista hacia la ventana. Allí arriba todo estaba tranquilo y oscuro. Aquí debajo, las manchas formaban una hilera hacia un punto debajo de la ventana. Arriba, la escalera apuntaba hacia el cielo, hacia el río. Había algo fútil y lastimoso en la manera de sobresalir por la ventana de aquella escalera.

No encontró ninguna cuerda. Barry caminó rápido por el pasadizo y estudió las paredes de los almacenes, hasta que llegó a un lugar donde parecía que podría trepar con bastante facilidad. Empezó a subir. Llegó a la azotea, retrocedió por los tejados de los almacenes, y luego fue bajando hasta que sus pies tropezaron con la escalera que sobresalía por la ventana de la habitación de Clard.

Se agarró a la ventana, la levantó y empezó a deslizarse dentro de la habitación.

Desde el interior, la voz de Clard dijo:

—Está usted corriendo un gran riesgo.

Allí dentro estaba oscuro.

Barry preguntó.

—¿Dónde estás?

—Es usted un policía nuevo, ¿verdad? —La voz de Clard era un débil y largo jadeo.

—No soy policía.

—Quizás no lo es.

—¿Qué sucede, Clard? ¿Qué ha pasado?

—¿Quién es usted? —preguntó Clard.

—Barry Kinnett. El chico que...

—¿Cómo lo has encontrado? ¿Quién te lo dijo?

—¿Quién me dijo qué? Oye, ¿qué te parece si encendemos una luz?

—Olvida la luz —dijo Clard—. Háblame. Cuéntame cosas. ¿Qué te ha hecho venir aquí? Estás solo, ¿verdad?

—Claro, estoy solo. He venido a tener una sesión contigo. Quería que me ayudaras.

—Has elegido un buen momento. Estoy en plena forma para ayudar a la gente.

Clard dejó escapar una carcajada. Era algo terrible de oír. Era todo fracaso y dolor y final.

—Me parece que eres tú quien necesita ayuda —dijo Barry.

—Me parece que sí —dijo Clard.

—Déjame encender una luz, si es que hay alguna.

—Hay un interruptor en la pared, a la derecha de la ventana.

Barry palpó la pared en busca del interruptor, lo encontró y encendió la luz.

La habitación tenía el techo bajo, era muy pequeña, pero había mucho color en ella y algunos objetos eran elegantes y relucían. En el suelo había una alfombra con complicados dibujos. Había sangre en la alfombra. Había sangre en los bordes de una sábana arrugada. Había sangre en las vendas que envolvían el pecho y la cintura de Clard.

Clard estaba medio sentado, apoyado contra unas almohadas. Su rostro tenía el color de la leche sobre papel verde.

Barry parpadeó unas cuantas veces. Preguntó:

—¿Qué ha sido?

—Balas.

—Iré a buscar a un médico.

—Oh, no, no lo hagas. Quédate aquí. Quédate a mi lado y

háblame.

—Pero te vas a desmayar.

—Lo sé.

—Quizás un médico podría hacer algo.

—No. Llevo tres balas dentro. Dos en el pecho y una en algún punto de la pelvis. Soy un loco. Hace horas que estoy aquí, tratando de convencerme a mí mismo de que tenía una oportunidad. Pensaba que podría dormir un poco y coger fuerzas, y después sacarme las balas.

—¿Puedes hacerlo?

—Mírame. ¿Ves mucha vida?

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Estás seguro de ello?

Clard afirmó con la cabeza. Luego hizo una mueca. Abrió la boca para llevar un poco de aire a sus pulmones. Clard levantó el brazo para secarse la sangre de la boca y la barbilla, pero el brazo le cayó y él se recostó sin fuerzas en las almohadas.

Sonrió y dijo:

—¿Ves lo que quiero decir?

—Quizás yo pueda hacer algo por ti.

—Está bien, veamos si puedo tomar un poco de agua. Hay una botella en aquella mesa de allí.

Barry puso un poco de agua en un vaso.

—Bébela despacio —dijo Barry.

Clard intentó beber, pero el líquido no le bajó. Una sonrisa vaga apareció en sus labios, vaciló allí y desapareció. Cerró los ojos.

—Está bien —dijo Barry—. Vuelve a dormirte.

Clard abrió los ojos. Sonrió otra vez y dijo:

—Si me duermo ahora, no despertaré. Quiero vivir un ratito. Lo suficiente para que podamos comunicarnos algunas ideas. Si ofrezco una buena pelea quizás duraré otro cuarto de hora. Oigamos lo que tienes que decir.

Barry le habló del cuerpo que había hallado, y de lo que Agnes le había contado, y de todo el asunto.

Dijo:

—Ocurrió así. No de otra manera. Ella quería deshacerse de Ervin y le mató. Pero si yo intentara probarlo, no conseguiría nada. Por eso no puedo ir a contárselo a la policía.

—Tienes razón —dijo Clard—. No puedes ir a contárselo a la

policía.

—¿Qué debo hacer?

La palidez se hizo más profunda y se extendió en todo el rostro de Clard. Este tosió y cerró los ojos e intentó incorporarse, pero cayó hacia atrás de nuevo. Barry le arregló las almohadas. Clard respiraba con dificultad.

Clard dijo:

—Aquella noche que me viste en el tejado estuve cerca de arreglar todo el asunto. Te contaré un secreto. No era la primera vez que estaba en aquel tejado. Había estado allí muchas veces. Pero aquella noche estuve más cerca. Solo por unos momentos. Estuve muy cerca, en la habitación, mirándola.

—¿Tenías algún plan?

—No, ninguno. Solo el impulso.

—¿Quieres decir, de violentarla?

Clard sonrió. Dijo:

—De matarla.

—¿Quieres decir que ibas a asesinarla?

—No habría sido asesinato —dijo Clard—. Habría sido algo elegante. Un hecho completamente noble.

—¿Qué es ella?

—Una serpiente.

—¿Qué te hizo?

Clard sonrió otra vez. La sonrisa se agrandó y se convirtió en una mueca, como si algo le divirtiera.

Luego Clard dijo:

—Estábamos en Colorado. Yo era ingeniero de minas. Hace ocho años. Hace ochocientos años. ¿Qué importa? —Era un buen chico, ganaba mucho dinero y llevaba una vida buena y limpia. Oh, me iba bien. De una manera no profunda también era feliz. Aparte, pintaba acuarelas y pescaba mucho, y de vez en cuando practicaba el boxeo de afición. No era una mala vida, en absoluto. Un día conocí a Clara, y el problema fue que hasta entonces yo no había prestado demasiada atención a las mujeres, porque trabajaba mucho en aquella época. Así que entonces, cuando conocí a Clara, yo era susceptible. Y ya tienes la base para ello.

Clard tosió otra vez. Su respiración era muy dificultosa. Dijo:

—Tardó dos meses en venderme una lista de mercancías. La

manera de vendérmela fue asombrosa. Yo fui quien habló, quien lo dijo casi todo. Pero ella hizo toda la venta. He aquí cómo lo hizo. Confesó de plano. Quiero decir que lo confesó todo. Dijo que no me impresionara por la manera de comportarse, de desenvolverse, de manejar las palabras, sus conocimientos de libros, de música y demás. Admitió que era algo muy nuevo en ella. Me dijo que hacía poco tiempo que había salido de la cárcel.

Barry se inclinó hacia adelante.

—¿Prisión? ¿Eso dijo?

—Así fue. Era una perdedora triple. A la brillante edad de quince años, se puso en contacto con algunas personas excelentes y hubo mucha brutalidad. Unas cuantas murieron a manos de la banda con la que ella trabajaba. Después de dos períodos en la cárcel, se puso a trabajar por su cuenta y le fue bien por un tiempo, hasta que tuvo hambre de un botín más grande. Así que conectó con uno de los dos más famosos estafadores y se hicieron socios. Ella era el cerebro y él el arma. El negocio fue bien hasta que un día en que él se descuidó. Finalmente fueron atrapados en una carretera de montaña después de una sarta de disparos. El hombre resultó muerto y encerraron a Clara durante un par de años en la Prisión Estatal de Mujeres. Allí ella leyó mucho, y empezaron a formársele ideas en la cabeza. De repente se trazó un futuro. Cuando salió, inició una nueva fase de su existencia.

—¿Y le contó a usted todo esto?

—Lo soltó todo —dijo Clard—. Esa era la estrategia, y era la miel. Estábamos bebiendo cerveza una noche y me dijo que lo nuestro iba bien, pero que tendría que terminar porque tenía algunas cosas que contarme. Así que prosiguió y me lo contó. Recuerdo que empezó a hablar a las once y media y terminó a las cinco menos cuarto de la madrugada.

—¿Y usted qué dijo?

—Nada. Me limité a estar allí sentado y a escucharla. Yo bebía cerveza y observaba cómo se movían sus labios. Yo era muy joven.

—¿Qué ocurrió a las cinco menos cuarto de la madrugada?

—Empecé a hablar —dijo Clard—. No recuerdo gran cosa de lo que dije, pero tenía algo que ver con el hecho de que pensaba que era la mujer más notable que jamás había conocido. Lo de costumbre, pero yo no tenía nada más que decir porque aquello era

lo que realmente quería decir. Y tenía la sensación de que quería que esta mujer estuviera conmigo todo el tiempo.

Clard tosió otra vez. Mantuvo los ojos cerrados unos segundos y luego sonrió una vez más.

Dijo:

—¿Sabes una cosa, Kinnett?, ella tenía cosas. Las tenía en un grado extraordinario. El porte y la dignidad solo eran una pequeña parte. Lo que tenía que más me afectaba era la pasión, el poder. Por ejemplo, yo hallaba un gran placer en verla comer. Había tanta vida y energía en ello, tanta en todo lo que ella hacía y decía. Era como caminar con la suma total de todas las mujeres majestuosas de la historia. ¿Quién sabe? Quizá Clara habría estado entre todas las otras chicas famosas si no hubiera nacido en la era de la máquina.

—¿Piensa que había algo bueno en ella?

—Si lo había, nunca lo descubrí. No, pienso que todo era malo. Una clase muy especial de mal, moldeado, afinado y barnizado. Tenía una especie de capa externa que no se podía traspasar. Y, no obstante, no tenía realmente que agotarte intentando traspasarla porque tarde o temprano salía. El veneno real salía y te daba en la cara. Me casé con ella...

Tosió otra vez.

—... Solo llevábamos casados cuatro meses cuando intentó asesinarme. Contrató a un sicario para hacerlo. Me enteré de eso más tarde. Sea como sea, a ese mercenario le fracturé la mandíbula y casi le arranqué el ojo con un dedo. Estuvimos mucho tiempo en Denver. El buen Denver en la primavera de las Montañas Rocosas.

Barry miraba fijamente el suelo. Dijo:

—Deberías descansar. Tal vez sea mejor que dejes de hablar.

Clard hizo esfuerzos por respirar. Dijo:

—Si hablo o no, no es muy diferente. En realidad, tengo ganas de hablar. Quiero hablarte de Clara. Contarte cómo me desangró. Me lo quitó todo. Todos los libros que había leído, toda mi instrucción, todo lo que había recogido, todos mis conocimientos y toda mi fuerza; me lo quitó todo. Pasábamos horas sentados mientras ella me hacía hablar. Lo tragaba todo, lo engullía como si fuera un jarabe dulce y denso. Me arrancó hasta la última gota y, cuando lo tuvo, ya no me necesitó más, salvo mi dinero. Tenía bastante, y estaba ansiosa por ponerle las manos encima, así que

trató de eliminarme; contrató a esa gente. Yo sabía que no tenía ningún enemigo en el mundo, así que después del tercer intento empecé a atar cabos. Ella tenía que fallar en alguna parte, de manera que cuando falló, me di cuenta de lo que ocurría.

Clard se llevó una mano a los ojos, y bajo su mano los labios esbozaron una amplia sonrisa.

Dijo:

—Se hacen cosas que no se pueden explicar. Si yo tratara de explicarlo ahora, me confundiría y acabaría en nada. Cuando enfrenté a Clara con lo que había descubierto, me pidió que la matara. Cayó de rodillas después de ponerme un cuchillo en la mano, y allí estaba, en el suelo, con la cabeza echada hacia atrás mostrándome la garganta, muy tranquila, como si me pidiera que le cortara el cuello.

Manteniendo aún la amplia sonrisa, Clard meneó la cabeza lentamente.

—Qué actuación —dijo—. Qué hermoso teatro. Perfectamente ejecutada, hasta el último detalle. Ni la más leve muestra de emoción. La voz correcta, los ojos correctos, y allí estaba yo, con el cuchillo en la mano y Clara de rodillas en el suelo. Y yo dejé caer el cuchillo y me arrodillé con ella. No era que no supiera lo que estaba haciendo. Lo sabía muy bien, pero no me importaba. Le dije que podía quedarse con todo mi dinero, con todo lo que yo poseía. Y al día siguiente lo firmé todo a su nombre. Ella estaba allí cuando firmé. El abogado pensó que estaba loco, pero cuando empezó a discutir le hice callar. Dije, ¿qué importa? Clara podía tener todas mis posesiones porque Clara me tendría a mí junto con mis posesiones, y eso era lo único que yo quería. Yo pertenecía a Clara. Ella me poseía. Y me prometió que siempre estaría conmigo. ¿Entiendes el asunto, Kinnett? Quería que ella siempre me quisiera. La situación tradicional completamente al revés. Lo que una mujer quiere más que nada es que la quieran. Y yo, un hombre, quería ser querido por una mujer que sabía que no me quería. Pero lo prometió. De eso se trataba. Ella prometió que siempre estaría conmigo, y unos días más tarde hizo el equipaje y se fugó. Recuerdo lo que yo tenía a mi nombre. Setenta y cinco dólares y el carnet de conducir. Pero Clara tenía la licencia de propietario y el coche.

Clard se echó a reír, pero un acceso de tos le interrumpió. Siguió

tosiendo y apareció sangre en sus labios. Finalmente estuvo demasiado débil para toser más. Jadeó.

Barry se le acercó. Él levantó una mano e hizo un gesto para que Barry se apartara. Y después dijo:

—Intenté apartarla de mi mente. Intenté racionalizar, diciéndome a mí mismo que era lo mejor que podía haber pasado. Pero no servía de nada. Trabajaba en mi empleo en la mina tanto como le es posible a un hombre trabajar. Pero no iba a ninguna parte. Cometía errores, uno tras otro. Cuanto más duro trabajaba, menos conseguía. Y finalmente se hartaron un poco de cómo yo trabajaba y me lo hicieron saber. Yo sabía lo que eso significaba. Acepté la invitación de marcharme.

»Anduve durante mucho tiempo, Kinnett. No hay muchos estados en la unión que yo no recorriera. Y México y Centroamérica, y eso durante años. Y todo ese tiempo estuve intentando olvidar a Clara. Pensaba que viajando y con el tiempo lo conseguiría. Pero fue lo contrario. Empecé a verla como una fuerza más que como un ser humano. Finalmente llegué a un punto en que decidí encontrar a Clara y prescindir de ella de una vez por todas.

—Pero tú habías acabado con ella.

—No. Porque sabía que ella seguía viva. Sabía que mientras existiera una Clara, habría víctimas. Yo quería encontrarla y eliminarla, y quienquiera que fuera esa gente, yo quería ahorrarles muchas penas.

—¿Cómo la localizaste?

—Tardé mucho tiempo. Pero hay maneras. Y yo tuve paciencia. Una vez la hube localizado en esta ciudad, estuve seguro de que no tardaría mucho en solucionar el asunto. Y ahora lo único que puedo hacer es estar aquí sentado y toser echando sangre por la boca y lamentarme de no haber tenido entrañas para llegar hasta el final. Pero déjame decirte una cosa, Kinnett, si volviera a tener oportunidad, no vacilaría, ni un solo instante. Lo haría rápida, suavemente, como si una serpiente me hubiera mordido en la pierna y utilizara una navaja para cortarme la carne envenenada. La carne envenenada, la casa envenenada, la gente envenenada, las víctimas de Clara. Me muero. Maldita sea, y si no fuera por Frobey...

—¿Frobey?

—El hombre con el que peleaste.

—¿Qué pasa con él?

—Por eso estoy aquí. De la manera que estoy.

—¿Él te ha metido esas balas en el cuerpo?

—No. Lo ha hecho la policía. Después de lo que le hiciste a Frobey, quiso cogerte, pero no había manera de encontrarte. Luego se enteró de que yo cuidé de ti aquella noche. Me buscó. Hace solo unas horas de eso.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha dicho que yo sabía dónde se te podía encontrar, y yo he dicho que claro que lo sabía, pero que no iba a decírselo. Él ha dicho que haría que se lo dijera y se ha abalanzado sobre mí. Estábamos cerca de un puesto donde tenían esas botellas de sidra. He cogido una botella y le he golpeado varias veces. He seguido golpeándole incluso con la botella rota, y Frobey estaba muerto con la cara llena de sangre y sidra. Me he levantado y he echado a correr cuando he visto la policía. Me disparaban mientras corría, y he seguido corriendo incluso después de que me hubieran dado. No sé cómo he conseguido llegar hasta aquí arriba.

—¿Y la policía?

—Probablemente están haciendo preguntas en todo el vecindario.

—Pero yo no he visto a nadie. Todo está vacío y tranquilo por aquí.

—Supongo que tienen a muchos hombres en la comisaría —dijo Clard—. Y supongo que los hombres están hablando. Los hombres sabían que Frobey había salido para cogerte y sabían que quería utilizarme a mí como contacto, así que deben de saber quién lo ha hecho. Pero me imagino que no hablan porque, aun cuando estaban perplejos respecto a mí, les gustaba, y a Frobey le odiaban. Si no hubiera matado a Frobey, él me habría matado a mí, y ellos lo saben también, igual que yo. Pero ahora no importa mucho si es una cosa o la otra.

—Quizás si pudiera...

—Quédate aquí, Kinnett. Quédate aquí conmigo y escucha. Esto que llamamos el mal flota en ondas como el sonido, va de una cosa mala a otra, va de Clara a Frobey, de Frobey a otro Frobey y a otra Clara. Esto que llamamos mal es el exceso de sensualidad, el cruzar

un límite, la exageración del deseo. Y para una Clara, para un Frobey, se convierte en la voluntad de destruir. Frobey sentía deseos de destruir con sus manos desnudas. Clara destruye con los ojos y la voz. Clara...

Y ahora Clard empezó a toser otra vez. La sangre le goteaba por la barbilla.

—No debes hablar más —dijo Barry...

—Clara seguirá destruyendo —dijo Clard. Y era como si estuviera recitando un tratado escrito por él mismo sobre el tema—. Clara seguirá destruyendo hasta que la propia Clara sea destruida. ¿Tengo derecho a proclamarlo? Creo que sí. Estoy seguro de ello. Aun cuando soy solo otro ser humano, aun cuando yo mismo he cometido errores. He cometido los pequeños pecados que todos cometemos de vez en cuando, como golpear a la gente cuando estamos borrachos, enfadarnos y odiar a alguien durante un minuto o dos, robar leche de una puerta cuando estás tan hambriento que no puedes ni pensar. Y, con todo, cuando pude trabajar, trabajé. Ayer mismo gané tres honestos dólares cavando en las afueras. Por eso vivía aquí. Tenía muy poco dinero. Soy pobre, soy una ruina, pero no soy malo. No soy malo. Créeme...

—No es necesario que me lo digas. Nunca he dicho que tú fueras malo. Ahora lo que quiero de ti es que dejes de hablar, pues lo único que consigues es debilitarte más...

—¿Debilitarme? No. Soy fuerte ahora. Más fuerte de lo que jamás he sido. Porque ahora sé lo que es el mal. Y porque sé lo que es el mal, sé lo que es la bondad. La simple bondad. Tratar de conseguir un poco de felicidad de esta vida, un poco de amor y alegría y fruición, unas risas, un poco de sabor. Hallar placer cuando puedes hacer que otro esté sano, que sonría, que esté cómodo. No hacer nada para disminuir la salud y la felicidad y el confort. Dios sabe que he hecho todo lo posible por ser de esa manera. Y sé que así es como tú eres. Y la mayoría de nosotros somos así. Quiero creer esto cuando me vaya. Y tú sabes que me voy a ir pronto. Así que escúchame...

—No, Clard. Más tarde. Ahora deberías dormir.

—Escúchame, ¿quieres?

—Pero tienes que...

—Tengo que hablar. Tengo que decírtelo. Hacértelo entender.

Quiero que lo veas tan claro como yo. Tomemos a... tomemos a Frobey. Era un bruto. Era malo. Le había visto romper el brazo a un hombre por el puro placer de oírle gritar. Tarde o temprano algún pobre diablo habría acabado en una tumba. O sea que vamos a echarle un vistazo. Yo peleé con Frobey. Le maté. ¿Tú le llamarías a eso asesinato?

—No.

Los ojos de Clard se abrieron de par en par. Trató de sentarse erguido. Lo consiguió, se mantuvo así un momento.

Y en ese momento dijo:

—¿Te llamarías asesino si mataras a Clara?

Barry estaba inmóvil. Se daba cuenta de su propia respiración y dejó de respirar.

Dejándose caer sobre las almohadas, Clard cerró los ojos. Empezó a toser, le faltaron fuerzas para hacerlo, se ahogó, y de sus labios brotó más sangre.

Ahora Barry respiraba fuerte. Dijo:

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí.

—Dime.

Los ojos de Clard permanecieron cerrados y él dijo:

—Quiero que despaches a Clara.

—¿Así, tal cual?

—Así, tal cual. Te sorprenderá lo fácil que te será perdonarte.

Barry se dijo para sus adentros que Clard estaba delirando.

Y sin embargo parecía no haber delirio en la voz de Clard cuando prosiguió:

—Tengo la mente muy clara ahora. Supongo que eso sucede cuando un tipo está a punto de pasar al otro mundo. Me gustaría que pudieras echar un vistazo a mi cerebro ahora y vieras lo que está ocurriendo allí. Todo el modelo; es tan sencillo y directo como una línea negra sobre un papel blanco. Ninguna consideración de más. Ninguna información secundaria. Solo el modelo, que muestra la limpia y práctica necesidad de una amputación. Cortar el miembro envenenado, separarlo para siempre de la sociedad. Eso es lo que cuenta, solo eso. ¿Por qué dejar que el veneno se extienda? ¿Por qué no destruirlo ahora? Hazlo, Kinnett. Hazlo esta noche.

—Basta —dijo Barry. El sonido que salió de sus labios parecía

pertenecer a otra persona—. Basta ya —dijo—. Me has hecho pensar. No quiero pensar en esa línea.

—Hazlo esta noche...

—¿Por qué no te callas ya?

—Hazlo esta noche. Por mí. Por ti. Por mucha gente. Hazlo, Kinnett...

—No puedes meterme eso en la cabeza, Clard. No puedes. No permitiré que me hagas hacer una cosa así.

—Tienes miedo.

—Claro que tengo miedo. Tú tenías miedo, ¿no?

—Sí. Ahora lamento haber tenido miedo. Es un error. Es lo único que se le puede llamar. No despacharla fue el mayor error que jamás he cometido. Lo único que puedo hacer ahora es utilizarte a ti.

—No conseguirás nada.

—Claro que sí. Estás pensando. Lo tienes en las manos, lo estás sopesando. Estás haciendo juegos de manos con ello. Sabes que es plausible. Ahora ves el modelo, ¿verdad?

—No puedo verme a mí mismo matando a nadie.

—Has matado arañas, ¿no es cierto?

—Oye, Clard...

—¿No es cierto?

Los ojos de Clard ahora estaban abiertos. Estaba mirando fijamente a Barry. Todo él parecía estar muerto ya excepto sus ojos fijos y sus labios, que se movían.

—Has matado arañas —dijo Clard—. Y puedes matarla a ella igual que harías con una araña.

—No puedo escuchar esto.

—No será un crimen. Míralo de esta manera.

—No quiero mirarlo de ninguna manera. Quiero olvidar que has hablado de ello.

—Hazlo, Kinnett. Hazlo esta noche. Regresa allí y haz lo que yo debería haber hecho hace tiempo. Te diré cómo hacerlo...

Clard tuvo que callar porque le afectó lo que Barry estaba haciendo. Barry estaba de pie en el centro de la pequeña habitación, respirando muy fuerte. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos abiertos, enfocados en el techo directamente sobre su cabeza.

Y Barry estaba diciendo:

—¿Qué es esto? Cristo que estás en los cielos, ¿qué me está sucediendo?

—La verdad —dijo Clard—. Estás viendo la verdad. ¿No quieres verla? ¿No quieres saberla?

—¿Estás seguro de que tú la sabes?

—Sí —dijo Clard—. La sé. He descubierto su raíz cuando he mirado la cara de Frobey y he visto que estaba muerto. En la cara de Frobey he visto la muerte, sus ojos desorbitados, la boca tan abierta que parecía que su cara iba a partirse. Por un segundo le he mirado antes de largarme, y en ese segundo, cuando he visto la muerte, he visto la verdad y he sabido que no había matado a un ser humano. Había eliminado a algo malo y contaminante. Es lo único que sabía. Es lo único que sé ahora. Sé que si vas allí esta noche y acabas con Clara, vas a acabar con la enfermedad que hay en aquella casa.

—Pero Clard, escúchame. No se pueden hacer esas cosas. No se puede. No es...

—¿No es qué?

—Es...

—¿No está bien? ¿Eso quieres que crea? ¿No es legal? ¿Es lo que quieres decir? Déjame que te diga una cosa. ¿No crees que hay algo que se llama homicidio justificable?

—Nunca he pensado en ello.

—Piénsalo. Mira, muchacho. Estás vivo. Eres joven y hay vida en ti, y vas a vivir muchos años. Pero yo estoy acabado, voy a despedirme de un momento a otro. Tienes que escucharme y tratar de entender lo que deseo hacerte comprender. No hay ninguna ley escrita que te permita ir allí y matar a esta mujer. Pero hay una ley que significa más que todo lo que está escrito sobre papel. Es la ley de la rectitud. Míralo como quieras. Dice que ella no merece vivir, dice que ella es un demonio. Dice que esa gente a quien ella va a destruir no merece ser pisoteada y aplastada. Y si...

—Quitaría una vida —dijo Barry para sí en voz alta—. ¿Quién soy yo para quitar una vida?

—Eres una de sus víctimas.

Barry miró a Clard.

—Lo eres —dijo—. Eres una de sus víctimas. Ella te ha robado, Kinnett. Te ha despojado de las sustancias más preciosas que hay en

la vida de un hombre: el amor verdadero por una mujer y el amor de la mujer que responde y es feliz con ese amor.

—¿Debo matarla por eso?

—¿No quieres hacerlo?

—Clard, no me hagas contestar a esa pregunta ahora. Estoy aturdido.

—Está bien, no quieres matarla por eso. Entonces máatala por las otras cosas. Máatala porque ella es una asesina, y de acuerdo con la ley merece morir.

—Yo no soy la ley.

—Lo eres. En este caso tienes derecho. Ella ha matado a alguien, ¿no? Es mala. Tiene que ser eliminada. Tú lo eres, Kinnett. Tú eres la ley ahora. Ve allí. Hazlo. Te ruego que lo hagas...

—No estás rogando —dijo Barry—. Estás intentando convencerme de que lo haga. Solo porque tú la odias.

—Eso es. Ya no la odio. Estoy más allá del odio. No hay nada parecido al odio en el modelo. Está frío. Como el hielo. Y es claro como el hielo. Y exacto. Y está envuelto desde la base hasta la cúspide con verdad y lógica. Ella tiene que morir. Yo quiero hacerlo. Pero no puedo. Estoy muriendo. Tú estás aquí conmigo. Eres el único con el que puedo hablar. Y lo único que puedo hacer es suplicarte que vayas allí y la destruyas, igual que yo he destruido al terrible Frobey.

—Claro —dijo Barry, sin mirar a Clard—. Tú puedes decir estas cosas. Tú puedes decirme lo que tengo que hacer. ¿Qué vas a perder?

—¿Estás pensando en lo que tú vas a perder?

—No sé lo que estoy pensando.

—Te diré lo que no estás pensando. No estás pensando en el peligro. No estás pensando en las consecuencias si te atrapan. No piensas en lo que pasarán tus padres, no piensas en nada de eso. Lo que estás haciendo es intentar decir si tienes derecho a quitar la vida a esa mujer. Y yo te digo que sí tienes ese derecho. Lo tienes. Créeme, Kinnett, lo tienes.

Barry dijo:

—Asesinato.

—No —dijo Clard—. Asesinato no. En tu corazón no sentirás que es un asesinato.

Barry se acercó a Clard, diciendo en un susurro:

—¿Qué importa lo que yo sienta en mi corazón? La mataré, ¿no?

—Matarás una infección.

—Estás arrojando palabras a un lado y a otro, pero todo se reduce a lo mismo. La mataré. Seré un asesino. Déjame decirlo otra vez y déjame oír cómo suena. Asesino. Asesino. Ese soy yo, no otro. No un hombre que leo en el periódico. No alguien a diez o a veinte o a mil kilómetros, sino yo. No puedo. ¿No lo ves? No puedo siquiera pensar en ello y creer que sería real.

—Real —Clard hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Y honesto. Decente. Noble y elegante y correcto, porque en tu corazón no sentirás que es un asesinato. No sentirás el crimen en tu mente. Estarás limpiando aquella casa, la estarás endulzando.

—No, no puedo. No puedo hacerlo.

—Lo harás.

—Quiero hacerlo.

—Claro que quieres hacerlo. Y lo harás.

—¿Lo haré? —Barry estaba profundizando en sí mismo, pidiéndose que respondiera aquello, pidiendo a Clard que lo respondiera por él porque él no podía responder.

—Esta noche —dijo Barry.

—Sí —dijo Clard—. Lo harás. Esta noche.

Clard asintió. Clard sonrió.

Y entonces, levantándose de la almohada, Clard intentó llevar una idea del cerebro a sus labios. Tenía los ojos brillantes y salidos. Tenía la boca abierta pero no pudo emitir ningún sonido.

Luego empezó a toser. Se llevó las manos temblorosas a la boca, intentando detener la sangre, intentando arrancarse las palabras de los labios.

Las palabras salieron, luchando entre la sangre y la tos.

—... Era su esposo. Él lo era. Él era su esposo porque yo me divorcié de ella y él era realmente su esposo, el hombre al que ella asesinó; yo me divorcié de ella por haberme abandonado y él era realmente su esposo, ese George Ervin; yo le seguí un día, le seguí, le seguí al trabajo y le esperé fuera. Cuando salió y entró en la tienda donde le vi, donde vi su cara, su cara torturada no podía sonreír; me alejé y supe, te lo digo, lo supe todo por su cara, todo...

Un gorgoteo interrumpió las palabras. Clard cerró los ojos. Podía

hacer eso, nada más. Sus brazos cedieron, la cabeza le cayó atrás, le llegó a la almohada y pareció flotar cuando él murió.

Barry se acercó a la ventana.

17

LAS LENTEJUELAS BRILLABAN sobre el vestido verde pálido. Anoche había sido terciopelo gris-violeta, con un collar de amatista y guantes púrpura, suaves y largos hasta el codo. Y anteanoche el elegante vestido gris oscuro era correcto para la exposición de nuevas acuarelas en la galería de arte de Walnut Street. El traje elegante, los modales educados, la voz modulada en el tono correcto, y Evelyn sabía que la estaban aceptando. Eso era más importante que saber que los jóvenes la admiraban. Todos eran agradables de conocer, y era magnífico asistir a estas fiestas y reuniones. Encontraba fácil sonreír a esta gente joven rica y de buena posición. Y cuando veía que ellos le sonreían a su vez, era agradable ver que lo hacían sinceramente. Les gustaba de verdad. Querían que ella estuviera allí.

Vino con tanta facilidad, la etiqueta y las formas y el saber estar. Nunca se había preocupado por ello y no necesitaba ensayar las cosas mentalmente antes de la actuación real. Al levantar un vaso, no lo miraba. Al sentarse, no dejaba de hablar. Flotaba en esta atmósfera de elegancia como una corriente de agua flota en un lago. Y el hecho de que nunca se la alabara por esto, el hecho de que no hubiera comentarios de ninguna clase al hacer su entrada en este escenario, hacía que su logro fuera aún más satisfactorio.

Las invitaciones y las llamadas telefónicas se sucedían en deliciosa progresión. La conversación era una mezcla de buen gusto, de chismes en voz baja, comentarios sobre el vestido de esta y la habilidad de aquella en el tenis y los intentos más bien lastimosos

de aquella otra de hacer escultura. Todos parecían creer que Evelyn estaba extremadamente bien cualificada para hacer crítica, pues en este tiempo comparativamente corto había mostrado un considerable talento en las clases de arte, y sus conocimientos del color y las líneas eran evidentes en su propio atuendo. Jugaba bastante bien a tenis. Su rumba era algo bonito de ver, y con unas cuantas ocasiones de montar estaba mostrándose como una experta manejando un caballo. Con unas pocas citas, extremadamente hábil manejando a los hombres. Sabía cuándo tirar de las riendas y aplicar la espuela, lo sabía por instinto, al parecer, y su presión no era demasiado suave ni demasiado severa. Ocurría lo mismo con su manera de tratar a las chicas. En el *bridge* y el almuerzo y el té, formaba parte completamente del grupo y sus opiniones eran buscadas y respetadas; sin embargo, nunca consentía en aceptar más que una cantidad razonable de atención.

Evelyn disfrutaba con esto, con todo esto. Disfrutaba con la velada en sí misma, anticipando la siguiente velada, el siguiente día en la clase de arte, la reunión a mediodía para discutir el gran baile de caridad del mes próximo. Disfrutaba con su cita con el joven alto que había sido primer remero de Princeton, que decía que ella era fascinadoramente distinta y la cosa más extraordinaria que había visto en años. Disfrutaba yendo a bailar un sábado por la noche con el activo joven que estaba subiendo rápidamente en seguros y tenía un sorprendente sentido del humor. Y el joven médico que decía que su cabello olía como Vermont en octubre. Y el arquitecto de treinta años que la imaginaba siempre en un templo de Atenas. Y todos ellos, su risa ligera, su galantería, en parte banal, pero no obstante agradable. Estas ganas de verla de nuevo; sí, por favor, y ¿cuándo estaría libre ella? ¿Y podría ser pronto? ¿Y se daba cuenta de que había sido una de esas noches que no suceden muy a menudo, y él se alegraba tan sinceramente de haberla conocido, estaba tan desesperadamente ansioso por conocerla mejor, y tenían tiempo de fumarse otro cigarrillo antes de despedirse?

Brillantes y elegantes y limpios, todos estos jóvenes. Fascinantes, algunos de ellos. Divertidos, algunos de ellos. Torpes, atractivamente torpes, algunos de ellos. Y algunos de ellos con pipas y algunos de ellos con dientes grandes y algunos de ellos con caras perfectamente delineadas. Y todos ellos una suma total de

caballerosidad y bondad, tan fáciles de gustar. Ella sentía tanto afecto por ellos, por toda esa multitud. Se sentía muy satisfecha con todo lo que estaba ocurriendo estos días, y se asombraba cuando a veces subía la escalera después de dar las buenas noches y se sentía invadida de repente por una sensación de falsedad, una sensación de que no era Evelyn, era otra persona. Solo por unos momentos, hasta que podía apartarla de sí.

Las lentejuelas se movieron sobre el verde pálido del vestido cuando Evelyn bajó del coche. Luego, a los pies de la escalera de piedra, él se despidió. Y de repente se echó a reír y se disculpó por no haberla felicitado.

Evelyn quiso saber por qué tenía que felicitarla.

Él dijo que había hablado con Leonard aquella tarde. Y a Leonard se le había escapado. Leonard iba a casarse con Clara Ervin.

Evelyn subió corriendo la escalinata. Los escalones parecían ser jalea. El joven estaba diciendo algo y ella pudo oírlo, pero no supo de qué se trataba. La voz del joven se desvaneció, se mezcló con la oscura jalea que formaba todo lo que rodeaba a Evelyn.

Luego todo pareció convertirse en fuego sin llamas visibles cuando Evelyn entró precipitadamente en la casa oscura. Corrió hacia la escalera.

Algo la detuvo y no supo qué era. Intentó no hacerle caso pero la bloqueó, como si fuera algo tangible como una pared de cemento que de repente apareciera ante los ojos. Ella parpadeó y volvió a parpadear, y de pronto se dio cuenta de que realmente estaba mirando algo.

Se desvió. Se llevó las manos a la garganta. Las manos pasaron de la garganta a la boca y Evelyn ahogó un grito.

Frente a ella, acercándose a ella, había una cosa blanca en la oscuridad. Se acercaba lentamente. Parecía flotar, era delgada, era ágil.

Evelyn meneó la cabeza. Parpadeó unas cuantas veces, pero la figura blanca seguía frente a su vista. Cerró los ojos, mantuvo los ojos cerrados durante lo que parecieron muchos minutos. Cuando los abrió, vio la cosa blanca otra vez, pero ahora se había dado la vuelta y se alejaba de ella. Parecía estar suspendida en la oscuridad.

Evelyn quiso moverse, quiso seguir a la forma blanca, pero

descubrió que sus piernas no se movían. Había un misterioso confort en permanecer quieta y mirando fijamente la vacía negrura y sabiendo que la extraña cosa blanca se había marchado. Evelyn se dijo que probablemente era el reflejo de los faros de un automóvil del callejón, la luz que rebotaba en las ventanas y daba en las paredes, y que rebotaba de las paredes y adquiría forma, de manera que parecía una cosa blanca en movimiento.

Siguió diciéndose esto hasta que lo tuvo arraigado en la mente. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, accediendo a esta teoría. El reflejo de los faros de un automóvil, eso era. No podía ser nada más. Además, ella se encontraba ahora bajo el efecto de una gran impresión, y cualquier cosa que viera le parecería mucho más grande, y dio las gracias porque le era posible entenderlo.

Evelyn se apresuró a subir la escalera. Cuando cruzaba el pasillo, dirigiéndose hacia su habitación, oyó el ruido de una luz que se encendía en el dormitorio principal. Entonces la puerta del dormitorio se abrió, y Clara salió al pasillo. Evelyn no se giró. Entró en su habitación y cerró la puerta. Oyó ruido de pasos fuertes y firmes por el pasillo.

La puerta se abrió y Clara entró en la habitación. Llevaba una bata de satén rosa.

Evelyn se dio media vuelta.

Clara dijo:

—Date la vuelta. Mírame.

Apartándose de la bata de satén rosa, Evelyn dijo:

—¿Qué más quieres que haga?

La voz de Evelyn sonó débil como si hubiera sido retorcida y enrollada, y retorcida otra vez y aplanada con un martillo.

Clara dijo:

—Imagino que ha sido una sorpresa. Leonard debería habértelo dicho.

—Tú deberías habérmelo dicho.

—No lo he sabido hasta casi el último minuto. Me lo propuso hace muchos días, pero yo me negué, a pesar de que estaba segura de mis profundos sentimientos por él. Esta noche, sin embargo, ha insistido mucho. Ha implorado. He tenido que aceptar.

—¿Por qué?

—¿Por qué una mujer acepta a un hombre?

—Cuando yo era una niña estúpida, pensaba que solo podía existir una razón.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que antes yo era una niña estúpida.

Clara se puso las gordas palmas en las caderas y se inclinó ligeramente hacia adelante, mientras Evelyn se daba la vuelta y la miraba a la cara. Clara dijo:

—Todavía eres una niña estúpida. Estás sacando conclusiones que no tienen absolutamente ningún fundamento. Estás atónita, eso es comprensible. Pero también estás decepcionada y eres incapaz de ocultarlo, incapaz de aceptarlo con elegancia. Y lo desapruebas. Por supuesto que no voy a tolerar más insinuaciones.

—Yo quería a Leonard. Tú le apartaste de mí.

—Es ridículo. Él mismo eligió.

—No te creo.

—Lo que tú creas o no creas no es importante. Y por tu propio bien te sugiero que adoptes una actitud razonable hacia este asunto.

—Planeaste quitarme a Leonard. Yo podía haber sido la mujer que él quería. Tú me apartaste de eso. Modelaste mi aspecto, mis vestidos y mi manera de actuar para servir a tus propósitos. No subestimes mi inteligencia. Sé más de lo que piensas.

Clara dio un paso al frente.

—¿Acerca de qué?

—De mí —dijo Evelyn—. Y de ti.

Clara se cruzó de brazos. Inclino la cabeza, mirando a Evelyn como si esta estuviera en una exposición. Y Clara dijo:

—Estos interludios de sensatez y agresividad mezcladas parecen sobrevenirte periódicamente, y sin duda en momentos inoportunos. Métete esto en la cabeza. No tienes ninguna queja justificable de mí. He sido buena contigo, he sido considerada. Me he tomado muchas molestias para que tú...

—No me engañas. Sé que todo formaba parte de un plan.

Clara dio otro paso al frente. Entrecerró los ojos y dijo:

—Obviamente, has olvidado lo que ocurrió la última vez que adoptaste esta actitud.

—No tengo miedo —dijo Evelyn, y se dijo a sí misma que no debía retroceder. Dio un paso atrás. Se dijo que no debía tener miedo. Dijo:

—No te tengo miedo.

—Eso significa que necesitas más tratamiento. Sigues siendo una niñita obstinada, a pesar del aspecto externo. A pesar del elegante peinado y los polvos y pintalabios aplicados delicadamente. A pesar de la creación única de verde pálido y lentejuelas. Engañas a los demás, por supuesto, pero a mí no me escondes nada. Sigues siendo la niñita ignorante que tropieza, ignorante e insignificante y que causa problemas. Parece que es necesario tomar medidas correctivas.

—No te tengo miedo —dijo Evelyn. Reculó. Se suplicó a sí misma no tener miedo. En este momento lo vio claro. Ahora tenía la oportunidad de escapar. Pero para llevar a cabo su huida se necesitaba un profundo y arraigado valor. Y ella se estaba suplicando en sus adentros que no tuviera miedo, que se mantuviera firme, y estaba reculando, suplicándose que no temblara, y estaba temblando. Miró los gordos brazos de Clara, las gordas manos de Clara. Miró a Clara a los ojos, la boca de Clara. Estaba reculando. Se estaba suplicando a sí misma que no tuviera miedo.

Clara se frotó las palmas de las manos despacio y dijo:

—Ven aquí.

—No conseguirás que haga nada.

—¿Ah, no?

—No te tengo miedo —repitió Evelyn—. Nunca te he tenido miedo. Me tenía miedo a mí misma. Sé lo que sé. Sé lo que eres. Y yo no soy lo que tú eres. No lo soy. No puedes hacérmelo creer...

—Ven aquí.

—... y no me lo harás creer. No vas a dirigirme y no vas a hacer de mí lo que tú eres. Casi lo conseguiste, pero no lo has logrado, porque ahora entiendo lo que está pasando. Si pudiera tener a Leonard ahora, no le querría, lo sé. Me doy perfecta cuenta. Cuando pensaba que quería a Leonard, era porque estaba bajo tu influencia. Tú le quisiste para ti desde el primer momento en que le pusiste los ojos encima, y decidiste conseguirle a través de mí...

—He dicho que vengas aquí.

—Una vez estaba en una colina verde. Me miré a mí misma. Me vi. Estoy otra vez en aquella colina verde, y no vas a sacarme de allí a rastras, no vas a pellizcarme. Nunca más volveré a doblegarme ante ti. No te tengo miedo. ¿Lo oyes? No te tengo miedo.

—Basta ya. Es más que suficiente. Ven aquí...

—Ya no me controlas. No puedes hacer que haga lo que yo no quiero hacer. Tienes el dinero de mi padre. Tienes la casa de mi padre. Su dinero y su casa y todo lo que él poseía... excepto a mí. A mí no me tienes.

—¿Estás segura de eso? Recuerda una cosa. Todavía no has alcanzado la edad...

—Me iré de esta casa —dijo Evelyn—. Huiré de ti y de todo lo que representas. Pero no habré acabado contigo. Sé que me has engañado. Ahora no tengo nada salvo las cosas que sé.

—¿Como qué?

—El dinero no es tuyo. No te corresponde. La casa no es tuya, es mía. Y no habré acabado contigo hasta que encuentre la manera de demostrarlo. Sé que mi padre querría que lo hiciera. Y voy a hacerlo. Lo prometo...

Clara saltó sobre Evelyn, la cogió por el pelo y le hizo bajar la cabeza y le dio un puñetazo en la cara.

Clara levantó el puño otra vez y lo bajó de nuevo, y Evelyn gritó y trató de soltarse. Le sangraba la boca. Agitando los brazos mientras trataba de soltarse, Evelyn dio un golpe a Clara en el pecho.

—Asquerosa perra —murmuró Clara. Con ambas manos tiró con fuerza del cabello de Evelyn y le hizo bajar la cabeza. Luego levantó la rodilla con fuerza y rapidez y le golpeó en el estómago. La muchacha lanzó un gemido, se dobló e intentó cogerse el estómago. Clara le retorció el cabello, le echó la cabeza hacia atrás y la golpeó otra vez. Y luego abrió su gruesa mano, la echó hacia atrás y, con todas sus fuerzas, bajó el brazo, y la mano abierta cayó con un chasquido sobre la cara de Evelyn. Y el dorso de la mano golpeó con fuerza la otra mejilla. Repetidamente pegó a Evelyn, impidiendo la misma fuerza de los golpes que Evelyn cayera.

Evelyn trataba de gritar pero no podía coger aliento. Y ahora Clara arrojó los brazos en torno a la cintura de Evelyn y apretó con toda su fuerza, sabiendo que esta pugnaba por respirar. Y Clara se rio. Otra vez Evelyn agitó los brazos salvajemente, y con las uñas arañó la carne de Clara en la garganta.

Juntas cayeron al suelo; Clara rápidamente se puso a horcajadas sobre la muchacha, golpeándola en la cara con las manos abiertas.

Evelyn se retorció e intentaba protegerse el rostro. Clara se reía y le apartaba los brazos. Clara cerró una mano y descargó el puño sobre el costado de la cabeza de Evelyn, y luego reanudó las bofetadas. La chica se incorporó, con los ojos cerrados, la boca abierta de par en par, pugnando por respirar, y otra vez empezó a mover los brazos y las uñas encontraron el satén rosa. Sus uñas desgarraron el satén rosa y arañaron la carne.

Y Clara aulló cuando apareció la sangre. Se arrojó sobre la muchacha y dijo:

—Acabaré contigo...

Mordió a Evelyn en la garganta.

Cuando los dientes tocaron su carne, Evelyn se retorció con fuerza, se apartó rodando y se levantó, alejándose de Clara. Cuando iba hacia atrás, tropezó y cayó pesadamente, y otra vez Clara se abalanzó sobre ella, utilizando los puños. Ahora el dolor era intenso y la debilidad se había apoderado de la muchacha. Con el lastimoso frenesí de un animalito se retorció, agitó su cuerpo, dio patadas y golpes, de modo que Clara cayó fuera de su alcance. Vio a Clara apartándose de ella, vio a Clara cayendo de costado, vio que una lámpara se volcaba, vio a Clara levantarse y caerse de nuevo.

—Te cogeré —dijo Clara, levantándose despacio—. Acabaré contigo esta vez...

Al ponerse de pie, Clara hizo caer una silla. Se agarró a ella, se puso de pie y levantó la silla por encima de la cabeza. La arrojó a Evelyn.

La muchacha se apartó, se agachó mientras se apartaba y oyó que la silla pasaba de largo y se estrellaba contra la pared. Se dio la vuelta ahora y de un salto se acercó a la puerta. Sentía pesadez en las piernas y esta pesadez colgaba de una esfera de ardiente dolor que le llenaba la cintura. Jadeó y cayó de rodillas. Sus sollozos se hicieron más largos y desgarrados. Se arrastró hacia la puerta.

Contemplándola con placer, Clara sonrió al ver que el avance de Evelyn se hacía más lento. Se dirigió hacia ella, la cogió, la levantó del suelo, y luego la llevó a la cama.

—Solo hay una manera —dijo Clara—. Solo hay una manera de que entiendas que me perteneces.

Clara alargó el brazo y arrancó la ropa del cuerpo de Evelyn.

Desnuda y temblorosa sobre la cama, Evelyn gemía. Tenía los

ojos cerrados y las manos apretadas sobre el estómago. Se dio cuenta de la quietud que reinaba en la habitación; había algo temible en el silencio y abrió los ojos. Vio a Clara de pie al lado de la cama, examinando la habitación. Le vio apartarse de la cama. Sus ojos siguieron a Clara. Sus ojos estaban con Clara, cruzando la habitación hasta un armario ropero.

Evelyn intentó moverse y el dolor la detuvo. Se abrió paso a través del dolor, y la debilidad la detuvo. Entonces vio a Clara acercarse a ella otra vez y ahora Clara llevaba en la mano un grueso colgador de madera.

Acercándose lentamente a la cama, sosteniendo con las dos manos el grueso palo por los dos extremos, Clara dijo:

—Voy a romperte el alma si tengo que romperte todos los huesos del cuerpo.

—Por favor, no lo hagas, no...

—Suplícamelo.

—No...

—Suplícamelo —dijo Clara. Levantó el colgador de abrigo.

—Por favor, no...

—¿Estás dispuesta a escucharme?

—Estoy sola... no puedo hacer...

—No estás sola. Yo estoy contigo. Yo te protegeré.

—¿Tú?

—Sí. Yo. Yo me ocuparé de ti. Porque me perteneces. Eso es lo que tienes que comprender. Me perteneces ahora. ¿Ves lo que ha ocurrido? Has intentado enfrentar tu teoría de la vida con la mía. Y has fracasado porque no tenías nada con lo que trabajar.

—Me duele...

—Escúchame. Lo que pensabas que era tu teoría, tu sentimiento, no era realmente tuyo. Si lo hubiera sido, si hubiera existido alguna base real para ello, habrías encontrado la fuerza física necesaria para vencerme. Al menos para salir de esta habitación. ¿Entiendes esto?

—Este dolor...

—Respóndeme.

—Sí.

—Muy bien. Empezaremos desde aquí. A partir de ahora, Evelyn, tú y yo caminaremos juntas, completamente juntas. Vivirás

como yo viva. Harás lo que lo haga y pensarás como yo piense. Porque eso es lo que realmente quieres hacer. Admítelo. Y no es necesario que me lo admitas a mí. Solo admítelo ante ti misma.

Por un instante Evelyn se embraveció e intentó aflorar por encima de la sumisión, y buscó la fuerza necesaria para resistir, para romper las cadenas. El instante se rompió y se hizo añicos, mientras miraba fijamente a Clara y veía en ella algo en lo que apoyarse. Eso fue todo lo que vio y lo único que supo.

Y se echó a llorar.

Clara se sentó en la cama y la muchacha se acurrucó junto al calor de su cuerpo. Y las manos de Clara sobre la carne de la muchacha eran suaves y tranquilizadoras. La muchacha se apoyó en Clara. Y Clara sonrió.

—No te vayas —dijo Evelyn.

—Nunca. Siempre estaré contigo. Escúchame, escucha atentamente. Tú y yo vamos a olvidar este desagradable incidente. A partir de esta noche, serás una hija respetuosa y dócil y no solo eso, sino que me considerarás tu amiga más íntima. Te aconsejaré en todo. Procuraré que todos tus deseos sean satisfechos. No me ocultarás nada y harás exactamente lo que yo diga y sacarás provecho de ello. Sacarás un provecho enorme. ¿Está comprendido?

—Sí.

—Y otra cosa —dijo Clara. Estaba despeinada, ensangrentada, pero calmada. Hizo una pausa, construyendo las frases con cuidado, despejando su mente de todos los demás elementos para poder efectuar la declaración que era necesaria en este punto. Cuando las frases estuvieron ordenadas, cuando estuvo segura de ellas, dijo—: Yo amaba a tu padre. Le amaba profundamente. Él era un hombre extremadamente bueno. Honorable y noble. Y sin embargo, estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo en que tenía sus defectos, como todos. Le faltaba el enfoque práctico de estos incontables problemas que encontramos en la vida. Pensaba demasiado en términos abstractos. No podemos hacer eso en estos tiempos, Evelyn. Vivimos en un mundo extremadamente material. Si queremos sobrevivir, si queremos conseguir lo que deseamos, tenemos que pensar en un sentido material. Tenemos que concentrarnos en lo que podemos coger con las manos. Lo que podemos tocar y sostener. Lo que podemos oler y probar...

—¿De verdad amabas a mi padre?

—Le amaba, Evelyn, le amaba. Y siempre amaré su recuerdo. Lamento no haberle dicho nunca lo que te estoy diciendo ahora. Le habría beneficiado tanto. Igual que sé que te beneficiará a ti. Espero que lo comprendas, querida, y nunca lo olvides. Posees solo lo que puedes sostener con las dos manos. Lo que puedes sostener tanto tiempo como desees, lo que puedes meterte en la boca, lo que puedes apretar cerca de tu cuerpo desnudo, lo que puedes hacer con ello lo que gustes. Eso es posesión. Solo eso. Mírame. ¿Sabes lo que he dicho? ¿Está claro para ti?

Evelyn levantó la vista y asintió. Ya no lloraba. Su rostro estaba inexpresivo.

Abrazando a la muchacha suave pero posesivamente, Clara dijo:

—Sonríeme.

Evelyn sonrió.

18

BARRY APOYÓ LAS MANOS en la columna de ladrillo gris que llegaba hasta el tejado de la casa de los Ervin. Llevaba el cuchillo del pan en el bolsillo de la chaqueta. Se decía para sus adentros que ella le había pedido a Clard que utilizara un cuchillo contra ella y esa era una razón. Otra razón era que un cuchillo era silencioso. También estaban la rapidez y la precisión de un cuchillo, y este cuchillo estaba muy afilado. Era un buen cuchillo.

Entre los dientes de Barry había hielo invisible y su lengua tropezó con este, y le pareció que la lengua se le congelaba. Era como si hubiera tragado litros de agua fría, y un poco de ella se le hubiera quedado en la boca y se estuviera congelando allí. El resto era una torre de hielo que empezaba en lo más hondo de su estómago y terminaba en su garganta.

Se encontraba ya en el tejado.

Se arrastró hacia la ventana.

Una luz se reflejó en la hoja del cuchillo y le salpicó en los ojos. Se preguntó de dónde procedía esa luz. Volvió la cabeza y vio el farol de la calle a media manzana, la luz blancoamarilla que se difundía llegando hasta las ventanas de las casas adosadas y rebotaba, atravesando la negra noche. Y la noche ahora era tan negra como había sido hacía poco más de una hora, cuando se había marchado del almacén de los muelles.

Acercándose a la ventana del centro, Barry se sacó el cuchillo del bolsillo. La ventana estaba medio abierta, permitiendo la entrada del fresco aire primaveral. Barry llegó a la ventana, la tocó

y la levantó unos centímetros.

Penetró en la habitación.

La oscuridad y la quietud se apoderaron de él y fue incapaz de moverse. Era incapaz de percibir el contorno de una silla, de la puerta y de la cama. Luego se dio cuenta de que se oía un sonido en la habitación. Era el sonido de una respiración lenta y pesada. Y miró hacia la cama.

Ella descansaba de espaldas. Tenía la cara vuelta ligeramente hacia un lado. La luz de la calle entraba por la ventana, rebotaba en el espejo de la pared y le salpicaba la cara y el pelo. Y su pelo era naranja oscuro, como si ardiera.

Y estaba sonriendo.

Barry avanzó hacia la cama.

La miró a los ojos, y, aunque los tenía cerrados, parecía estar mirándole.

Barry miró el cuchillo.

Y ahora estaba de pie al lado de la cama, apartando la mirada del cuchillo y sin mirar nada, sin pensar en nada. Permaneció de ese modo durante varios minutos. Poco a poco, una serie de pensamientos discordantes empezó a moverse en su mente, quedó bloqueada y se retiró, sitiada en su mente. Cuando se deshizo de ella, se preguntó qué estaba haciendo en aquella habitación, con un cuchillo en la mano, de pie al lado de la cama de esta mujer.

Siguió preguntándose qué estaba haciendo allí, qué pretendía, y luego se respondió a sí mismo. Y la respuesta acudió a él con claridad cuando levantó la cabeza y miró el rostro de Clara, los labios sonrientes, la barbilla alta, la garganta expuesta.

Miraba fijamente la garganta de Clara.

Se inclinó hacia ella y levantó el cuchillo.

Se preguntó por qué no estaba temblando, aun cuando se decía que no podía hacer esto, que no podía quitar la vida de otro ser humano. No sentía odio, ninguna inclinación a matar. Quería apartarse de ella, correr y seguir corriendo, llegar lo más lejos que pudiera, sin cuchillo en las manos, sin nada en su mente más que el frío alivio de saber que se estaba alejando de la tentación, que se estaba separando del temor que la situación producía. Se decía a sí mismo que escapara, que se apresurara y huyera. Nadie tangible le retenía aquí. Ninguna cuerda le ataba a esta habitación; podía salir

corriendo si quería y lo quería... y debería irse ahora. Su mente le decía a su cuerpo que escapara, que se marchara rápido. Pero su cuerpo no se movía.

El cuchillo bajó lentamente. La hoja era algo vivo mientras avanzaba hacia la garganta de Clara. Parecía moverse con energía y voluntad propias. Barry intentó tirar el cuchillo hacia atrás, pero este siguió adelante y se precipitó hacia adelante. Intentó retenerlo pero no tenía control sobre él y jadeó cuando vio la hoja dirigirse hacia la garganta de Clara. Contempló la reluciente hoja cuando se acercó a su garganta. Se estremeció entonces, y requirió toda la voluntad que poseía, la sintió estallar en su interior. Y dio un paso atrás.

Miró hacia abajo. Y el cuchillo estaba en su mano. Siguió retrocediendo hasta que estuvo apoyado en el alféizar de la ventana, mirando hacia la cama. Luego miró a Clara. Ella parecía dormir tras una cortina de neblina. La sonrisa seguía en sus labios, sus ojos cerrados seguían mirándole.

Temblando mientras se daba la vuelta, Barry salió por la ventana y se dirigió hacia el borde del tejado. Seguía temblando cuando descendió la columna de ladrillo gris, y parecía como si la neblina que había rodeado a Clara mientras dormía le rodeara a él ahora.

Estaba ante la puerta de su propia casa, y al abrir la puerta se miró las manos. Algo les pasaba a sus manos.

Tenía sangre en sus manos. Y no tenía el cuchillo.

Oyó golpes en la ventanilla de la puerta del sótano. Agnes saltó de la cama antes de estar completamente despierta. Se movió con rapidez por el sótano oscuro y miró por la ventanilla y vio la cara de Barry. Se quedó allí mirándole, preguntándose qué le ocurría.

Él le hizo una seña, y ella le indicó que esperara. Volvió atrás, sintiendo que una enorme preocupación crecía en su interior. Se puso una bata y zapatillas, regresó a la puerta, salió al callejón y vio a Barry que se alejaba. Y Agnes se dirigió hacia él mientras él retrocedía.

Barry tenía las manos abiertas, las palmas hacia arriba, y se las miraba. Y Agnes le miró las manos cuando estuvo a su lado, y le

preguntó:

—¿Qué has hecho?

—La he matado.

—Bien.

—Pero es que la he matado. ¿Lo entiende? Digo que la he matado.

—Yo digo: bien.

—¿Esperaba que yo la matara?

—Alguien tenía que hacerlo.

—Pero yo no quería.

—Claro que no querías, pero lo has hecho de todos modos. Y está bien. Ahora la casa es pura. La casa está bien otra vez. Y yo estoy empezando a sentirme viva. Porque ella está muerta.

—No puede ser. No puedo haberla matado. No puedo creer que realmente lo haya hecho. No sé lo que voy a hacer. Tengo miedo. Quiero irme. No sé adónde ir. No sé qué hacer.

—¿Qué has utilizado?

—Un cuchillo.

—¿Dónde está? —preguntó Agnes.

—No lo sé.

—Se lo has clavado a ella. Todavía está en ella.

—Yo no quería hacerlo. No recuerdo habérselo clavado. Eso es lo que no entiendo. No puedo recordar...

—Pero la has matado. Eso es lo que hay que recordar. Ahora ella está muerta y tú has hecho lo que yo quería hacer.

—Usted lo quería, yo lo he hecho. La he asesinado.

—No lo llames asesinato. No lo ha sido. Era algo que tenía que hacerse y tú lo has hecho. Has tenido valor para hacerlo.

—Valor no.

—He dicho valor. El valor que a mí me faltaba. Porque tenía miedo de lo mismo que tú temes ahora... esto que tú llamas asesinato. Y te digo que no ha sido asesinato. ¡Oh!, cuántas veces he querido matar a esa mujer. Cuántas veces he subido del sótano, sin saber apenas lo que hacía, medio dormida, caminando por esa casa...

Agnes tenía el brazo estirado y señalaba las paredes de la casa de los Ervin.

—... esa casa enferma, envenenada. Cuánto he deseado curarla.

Y mientras subía del sótano, mientras me encaminaba a la escalera, los pensamientos corrían por mi mente. El miedo. Pensar que sería asesinato. Ahora sé que esto no es asesinato. No puede serlo. Mírame, Barry. Deja que te diga: estaba escrito que Clara moriría esta noche.

—Lo único que sé es que la he matado yo.

—Porque se suponía que iba a hacerlo yo y he fallado.

—¿Esta noche?

—Esta misma noche —dijo Agnes—. He subido del sótano, igual que he hecho otras noches. He atravesado la casa. Sabía lo que quería hacer, aunque no tenía ningún plan establecido. Solo sé...

Agnes levantó las manos. Sus dedos eran garras largas y blancas. Mostró las uñas a Barry y dijo:

—Habría utilizado esto.

—Pero tenía usted miedo.

—Esta noche no. Esta noche no había miedo.

—Entonces, ¿qué se lo ha impedido?

Agnes sonrió. Dijo:

—No importa.

—Claro que sí. Dígamelo.

—Evelyn ha entrado en casa. Creo que me ha visto. No sé lo que estaba pasando en su mente, pero de todos modos no ha dicho nada. Me he ido rápidamente y me he escondido en el comedor. Cuando la he oído subir, he regresado al sótano. Iba a esperar y después subir otra vez, pero para entonces ya no me quedaban fuerzas y me he quedado dormida.

—Pero usted no la ha matado —dijo Barry—. Yo sí.

—Los dos lo hemos hecho. Porque los dos queríamos hacerlo. Yo lo he hecho contigo. Intenta pensar de esta manera.

—No puedo pensar. Tengo que huir de aquí...

—No. No debes hacerlo. Quédate. Yo te ayudaré y nunca descubrirán quién lo hizo. Te digo que nunca lo descubrirán...

—Pero el cuchillo, y la sangre...

Barry levantó las manos y contempló la sangre.

Agnes se inclinó hacia adelante. Se le ensancharon los ojos. Dijo:

—Deja que te vea las manos.

—Está bien. Mírelas. Mire la sangre de Clara.

Agnes se irguió. Pareció mirar más atrás de Barry.

Dijo:

—No es su sangre.

—¿Qué dice?

—Es tu sangre —dijo Agnes—. Echa otro vistazo a tus manos.

Barry se miró las manos. Vio la sangre. Y vio lo que producía la sangre. Las incisiones que tenía en sus palmas, en las yemas de los dedos, profundas incisiones causadas por la mellada superficie de piedra de la columna que llevaba al tejado.

Dijo:

—Debo de haberme lastimado las manos cuando bajaba.

—Me has dicho que no recordabas haberle clavado el cuchillo. Intenta recordar. ¿Lo has hecho?

—Ahora no lo sé. Ahora no estoy seguro de nada.

—¿No puedes recordar lo que has hecho con el cuchillo?

—No.

—Lo averiguaré —dijo Agnes.

—Espere...

—¿Por qué esperar? Has acudido a mí porque querías ayuda. Querías que encontrara el cuchillo y lo sacara de esa habitación y me deshiciera de él. Está bien, eso es lo que voy a hacer. Entraré en esa habitación, y si está muerta esconderé el cuchillo donde nunca será encontrado. Y si no está muerta...

—No, Agnes...

—No puedes detenerme. Sé lo que tengo que hacer. Escúchame. —Y su voz ahora fue queda, su sonrisa fue suave—. Es la mejor manera. No importa lo que me suceda a mí, está bien. Seré feliz haciéndolo y aceptando las consecuencias. No tengo nada que perder.

—Pero está mal. Tengo la sensación de que está mal.

—Solo una cosa está mal. Dejarla vivir y que siga haciendo el mal.

—Si pudiéramos demostrar algo.

—Era demasiado lista. No podemos demostrar nada.

Barry frunció el ceño.

—Es un error dejarla escapar con ello. Una asesina...

—Peor que eso —dijo Agnes—. Porque George Ervin estaba acabado mucho antes de que ese automóvil le pasara por encima. Su alma estaba muerta y su cuerpo torturado agonizaba. Ella le

había hincado el diente, como una sanguijuela. Le quitó toda la alegría que había en su vida, y en su lugar puso dolor. ¿Y por qué? ¿Porque era bueno? ¿Porque era amable? Dios sabe que George Ervin era un alma simple y honesta que quería obtener un poco de felicidad de la vida, que quería que los demás fueran felices. Y Dios sabe que hay demonios en este mundo cuyo único placer es destruir cualquier cosa buena, cualquier cosa decente y pura. Cuando pienso en lo que ella le hizo... lo que hizo a la cosa más preciada de mi vida... la única cosa de mi vida.

—¿George Ervin?

—El nunca supo lo que yo sentía por él —dijo Agnes—. Mírame. ¿Qué habría querido conmigo?

Las lágrimas y la luz de la luna se derramaron en el rostro de Agnes, y Barry dijo:

—Debería habérselo dicho. Él nunca la vio de esta manera... erguida.

—Me alegraba que no lo supiera. Quería que no lo supiera nunca. Lo único que quería era estar cerca de él, hacer cosas para él. Lo único que quería era ponerle la comida en el plato, lavarle las camisas y los calcetines y refrescar su almohada, y ocuparme de que tuviera los trajes planchados y hacer cosas para él. Solo hacer cosas para él y vivir en la misma casa y estar cerca de él y ayudarle. Y de vez en cuando él me sonreía. ¡Oh! Eso es lo único que yo quería, y lo tenía. Y ella me lo quitó.

—Eso está mal. Es odio. No importa de qué otra manera tratemos de llamarlo, sigue siendo odio.

—Yo no siento odio —dijo Agnes—. Siento decisión. Ella me pagaba para mantener limpia la casa. Voy a ganarme la paga. —Agnes retrocedió, dirigiéndose hacia la casa de los Ervin—. Tengo la sensación de que aún está viva —dijo Agnes—. La casa todavía no está limpia. Voy a limpiarla.

—¿Qué le sucederá?

—¿Importa algo? —dijo Agnes—. ¿Quién soy yo? ¿Qué tengo? ¿Qué hay para mí en esta vida?

—Siempre existe una oportunidad para ser feliz.

—Yo ya he sido feliz —dijo Agnes—. Lo fui cuando la primera esposa de George Ervin estaba viva. Aquella mujer era la esencia del cielo. En su corazón había amor puro. Yo la adoraba, y ella

nunca quiso ser adorada. Mis días eran felices porque vivía en una casa llena de bondad, porque veía el amor que esas dos personas se tenían. Y yo les amaba a los dos, era feliz porque veía su felicidad. Y cuando ella murió, yo compartí su tristeza. Y más tarde compartí su soledad y sentí la necesidad que él sentía...

Agnes miraba hacia lo alto, más allá de Barry. Alzó los brazos, con los dedos separados. Parecía estar intentando coger esa idea.

De repente sus manos se cerraron y se apretaron contra su boca.

—Ahora entiendo —dijo—. Las noches en que yo subía del sótano, cuando caminaba hacia la escalera... ¿estaba en realidad medio dormida? Quizá solo estaba medio viva. Quizás algo muerto en la tierra pero vivo; no obstante formaba parte de mí entonces. Algo que intentaba llegar hasta él, que intentaba advertirle... lo sé, es cierto. El espíritu de ella vivía en mí... ellos nunca mueren.

Agnes alargó un brazo y por un instante agarró la mano de Barry. Luego se dio la vuelta y se encaminó al sótano de la casa de los Ervin. Y Barry la observó alejarse, vio la delgada figura blanca moverse lentamente, erguida y airosa, penetrando en la oscuridad cuando se cerró la puerta. Luego todo quedó en silencio.

19

EN EL DORMITORIO PRINCIPAL, penetrando por la ventana abierta, una brisa se arremolinaba y acariciaba el rostro de Clara. Ella se volvió y se acurrucó apretando la cara en la almohada. Levantó el brazo y se frotó la nuca. Estaba despierta.

La brisa era agradable. Clara se frotó el estómago. Se pasó las palmas de las manos por los gruesos muslos, frotando lentamente, acariciándose mientras se daba la vuelta, sonriendo. Sintió un confortable picor y despacio se rascó, ensanchándose su sonrisa. La brisa empezó a hacer efecto y Clara abrió los ojos y levantó la cabeza.

Miró hacia la ventana. Estaba abierta de par en par. Ella nunca la levantaba tanto —pensó—. Sentada ahora, contempló la ventana, y luego vio algo que brillaba en el alféizar.

Clara bajó de un salto de la cama y se dirigió hacia la repisa. Luego se detuvo y se apartó del cuchillo, escuchando la fuerte respiración que se convirtió en un jadeo cuando le salió de la temblorosa garganta.

De nuevo se acercó al cuchillo. Alargó la mano para tocarlo, y en aquel instante oyó un ruido en el piso de abajo.

Su cerebro giraba en una dirección, sus partes vitales en otra. La puerta del dormitorio se abrió y Clara salió, cruzó el pasillo, rogando que hubiera más luz, sin atinar en que lo único que tenía que hacer era encender otro interruptor; y después bajó la escalera, inclinó el cuerpo, tratando de ver lo que había causado el ruido en la sala de estar, se agachó mientras apretaba el paso al bajar la

escalera, luego se irguió, retrocedió, se paró y quiso huir de sí misma, cuando vio la forma blanca que parecía flotar en la oscuridad, la delgada y airosa figura que había allí abajo en la oscuridad, y Clara se tambaleó, mirando fijamente, con la boca abierta, las comisuras de los labios ardiendo, tensas, convirtiéndose en vapor las cuencas de sus ojos salidos, convirtiéndose la oscuridad en denso líquido, y apartó los brazos de su cuerpo.

Entonces se oyó un quejido, y ella pensó que procedía de la forma blanca de abajo, pero era su propio quejido y venía en oleadas.

Y susurró:

—Julia...

La forma blanca se estaba alejando.

Clara se arrojó las manos a los senos, se las llevó a la boca, se arañó la cara y la voz rechinaba:

—Julia... Julia...

Luego oyó una voz que no era la suya, que venía de la oscuridad de abajo, y había triunfo en ella, y la suave risa de la burla, que decía:

—Sí... sí... Julia...

Clara se dio la vuelta, empezó a subir corriendo la escalera, se giró otra vez, empezó a bajar, volvió a girarse, a subir, cayó de rodillas en el pasillo, se levantó, se precipitó a su habitación y encendió la luz. Cerró la ventana. La aseguró. Cerró todas las ventanas. Se arrojó al suelo y rodó de un lado a otro, con ruidos ahogados que salían de lo profundo de su garganta, mordiendo la alfombra, murmurando y jadeando. Y luego se levantó del suelo y empezó a vestirse precipitadamente.

Sin abrocharse los zapatos, salió de la habitación de nuevo, cruzó el pasillo y encendió la luz de la escalera antes de bajar corriendo la escalera. Luego, abajo, encendió todas las luces que pudo encontrar, tambaleándose, tropezando con los muebles, llegando por fin a la mesita del teléfono en el profusamente iluminado comedor. Agarrando el teléfono, cayó otra vez al suelo, y ahora, acurrucada en el suelo, apretándose contra la pared, marcó un número y escuchó sonar el teléfono en el otro extremo de la línea, y luego oyó que descolgaban.

Y balbuceó:

—Tengo que salir de esta casa...

—¿Quién es?

—Clara.

—¿Qué ocurre?

—Ven aquí.

—¿Qué pasa? ¿Qué...?

—Ven inmediatamente. Haz lo que te digo. Inmediatamente, ¿entiendes? Tengo que salir de aquí. Te esperaré en la esquina. Tengo que salir de aquí...

—Pero si solo...

—Tengo que salir de aquí, salir de esta casa; ella ha regresado, ella ha regresado, ella está aquí en esta casa, te lo digo, maldita sea tu estampa, ven aquí ahora mismo...

Clara colgó con un golpe y corrió a la puerta principal, se dio media vuelta para echar otro vistazo a la casa iluminada y luego salió corriendo, corrió por la calle hasta la esquina, cruzó el asfalto, llegó a la otra acera.

En la esquina, bajo el farol de la calle, Clara se paseaba arriba y abajo e iba rezongando. Gradualmente el miedo cedió, se convirtió en impaciencia, y a medida que la impaciencia crecía, a medida que los minutos pasaban, fueron llegando poco a poco la confianza y el alivio, y más confianza. Y luego ya no poco a poco, sino como una marea, y Clara se dijo que estaba bien no estar ya en aquella casa, nunca más estaría en aquella casa, y por tanto no había nada que temer, nada en absoluto, porque ahora estaba fuera y nada de aquella casa podría perseguirla y, ahora que estaba fuera de ella, se encontraba a salvo.

Caminó hasta el centro de la calle y miró calle abajo, hacia la oscuridad, esperando ver los faros del descapotable púrpura. Apretó los labios con impaciencia. Regresó a la acera, oyó el sonido de un automóvil y se giró y vio los faros. Agitó la mano e hizo señas para que el automóvil se acercara a ella deprisa.

Leonard la vio de pie a pocos pasos del bordillo, haciéndole señas. La vio acercarse a él, aumentando de tamaño. Vio el brazo gordo, agitándose, ordenando.

Vio el vestido que ella llevaba. Era de color rosa.

Era de color rosa y relucía al acercarse a él. Y bajo el vestido rosa la carne que se acercaba a él era suave, gorda y gruesa, y toda ella venía hacia él, el exquisito rosa, suave y grueso. Y apretó el acelerador, se preguntó por qué lo hacía, se sintió ir con el coche, ir a mayor velocidad cuando debería estar reduciendo, y se preguntó por qué; y la vio allí de pie, haciéndole señas ahora de que se detuviera, y se echó a reír y se preguntó por qué se reía, y se dijo que debería quitar el pie del acelerador, y en aquel momento miró el cuentakilómetros y vio que la aguja señalaba casi cien y siguió apretando el acelerador mientras se decía que esta era la ocasión, tan oportuna, tan perfecta para él como lo había sido para ella aquella otra noche, cuando había visto su oportunidad de deshacerse de un obstáculo al igual que la veía ahora; y siguió apretando el acelerador, viendo la calle oscura, oscura y vacía igual que aquella otra noche.

Y allí estaba ella, de pie en la calle, de pie casi en el mismo lugar donde la otra forma había estado aquella otra noche, y esta era su oportunidad. Clara retrocedía hacia la acera y le hacía señas de que redujera velocidad. Él dirigió el coche hacia ella. Podía verle la cara entre los faros. Ahora el automóvil iba directo hacia ella, y ella agitó ambos brazos hacia él, gritó, y él se reía. Vio los ojos desorbitados, la boca abierta de par en par; se rio más fuerte y apretó más el acelerador mientras guiaba el descapotable púrpura para tenerla directamente enfrente, manteniéndola centrada entre los faros. Ella intentaba huir y tropezó. Y él la oyó gritar cuando caía, rodando por la acera, intentando ponerse de rodillas y cayendo de nuevo y gritando de nuevo.

El descapotable púrpura saltó sobre la acera y el parachoques golpeó a Clara cuando esta rodaba por el suelo. La golpeó y la hizo caer plana. Luego los brazos de la mujer cayeron a un lado y una rueda le pasó por encima de uno de ellos. Ella pudo chillar una vez y pudo ver la sangre que salía de su cuerpo. Luego estuvo completamente debajo del automóvil y este la arrastraba por un túnel manchado de rojo que giraba. Un rojo chorreante que brillaba.

Leonard sentía y oía los golpes, las convulsiones que tenían lugar bajo su automóvil, y, en aquel instante, disfrutaba con la idea de que el exquisito rosa suave estaba bajo las gruesas y pesadas

ruedas, aplastado en el duro cemento, machacado y desgarrado, y estrujado contra el duro cemento por la gruesa goma que giraba, la pesada goma y el duro metal, y se decía para sus adentros que ahora todo había acabado y estaba libre. Ahora él estaba bien, todo estaba bien, y levantó la vista y vio una pared de piedra gris que venía hacia él, que se abalanzaba sobre él como una enorme bestia gris.

Leonard chilló. Giró el volante, y luego sus manos se apartaron del volante y con los brazos se cubrió los ojos. El descapotable púrpura se estrelló contra la piedra gris. Leonard fue catapultado. El volante se le clavó en el estómago, y luego fue lanzado por encima del volante y su cabeza y sus brazos atravesaron el parabrisas. Los cristales le cayeron sobre un brazo y se lo cortaron. Luego Leonard atravesó el parabrisas destrozado y su cabeza fue a dar contra la pared de piedra gris. Rebotó de la pared, rodando, mirando fijamente el coche que volcaba, que volcaba sobre él, y él siguió rodando, tratando de escapar, tratando de apartarlo cuando se le caía encima. Y el estribo le pilló la garganta y le atenazó.

Clara abrió los ojos. Vio a Leonard. Luego la oscuridad regresó de nuevo y con ella había una llama blanca, y cuando abrió la boca para emitir un sonido no salió ninguno, solo más fuego que le desgarraba la carne. Miró hacia la oscuridad, vio la cabeza de Leonard que le sonreía con una mueca, vio que la cabeza se transformaba en otra cabeza, la cabeza de Clard, que también le sonreía, y volvió a transformarse, ahora en la cabeza de George Ervin, sonriéndole también. Y luego la cabeza se fue haciendo más pequeña, disminuyendo velozmente de tamaño hasta que fue un simple punto de carne en la oscuridad. Y el punto desapareció y solo hubo la negrura, aunque los ojos de Clara estaban desorbitados, apuntando a la cabeza reluciente que descansaba contra la pared negra de la calle.

20

DURANTE VARIAS NOCHES, a Agnes le había resultado difícil conciliar el sueño. No lo entendía, porque su salud era mejor ahora de lo que había sido en muchos años. Durante el día trabajaba mucho, con vigor e interés y entusiasmo. Mantener esta casa limpia, tenerla reluciente y brillante era su principal deseo, y no se retrasaba en sus tareas, no pensaba en el tiempo ni en el descanso.

A última hora de la tarde, sola en la casa, subía al segundo piso. Entraba en el dormitorio principal. Y miraba la cama, lo vacío que estaba. Abría el armario ropero y miraba lo vacío que estaba aquel espacio donde en otro tiempo los vestidos y sombreros, los abrigos y los zapatos de Clara habían resplandecido con brillantes colores. Y abría los cajones del tocador y miraba lo vacíos que estaban.

Y recordaba la seda y el satén y el hilo, la profusión de amarillo y rosa, y verde y azul. Miraba los cajones abiertos del tocador, el vacío, recordando las cajas de polvos, los tarros de crema y aguas diversas, las bonitas cajas que contenían jabón de fantasía, jabón negro y verde oscuro y amarillo oscuro. Recordaba las toallas, las toallas negras y verde oscuro y amarillo oscuro. Las sales y los aceites de baño, negros y verde oscuro y amarillo oscuro. Los perfumes. Recordaba todo esto que había llenado los cajones del tocador y atestado el dormitorio, el cuarto de baño, y arrojado tanta presión en su tarea diaria de mantener en orden estas habitaciones.

Y mirando este vacío, el símbolo de la partida de Clara, Agnes sonreía. Enérgicamente continuaba con su trabajo. Porque ahora esta casa estaba limpia, y ella quería mantenerla limpia. Con plena

conciencia, Agnes se decía que la casa ahora era una casa sana, limpia, una buena casa, una casa que verdaderamente merecía su trabajo de mantenerla reluciente.

Y debido a los esfuerzos que realizaba durante el día, debería haber sido automáticamente fácil para Agnes conciliar el sueño por la noche. Pero cuando la luz estaba apagada y su cabeza descansaba sobre la almohada, Agnes no podía cerrar los ojos, no podía cerrar su mente al pensamiento. Agnes se preguntaba muchas cosas.

Principalmente, se preguntaba por qué se la obligaba todavía a dormir en el sótano, por qué se la obligaba todavía a comer sola en la cocina. Ella no había pedido otra cosa, pero había esperado otra cosa, y no había sucedido, y ahora se preguntaba por qué. Y oculto en esta pregunta había algo espantoso. En la densa y callada oscuridad del sótano, Agnes se crispaba, y se estremecía, diciéndose para sus adentros que Clara todavía se encontraba en la casa.

El miedo aparecía con la angustia y producía un agotamiento, y solo esto traía el sueño. Esta noche, Agnes se hundió en el sueño con gemidos y murmurando.

Sin embargo, aun cuando se le había ofrecido con renuencia, burlonamente el sueño se le escapó. Agnes se sentó en la cama, contemplando la oscuridad. Sintió un temblor. No parecía proceder de sus propios miembros. Parecía tener su origen en la misma casa. Parecía fluir, con su núcleo arraigado en el pasillo del piso de arriba.

Agnes miró el techo oscuro. Y era como si pudiera ver, a través del techo, a través de la madera y el ladrillo y el yeso, el pasillo del piso de arriba, el dormitorio principal.

Se formó un grito en su garganta. Trató de ahogarlo y le falló el aliento. Se inclinó, ahogándose, consiguió tomar aliento y lo aspiró, dejándolo escapar con jadeos secos y largos. Y la cama era como un potro de tormento, que la estiraba, la desgarraba, haciéndola retorcer. Se dijo para sí que no podría soportarlo más tiempo, y bajó de la cama, cruzó el sótano, llegó a la puerta que daba al callejón. Fatigada, desesperada, apoyó la cabeza en la ventana. Una franja de oscuridad ondeó ante sus ojos y ella levantó la vista y vio la sombra de alguien en el callejón.

Agnes abrió la puerta y salió. La oscuridad contenía una dulzura, una ligera tibieza, la esencia de la primavera.

Era tranquilizador, y Agnes respiró hondo, agradecida, mientras se apoyaba en la pared de ladrillo de la casa de los Ervin y miraba a Barry.

Él no la vio. No sabía que ella estaba allí. Agnes se dijo para sí que era extraño, el ruido de la puerta del sótano debía de haber llegado a sus oídos, y sin embargo no la había oído. Le observó. Barry estaba mirando algo que tenía en la mano. Luego levantó la cabeza y miró el segundo piso de la casa de los Ervin, la ventana de la habitación trasera de arriba. Algo le cayó de la mano y resonó en el cemento del callejón. Y Barry se miró la mano, levantó la cabeza de nuevo, miró la ventana y se miró la mano otra vez.

Agnes fue hacia él y le dijo:

—No oírás las piedrecitas. Y aunque las oyera, no vendría a ti.

La sorpresa se mostró en el rostro de Barry. Dio un brinco. Luego frunció el ceño y dijo:

—¿Me ha visto aquí fuera? ¿Haciéndole señas a ella?

Agnes asintió.

—Una noche. Hace mucho tiempo.

—Entonces vino a mí.

—Ahora no vendrá.

—Vendrá a mí. Debe hacerlo. Estaba atada a Clara. Con cadenas. Pero ahora están rotas. No hay nada que la detenga.

—Lo hay. Créeme, ella está en un extremo del mundo y tú estás en el otro.

—Pero puedo hablar con ella...

—Solo puedes hacer una cosa. Puedes olvidar.

—¿Le ha pedido ella que me diga esto?

—No, pero vivo en esa casa con Evelyn. Sé lo que le está pasando.

—Es un efecto. Es un hechizo.

—No es un efecto —dijo Agnes—. Ni es un hechizo. Son semillas. Arraigadas en lo profundo. Y crecen, crecen sin parar. Con cada hora que pasa... ella se convierte más en Clara. Habla como Clara. Actúa como Clara. Está empezando a parecerse física mente a Clara. —Agnes señaló la pared y dijo—: Te lo digo... Clara está en esa casa.

Barry bajó la cabeza. Murmuró:

—Cuando éramos niños...

—Sí —dijo Agnes—. Recuerdo cuando erais niños, cuando jugabais en el callejón. Y vuestras voces; yo os oía corretear arriba y abajo por el callejón. Recuerdo una vez... ella entró corriendo en la cocina. Estaba llorando. Tú habías estado haciendo trucos para ella, colgándote por las rodillas del palo de la colada. Y te caíste y te rompiste la muñeca. Aquella noche ella apenas probó la cena. Aquella noche la oí llorar en su habitación, diciendo «pobre Barry, mi pobre Barry». Su vocecita de niña te llamaba. Sí, la oí porque en aquellos años yo no dormía en el sótano.

Agnes suspiró. Miró hacia la ventana y dijo:

—Supongo que no me quedará mucho tiempo más. Ella se deshará de mí. Se deshará de la casa. Quiere cosas elegantes, las cosas que ella piensa que son elegantes. —Y Agnes señaló hacia la parte alta de la ciudad y dijo—: Quiere aquello. Quiere la parte alta de la ciudad, lejos, donde están las casas grandes, el dinero. Y conseguirá lo que quiere. Siempre que la miro a la cara puedo ver en sus ojos... su plan.

Él hizo un gesto confuso, como si palpara a tientas.

Ella le miró la mano vuelta hacia arriba, que mostraba las piedrecitas brillando en su palma. Dijo:

—Evelyn oiría esas piedras. Pero Evelyn no está. Solo está Clara. Cuando la chica me da órdenes, puedo oír la voz de Clara.

Barry suspiró. Bajó la cabeza, meneándola ligeramente.

Y después dijo:

—Es primavera. Somos jóvenes.

Agnes le observó. Miró las piedras que tenía en la mano. Se volvió y miró hacia la ventana. Experimentó un cambio repentino, y murmuró:

—Sí, es primavera.

Cruzó el callejón, llegó a la puerta del sótano y se quedó esperando allí. Y observó a Barry.

Barry no se daba cuenta de que estaba siendo observado. Miraba fijamente la ventana y luego miró las piedrecitas que tenía en la mano. La duda se apoderó de sus pensamientos y comprendió lo que significaría lanzar las piedras. Si no había respuesta al impactarse contra el cristal, debía irse, rechazado por completo, para siempre, sus esperanzas un botín abandonado.

Y entonces recordó a Clard, y la filosofía de Clard. Si pudiera

dejar esas piedras, si las pudiera dejar ahora, si pudiera alejarse de este momento, el sueño de Evelyn permanecería en posesión suya, aun cuando la persona de Evelyn fuera inalcanzable. El sueño era una cosa preciosa, desprovista de ilusión, y perderlo sería insoportable, su pérdida irremplazable. Quiso dejar las piedras y alejarse y retener su sueño. Había algo seguro en esa decisión, algo reconfortante.

De nuevo miró la ventana. De repente percibió que realmente estaba arrojando las piedrecitas. Las vio volar hacia arriba y lejos de su brazo. Oyó rebotar las piedras contra la ventana, y no pudo entender por qué estaba sucediendo; no podía recordar haberse dado la orden de lanzar las piedras. Era como si otra mano las hubiera lanzado por él.

La oscuridad era densa en la tranquila espera. Barry ansiaba oír algún ruido y no se oía ninguno. Sintió que pasaba un minuto y otro minuto y otro. Y otros muchos minutos, todos muertos y vacíos.

Permaneció allí, ya sin esperar, solo estando. Perdido.

Agnes se volvió para entrar en el sótano, y en ese instante oyó que se abría una puerta. Oyó un ruido de pasos apresurados que bajaban la escalera trasera, que corrían al callejón. Y oyó un gemido, un sollozo de felicidad insoportable, y luego el llanto dio paso a unas voces, y eran las voces de Evelyn y Barry.

Agnes entró en el sótano. En lo que en otro tiempo fuera la carbonera, miró el estrecho catre, el espacio apretado y el polvo que desafiaba a toda limpieza. Sonrió, sabiendo que esta noche no dormiría aquí. Esta noche, y a partir de esta noche, dormiría arriba, en una habitación decente.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*
POR
, Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



David Goodis en su lugar de trabajo

Escritor estadounidense de novela negra, sobre todo de la considerada de tipo *pulp*, de las que escribió centenares en revistas como *Battle Birds*, *Daredevil Aces*, *Dime Mystery*, *Horror Stories*, *Terror Tales*, o *Western Tales*. Fue autor de una veintena de novelas entre las que se encuentran: *La senda tenebrosa*, *Disparen sobre el pianista*, *Al caer la noche* o *La calle sin retorno*, muchas de ellas llevadas al cine.